



Livre

2022

Published version

Open Access

This is the published version of the publication, made available in accordance with the publisher's policy.

Testimonios: Para una historia oral de la psicología

Viguera, Ariel; Tau, Ramiro; Vadura, Nancy

How to cite

VIGUERA, Ariel, TAU, Ramiro, VADURA, Nancy. Testimonios: Para una historia oral de la psicología. Argentina : EDULP, 2022. (Cátedra) doi: 10.35537/10915/148628

This publication URL: <https://archive-ouverte.unige.ch/unige:175323>

Publication DOI: [10.35537/10915/148628](https://doi.org/10.35537/10915/148628)

Libros de **Cátedra**

Testimonios

Para una historia oral de la psicología
en la Universidad Nacional de La Plata

Ariel Viguera, Ramiro Tau y Nancy Edith Vadura
(coordinadores)

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales

**Eduulp**
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

TESTIMONIOS

PARA UNA HISTORIA ORAL DE LA PSICOLOGÍA
EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Ariel Viguera
Ramiro Tau
Nancy Edith Vadura
(coordinadores)

Facultad de Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA


Edulp
EDITORIAL DE LA UNLP

Autobiografía y retrato captan intuitivamente lo individual, pero no agotan su comprensión. Para ello, como señalan al mismo tiempo Rickert y Dilthey, es menester articular la vida singular en el contexto histórico de donde ha sido extraída.

Eugenio Pucciarelli, *LA HISTORIA EN EL PLANO DEL ARTE*

Índice

Prólogo	6
----------------------	---

Ariel Viguera

Introducción

El uso de fuentes orales para la investigación histórica	8
--	---

Ramiro Tau

Capítulo 1

Entrevista a Telma Piacente	15
-----------------------------------	----

Ramiro Tau, M. Agustina lafolla Cardós y María Florencia Plantamura

Capítulo 2

Entrevista a Norma Delucca	33
----------------------------------	----

Ana Briolotti, María Florencia Plantamura y María Baroli

Capítulo 3

Entrevista a Raúl Marazzato	58
-----------------------------------	----

María Laura Fernández, Estela Renovell y Nancy Edith Vadura

Capítulo 4

Entrevista a Juan Carlos Domínguez Lostaló	82
--	----

Andrea Luciana Roumieu, Nancy Edith Vadura y Catalina Huth

Capítulo 5

Entrevista a Carmen Lydia Talou	97
---------------------------------------	----

Sonia L. Borzi, María José Sánchez Vázquez y Ramiro Tau

Capítulo 6

Entrevista a Rosa Heins	111
-------------------------------	-----

Ariel Viguera, Franco Garritano y Alejo Díaz Kreclevich

Capítulo 7

Entrevista a Edith Alba Pérez _____ 124

Ramiro Tau

Capítulo 8

Entrevista a Raquel Bozzolo

Camila Aquino, Martín Agrazar y Alejo Díaz Kreclévich _____ 131

Capítulo 9

Entrevista a María Luisa Femenías _____ 155

Ariel Martínez y Luisina Bolla

Capítulo 10

Entrevista a Graziela Teresita Napolitano _____ 169

Franco Garritano y María Laura Fernández

Capítulo 11

Entrevista a José Antonio Castorina _____ 181

Ramiro Tau

Los autores _____ 198

Prólogo

Este libro de cátedra se produce en el marco de un proyecto de investigación que se propone profundizar los estudios históricos sobre la Carrera de Psicología en la Universidad Nacional de La Plata entre 1958, fecha de su creación, y 2006, año en que se produce el pase a Facultad que la independiza de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Dicho proyecto se viene haciendo cargo del estudio sistemático del eje “Historia de la psicología en la Argentina” a nivel local, enfocando específicamente lo sucedido a partir de la propuesta de creación de la Carrera de Psicología en la UNLP en 1958 y del inicio de la profesionalización propiamente dicha.

La idea principal es identificar, estudiar y problematizar —entre otros grandes tópicos— los debates intelectuales y profesionales de los años 60 y 70; el impacto institucional de los gobiernos *de facto* que interrumpieron la democracia, en 1966, produciendo el cesanteo de muchos profesores, y en 1976, cerrando el ingreso a la Carrera durante ocho años. También nos propusimos investigar el desarrollo institucional y profesional en el ámbito local a partir de la reorganización iniciada en 1984 con la reapertura del ingreso a la Carrera y la normalización de las universidades acompañada de la promulgación, en 1985, de la Ley Provincial de Ejercicio Profesional del Psicólogo. Como marco general de referencia, subrayamos la importancia de la investigación historiográfica para pensar tanto la especificidad de la disciplina en nuestro país como el carácter singular del psicólogo argentino, situado a la vez en articulación con el contexto internacional de la disciplina. Desde este enfoque, el objetivo principal ha sido profundizar el estudio de los contenidos propuestos en los diversos planes de estudio de la Carrera en la UNLP con sus correspondientes asignaturas.

Por supuesto que los destinatarios —interlocutores— centrales de este libro son para nosotros los estudiantes, a quienes intentamos empoderar y acompañar en la construcción de una representación organizadora del recorrido académico que les toca transitar en la formación de grado. Solventa nuestra propuesta la tesis de que la principal función de la indagación histórica es la iluminación crítica del presente, y que no es posible proyectar un futuro si no se conoce el pasado histórico de la institución en la que advienen como subjetividades profesionales. Creemos, además, que el hecho de que la formación académica actual de los psicólogos argentinos constituya un caso excepcional justifica y legitima esta propuesta, que intenta reconstruir la complejidad causal desde la cual podría explicarse, luego de haber verificado su presencia en el perfil de los psicólogos formados al interior de la UNLP en los resultados de proyectos de investigación anteriores.

Por otra parte, este trabajo tiene como objetivo contribuir a la organización del acervo histórico de nuestra Facultad, aportando a la constitución de un archivo digital de fuentes primarias orales que puedan sumarse al trabajo, que venimos realizando, de digitalización y clasificación de planes de estudio; programas académicos; actas de consejos directivos; resoluciones; expedientes; cartas; notas; legajos; etc.

Este libro apunta, entonces, a la producción de fuentes orales, auténticas *huellas testimoniales* de actores principales de nuestra historia institucional, que puedan operar como fuentes de futuras investigaciones y, también, devenir objetos testigo, puntos de enlace para el encuentro entre —por ejemplo— una historia local, la de un campo disciplinar, y la historia de un país, vinculando la universidad con la sociedad. Aporta, así, a una línea de trabajo de organización, clasificación y preservación de documentos históricos relacionada con la creación y gestión de recursos digitales que la UNLP viene desarrollando desde la creación del SEDICI (Servicio de Difusión de la Creación Intelectual) un repositorio institucional cuyo objetivo prioritario es socializar el conocimiento generado en las diferentes áreas académicas de nuestra Universidad, con el fin de devolver a la comunidad los esfuerzos destinados a la Universidad Pública.

Si tenemos en cuenta —como solía enfatizar Silvia Bleichmar— las formas en las que se produjo un verdadero desmantelamiento de los procesos de pensamiento en la Argentina durante la última dictadura cívico-militar y sus efectos a posteriori, uno de los más problemáticos ha sido la parcialización de la memoria. Hay un tema particularmente desaparecido en la memoria de la historia argentina, y es la idea del proyecto histórico. La idea de que, en nuestro país, hasta el 76, hubo un gran proyecto histórico que quedó aniquilado, a partir de lo cual el problema de la recuperación de la memoria no pasa exclusivamente por la reparación del traumatismo experimentado, sino también por la recuperación de la identidad. Pues bien, este libro viene a situarse como una contribución para que estudiantes y docentes podamos pensar sobre nuestra identidad disciplinar y profesional, y las personas entrevistadas encarnan la historia misma de nuestra Carrera y han sido actores principales de la construcción de esa identidad.

Finalmente, es muy importante para nosotros aclarar, en este punto, que las entrevistas reunidas en este libro constituyen un primer grupo de protagonistas de nuestra historia con quienes pudimos contactar y concretar un encuentro, y que, necesariamente, para cumplir con el objetivo propuesto necesitamos de un segundo volumen que ya está proyectado en esta misma colección. Lamentablemente, el contexto de la pandemia (Covid-19) se constituyó en un factor perturbador determinante que literalmente tomó decisiones por nosotros respecto de la organización de la muestra, combinando causas y azares. A la brevedad iniciaremos —y en algunos casos retomaremos— los contactos con otros protagonistas de esta historia institucional que serán incluidos en el segundo volumen y cuyos testimonios resultan insoslayables y complementarios de los que hemos alcanzado a incluir en esta primera edición.

Ariel Viguera

INTRODUCCIÓN

El uso de fuentes orales para la investigación histórica

Ramiro Tau

No hay dudas de que la oralidad ocupa un lugar paradójico en la investigación histórica: es la más nueva y la más antigua de sus fuentes (Thompson, 1988). El interés por las leyendas, el folklore, los mitos, los testimonios y otras formas orales de transmisión de la cultura y las experiencias fue uno de los primeros recursos para la indagación del pasado. Existen innumerables ejemplos del uso del testimonio, en sentido amplio, como una fuente para la exploración de las prácticas culturales y las tradiciones orales —es decir, aquellas que se transmiten de una generación a otra de manera oral—. En esos casos, la historia oral es una necesidad impuesta por la ausencia de documentos escritos y suele ser presentada como una inevitable y última opción, tal como hicieron muchos musicólogos que transcribieron las partituras de los *negro spirituals* que a finales del siglo XVIII comenzaron a cantar los esclavos africanos de las plantaciones de algodón de los Estados Unidos. Sin embargo, es posible rastrear los usos de la oralidad en el trabajo de los historiadores —no como estrategia metodológica impuesta por una carencia de documentos, sino como complemento de la indagación textual— desde épocas remotas. Es así como “Herodoto se apoyó en este tipo de fuentes para describir las Guerras Médicas, así como su sucesor Tucídides se valió de testimonios para narrar el conflicto del Peloponeso” (Iturmendi, 2008, p. 227). Las referencias a los relatos se reencuentran una y otra vez en diferentes trabajos históricos de la Edad Media y del Renacimiento, y, en sentido estricto, es recién en el siglo XIX cuando surge la aversión a la fuente oral, como consecuencia del esfuerzo por hacer de la historia una ciencia de pleno derecho. La necesidad de contar con cimientos sólidos para el estudio riguroso del pasado llevó a los historiadores a configurar una vía privilegiada para acceder a los hechos: la documentación escrita. La apelación al texto es tan representativa del trabajo del historiador que define el perímetro de la disciplina y, en nuestra organización consensuada del desarrollo humano, marca el umbral entre historia y prehistoria. Con el acento puesto en el documento y en los archivos, la ciencia histórica finisecular desdeñó otros recursos para la determinación de los hechos y, muy especialmente, prescindió de las fuentes intangibles, como el habla y las actividades performáticas no transcritas. En esta “obsesión positivista” (Iturmendi, 2008), la oralidad fue descalificada como fuente, por considerarse veleidosa, imprecisa y, fundamentalmente, subjetiva. Los relatos de testigos aparecían como poco confiables, porque la memoria es lábil, por-

que los sujetos suelen imponer una selección que está siempre comprometida con ciertos intereses y porque no es posible decidir sobre un acontecimiento cuando distintos testimonios se contradicen. En una palabra, desde esta perspectiva, las fuentes orales no satisfarían los criterios mínimos de objetividad y de validez exigibles a una disciplina científica.

Por el contrario, los documentos textuales y visuales, y en particular aquellos que integran un archivo y han pasado las fases de identificación, validación y clasificación, permiten superar algunas de estas limitaciones de diversas maneras. Por ejemplo, a través de la referencia a los *única*: documentos de los que sólo existe una versión, irrepetible y probatoria, como los manuscritos o algunos documentos oficiales. Además, estos materiales pueden someterse al examen cuidadoso por parte de diferentes investigadores. Desde su contenido semántico hasta su materialidad, pasando por su localización espacial y temporal, así como sus usos sociales, cada aspecto de un documento puede ser objeto de una indagación crítica. Esta forma de trabajo es extremadamente fructífera y se ha extendido hacia otros dominios, no necesariamente textuales, como el de las obras de arte. De hecho, una parte fundamental del trabajo de las grandes galerías y museos consiste, precisamente, en analizar y compilar las pruebas que, sin lugar a dudas, legitiman a una obra como la original, es decir, como única y como origen de cualquier posible réplica (Berger, 1985).

Sin embargo, esta manera de hacer historia condujo a ciertas consecuencias que no tardaron en ser advertidas y criticadas. La primera, y más evidente, es que no todas las dimensiones del pasado se corresponden o enlazan con un conjunto de documentos existentes. Por otro lado, aun cuando ciertos fenómenos históricos puedan ser cercados y precisados a través de un cuerpo documental capaz de poner a prueba las hipótesis del historiador, se presenta un sesgo inevitable que conspira contra la pretendida objetividad. Entre otras razones, porque ciertos grupos sociales aparecen sistemáticamente subrepresentados en la producción de fuentes escritas y otros materiales decisorios. El estudio de las minorías étnicas, los refugiados, los pueblos sometidos, los niños, las mujeres, entre otras poblaciones, habitualmente exige una investigación mucho más esforzada y conduce a conclusiones más débiles y provisionales, por el hecho de que los documentos pertinentes y necesarios son escasos o simplemente no existen. Estos grupos han sido, en el mejor de los casos, nombrados y hablados por otros. El interés en estos colectivos y en sus procesos históricos, así como en otras dimensiones de la “historia oficial” que difícilmente pueden ser atrapadas por medio de textos, es lo que confluyó en una tradición específica conocida como historia oral.

La etiqueta de “historia oral” presenta cierta ambigüedad, porque se refiere alternativamente a una práctica, a un método de investigación o, también, al insumo básico de este tipo de estudios, que es la entrevista —y sus variantes¹—, sonora o transcrita. De cualquier modo, los diferentes sentidos dan cuenta de una aproximación que se diferencia de la historia tradicional. El

¹ Nos referiremos a la “entrevista” de manera genérica, aunque existen otras modalidades equivalentes, como la conferencia, la mesa redonda, los grupos focales, el monólogo espontáneo, la improvisación musical, la observación participante, etc. (Meyer & de Bonfil, 1971).

interés por la “la voz del pasado” (Thompson, 1988), y no tanto por los textos, comenzó a tener una identidad clara en la década de 1940 (Sharpless, 2008), cuando en “Francia, Inglaterra y Estados Unidos (la escuela francesa de los Anales, la historiografía marxista británica y la nueva historia económica estadounidense) abrieron nuevas perspectivas para estudiar el acontecer humano” (Iturmendi, 2008, p. 228). La historia oral nació como un complemento para la ciencia histórica que no pretendía reemplazar la fuente documental, pero sí poner en evidencia que la construcción de la “verdad” sobre los hechos puede sofisticarse con lo que las personas dicen sobre el mundo, con la manera en la que lo dicen y con la esfera de los sentimientos y la imaginación, entre otras dimensiones que le dan espesor al “hecho histórico” (Smith, 2017). De este modo, la historia oral nace con un objetivo claro, que es el de recuperar los testimonios de los sectores no hegemónicos a través de la entrevista a sus actores (Frasser, 1993; Hoffman, 2020). Con ella emerge, simultáneamente, una corriente que dirige sus esfuerzos a cernir lo que en sociología se conoce como “la vida cotidiana” y el relato de la “gente común”. El foco queda completamente descentrado y en esa periferia sombría ya no se encuentran a los estadistas, a los funcionarios, a los líderes ni a los grandes hombres de la ciencia y las artes. Entre otras razones, porque para la tradición de la historia oral cualquier persona podría ser considerada un informante clave, en función de los intereses de la investigación. Y, al mismo tiempo, porque cualquier testimonio puede dar cuenta, a su manera, de una cosmovisión que es siempre el encuentro de una sociedad y una biografía (Fraser, 1993; Perks & Thomson, 2015).

Con esta revalorización de los testimonios y las entrevistas, aparecieron, también, los reparos (Halbmayer, 2010). No ya los de un objetivismo ingenuo e invalidante, sino más bien una desconfianza matizada. Por un lado, se ha señalado que la fuente oral no representa a un proceso social, ni siquiera a un grupo y, en este sentido, no puede confundirse la perspectiva o la opinión de un sujeto particular con un proceso social complejo; ni siquiera fundamentarlo parcialmente. Pero esta crítica sobre la representatividad de la fuente les corresponde, igualmente, a las fuentes textuales, ya que en la elaboración de un documento escrito también operan sesgos y recortes de quienes lo producen: “el criterio aleatorio por el que se elaboró un documento escrito, debido a un funcionario, un periodista o un archivero, conlleva también un proceso de selección por parte del autor” (Iturmendi, 2008, p. 230).

Otra de las objeciones frecuentes refiere a la relación con la verdad. Considerando que lo que los sujetos dicen puede no corresponderse con los hechos —ya sea porque deliberadamente mienten o porque la memoria, por definición, supone una reconstrucción deformante y una serie de selecciones y omisiones—, la validez de las fuentes verbales quedaría seriamente sospechada. Pero su valor no radica tanto en la obtención de datos sobre los hechos o de verificaciones, sino, justamente, en la manifestación de una forma específica de hablar de los hechos, que complementa la historiografía apoyada en fuentes escritas. Los testimonios aportan algo que los documentos escritos no contienen: un registro lingüístico de los usos del habla, la significación de los hechos, la relación del sujeto con su mundo, “lo que la gente hizo, lo que deseaba hacer, lo que creyeron estar haciendo y lo que ahora creen que hicieron” (ob. cit., p. 230). Si se admite la importancia de esta función, el ajuste de la memoria a los hechos deja de

ser algo buscado y, finalmente, un problema. En esta línea, podemos afirmar, entonces, que “no hay fuentes orales ‘falsas’; las afirmaciones equivocadas constituyen verdades psicológicamente ciertas” (ob. cit., p. 230).

En un sentido más actual, —con diversas sociedades académicas, centros de investigación y publicaciones que desarrollan este enfoque (Dunaway, 2018; Freund, Reilly & Llewellyn, 2015; Schwarzstein, 1995) —, la historia oral puede ser considerada hoy como la práctica de “interpretar la historia y la evolución de las sociedades y culturas escuchando a la gente y registrando sus recuerdos y experiencias” (Thompson, 2002, p. 9 [traducción nuestra]). Ciertamente resulta difícil proponer una definición más restringida o que dé cuenta de procedimientos fijos. Por un lado, porque se trata de una zona de encuentro interdisciplinar en la que convergen métodos diferentes. Antropólogos, sociólogos, y psicólogos, entre otros, se interesaron en el análisis de los testimonios y esta manera de hacer historia se sitúa en el cruce de la etnografía, la entrevista clínica, la encuesta o la historia de vida (Di Leonardo, 1987; Thompson, 2002). La historia oral se ha nutrido de prácticas consagradas en otros campos e, inversamente, se ha constituido en una de las vías de acceso a las historias de ellos (Myers, 1976; Yow, 2014). Por otro lado, las fuentes orales pueden dar lugar a procedimientos de análisis cualitativos, como el análisis semántico del discurso (Hernando Cuadrado & Penas Ibáñez, 2020), o cuantitativos, como la textometría (Benzécri, 1977; Pincemin, 2010). Por ello, el tratamiento del material es tan variado como el que puede realizarse con un documento textual.

En términos generales, en los trabajos de historia oral se pueden reconocer dos grandes momentos metodológicos: la producción de la fuente y su análisis. El momento analítico, como dijimos, es el trabajo que se realiza sobre el material obtenido, y puede ser extremadamente variable. Ahora bien, la producción de la fuente oral frecuentemente comprende la identificación del sujeto de la entrevista —individual o grupal—, la preparación y definición del encuentro, la promoción de alguna forma de entrevista más o menos estructurada, y su registro (Alberti, 2018; de Freitas, 2006). Este último punto merece un comentario especial, porque es, aun hoy, altamente controversial.

En efecto, el registro es un procedimiento de conservación, una suplencia ante el carácter efímero de la oralidad. A la manera de un asiento, opera un establecimiento que permite cierto retorno al habla, aunque siempre con algún grado de transmutación. Las tres formas más habituales del registro, en orden histórico de aparición, son a) la anotación —de manera más o menos literal durante la entrevista o como una síntesis reconstructiva *a posteriori*—; la grabación del audio de la entrevista —con o sin imagen— y, c) la transcripción textual a partir de un registro sonoro (Bergen, 2019; Portelli, 1988).

Para algunos autores, cualquier forma de transcripción constituye una degradación que disuelve todos los aspectos pragmáticos del habla, y reduce toda la riqueza del discurso oral a unas normas empobrecidas (Portelli, 1991). Ciertamente, las unidades de la lengua hablada no son equivalentes a las unidades de la lengua escrita. Tampoco existe un sistema de signos ortográficos que se asemeje siquiera a toda la diversidad de pausas y entonaciones que cambian la semántica del discurso (Muro, 2001). En síntesis, la historia oral, para algunos autores, tiene

que apoyarse, para su análisis, en registros sonoros o audiovisuales, pero no en la “degradación” visual que supone su transcripción.

En cuanto a la anotación sintetizada, nunca puede ser considerada un sustituto de la versión completa. Los historiadores no pueden saber de antemano qué elementos serán relevantes y cuáles no durante los análisis posteriores y la síntesis recorta de manera arbitraria o prejuizada relevancias sin criterios claros. Por ello, los resúmenes o las reconstrucciones mnémicas solo son usadas con fines exploratorios y para las fases de tanteo de una investigación poco definida.

Finalmente, la transcripción extensa, ya sea la de la copia taquigráfica o la que se realiza luego de finalizar la entrevista a partir del audio grabado, supone una serie de problemas que se deben considerar en cada caso (Abrams, 2016). Evidentemente, ninguna transcripción es exacta, porque, por definición, no es posible tal cosa. La transcripción, como la traducción, consiste en llevar una serie de signos desde un sistema hacia otro, con reglas y parámetros diferentes. En esa migración hay algo que se pierde irremediamente. Con independencia del esfuerzo que hagamos por captar la gama expresiva y significativa del habla, siempre se presentará un comportamiento asintótico entre ambos dominios.

La transcripción impone sus propias reglas y algunos autores la consideran como un género en sí mismo o como un tipo de análisis del discurso (Portelli, 2017). Una vez en el dominio del texto, el registro oral queda atrapado en las convenciones de la escritura, pero, ante todo, por los criterios interpretativos de quien establece el texto. Difícilmente obtendremos dos transcripciones iguales, hechas por dos personas a partir de un mismo registro audiovisual. Aun sin considerar cierto aplanamiento que sufren los matices expresivos, el mismo flujo sonoro continuo debe ser segmentado y puntuado, no para recrear las pausas o valles de la entonación, sino para organizar los enunciados. La lógica de la escritura enmienda y modula, con sus propios parámetros, las palabras originales. Y, además, las ambigüedades y los balbuceos suelen requerir un grado alto de interpretación y, por lo tanto, de forzamiento de sentidos y formas.

Ante estas particularidades de la transcripción, es posible reconocer dos polos de un continuo. En un extremo, encontramos las transcripciones que pretenden una fuerte correspondencia con el material sonoro. Los estudios sobre historia de la lengua necesariamente apelan a esta variante puntillosa que evita, en la medida de lo posible, el ajuste a la escritura, pronunciación y sintaxis estándar. Ese es el uso típico de la transcripción en los estudios sociolingüísticos que buscan reconocer las variantes del habla de un grupo, o el de algunas entrevistas clínicas interesadas en la prosodia. Se trata, en definitiva, de un interés en el modo en el que una lengua es usada en un contexto (Yule, 2020), esto es, en las formas y estilos. En estos casos, las equivocaciones, los titubeos o la articulación misma pueden ser objeto de interés para la transcripción.

En el otro extremo, encontramos las transcripciones que dan cuenta de textos altamente intervenidos. Cuando el acento no recae sobre las formas, sino sobre el contenido mismo, se busca llegar a un texto “universalizado”, que transmita datos e informe de manera clara y en acuerdo con normas consagradas.

Entre ambos polos existe una gama de transcripciones posibles y esta variación queda justificada por su función en el contexto de una investigación histórica². En este libro adoptamos una posición intermedia, que supuso ciertas intervenciones en la transcripción, sin que ello implicara una reescritura. En cada uno de los capítulos se puede reconocer el estilo oral de una época, de una región y de una cierta comunidad lingüística gestada en torno a la psicología rioplatense, así como los estilos personales, tanto en la selección de palabras como en la construcción de los enunciados, algo que hemos intentado preservar. Pero, al mismo tiempo, hemos corregido y omitido las interrupciones discursivas, los tanteos y otras disrupciones que dificultarían la lectura. En esta misma línea, promovimos un segundo tipo de alteración que consistió en ofrecerles a los entrevistados la oportunidad de leer y, eventualmente, modificar el texto transcripto. Esta segunda revisión, es, además, un requisito ético para todas aquellas fuentes identificadas con el nombre de los participantes (Halbmayer, 2009).

En última instancia, vemos que la transcripción hace de la historia oral una variante de la historia basada en documentos escritos. Este rodeo, por la palabra, para regresar finalmente a la escritura, nos devuelve una narrativa plagada de relieves personales, de climas de época, de sueños y nostalgias. Y será, seguramente, una fuente que pondremos a trabajar.

Referencias

- Abrams, L. (2016). *Oral history theory*. Routledge.
- Alberti, V. (2018). *Manual de história oral*. Editora FGV.
- Benzécri, J. P. (1977). Histoire et préhistoire de l'analyse des données. Partie V L'analyse des correspondances. *Cahiers de l'analyse des données*, 2(1), 9-40.
- Bergen, T. (2019). *Transcribing Oral History*. Routledge.
- Berger, J. (1985). *Ways of seeing*. British Broadcasting Corporation.
- de Freitas, S. M. (2006). *História oral: possibilidades e procedimentos*. Editora Humanitas.
- Di Leonardo, M. (1987). Oral history as ethnographic encounter. *Oral History Review*, 15(1), 1-20.
- Dunaway, D. K. (2018). The Development of Oral History in the United States: the evolution toward interdisciplinary. *Revista Tempo e Argumento*, 10(24), 115-135.
- Fraser, R. (1993). La historia oral como historia desde abajo. *Ayer*, (12), 79-92.
- Freund, A., Reilly, N., & Llewellyn, K. (2015). *The Canadian oral history reader*. McGill-Queen's University Press.

² Las transcripciones de los radioteatros de Niní Marshall (1903-1996) fueron usadas para identificar los aspectos socio-lingüísticos del habla de los argentinos y, en ese caso, son los matices y las equivocaciones las que adquieren un valor máximo. Contrariamente, los textos publicados de los seminarios dictados por Jacques Lacan en el hospital *Sainte-Anne*, y la *École normale supérieure*, son un ejemplo de transcripciones altamente intervenidas, donde lo fundamental no es la forma, sino el contenido.

- Halbmayer, B. (2009). The ethics of oral history: Expectations, responsibilities, and dissociations. In: M. Kurkowska-Budzan & K. Zamorski (Ed.), *Oral History. The challenges of dialogue. Studies in narrative 10* (pp.195-203). John Benjamins.
- Halbmayer, B. (2010). Las dificultades de interpretar con métodos de Historia Oral. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, (43), 157-169.
- Hernando Cuadrado, L. A., & Penas Ibáñez, M. A. (2020). *Análisis del discurso y registros del habla*. Iberoamericana Vervuert.
- Hoffman, M. (2020). *Practicing oral history among refugees and host communities*. Routledge, Taylor & Francis Group.
- Iturmendi, D. M. (2008). La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, (23), 227-233.
- Meyer, E., & de Bonfil, A. O. (1971). La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas. *Historia mexicana*, 21(2), 372-387.
- Muro, A. Á. (2001). *Análisis de la oralidad: una poética del habla cotidiana. Estudios de lingüística del español*. Universidad de los Andes.
- Myers, C. R. (1976). An Oral History of Psychology in Canada. In *Oral History Forum d'histoire orale* (pp.30-33).
- Perks, R., & Thomson, A. (Eds.). (2015). *The oral history reader*. Routledge.
- Pincemin, B. (2010). Semántica interpretativa y textometría. *Tópicos del Seminario: Revista de Semiótica*, (23), 15-55.
- Portelli, A. (1988). Las peculiaridades de la historia oral. *Historia oral e historias de vida*, 16-27.
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. *Schwarzstein, Dora*.
- Portelli, A. (2017). Oral history as genre. In *Narrative & Genre* (pp. 23-45). Routledge.
- Schwarzstein, D. (1995). La historia oral en América Latina. *Historia Y Fuente Oral*, (14), 39-50.
- Sharpless, R. (2008). The History of Oral History. In: T. L. Charlton, L. E. Myers & R. Sharpless, *Thinking about Oral History. Theories and Applications* (pp. 7-32). Altamira Press.
- Smith, G. (2017). *Oral history*. Routledge.
- Thompson, P. (1988). *La voz el pasado. La Historia oral*. Edicions Alfons el Magnànim.
- Thompson, P. (2002). História oral e contemporaneidade. *História oral*, (5), 9-28.
- Yow, V. R. (2014). *Recording oral history: A guide for the humanities and social sciences*. Rowman & Littlefield.
- Yule, G. (2020). *The study of language*. Cambridge university press.

CAPÍTULO 1

Entrevista a Telma Piacente

Ramiro Tau, Florencia Plantamura y Agustina Iafolla

Telma Piacente es Psicóloga Clínica por la Universidad Nacional de La Plata (1966), donde participó tempranamente de la docencia universitaria y fue Profesora Titular de grado (1986-2013). Desde 2013 es docente de posgrado (UNLP, Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de San Martín). Se desempeñó como Directora del Departamento de Psicología (periodos 1985-1986 y 1994-1995), fue Secretaria de Gestión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP (1992-1994), Secretaria de Extensión (1995-1998) y Secretaria de Posgrado (1998-2001) de la Presidencia de la UNLP. Contribuyó activamente en el diseño del Plan de Estudios de la Carrera de Psicología (1984) y, posteriormente, en las gestiones para la creación de la Facultad de Psicología (2006). Fue Responsable del Comité Académico del Proceso de Autoevaluación de la Licenciatura en Psicología para su acreditación ante la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU, 2011-2012), Responsable del diseño de la Carrera de Doctorado y de las Carreras de Especialización (2003) y Responsable del Comité Académico del Proceso de Autoevaluación de las Carreras de Posgrado (2003 y 2012). Estuvo a cargo del diseño y la dirección de la Carrera de Doctorado en Psicología (UNLP, 2000-2012) y elaboró el Reglamento de funcionamiento de las actividades formativas de posgrado y de las carreras de grados académicos de especialización, maestría y doctorado. Tuvo a su cargo el Instituto de Investigaciones en Psicología de la UNLP (2011-2016) y dirigió tesis y becarios de investigación. En el ámbito hospitalario, integró durante tres décadas el Servicio de Neurología y Psicopatología Infantojuvenil del Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica” (ex Hospital de Niños, 1967-1992). Sus investigaciones y publicaciones se centraron en la psicología del desarrollo cognitivo, los trastornos de los aprendizajes y el aprendizaje del lenguaje escrito.

En esta entrevista, Piacente se refiere a sus primeras incursiones en la vida académica, a su recorrido formativo y profesional en el hospital público y a su participación en la gestión institucional.

—Telma, estudiaste en la Universidad Nacional de La Plata, donde, además, desarrollaste una extensa actividad profesional. ¿Cuándo ingresaste a la Carrera de Psicología?

[T.P.] Ingresé en el año 1958, fecha de iniciación de la carrera en esta universidad. En ese momento tenía 18 años —porque alguna vez tuve 18 años—. Fui parte de la primera promoción de estudiantes de Psicología de la UNLP y cursé el primer y segundo año de estudios en los

años 1958 y 1959. Luego, abandoné la carrera durante tres años, ya que por razones económicas y familiares tuve la necesidad de tener dos trabajos. Me reincorporé en el año 1961. Obviamente, mi graduación fue más tardía, en 1966, que la de los compañeros de la primera promoción, pero fui ingresante en el año 1958.

— **¿Cómo fue la decisión de comenzar a estudiar psicología?**

Empecé a estudiar psicología por casualidad. Inicialmente quería estudiar arquitectura, pero era una carrera muy costosa por los materiales y el tiempo que insumía y yo necesitaba trabajar. Un día de febrero de 1958 una amiga mía, Beatriz Pietrángeli, que había sido mi compañera del Colegio Normal Nacional N°1 en el que nos recibimos de maestra, me comentó que se había abierto la inscripción a la Carrera de Psicología. Esto fue en marzo y me propuso que estudiáramos juntas. Las dos nos recibimos de Psicólogas Clínicas. Ella se dedicó poco tiempo a la docencia universitaria y yo... acá estoy.

— **Vos formaste parte de la primera cohorte de estudiantes, de 1958, pero antes se había intentado abrir la Carrera de Psicología en la UNLP...**

Sí, en realidad, antes de que existiera la carrera se creó el Instituto de Psicología, que acabamos de perder el año pasado [2016]. Hubo un intento de crear la carrera en el año 54. Eso es algo que podría contar mejor Raúl [Marazzato], que en su momento fue Consejero Superior de la UNLP y tuvo acceso a toda la documentación al respecto, a raíz de su participación en las gestiones para impedir el traslado de la carrera a la Facultad de Medicina. Pero, finalmente, la carrera se crea en 1958 y empieza a funcionar en junio de ese año, fecha en la que comenzamos a cursar las primeras materias.

— **¿La inscripción estuvo abierta desde marzo?**

Así es, desde el mes de marzo. Nos inscribimos 59 estudiantes y al año siguiente no muchos más. Con lo cual las condiciones de los cursos eran completamente diferentes a lo que ahora conocemos. Todas las clases teóricas y las clases prácticas se fueron instaurando lentamente, a medida que avanzábamos a lo largo de la carrera.

— **¿A qué profesores de esos años recordás?**

Bueno, como suele suceder había algunos más destacados que otros. Fui alumna de Carolina Tobar García, que tenía a su cargo la asignatura *Psicología de la Niñez y de la Adolescencia*. Su nombre en el Hospital Infante Juvenil “Carolina Tobar García” de la ciudad de Buenos Aires testimonia su gravitación en el área. Recuerdo que rendí examen con ella en el mes de diciembre de 1961 y fue el último examen que tomó. Desafortunadamente falleció meses después. La reemplazó el Dr. Mauricio Knobel y posteriormente [David] Ziziemsky. Tanto la profesora Tobar García como el profesor Ziziemsky dejaron una marca imborrable en la carrera y en mi formación. Pero recuerdo a otros, de enorme mérito, como [Luis María] Ravagnan, no solo con un profundo conocimiento teórico sino, además, un expositor fenomenal. Al principio dictaba dos materias: *Introducción a la Psicología* y *Psicología contemporánea*, cuyos equivalentes actuales serían *Psicología I y II* y *Corrientes Actuales en Psicología*. Ravagnan ofrecía un panorama, una visión de conjunto de la historia de la conformación de la psicología como disciplina, dada su gran versación en la materia. Realmente, a mi juicio, fue fantástico asistir a sus clases. Después fue

reemplazado por otro gran profesor, el doctor [Luis Felipe] García de Onrubia, otro personaje excepcional. Es curioso que Ravagnan fuera odontólogo, aunque nunca ejerciera como tal, ya que sus intereses correspondían a la psicología. García de Onrubia, en cambio, era Doctor en Filosofía. Desarrollaba magistralmente las relaciones entre psicología y filosofía. Los dos compartían una gran erudición y capacidad expositora. Tuvimos también excelentes profesores en Filosofía, como Narciso Pousa o Eugenio Pucciarelli, que daban unas clases maravillosas. También viene a mi memoria un excelente profesor de *Psicomatemáticas y estadística*—actual Estadística Aplicada a la Psicología—, Nicolás Tavella, aunque no era un buen expositor, pero resultaba muy claro cuando escribía.

— **¿Fuiste alumna de Fernanda Monasterio?**

Sí, claro. Fue la primera Directora de la carrera.

— **¿Cómo era ella?**

Muy histriónica. Tuvo el enorme mérito de empujar y de insistir en la creación de la carrera. Es un mérito que le corresponde, pero era muy arbitraria en cuanto a los lineamientos que daba. Creía saber de todo y no era así. Los estudiantes tuvimos muchas reyertas con ella. Había un grupo de alumnos que la seguía ciegamente y otro grupo, en el que me incluyo, que tenía una posición bastante contestataria sobre algunas de sus actuaciones. Pero bueno, realmente le dio un fuerte impulso al armado de la carrera. Estuvo muy poco tiempo como Directora del Departamento de Psicología, aunque dictó varias materias. Yo diría que era de las profesoras más deslucidas. Además, tenía creencias algo esotéricas... A ella se debe el intento de pasar la carrera a la Facultad de Medicina. ¿Sabían eso?

— **No encontramos documentos sobre eso.**

No, pero nosotros lo sabemos. No está documentado, pero existía una suerte de compromiso con las autoridades de la Facultad de Medicina. Trascendió que le iban a otorgar la equivalencia de su título de Médica si la carrera pasaba a [la Facultad de] Medicina, pero esto no podemos documentarlo. Raúl Marazzato, mi marido, en ese momento era Consejero Superior, y Adolfo Tesari, Consejero Académico, ambos por el Claustro de Alumnos. Ellos se enteraron de esa circunstancia y emprendieron una campaña en defensa de la permanencia de la carrera en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Hablaron con cada uno de los consejeros, documentaron antecedentes, estudiaron y defendieron esa posición. Finalmente, en la sesión del 3 de diciembre de 1961 se ganó la votación por 28 votos a favor y 4 en contra —los 4 consejeros de la Facultad de Medicina—. Y fue tal el escándalo que finalizada la sesión el Decano de Medicina les dijo: “nos han traicionado”. “Nosotros no”, respondieron ambos consejeros, “con usted no pactamos nada”. Y la carrera quedó en la Facultad de Humanidades, aunque tempranamente existieron intentos para la creación de una Facultad de Psicología, cosa que finalmente sucedió muchísimo tiempo después.

— **¿En qué año fue ese intento por trasladar la carrera a la Facultad de Medicina?**

Esto sucedió entre los años 1960 y 1961, bajo la concepción del psicólogo como auxiliar del psiquiatra, muy al principio de la creación de la carrera. Los entonces consejeros por el Claustro de Alumnos estaban en segundo año. Fue un intento realmente desdichado, que daba cuenta

de la renuencia a la irrupción de un nuevo profesional, inexistente hasta ese momento, más allá de los abundantes antecedentes en materia psicológica del país.

—Probablemente también recuerdes algo más de Mauricio Knobel...

No cursé con él, pero me tomó examen. De hecho, me recibí con la materia que dictaba el Dr. Knobel, en el año 1966, *Psicoterapia*, junto con mi marido y unas siete u ocho personas más. No le habíamos avisado que era nuestro último examen y cuando terminamos lo advertí: “¡me hubieran avisado que se recibían!”. Era alguien que sabía, pero no preparaba suficientemente las clases, que resultaban, muchas veces, una suerte de conversación sobre bueyes perdidos, como manifestaban muchos de los cursantes. Ahora, cuando exponía en una clase de oposición en un concurso lo hacía realmente muy bien.

— ¿Cómo eran los cursos de aquellos años de la carrera?

Muy distintos a los cursos que conocemos ahora. La primera camada se caracterizó porque la mayoría de los alumnos eran adultos de más de 30 años. Los de 18 años éramos minoría. Muchos ingresaron con una trayectoria en la Dirección de Psicología de la Provincia de Buenos Aires o en otras entidades. Entre ellos estaba Pilar Portas, que fue la titular de la cátedra que después estuvo a mi cargo, porque fui Ayudante Alumna, [Ayudante] Diplomada y Jefa de Trabajos Prácticos cuando ella era titular. Pilar Portas, Fany Kugel, Perla Villafañe, Loló Pereyra, Sara Soria, Lina Vallejos... toda la promoción estaba dividida en dos grupos de edades. Esa era una diferencia notable. Otro rasgo es que todos éramos muy estudiosos, cosa que contrasta notablemente con lo que ocurre ahora con algunos estudiantes. En general, la mayoría de los de esa época hemos alcanzado distintas posiciones académicas o profesionales destacadas. Personalmente, tengo un promedio de más de nueve en la carrera, bastante cercano al del conjunto de los alumnos de entonces. Por supuesto que había excepciones, pero era un grupo muy esforzado, que no tenía la disponibilidad de textos ni de otros recursos institucionales como los que ustedes tienen ahora. Cuando uno “pescaba” un libro, lo pasaba, lo compartía, se hacían traducciones permanentemente, había una búsqueda constante de bibliografía.

— ¿Cómo estaba planificada la carrera?

El Plan de Estudios de la carrera del año 1958 contemplaba tres orientaciones: clínica, laboral y educacional, además del profesorado, que tenía su propio plan. Por ejemplo, yo soy Psicóloga Clínica, y eso es algo que, como saben, desapareció. Fue la única carrera del país que tuvo orientaciones. Y, si no me equivoco, comprendía 21 materias en total, con un ciclo común de 15 materias hasta tercer año y uno superior de 5 o 6 asignaturas especializadas. Luego del recorrido realizado durante todos estos años estimo que se trató de uno de los mejores diseños de planes de estudios que tuvimos.

— ¿Por qué?

Porque las orientaciones de grado, y no me refiero a las especializaciones de posgrado, permiten que se dicten un grupo de materias que permitan profundizar en el área a la que corresponden. Les pregunto: ¿actualmente es posible profundizar contenidos relativos a la psicología laboral, en nuestra carrera? Esto no ocurre ni en esa ni en otras áreas, como, por ejemplo, la de la psicología educacional. La carrera, como en el resto del país, tiene un fuerte sesgo clínico.

Sucede algo parecido en el mundo. En cualquier lado, la pregunta acerca de qué es un psicólogo o en qué trabaja, obtendrá por respuesta una actividad que corresponde a una práctica más o menos cercana a la clínica. La particularidad local estriba en la orientación de la clínica y en la insuficiencia de otros desarrollos, presentes en universidades del exterior. En cambio, con aquel plan de 1958 tuvimos compañeros que siguieron la rama educacional, o laboral, y cursaron 5 o 6 asignaturas de esas áreas.

— **¿Y los cursos cómo estaban organizados en aquel Plan?**

Todos eran cursos anuales. Los Trabajos Prácticos eran pocos y se fueron introduciendo paulatinamente, de modo tal que todos, o la mayoría, concurríamos a las clases teóricas a cargo de los titulares. En las modificaciones que aparecieron en los planes posteriores los cursos continuaron siendo anuales. Después, con la omisión de las orientaciones desaparecieron materias de áreas específicas, con excepción del área clínica, y el número total de materias aumentó. Pueden comparar los distintos planes de estudio revisando el libro *Aportes para un nuevo currículum en Psicología de la Universidad Nacional de La Plata* [Piacente, Compagnucci, Schwartz y Talou, 1999]³, resultado del Programa de Formación de Especialistas en Innovación Curricular, organizado por la Asociación de Unidades Académicas de Psicología [AUAPSI] durante el período 1997-2000, en el que intervinieron representantes de todas las facultades de psicología de gestión estatal del país y de la Universidad de la República del Uruguay.

Con respecto a la duración y carga horaria de los planes de estudio, existen ciertas vicisitudes y ambigüedades que tienen que ver con las épocas en las que fueron concebidos y con los usos y costumbres del momento. Por ejemplo, en el Plan de Estudios de 1984, un plan que me tocó defender en el Consejo Superior en ocasión de la reapertura de la Carrera, no estaban estipuladas la carga horaria total ni la correspondiente a cada una de las asignaturas. Esta omisión trajo aparejados momentos difíciles cuando debimos acreditar la Carrera muchos años después. Lo perentorio del diseño del Plan 1984 se debió a que un grupo de profesionales y exprofesores queríamos la reapertura inmediata de la carrera, después de la recuperación democrática del país. En las gestiones que se realizaron entonces tuvieron mucho que ver Gustavo Callejas, una persona ligada al radicalismo de entonces, y su esposa Alicia Moran, que era psicóloga, compañera nuestra en el Hospital de Niños de La Plata [Hospital Interzonal de Agudos Especializado en Pediatría “Sor María Ludovica”]. Ellos hicieron muchísimo por la reapertura de la carrera, después del Golpe, cosa que no se conoce o se conoce poco.

— **¿Quiénes eran esas personas?**

Gustavo Callejas era un ingeniero muy ligado al radicalismo [Unión Cívica Radical] y a la Universidad, conducida en esa época por funcionarios mayoritariamente de esa filiación política. Era especialista en petróleo, un campo totalmente diferente al nuestro, pero que se comprometió

³ Piacente, T., Compagnucci, E. R., Schwartz, L., & Talou, C. L. (1999). *Aportes para un nuevo currículum en Psicología en la Universidad Nacional de La Plata. Temas en Psicología*. FaHCE. [Disponible en <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/93313>].

en la lucha por tal reapertura de la Carrera de Psicología, a instancias de su esposa. El rector normalizador no quería saber nada con reabrir la carrera. Las controversias durante la tramitación hasta el logro final condujeron a que el entonces Decano de la Facultad de Humanidades, David Lagmanovich, se viera forzado a renunciar y consecuentemente fuera reemplazado. Y les recuerdo que en ese momento se trataba de gestiones “normalizadoras”.

— ¿Quién era el Decano de la Facultad de Humanidades?

David Lagmanovich era Profesor en Letras y Ph.D. por la Georgetown University, y se desempeñó como Decano de Humanidades durante un breve periodo, a raíz de los conflictos generados por la reapertura de Psicología. Fue reemplazado por el historiador José Panettieri. Nosotros hicimos el Plan de Estudio del 84 con enorme esfuerzo, porque la consigna final desde el Rectorado era que “si no hacen un plan de estudios nuevo, la carrera no se abre”. Aclaro que nuestra intención fue reabrir la con el último Plan, para poder tramitar su reforma inmediatamente después, con una disposición temporal mayor y con profesores designados, tal como se necesita para algo así. Pero ante la imposición del Rectorado nos reunimos alrededor de 23 exprofesores y colegas para diseñar el Plan —en el expediente correspondiente figura la firma de todos los que intervinieron—. Su consecución fue posible a través de reuniones diarias, durante aproximadamente 3 meses, entre las 22 horas y las 3 horas del día siguiente. Fueron largas sesiones, con mucha discusión para arribar a consensos. Recuerdo, entre otros integrantes, a Carmen [Talou], a Raúl [Marazzato], a Norma Najt, a Norma Delucca, a Isabel Feoli, quien se retiró del grupo porque tuvo serias discrepancias con los demás. Ella sostenía la necesidad de una carrera mucho más orientada hacia aspectos experimentales, más cercanos a perspectivas conductistas. El resto de nosotros sostuvimos la necesidad de establecer consensos entre las muchas perspectivas individuales y de ninguna manera queríamos un plan con una única orientación. No obstante, la revisión actual del Plan da cuenta de la presencia de algunos sesgos.

— ¿Podés identificar alguna corriente teórica dominante de esa época?

Para la década de los 80, y en adelante, ya se preveía la recepción de la orientación lacaniana. Con anterioridad, cuando nosotros cursábamos la carrera, Lacan no estaba presente o lo estaba escasamente, en la universidad y en general el país. La orientación psicoanalítica predominante era la kleiniana. Tuvimos un profesor, el Dr. Edgardo Rolla, a cargo de la asignatura *Psicología profunda*, equivalente a la actual *Teoría Psicoanalítica*, que armó un programa referido a Freud y a Klein. Ahora que lo pienso, las titulaciones de las asignaturas son muy desafortunadas en líneas generales. Antes y ahora también. Rolla era un excelente neurólogo y según sus propias manifestaciones, se cansó de hacer lobotomías. Transmutó su formación hacia el psicoanálisis, de orientación kleiniana, llegando a destacarse entre los profesionales de la época. Mucho tiempo después vino toda una corriente psicoanalítica diferente. De todos modos, con respecto a la pregunta de las corrientes dominantes en nuestra carrera, considero que siempre tuvo un balance mayor, una perspectiva más ecléctica que la de otras carreras del país. Había profesores con orientaciones muy diferentes y eso nos permitió un interjuego mayor entre ciertas cuestiones. Por ejemplo, el Dr. Ziziemsky, a cargo de la asignatura *Psicopatología General*, sostenía una orientación centrada en la obra de Jaspers, con un fuerte trasfondo en filosofía. De

hecho, le faltaban cinco o seis materias para graduarse en la carrera de Filosofía, a la que se dedicó después de recibirse de médico. Es decir, hacía gala de una formación humanística muy amplia. Por otro lado, estuvo a cargo de *Psicodiagnóstico* el Dr. Juan Carlos Pizarro. Al principio, fue un poco resistido, porque venía de la burguesía capitalina y eso generó algunos prejuicios. Pero el Dr. Pizarro realmente era una persona irreprochable, con una manifiesta posición de izquierda, con ideas innovadoras, especialista en Rorschach y gran conocedor de todo lo que era la psicopatología de orientación francesa, particularmente de la obra de Henri Ey. Un intelectual que concitó el respeto de todos los alumnos. Entonces, teníamos las dos versiones psicopatológicas predominantes en la época: por un lado, Jaspers y la corriente alemana, y por el otro, Ey, la corriente francesa. Y en ambos casos, a grandes expositores. Hoy rescato y agradezco infinitamente a profesores como a [Luis María] Ravagnan, [Luis Felipe] García de Onrubia, Pizarro y [David] Ziziemsky. Con tres de ellos me desempeñé como Ayudante Diplomado. Con el Dr. Ziziemsky tuve la suerte de trabajar, luego, en el Servicio de Neurología y Psicopatología Infantojuvenil del Hospital [Hospital Interzonal de Agudos Especializado en Pediatría “Sor María Ludovica”, ex “Hospital de Niños”], durante largos años.

—También se estudiaban corrientes de la psicología soviética, por lo que se ve en algunos programas...

Es cierto, en algunas materias se introdujeron las contribuciones de [Iván] Pávlov y de otros autores soviéticos. Muy inteligentemente, [Luis María] Ravagnan incluía en sus programas las obras de Rubinstein y Luria, mucho más interesantes que Pávlov. Incluso, desde hace un tiempo existe un redescubrimiento de Vigotsky, pero en el 62 ya leíamos *Pensamiento y Lenguaje*. Lo introdujo Ravagnan, que era absolutamente versado en esos temas. Más tarde, sin Ravagnan, Vigotsky quedó olvidado durante mucho tiempo, como otros nombres de tanta relevancia que quedaron en el olvido o escasamente representados, como [René] Zazzó, [George Herbert] Mead, [Jean-Paul] Sartre, [Maurice] Merleau-Ponty...

—En tu CV consta que fuiste Ayudante en varias cátedras, desde muy joven ¿En qué año comenzaste a ejercer la docencia?

Yo entré a la Facultad, como Auxiliar Alumna, en 1964.

— ¿De la cátedra de Psicopatología?

No, de Psicopatología en el 66, cuando me recibí. Primero me desempeñé en las asignaturas Introducción a la Psicología, de 1964 a 1966, y Psicometría, como Ayudante Alumna, de 1964 a 1967. Fui luego Ayudante Diplomado, del 67 al 71 y luego de Jefe de Trabajos Prácticos, del 71 al 78, año en el que se limitaron mis funciones. Actualmente se la denomina Fundamentos Técnicas e Instrumentos de Exploración Psicológica I, asignatura en la que concursé y obtuve el cargo de Profesor Ordinario en el año 1986. La de entonces y la de ahora no son denominaciones felices. Debería mutarse el nombre por el de Evaluación Psicológica, tal como sucede en la mayoría de los planes de estudio de las carreras de psicología del país y del exterior. Cabe aclarar que la designación actual no fue la originalmente propuesta en el año 1984, sino una modificación de la profesora Mora Penna, a la sazón, vicedecana de la Facultad de Humanidades [y Ciencias

de la Educación]. También fui ayudante de otras materias: Ayudante Diplomada en Psicopatología General, en el Curso de Ingreso y en Psicología Evolutiva I. En esta última cátedra, el trayecto fue accidentado. Luego del fallecimiento de su titular, el Dr. Ziziemsky, en el año 1976, fue propuesta para ese cargo la Psicóloga Norma Najt. Norma me invitó a trabajar con ella como Jefa de Trabajos Prácticos, oferta que acepté inmediatamente, porque nos unían, además de la amistad, años de trabajo en el Hospital. Pero, finalmente, el nombramiento de Najt no fue aprobado —nunca supimos las razones, pero tenemos fuertes sospechas de que se trataba de razones políticas poco claras, como sucedió corrientemente en ese trágico contexto—. Una persona del área administrativa de la Facultad me notificó que la Profesora Najt no sería nombrada, pero que mi nombramiento seguía en pie ¿Cómo iba a ser Jefa de Trabajos Prácticos de una materia a cargo de un titular que no designaron, y sin saber por qué? Inmediatamente presenté mi renuncia y la designación que estaba en marcha fue, finalmente, de solo un mes.

—Pero tenías otro cargo en la Facultad de Humanidades [y Ciencias de la Educación]...

Sí, me quedé en las materias en las que ya venía ejerciendo. Yo empecé como Ayudante Alumna, después Diplomada, en Psicometría, luego ingresé como Jefa de Trabajos Prácticos en 1971 y como titular en 1986. También proseguí en Psicopatología, en la que me desempeñaba desde el año 1967, acompañando a la Profesora Titular Carmen Talou, en calidad de Adjunta. Es gracioso que algunos colegas sostuvieron que en esa época obtuve una designación Exclusiva..., basta revisar mi legajo para comprobar que me desempeñé con dedicaciones simples y el último tiempo *ad-honorem*. Recuerden el “cupo cero”, que impedía el ingreso a la Carrera, pero continuaban sus estudios los alumnos que la iniciaron con anterioridad. Finalmente, se suspendieron las materias, cuando ya no quedaban alumnos. Y volví a reincorporarme como Secretaria del Departamento de Psicología en el año 1984, cuya Directora fue la Profesora Talou, con quien trabajamos arduamente por la reapertura de la Carrera. En el año 86 nos presentamos la Profesora Liliana Schwartz y yo a concurso para cubrir los cargos de Profesor Titular y Adjunto de la cátedra Fundamentos, Técnicas e Instrumentos de Exploración Psicológica I, y fuimos compañeras de cátedra durante muchos años. Me designaron como Titular y a Liliana como Adjunta.

—Mencionaste también al Hospital de Niños [Hospital Interzonal de Agudos Especializado en Pediatría “Sor María Ludovica”], tu otro espacio de trabajo, además de la universidad. ¿Cómo llegaste ahí?

Yo me recibí en el 66, estaba empleada en la administración pública, y en ese momento se podía solicitar el pase hacia otra repartición del Estado. Como había rendido un muy buen examen final con el Dr. Ziziemsky, fui a hablarle al Hospital y le dije frontalmente: “¿usted me admitiría si pido el pase de mi cargo a este Servicio?”. “Sí, cómo no; pida el pase que la acepto”, me contestó. Ya había cuatro o cinco psicólogos trabajando allí y yo me sumé a ese Servicio. En él se nucleó un gran grupo de psicólogos. Allí estuvieron Norma Najt, Graziela Napolitano, Carmen Talou, Inés Estévez, Graciela Sosa Córdoba, Alicia Moran, María del Carmen Rodríguez, Dora Gola —quien después fuera la esposa del Dr. Ziziemsky— y progresivamente muchos más.

— ¿Qué tareas desarrollaban en el Servicio [de Neurología y Psicopatología Infantojuvenil] a cargo de Ziziemsky?

Tareas de atención en consultorio, investigación y extensión. Paulatinamente fuimos diversificando nuestras prestaciones. Por ejemplo, Carmen Talou se especializó en todo lo que concierne a la primera infancia, estimulación temprana y trastornos del desarrollo. Fue, y es, una especialista en el tema. Graziela Napolitano y Graciela Sosa Córdoba profundizaron sus intervenciones de orientación psicoanalítica. Solíamos hacer admisiones de manera conjunta, con Graziela y otro grupo de gente. Yo me especialicé en retardo mental y trastorno de los aprendizajes, tema al que me dediqué durante mucho tiempo. Debo destacar que ese Servicio tuvo una enorme ventaja por la cual todos le reconocemos a David Ziziemsky el beneficio que supuso el habernos obligado a estudiar permanentemente. Era una persona muy exigente con él mismo y con los demás. Finalmente, eso se lo agradecemos, porque nos condujo a una actualización constante. A nosotros nadie nos preguntó si sabíamos leer en inglés o en francés. En cualquier momento nos podía indicar que teníamos que preparar tal o cual artículo, en otro idioma, para discutirlo posteriormente. Justamente, una preocupación constante era la articulación teórico-clínica y el diagnóstico diferencial, discutidos en reuniones y ateneos en los que se presentaban casos. Así aprendimos todos. En el Servicio hacíamos, además de admisiones y tratamientos, una cantidad de actividades por fuera del consultorio: investigaciones —recuerdo algunas sobre autismo infantil precoz, sobre discapacidad intelectual, entre otras—, cursos de actualización y todo lo que ahora se conoce como extensión, generalmente destinada a maestros, asistentes educacionales, psicólogos y médicos. Versaban sobre diversas temáticas, desde dislexia, trastorno del desarrollo, del lenguaje, psico-síndromes orgánicos crónicos y agudos, neurosis infantiles hasta cursos de metodología de la investigación en psicología, uno de los cuales dictó el profesor [Luis Felipe] García de Onrubia. Algunos eran gratuitos y los aranceles de algunos cursos estaban destinados a la compra de revistas científicas. Estábamos suscriptos a una gran cantidad y sabíamos que el conocimiento de última generación estaba en ahí y no ya en los libros. La *Clinical Psychology*, *Educational Psychology*, *L'Année Psychologique*, y unas 20 más, principalmente en inglés y en francés. Todavía deben estar en la biblioteca, si no se han perdido, porque después el Servicio se fue empequeñeciendo. Es realmente una pena, porque llegó a ser de excelencia.

—Durante los años 70 fue invitado Oscar Masotta para alguna actividad del Servicio...

Sí, también, aunque no lo recuerdo con exactitud, dictó un curso breve sobre temas de su especialidad. De todos modos, era habitual la invitación a profesionales visitantes para que dictaran un curso o una conferencia sobre distintos aspectos de interés para el plantel del Servicio. Esto habla de la apertura que imperaba y de la preocupación constante por la formación en pro de la mejora de las prestaciones.

— ¿Era muy solicitado?

Muy solicitado. Todavía hoy escucho a colegas decir “¡Ay! Cuando ustedes estaban en el Hospital teníamos a quién derivar, a quién consultar”. Era un lugar de referencia. Y nosotros como psicólogos, que recién nos iniciábamos en la profesión, jamás fuimos objeto de renuencia

de parte del plantel médico ni del resto de profesionales del Hospital. Muy por el contrario, se nos consultaba permanentemente. Recibíamos no solo a una gran cantidad de consultas diarias en los consultorios externos, sino la interconsulta de otros servicios. En el Hospital los servicios eran, y entiendo que lo son en la actualidad, de alta calidad y algunos de muy alto riesgo, como los que atienden a pacientes quemados u oncológicos. Desde ellos nos convocaban frecuentemente solicitando interconsultas. Obviamente, [David] Ziziensky concitaba mucho respeto, no solamente en especialidades como la neurología o psiquiatría, era un hombre consultado en clínica en general. Además, con un nivel de apertura muy grande, tal como se desprende de lo que les comento.

— **¿Cómo estaba conformado el equipo de aquel Servicio?**

Fonoaudiólogos, psicólogos, neurólogos, psiquiatras... En caso de necesidad de pediatras se convocaba a los de otros servicios. Recuerdo que el Dr. Emilio Dupetit, un psicoanalista, formó parte del plantel profesional del Servicio. En muchas oportunidades compartí con él las entrevistas de admisión. También formamos parte de un organismo particular del Hospital denominado Comité de Malformados Craneofaciales, integrado por neurólogos, sociólogos, fonoaudiólogos, psicólogos, pediatras y cirujanos plásticos. Ahí trabajó intensamente Carmen Talou durante mucho tiempo. Además de los miembros permanentes, concurrían a trabajar, de modo gratuito, los cirujanos plásticos más importantes del país. Hemos presenciado verdaderos “milagros” a través de los logros de sus operaciones. Otro logro importante del Servicio fue la recepción de residentes en psicología. Parte del equipo de psicólogos tuvo una activa participación en la creación de las Residencias en Psicología —formamos parte de la Comisión convocada por el Ministerio de Salud para su creación, con Graziela Napolitano, Graciela Sosa Córdoba y Carmen Talou, además de otros integrantes— y luego en la formación de los residentes incorporados al Servicio. La misma estaba avalada por nuestra participación previa en la formación de residentes de psiquiatría, es decir, que ya contábamos con actividades destinadas a ese efecto, complementadas con supervisión de los profesionales ingresantes.

— **¿Y el Hospital mantenía relaciones con la Carrera de Psicología?**

Sí, en la medida que el Dr. Ziziensky era profesor Titular y algunos de nosotros Ayudantes de la cátedra de Psicopatología y de otras. Dábamos las clases en el Hospital aprovechando la disponibilidad de una especie de anfiteatro con gradas para su dictado, así como la posibilidad de lo que se denominaba presentación de pacientes. Todos los ayudantes teníamos que concurrir con el tema de la clase preparada, ya que Ziziensky podía indicar: “hoy da clases usted”. La presentación de pacientes quedaba a su cargo. Transmitía información invaluable surgida de su conocimiento y experiencia clínica; y durante la carrera también nos beneficiamos de las presentaciones que realizaba el Dr. [Juan Carlos] Pizarro en el Hospital Gutiérrez y en el Hospital de Melchor Romero [Hospital Neuropsiquiátrico Alejandro Korn, hoy denominado Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos Dr. Alejandro Korn]. Siempre invitaba a un paciente y le hacía una entrevista. Ambos profesores daban cuenta de su experticia cuando exponían sobre ese paciente en particular. Eso fue posible, entre otras cuestiones, porque había muy pocos alumnos. Con cursos de 500 alumnos no es posible implementar la misma modalidad.

— ¿Hasta qué año estuviste en el Hospital?

Hasta 1990. En esa fecha nos convocaron a Carmen Talou y a mí desde la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires [CICPBA] para formar parte de un equipo de investigación, responsable de implementar un proyecto colaborativo a realizar en Argentina, Chile y Uruguay. Se denominó “Estrategias de alimentación, crianza y desarrollo infantil en zonas de la pobreza urbana” y fue cofinanciado por el International Development Research Center [IDRC] de Canadá y patrocinado por UNICEF [Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia]. La misma agencia financiadora lo hizo en los tres países con tres equipos diferentes de investigación. En nuestro caso la convocatoria fue realizada a través de la Doctora Adelaida Rodrigo, que era la Jefa del Servicio de Rehabilitación Nutricional del mismo Hospital e Investigadora de Carrera de la CICPBA. Comenzamos a trabajar en un proyecto de gran envergadura. En cada país interviniente se conformaron equipos de investigación integrados por profesionales procedentes de distintas disciplinas: psicólogos, médicos, sociólogos, nutricionistas. Viajamos muchas veces a Chile, y Uruguay, así como los investigadores de ambos países vinieron al nuestro. A nivel local, conformamos un equipo de cerca de 40 integrantes, encargado de examinar aproximadamente a 1.600 niños de 0 a 5 años y a sus respectivas familias. Se trataba de obtener información desde el punto de vista nutricional, del desarrollo psicológico y de las prácticas de crianza, a través de la evaluación de los niños y de entrevistas realizadas con las madres, para luego devolver los resultados a la comunidad, por medio de talleres de confrontación diagnóstica. El trabajo se realizó en 7 villas miseria de la zona del Gran La Plata y del sudeste del Gran Buenos Aires. Por ello, teníamos necesidad de tener un gran número de integrantes. Llegó un momento en que el trabajo presentó dificultades logísticas, por el número de integrantes que intervenían y las zonas en las que se realizaba. Era necesario que, al mismo hogar, en distintos momentos, ingresaran tres investigadores destinados a relevar diferente información. Esto es tanto o más problemático cuando se trata de zonas como Villa Rubencito o Altos de San Lorenzo o lo que era el Sapito de Lanús, donde es muy difícil identificar el domicilio y la ubicación de las personas. A una misma casa entraba un psicólogo, que hacía la entrevista sobre prácticas de crianza, un médico antropometrista encargado de evaluar el estado nutricional y un estudiante de psicología, destinado a evaluar el desarrollo psicológico de los niños. En ese momento yo ya tenía cargo de Profesora Titular —había ganado el concurso años atrás—. Esto me permitió capacitar a diez alumnos que cursaban la materia para que se encargaran de la evaluación del desarrollo psicológico. La capacitación fue intensiva y luego los integrantes fueron monitoreados y supervisados. Salíamos al terreno en una camioneta con veinte personas. Hacíamos mapas de manzanas y regiones para identificar casas y familias. Con ese trabajo ganamos el premio al Mejor Trabajo de Campo en Medicina Social, otorgado por la Asociación Argentina de Pediatría. A mí me tocó, en principio, incluirme como responsable del área de evaluación, en la que se aplicaron pruebas específicas que habían ideado los chilenos, y luego, como directora de todo el proyecto. Los profesionales transandinos tienen una enorme tradición en este tipo de tareas y yo les estoy enormemente agradecida; aprendí muchísimo con ellos desde el punto de vista de la investigación. Los uruguayos, en cambio, estaban igual o peor posicionados que nosotros.

Comento esto porque el monto de trabajo fue tal que me resultó imposible seguir con mis tareas en el Hospital. Es así que, primero, pedí una licencia sin goce de sueldo, y cuando ya tenía 55 años y podía acceder a la una jubilación, por tratarse del desempeño en áreas denominadas peligrosas, me jubilé, aunque continué con mis actividades académicas.

—Es decir que estuviste aproximadamente treinta años en el Hospital...

Sí, muchos. Y le agradezco muchísimo al hospital público, por la formación intensa que supuso. El espectro de pacientes y situaciones que se atienden allí, difícilmente se compare con el de una institución privada o con el ejercicio privado de la profesión, a la que también le dediqué mucho tiempo. Dejé de ejercerla en el año 1993, cuando el cargo de Secretaria de Gestión implicaba una dedicación exclusiva.

—Vos seguiste el camino del hospital público. ¿Qué otros caminos podían seguir los graduados de tu generación que se querían seguir formando?

La pregnancia del psicoanálisis tuvo como fenómeno subsidiario al grupo de estudio privado. Si a ese fenómeno se le adiciona el hecho de que en la época de la dictadura casi era mala palabra decir que eras psicólogo, y que la universidad estaba intervenida, se entiende toda esa cultura del grupo de estudio. En La Plata la Carrera de Psicología no se cerró como en otros lados, pero como les comentaba anteriormente se impuso el llamado cupo cero y año tras año iba disminuyendo el número de alumnos. En ese contexto, la gente se refugió en el grupo de estudio como modalidad. Los temas de esos grupos eran mayoritariamente psicoanalíticos, algunos más felices que otros. Pero hubo otros. Personalmente asistí a un grupo de estudio, integrado por psicólogos y médicos, sobre reflexología, que incluía obras de Pavlov y de otros autores rusos.

—Muchos psicólogos de esa época consideran que el grupo de estudio fue la vía de formación continua privilegiada...

Era la principal, de eso no hay dudas. No existían los posgrados. Desde luego que muchos otros psicólogos participaron de la formación en otros hospitales, pero, debo decirlo, sin la visión que tuvo David Ziziensky acerca de la necesidad de estudiar continuamente. A decir verdad, siempre hubo una especie de puja entre otros servicios y el Servicio del Hospital de Niños, porque tenía mucho prestigio. El equipo, principalmente de psicólogos, presentaba resultados de sus indagaciones clínicas y de investigación en congresos, aunque se escribían pocos artículos en ese momento. El mismo Ziziensky tenía pocos escritos. El que contaba con más publicaciones en esa primera época fue [Luis María] Ravagnan, que preponderantemente escribía libros, tres o cuatro de mucho interés y, además, muchos artículos, generalmente de difusión en periódicos del tipo de La Nación. Escribía muy bien, igual que [Luis Felipe] García de Onrubia y Ziziensky. Daba placer leerlos, y ahora también. Lo cierto es que para la formación de los graduados no había muchos caminos posibles, se fue haciendo al andar... Piensen que fuimos los primeros psicólogos del país. Y todo ese campo se fue armando paralelamente a la conformación de la primera Asociación de Psicólogos, antes de la existencia del Colegio, luchando por la sanción de las primeras leyes que regularan nuestro ejercicio profesional, hasta que finalmente nos colegiamos. Al principio fue una lucha feroz. Uno de los resultados de ese panorama fue el cambio de

plan de estudio. Se dejaron de lado las orientaciones para pasar a la titulación única de Psicólogo. Yo no soy Licenciada, soy Psicóloga Clínica. Los que vinieron después recibieron el título de Psicólogo y, más tarde, el de Licenciado en Psicología. ¿Por qué fue eso? Porque hubo una gran discusión y se acordó que para la inserción laboral era más estratégico tener un título único. Se entendía que el título orientado, desde el grado, impedía el acceso a ciertos puestos de trabajo, conseguidos con muchísimo esfuerzo, en áreas diferentes a las de la orientación de grado.

— ¿Dónde se dio esa discusión sobre los títulos?

En nuestro caso, como en el de otras disciplinas, en el Ministerio de Educación, acompañando la normalización de las universidades. La Asociación de Psicólogos luchaba por la legislación, la ley de colegiación y de ejercicio profesional. Eso es lo que tiene que hacer un colegio. Los títulos se discutían a nivel ministerial, con intervención de representantes de todas las universidades y de los colegios profesionales.

— Además del grado existía un doctorado ¿Cómo era ese postgrado?

No había un plan de estudios específico. Estaba mencionado en los planes, en los que se indicaba la posibilidad de un doctorado. Incluso en el Plan 1984, personalmente señalé que la Carrera culminaba con el Doctorado en Psicología. Fue una inclusión afortunada ya que posibilitó, muchos años después, la admisión de la Carrera de doctorado ante la CONEAU y la Dirección de Gestión Universitaria del Ministerio para su acreditación. El diseño de esa Carrera estuvo a mi cargo, razón por la cual, y en atención a mi participación en la dirección de proyectos y en la formación de recursos humanos en investigación, la Facultad de Humanidades me reconoció, en el año 2003, la formación equivalente a la de Doctor.

— ¿Se doctoró alguien en aquellos primeros años de la Carrera?

No, nadie. Pero no solo en Psicología, también eran escasos los que se doctoraron en el resto de las carreras de la Facultad de Humanidades, excepto en el caso de Filosofía e Historia. Algunos pocos psicólogos se doctoraron antes, pero en otras universidades. El doctorado en esta Carrera casi te digo que es una suerte de invento mío, aunque eso no va a figurar absolutamente en ninguna parte.

— Entonces, los doctores en psicología de la UNLP son posteriores al 84.

Uno de los primeros doctores de La Plata, que yo recuerde, fue Carlos Escars. En esa época todavía no existía una facultad independiente, sino el Departamento de Psicología, conjuntamente con otros departamentos de las demás carreras que integraban la Facultad. Como el Doctorado era de Humanidades y Ciencias de la Educación, en la Comisión de Grado Académico participaban representantes de todos los departamentos, no sólo psicólogos. En realidad, la Carrera de Doctorado, en tanto tal, estuvo hasta no hace mucho en una situación legal extraña, porque la Licenciatura, en su conjunto, no estaba inscripta en el Ministerio de Educación.

— ¿Por qué? ¿Qué pasó?

¿Qué pasó? Los planes de estudio se aprueban primero en el Consejo Académico —lo que actualmente es el Consejo Directivo— y luego en el Consejo Superior de la Universidad. Posteriormente, tienen que pasar a nivel ministerial por la Dirección de Gestión Universitaria y hoy por la CONEAU. Si no se cumplen esos pasos, un plan no está aprobado. Nuestro Plan de

Estudios no pasó por dicha Dirección, porque en esa época, en el tumulto de todas las carreras que se reabrieron y en pleno proceso de normalización, se omitió esa instancia final desde el Rectorado. Aproximadamente en el año 2003, ese error fue advertido por Francisco Senegaglia, por entonces Presidente del Colegio de Psicólogos, a raíz de las gestiones que realizó para el desarrollo de Carreras de Especialización a dictarse en convenio entre la Facultad y el Colegio. Transmitió esa información a la Facultad y recién en ese momento se completaron las tramitaciones correspondientes. Imaginen el problema suscitado por la cantidad de títulos que ya se habían emitido. Afortunadamente, en ese momento se inscribió la Carrera. Incluso había una necesidad de formalizar y explicitar la carga horaria del Plan y de las asignaturas. Pueden ver en el expediente de ese trámite que la fecha de la foja final es muy posterior a la de la fecha inicial. El trámite de rectificación estuvo a cargo del entonces Decano, el Dr. Aníbal Viguera, para lo cual tuvo que estipular horas totales y específicas por asignatura. Como teníamos algunas asignaturas cuatrimestrales y otras anuales, se resolvió establecer un patrón de 16 y 32 semanas respectivamente; se hizo una multiplicación simple tomando como criterio 6 horas semanales de cada asignatura y de allí surgieron 96 horas totales por asignatura cuatrimestral y 132 horas totales por asignatura anual. La carga horaria total de los 6 años daba 4.032 horas. Se trata de estimación aproximada debido a que originalmente no estuvo estipulada la carga horaria real, ni en este ni en los planes anteriores. Este es un aspecto que debería revisarse en ocasión de posibles modificaciones del Plan.

—Norma Delucca contaba que había serias pugnas para que las materias fuesen anuales...

En el 84 todas eran anuales. Fue, el Dr. Osvaldo Guariglia, Director del Departamento de Filosofía, quien trajo la propuesta para que todas las materias de la Facultad pasaran a ser cuatrimestrales. Esa propuesta fue aceptada por muchos. Sin embargo, aparecieron problemas manifestados no solo por parte del claustro de Profesores de la Carrera de Psicología, sino por el de toda la Facultad. Algunos fundamentaron su desacuerdo señalando la imposibilidad de un dictado cuatrimestral, en razón de los contenidos a tratar. Se discutieron las condiciones de cada asignatura, que, en nuestro caso, tuvo como resultado el engendro actual, porque es un verdadero engendro, de materias anuales y cuatrimestrales en un mismo plan que sostiene correlatividades horizontales entre materias del mismo año. Esto da por resultado que una materia del segundo cuatrimestre tenga como correlativa previa una anual, que aún no ha finalizado, con los problemas que esto ocasiona, para cuya solución se ha apelado a distintos recursos. En realidad, es posible la existencia de materias de diferente duración, habida cuenta de los contenidos que incluyen. Pero, en tal caso, una solución posible que evitaría el problema de las correlatividades del mismo nivel, es, a mi juicio, modularizar las materias anuales para que en lugar de implementar una materia anual sea posible segmentarla en dos materias cuatrimestrales, para evitar que el sistema de correlatividades colisione, tal como ha ocurrido. Eso sucedió aproximadamente en el año 1986.

—O sea que el sistema de correlatividades estuvo pensado para asignaturas anuales.

Claro. Pero ese sistema se desajustó cuando se cambió la duración de las cursadas y esto ocasiona muchas dificultades, ya que un sistema de cursadas mixtas merece un análisis par-

ticular. Además, vinieron aparejados otros inconvenientes relativos a la incorporación de nuevas asignaturas en el Plan 1984. Cotejen cuántas son las asignaturas que siempre se han incluido en los planes de estudios y cuáles son novedades del último Plan. Por ejemplo, Lingüística no figuraba. Personalmente insistí mucho en incorporar Lingüística, porque entendía que era importante, ya que sus contenidos constituyen insumos de distintas materias, como las psicologías evolutivas, las clínicas y otras. Actualmente opino que más que una materia sobre lingüística debería tratarse de una sobre psicolingüística. Pero ocurre que, muy tardíamente, las materias de otros campos disciplinares —como Antropología, Filosofía, Lógica, Sociología y Lingüística— se dictaron con profesores de nuestro propio plantel docente. Recién ahora se logró eso. Anteriormente los profesores venían de otras carreras, sin atender a las necesidades específicas que tiene la psicología. Y aún ahora persisten dificultades a ese respecto. Además, entre otras cuestiones, el Plan de 1984 tuvo un tratamiento inédito en toda la universidad. Cuando pasó al Consejo Superior, la entonces vicedecana, Profesora Mora Penna, no estaba del todo conforme con el diseño elaborado y lo hizo revisar por otros profesores ajenos a la carrera. Van a encontrar que hay apreciaciones —no sé si ahora figurarán en el expediente, pero en su momento lo leí— provenientes, por ejemplo, de profesores de la Facultad de Veterinaria. Existe al respecto una larga tradición, respetada durante las gestiones democráticas, de no modificar los planes de estudio en el Consejo Superior, porque sus integrantes no son especialistas en todas las disciplinas. En caso necesario se solicitan aclaraciones o ampliaciones a la misma facultad de origen. Fue una circunstancia desdichada. Finalmente volvió con enmiendas y nosotros las contestamos. En muchas de ellas contamos con la colaboración de Ricardo Ruiz, profesor en la Carrera, en largas tardes de trabajo en la casa de Carmen Talou. Evidentemente en toda negociación uno gana y pierde algo, pero de alguna manera no se respetó totalmente el espíritu con el que había sido diseñado el Plan. Por ejemplo, desapareció la asignatura Psicología III. Otro problema, posiblemente emanado del número de estudiantes, concierne a que las materias del último año fueron originalmente pensadas como preponderantemente profesionalizantes, a través de pasantías supervisadas en distintos ámbitos de aplicación de la psicología, de modo tal que implicaban, en principio, la concurrencia a escuelas, a instituciones ligadas a la justicia o al trabajo y a hospitales para realizar las prácticas correspondientes. Pero resultaron ser todas materias más o menos teórico-prácticas. El último inconveniente importante a ese respecto surgió de la acreditación de la Carrera ante la CONEAU. Establecidos los estándares de acreditación, que fijaban la obligatoriedad de al menos 250 horas de prácticas supervisadas, fue necesario incluirlas en las materias de aplicación, con 20 o 50 horas, según se tratara de asignaturas cuatrimestrales o anuales. En ese momento, a diferencia de la situación en otras facultades de psicología del país, esa fue la única forma de incluirlas para que nuestra Carrera resultara acreditada. No obstante, tal como están, son absolutamente insuficientes, un problema que no tiene resuelto ninguna de las facultades de psicología nacionales, de gestión pública o privada, de modo tal que esta es una cuestión a discutir.

—Hablaste de las novedades del Plan 84, y allí aparece la asignatura Clínica de Niños, que no existía en los planes previos...

Sí, insistimos mucho en la necesidad de tener una psicopatología infantil y una clínica de niños. ¿Por qué? Porque creíamos que estaba muy subrepresentado en los planes anteriores, donde se daba una psicopatología general en la que se veían pocos aspectos específicos referidos a niños. Y en las clínicas, por supuesto, no se veía nada de infancia. No es lo mismo la psicopatología y la clínica infantil que la de un adulto. En consecuencia, ameritaba un tratamiento especial. También nos opusimos a que Psicología Experimental tuviera ese nombre, cuando en realidad debería llamarse “Diseños de investigación en psicología”.

— ¿Cuáles considerás que son los rasgos más destacados del Plan del 84?

En primer lugar, hay una serie de innovaciones a nivel de los contenidos. Específicamente, aparecen materias como Lógica, Lingüística, las psicopatologías, las clínicas. Pero hay un problema transversal que me preocupa mucho, del Plan y de la manera en la que las asignaturas están planteadas. Diría que en el diseño de nuestra Carrera la investigación siempre fue una especie de Cenicienta, con un lugar marginal o insuficiente. La investigación, además de las actividades propias de su planificación e implementación, requiere de su posterior textualización. Ambos aspectos, que implican un gran trabajo, no están suficientemente cuidados en el Plan de Estudios. Muchos de los alumnos, y aun de los egresados, no están habituados a producir conocimientos y a comunicarlos, ya sea en un artículo, en un congreso o una monografía. ¿Por qué hay tanta dificultad con las tesis doctorales? Porque no se pasa de escribir nunca, o escasamente, a tener que producir una tesis doctoral. Ese salto es muy difícil y lo observamos diariamente. Para escribir textos académicos, se tiene que enseñar a hacerlo. No es un saber oscuro y oculto. Es algo que se enseña y se aprende. Algunos tendrán más dificultades que otros, tal como ocurre en todas las actividades de este mundo.

– ¿Y el enfoque cultural es una novedad del último Plan? ¿Es consecuencia del paso de una Antropología Filosófica a la Antropología Cultural?

No, siempre hubo un enfoque cultural. El primer profesor fue el doctor Juan Cuatrecasas, un destacado antropólogo español. Y desde aquella época se trató de una antropología cultural. Lo que pasa es que, además, había una Antropología Filosófica, pero como asignatura complementaria.

—Volviendo a tu recorrido, tu participación en la universidad también incluyó diversos cargos de gestión...

Sí. En el período de normalización, Carmen Talou se hizo cargo del Departamento de Psicología de la Facultad de Humanidades. Por mi parte me desempeñé como Secretaria. Luego Carmen renunció y fui designada como Directora del Departamento. Más tarde me designaron en la Secretaría de Gestión de la Facultad, que supuso abandonar la dirección del Departamento. En realidad, ejercí ese cargo en dos períodos: 1985-86, en reemplazo de la Profesora Carmen Talou, y luego en 1995-96, en reemplazo del Profesor Jorge Zanghellini. A su vez, en el primer período, fui reemplazada por el Profesor Ricardo Ruiz. Ruiz era un excelente profesor, pero muy irascible. Formó a muchos de sus auxiliares y tuvo serios enfrentamientos con otros. Recuerdo su empeño en el trabajo y, al mismo tiempo, decisiones inconsultas, como desprenderse del

material documental que tenía el Departamento de Psicología. En síntesis, secuencialmente, la Dirección del Departamento, desde 1984, estuvo a cargo de Carmen Talou, Telma Piacente, Ricardo Ruiz, Norma Najt, Jorge Zanghellini, Telma Piacente, Carmen Talou, Juan Carlos Domínguez Lostaló y Norma Delucca. La profesora Delucca, durante su gestión, nombró como Secretaria del Departamento a la profesora Edith Pérez, quien fuera más tarde la Decana de la nueva Facultad.

—Más allá de los eventos conocidos, ¿qué recordás de ese proceso que condujo a la creación de la Facultad de Psicología?

Fue muy desgastante, con diferentes frentes, internos y externos a la Carrera. Estuvimos un año y medio discutiendo junto a Norma Delucca, con los alumnos que no querían aceptar el pedido de pase a facultad. Después nos enteramos cuales eran las verdaderas razones para hacerlo. Por un lado, algo que nos resultaba insólito. Lo que sucedió fue que en respuesta a la pregunta obvia del Rectorado de la Universidad acerca del financiamiento previsto para funcionar como facultad independiente, nosotros simplemente ocultamos la verdad. Afirmamos que en realidad no se necesitaban tantos recursos, que con los que teníamos iba a ser suficiente, sabiendo que no era cierto, pero que era la única manera de convencer a las autoridades. Entonces, incluimos en el presupuesto previsto un ítem que señalaba “otras fuentes de financiamiento”, bajo el entendimiento de posibles subsidios de entidades estatales como los que otorga, por ejemplo, el CONICET. Eso fue interpretado de otra manera, como subsidios de empresas nacionales e internacionales, o sea, como una especie de puerta hacia la injerencia del sector empresario en la educación. Recuerdo que el día que se aprobó en el Consejo Académico la solicitud de creación de la Facultad de Psicología, le dije al Decano: “bueno, ahora José Luis [de Diego] quiero que me digas cuáles son las empresas nacionales y multinacionales interesadas en el Plan de Estudios de Psicología”. Me miró y me dijo: “tranquila, las estoy frenando en la puerta”. Ciertamente era algo absurdo. Cuando a una empresa le interesa investigar algo dispone de su propio centro de investigación. Jamás se interesan en los planes de estudios, no les importa, y menos aún el de psicología. Fue algo que hoy resulta casi gracioso. Pero había algo más en la renuencia estudiantil. En realidad, algunos grupos de alumnos no querían la conformación de una Facultad de Psicología, por temor a no ganar el Centro de Estudiantes, un criterio bastante penoso, y en parte responsable de que otras carreras como la de Trabajo Social, con una trayectoria académica muchísimo menor, se constituyera en Facultad antes que Psicología. Pero finalmente lo logramos y entiendo haber contribuido a su desarrollo.

—En todo este recorrido posterior a la reapertura de la Carrera, antes y después de la creación de la Facultad, formaste a mucha gente, en la cátedra y en numerosos cursos de postgrado en todo el país. Pero especialmente formaste doctores que defendieron diversas tesis en el campo del desarrollo y los aprendizajes. ¿Qué aspectos podrías destacar de esa parte de tu carrera?

Mi preocupación fundamental siempre fue la formación de recursos humanos en docencia e investigación. De los tres pilares del quehacer universitario —investigación, docencia y exten-

sión— la primera asume una suerte de protagonismo en tanto legitima las actividades de docencia y extensión. Todas son igualmente importantes y los alumnos merecen recibir formación a ese respecto. Muchos docentes se formaron a mi lado y hoy se desempeñan como profesores. Desde mi reconocimiento oficial de formación equivalente a doctor, pensé mucho acerca de la oportunidad de realizar mi propio doctorado. Sin embargo, entendí, y sigo pensando de la misma manera, que era mucho más útil formando doctores y especialistas a quienes tenían por delante muchos años de vida académica, en contraposición al de mi escaso horizonte en razón de mi edad. El diseño de la Carrera de Doctorado, así como mi posterior participación en su acreditación, la dirección de seis tesis doctorales finalizadas y otras que aún están en curso, la codirección de otras tantas y la participación en el asesoramiento de muchas otras, constituyen uno de mis mayores orgullos. No solo por lo que supone para la vida de los doctorandos, sino porque lo hicieron en temas de verdadero interés, críticos en el país, como los que conciernen al desarrollo del lenguaje y al aprendizaje de la lectura y la escritura. A partir de los resultados alcanzados, se han desprendido actividades de docencia y extensión avaladas por la evidencia proporcionada de esas producciones. En el mismo sentido se inscribe la dirección de numerosos becarios de la CIC [Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires], el CONICET [Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas], el CIN [Consejo Interuniversitario Nacional], el Ministerio de Salud y la propia UNLP, y la supervisión del Trabajo Final de seis especialistas egresados de la Carrera de Especialización en Psicología Educativa con Orientación en Procesos de Aprendizaje del Lenguaje Escrito y sus Trastornos, también diseñada por mí. Todos ellos son actualmente profesionales exitosos en su cometido.

En su conjunto, al final de mi carrera he alcanzado la serenidad que acompaña a la convicción del deber cumplido: mis hijos académicos aprendieron a volar solos y lo hacen cada vez más alto.

La Plata, julio de 2017

CAPÍTULO 2

Entrevista a Norma Delucca

Ana Briolotti, María Florencia Plantamura y María Baroli

Norma Delucca (Lincoln, Provincia de Buenos Aires, 29 de junio de 1939) es Psicóloga Clínica egresada de la primera promoción de psicólogos de la Universidad Nacional de La Plata (1963). Es Especialista en Psicología Forense (orientación familias) y en Psicoanálisis de pareja y familias. Comenzó su trayecto profesional en clínica con niños y familias, desempeñándose en la Dirección de Psicología del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires y, desde comienzos de la década de 1970, en el Poder Judicial provincial, como Perito Psicóloga. Asimismo, desde su graduación, ejerció la docencia en institutos de formación superior y en la Carrera de Psicología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, donde además dirigió el Departamento de Psicología entre 1999 y 2006. Durante los años 2002 a 2015 fue Coordinadora y Supervisora del Área Psicología en el Programa de Extensión “Consultorios Jurídicos Gratuitos” (Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, UNLP), acompañando el programa como Directora de los Proyectos de extensión “Consultorios psicológicos de abordaje interdisciplinario”. Dirigió, a su vez, numerosos proyectos de investigación acreditados, sobre temáticas relativas a las familias de nuestro medio y publicó libros y artículos científicos de la especialidad. Fue miembro estable de asociaciones académicas y científicas (Asociación de Unidades Académicas de Psicología, Sociedad Interamericana de Psicología, Asociación Argentina de Psicología Jurídica y Forense) y actual miembro activo de la Asociación Argentina de Estudio e investigación en Psicodiagnóstico (ADEIP) y de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (AAPPG).

En esta entrevista, Delucca recorre su trayectoria, deteniéndose en los comienzos de la Carrera de Psicología en la UNLP, la formación bajo el primer Plan de Estudios y su posterior recorrido profesional y docente.

— ¿Cómo llegaste a estudiar Psicología?

[N. D.] Mi interés por la psicología fue surgiendo durante el colegio secundario, a través de películas y de la lectura de biografías de personajes que me interesaban. Había leído una hermosísima biografía de Vaslav Nijinsky [1889-1950], que fue un bailarín ruso muy importante de principios del siglo XX. Su historia nos había interesado a quienes formábamos parte de una peña cultural en Lincoln, Provincia de Buenos Aires, donde nací y viví hasta los 18 años. Como en todo pueblo, los adolescentes que teníamos inquietudes culturales y nos juntábamos

con profesores que también las tenían. Había un concertista de piano y un profesor de dibujo maravilloso que también influyó muchísimo en nuestra formación. Alguien aportó esta biografía tan hermosa. Esta persona había quedado muy impactada ante el hecho de que una figura tan importante del ballet ruso terminará muriendo en un hospicio. A mí también me impactó mucho. Ese fue uno de los primeros “sacudones” que tuve, que habrá sido en tercer año del secundario. Fue como decir “qué terrible la enfermedad mental, ¿cómo puede destruir a una persona tan maravillosa?”. Esa fue la primera cosa que me “prendió”. Después empecé a investigar y todavía la carrera de psicología no existía. Yo terminé el secundario en 1957 y esto habrá sido en 1955. Sabía que la carrera había empezado a surgir en Rosario en 1956. En mi familia se asumía que yo iba a venir a estudiar y había una camada de linqueños que ya estaban estudiando acá en La Plata, porque era más abarcable que Buenos Aires. La Universidad de La Plata era nuestro destino.

—No importaba la carrera, pero sí estudiar...

Sí. Yo tenía muchísimas ganas de tomar contacto con algo que tuviera que ver con la psicología. Ahí en realidad me contacté con la psiquiatría porque los que atendían a los pacientes en un hospital psiquiátrico eran fundamentalmente psiquiatras. Estuve viendo que para ser psiquiatra tenía que hacer toda la carrera de medicina y no me sentía inclinada a estudiar medicina. Eso no me interesó. Antes de inscribirme ví en el cine una película menor, pero que para mí fue un disparo vocacional. La película se llamaba *My Six Convicts*. Contaba la historia de unos presos que tenían alguna posibilidad de rehabilitación y había, en la cárcel, un hombre que oficiaba de psicólogo. No sé qué título tendría, pero no era psiquiatra. Él hacía una especie de psicoterapia de grupo. Reunía a los presos, conversaba con ellos e iba haciéndoles ver de qué manera podían mejorar sus vidas para prepararse para la salida y no tener que volver nuevamente a la cárcel. Me encantó la tarea que había llevado a cabo ese profesional, supongo que estaría traducido como psicólogo. Entonces, ahí me quedó esa marca de afán por la psicología, pero, lamentablemente, cuando me mudé a La Plata en 1958 aún no estaba creada la carrera. Yo había estudiado muchos años en el Instituto Británico de Lincoln y con una compañera nos anotamos en el Profesorado de Inglés, que es una carrera muy difícil y de muy buen nivel acá en La Plata. Así que no lo pasé nada mal, me encantó. Esto fue durante marzo, abril y mayo de 1958. Alquilamos una habitación en una casa de familia y esa fue nuestra historia feliz de estar en La Plata y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación donde se alojaba la carrera de inglés. En el transcurso de esos tres meses empecé a recibir panfletos en los pasillos —en esos años la Facultad de Humanidades funcionaba en el ex Liceo [Liceo Víctor Mercante] y actual sede del Rectorado, un edificio precioso— y comencé así a tomar contacto con la lucha que se estaba librando dentro de Humanidades para crear la Carrera de Psicología. Ahí se encendió otra vez la pasión.

— ¿Quiénes repartían esos panfletos?

Alumnos de Ciencias de la Educación que tenían interés en que se creara la Carrera, conjuntamente con los profesores que estaban en esa lucha. A través de una compañera con la que

nos encontrábamos en los pasillos me sumé a una agrupación estudiantil que se llamaba ER, creo que podría traducirse como Estudiantes Revolucionarios, porque eran todos del PC [Partido Comunista]. Ahí había una serie de personas que luego fueron verdaderos personajes académicos y políticos destacados. Tenían un nivel de formación intelectual filosófica y política extraordinario, así que junto con la carrera de inglés y lo que se estaba armando de psicología tomamos contacto con lo más granado de la política estudiantil. Empezamos a participar de algunas asambleas que iban más allá de la creación de la carrera de psicología para abordar cuestiones del momento político que se estaba viviendo. Pero, además de eso, una de las banderas de esa agrupación era luchar por la creación de la Carrera de Psicología, porque dentro suyo había estudiantes de Ciencias de la Educación especialmente interesados en que se creara. Así fue como el 30 de mayo de 1958 finalmente el Consejo Superior aprueba la creación de la Carrera de Psicología. Durante ese mes hubo una preinscripción y yo me anoté, pero seguí cursando Inglés. Cuando asistí a la primera clase con Fernanda Monasterio —que fue la primera directora del Departamento de Psicología— y escuché todo lo que ella desplegó, ya se encendió la llama y no se apagó nunca más. Habré estado quince días cursando las dos carreras y luego dejé inglés y me dediqué a la psicología, que fue mi verdadera pasión.

—Llegaste en el momento justo.

Justo. Por obra de Kaión, el dios de la fortuna y la oportunidad. Fue esto que siempre decimos: están la determinación y el azar. Yo lo tenía como aspiración, pero por azar absoluto se creó la carrera justamente allí. Si yo hubiera ingresado a la Facultad dos años antes, no sé si me hubiera cambiado. Era difícil porque mis padres pertenecían a una familia modesta que hacía sacrificios para sostenerme. Yo era muy joven, tenía 18 años y no querían que trabajara. Entendían que, durante los primeros tiempos me iban a sostener para que me ubicara y me adaptara a la nueva vida. Felizmente, pude hacerlo, y al principio tardé un poco en contarles sobre el cambio, porque tenía miedo. Cuando finalmente les conté que me había cambiado de carrera se quedaron un poco helados, porque ellos tenían la idea de que me iba a recibir de Profesora de Inglés, iba a volver a Lincoln, e iba a tener un trabajo intenso como era el caso de los profesores de inglés en los pueblos. Cuando dije “psicología” se quedaron mudos, porque no tenían la menor idea de qué se trataba la carrera. Se asustaron un poco. Era una disciplina nueva y nosotros mismos teníamos una vaga idea de lo que íbamos a poder hacer, porque una cosa es lo que se prometía que podíamos hacer y otra lo que pudimos hacer de forma inmediata. Una de las afirmaciones que recuerdo figuraba en los panfletos que repartían en la Facultad, era “resolución verbal de los conflictos”. Eso es lo que relaciono con aquella escena de la cárcel en la película de la que les hablé.

— ¿Podríamos decir, entonces, que se fue armando una idea de lo que iba a ser Psicología a partir de esto que se proponía y de lo que ustedes tenían como representación?

Sí, porque algunos alumnos que después se pasaron a Psicología estaban en Ciencias de la Educación. Entonces tenían la idea del psicólogo escolar, del psicólogo en un gabinete y yo de entrada tuve la idea de la clínica individual o grupal. Lo grupal ya me marcó de entrada con esa aproximación que tuve en esa película.

— ¿Cómo era la composición del estudiantado?

La primera promoción fue una miscelánea absoluta. En la clase inaugural que dio Fernanda Monasterio el Aula Magna estaba llena. Por un lado, estábamos los jóvenes recién salidos del secundario y, por otro lado, había un grupo enorme de gente compuesto por personas que ya se habían recibido de otras carreras, de Filosofía, de Ciencias de la Educación, de Biología, y otra gente insólita. Por ejemplo, había un joyero que se había anotado por curiosidad. Las recuerdo porque, como eran personas grandes, Fernanda les preguntaba “¿y ustedes qué hacen? ¿A qué se dedican?”. Por eso nos enterábamos. Otro de los alumnos era un jugador de rugby que se había interesado y que no sabía si iba a seguir, pero quería saber de qué se trataba. Otro era un “dandi” platense que prácticamente “vivía” en la confitería París y que se había interesado. Había gente que se inscribió por curiosidad, que estuvo un tiempo y después dejó.

— ¿Había médicos?

No, no recuerdo que hubiera médicos en esa primera generación. Después, con el correr de las generaciones puede ser que se haya incluido un médico. Sí había ingenieros, algún contador. Dafnis Tibileti, uno de nuestros compañeros de toda la carrera, era ingeniero. El grupo mayor lo componían personas que eran profesores de Ciencias de la Educación, de Filosofía, de Biología, tal vez de Literatura. Había un grupo importante de mujeres y un varón que trabajaban en la Dirección de Psicología, que dependía del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires [hoy Dirección General de Cultura y Educación]. Estas personas ocupaban cargos importantes en la Dirección, eran Asesoras de área. Una de ellas estaba en orientación vocacional, otras en otras áreas más ligadas a las ciencias de la educación. Digamos entonces que hubo un grupo importante de personas de otra generación, que tenían veinte años más que nosotros, que se inscribió y culminó la carrera. Esa era la composición que quedó, que sedimentó. Entre la gente joven y este grupo de personas mayores seríamos veinte o treinta personas que terminamos de cursar en 1962. Cuando comenzamos había alrededor de quinientas personas inscriptas en la carrera.

— ¿Eran mayoritariamente mujeres?

Sí, éramos mayoría. Eso se mantuvo siempre, pero había varones también. Podría mencionar a Juan Carlos Ribé, que se recibió de Psicólogo Laboral, Aldo Schlemenson, que en tercer año se cambió a la UBA [Universidad de Buenos Aires]. Hay algunos que no recuerdo porque se fueron quedando en el camino. Como dije, también estaba Dafnis Tibileti, que empezó con nosotros, pero luego se atrasó con los finales y quedó dentro de la segunda promoción. Pedro Segal, que era un poco mayor que nosotros. Él había estudiado otra carrera y después se incorporó a Psicología y terminó con nosotros. También estaba Adolfo Tessari.

— Los que venían de Ciencias de la Educación, ¿luego se orientaron hacia esa área?

No necesariamente. No terminé de contar que una de nuestras compañeras que venía de Ciencias de la Educación, Pilar Marrón de Portas, trabajaba en la Dirección de Psicología coordinando un área clínica, podríamos decir, que se llamaba Clínica de Conducta. Funcionaba en un espacio diferente al de Orientación Vocacional. Era una casa en calle 50 entre 15 y 16 [La Plata] que se había alquilado específicamente para atender ese tipo de problemática.

— **¿Qué problemáticas atendían?**

Se atendía a los alumnos de las escuelas primarias, porque en ese momento no funcionaban los gabinetes en cada una de las escuelas. Entonces, cuando había un problema de conducta o aprendizaje, los padres llevaban a sus hijos a ese lugar que estaba integrado por médicos clínicos, psiquiatras, fonoaudiólogas y un grupo importante de egresados de Ciencias de la Educación, como era Pilar Marrón de Portas, que asistían a los alumnos en estas situaciones y trataban de orientar a la familia cuando había algún problema de conducta. Por ese motivo, también estas psicólogas se inscribieron en la carrera, porque ya había alguna actividad que ellas realizaban vocacionalmente, digamos, desde esta perspectiva. Entonces, en esta institución no solamente se hacía reeducación psicopedagógica, ayudando a los alumnos que tenían problemas de aprendizaje o fonoaudiológicos, sino que además se atendían problemas de conducta. ¿A qué se le llamaba problema de conducta? A que fueran agresivos en clase o demasiado retraídos, que no pudieran comunicarse con los otros. En fin, toda una serie de problemáticas que estaban contempladas como posibles de ser atendidas allí.

— **¿Estas clínicas venían del modelo de las *Child Guidance Clinics* de los Estados Unidos?**

Sí, es muy posible. Porque las coordinadoras en su mayoría provenían de Ciencias de la Educación, así que ellas tenían esa lectura y esa investigación. Se habían imbuido de toda esa bibliografía como para armar este modelo. La verdad es que funcionó muy bien ese modelo de asistencia durante bastante tiempo. Ese fue un lugar de trabajo iniciático para nosotros.

— **¿Hasta qué año funcionó la clínica?**

No podría decirles con exactitud porque después el Ministerio de Educación empezó a crear los gabinetes en cada una de las escuelas que, en realidad, era mucho más atinado para los chicos y las familias. Pero, como todas las cosas, tuvo sus pros y sus contras. Esa institución tenía —ya antes de que se incluyeran los psicólogos— profesores de ciencias de la educación, fonoaudiólogos y asistente educacionales, que era una carrera terciaria orientada a asistir a los niños con problemas de aprendizaje. Había además médicos psiquiatras y después nos incluimos los psicólogos, que, por supuesto, no tuvimos cargo de psicólogos, pero sí funciones. Eso fue interesante, porque nos permitió trabajar en grupo entre los colegas, poder estudiar los casos junto con los médicos. Hacíamos un equipo fantástico y eso no se produjo después en los gabinetes. No todos trabajaban con esa profundidad. Entonces, la verdad es que se les daba una atención muy buena a los alumnos que llegaban ahí, pero no todos podían llegar porque estaba en el centro de la ciudad.

— **Volviendo a la Carrera de Psicología, ¿cómo fue en líneas generales la formación?**

La formación no fue de excelencia. Nosotros teníamos un Plan [de Estudios] de cinco años, tres años comunes y dos de especialización. Tuvimos algunos excelentes profesores. Fernanda Monasterio, si bien era Médica, había estudiado psicología y filosofía, y era humanista. Ella daba Biología Humana, con un corte humanista y hablaba de todo lo que implicaba la visión integral del cuerpo. En eso fue interesante lo que nos aportó y además tenía una visión feminista, era muy militante. Llegó a La Plata en el '52, cuando murió Eva Perón, y vino escapando de Franco, así que era una anarquista luchadora, que peleó por la creación de la Carrera con una ferviente

convicción de que había que pelear por los derechos de la mujer, ya que había sufrido en su familia algunas restricciones al respecto. Tenía que leer a escondidas porque los que podían leer eran los varones, y el primer libro que ella leyó fue el de Juan Vucetich, nuestro profesional investigador argentino, quien creó el sistema de las huellas dactilares para determinar la identidad. Se interesó en eso y se ve que tuvo una garra increíble para poder pelear su inserción en una carrera universitaria y recibirse de médica. Así que venía con esa lucha. Fue una profesora que transmitió los contenidos con mucha pasión, se quedaba horas hablando de cosas que no tenían que ver con la biología humana. De hecho, tal vez nos enteramos más de biología humana por los libros que por lo que ella nos transmitía. Después ella se incluyó en Psicología I, que en ese entonces se llamaba Psicología General, y tomó también Psicología de la Niñez y de la Adolescencia. Yo diría que esa no era su especialidad, porque no fue una buena profesora de esa materia. Es decir que Fernanda Monasterio fue una buena profesora, con las salvedades que uno podía llegar a hacer, porque junto con lo anecdótico, tan atractivo, también es cierto que no sé si aprendíamos mucho de psicología. Pero tuvo la buena disposición, porque ya tenía tres materias, de entrever que realmente debía armar la carrera con lo que se ofrecía, porque acá no había nada. Entonces, por ejemplo, logró ubicar un odontólogo platense que se había formado vocacionalmente en filosofía, que se llamaba Luis María Ravagnan, para que diera Introducción a la Psicología, y fue un profesor maravilloso. Sabía tanto ese hombre, tenía tal capacidad para transmitir con el gusto, la pasión que tenía por la psicología... además, era muy bueno, un encanto de persona, fue un buen profesor. Y había otros profesores, que no eran de la Carrera que nosotros cursábamos, que pertenecían a Filosofía y fueron excelentes. Eugenio Pucciarelli en Introducción a la Filosofía, y su adjunto, Narciso Pousa, que después fue [Profesor] Titular. Eran dos profesores excelentes, fueron maravillosas esas asignaturas. Después tuvimos toda una serie de profesores realmente olvidables. Fernanda tenía su aspiración de hacer de la psicología una psicología científica, y la profesora que tuvimos en Psicología Experimental fue espeluznante, terrible. Decidimos en la mitad del año hacerle huelga, no fuimos más a las clases, y se tuvo que ir. Todos los profesores eran interinos, estaban contratados a prueba. Y de esto que nos pasaba a nosotros, que hacíamos algún movimiento y después Fernanda lo tomaba, los que se beneficiaron fueron los de la segunda y tercera promoción, porque nosotros contribuimos a hacer estas “selecciones” de los profesores, en acto. Después, teníamos un popurrí de materias que nadie sabía qué tenían que dar, así que los profesores daban lo que se les ocurría. En el segundo año, en la segunda o tercera promoción, Fernanda convocó a Mauricio Knobel, en Niñez y Adolescencia. Ella iba a Buenos Aires y los invitaba y, bueno, algunos querían viajar a La Plata y otros no. Knobel aceptó venir a dar Psicología de la Niñez y la Adolescencia. En ese momento él se estaba formando como psicoanalista en la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina], estaba haciendo los seminarios de formación todavía, no había obtenido su graduación, porque era una formación muy estructurada y exigente que llevaba varios años. Él estaba estudiando y comenzó a dictar Niñez y Adolescencia con un sesgo psicoanalítico por su formación en la APA y porque además estudiaba psicoanálisis de niños con Arminda Aberastury. Incorporaba a su vez algo de [Jean] Piaget porque, lógicamente, tenía conciencia de que era un psicólogo importante

que había que incluir. El programa de Knobel era muy bueno, con estas particularidades que podía tener Knobel como un médico que recién estaba profundizando en el estudio del psicoanálisis y algo de psicología.

—A propósito del psicoanálisis en la Carrera, ¿podrías reconstruir cómo fue su introducción?

En primer lugar, mencionaría a Luis María Ravagnan, que abordó el psicoanálisis en Introducción a la Psicología. Fue desde el punto de vista teórico porque él introdujo a Freud desde lo biográfico, los aspectos generales de la teoría psicoanalítica, su metodología, los conceptos teóricos fundamentales. En segundo lugar, Edgardo Rolla en Psicología Profunda y, por supuesto, Mauricio Knobel, aunque a él no lo tuve en Niñez y Adolescencia como profesor. Pero casi al final de la carrera me incluí como Ayudante Alumna en su materia.

—Knobel estuvo, además, en otras materias, ¿no?

Sí, exactamente. Mauricio Knobel después toma, creo que en tercer año, Higiene Mental, otro “engendro” que nunca se sabía qué desarrollaba. Estas fueron materias que no dejaron marca. Después teníamos Psicología Aplicada, que la daba Selva Ucha, que tenía alguna formación en psicotecnia. Ella daba los campos de aplicación de la psicología. Eso fue interesante a nivel informativo. Después tuvimos dos profesores que para mí fueron referentes por diferentes motivos. En Psicología Social tuvimos una profesora que se llamaba Martha Bechis de Ameller, excelente profesora. Esa materia sí la dimos maravillosamente bien, estudiamos muchísimo, meses, porque la adorábamos a esa profesora. Era excelente docente, nos hacía trabajar muchísimo en pequeños grupos. Ella fue una referente fundamental para mí, porque me hizo gustar la psicología social y además la docencia, porque ella la ejercía con una solvencia absoluta. Antes, entre primero y segundo año, habíamos tenido Antropología, dictada por Juan Cuatrecasas, otro tesoro de profesor, maravillosa persona con quien tuvimos un vínculo afectivo muy importante. Él era colega de Fernanda Monasterio, habían llegado a la Argentina más o menos en la misma época y había integrado también la comisión de creación de la carrera de psicología, así que habían peleado la creación de la carrera y también venía como exiliado de España escapando de Franco. Él era una persona de conocimientos muy interesantes, había escrito un libro *El hombre animal óptico*, porque le daba mucha importancia al reflejo: cómo influía la luz en la conformación de la personalidad y la conducta de los hombres, y cómo influía en la actividad sexual. Él decía que en los países donde había poca luz la gente era más depresiva y eso hoy por hoy está comprobado. Muy interesante ese profesor. Él dictó Antropología y también Neurobiología, dos materias que fueron muy interesantes. Así que teníamos un poco de todo. Algunos buenos docentes y algunos otros que realmente son absolutamente olvidables y no nos dejaron marcas, ni los profesores ni las materias que dictaron. Psicología Social fue muy importante, felizmente, y esta profesora estuvo poco tiempo. Se quedó dos o tres años nada más, era de Buenos Aires. La mayoría de los profesores eran de Buenos Aires, salvo Fernanda y Luis María Ravagnan que vivían en La Plata. El resto, en general, viajaba desde Buenos Aires. En 1961, cuando Martha Bechis de Ameller dejó Psicología Social, la reemplazó Eduardo Colombo, que también vivía en Buenos Aires. Yo no cursé con él, pero fui ayudante alumna en su Cátedra. Fue un profesor

maravilloso, un psicoanalista de primer nivel, pero imbuido de la teoría pichoniana de los grupos, de los grupos operativos y de la psicología social. Excelente profesor. Un encanto de persona.

— **¿Tenían materias anuales y cuatrimestrales?**

No, todas las materias eran anuales, esa era la característica de nuestra carrera, no había cuatrimestrales. Por ejemplo, Psicometría reunía en un año lo que ahora es Fundamentos I y Fundamentos II. En esa materia tuvimos una profesora que yo siempre digo que tuvo el beneficio de ser la esposa del dueño de la editorial Paidós. Era Ida Butelman. Ella trajo, por asesoría de su esposo, una bibliografía, para esa materia, impresionante. Recuerdo que leímos un libro de lo más complejo, de Hanfmann y Kasanin, sobre un test que se tomaba con cubos de colores para explorar el pensamiento y que tenía una base psicológica y filosófica intensa. En esa materia leímos a [Lev Semionovitch] Vigotsky como fundamento del pensamiento, cosa que Mauricio Knobel no abordaba en Niñez y Adolescencia, y tampoco lo hacía Fernanda Monasterio. Después Vigotsky quedó como perdido en el tiempo hasta que se recuperó su valor. Pero leíamos cosas interesantísimas en esa materia. Nos llevó tres meses de estudio, por lo menos, poder abordarla bien para el examen final. Ida Butelman no era excelente docente, pero promovía esto, la posibilidad de estudiar, de ampliar la bibliografía; y yo siempre digo que tuvo la bondad de decirnos a los psicólogos que era muy importante que nos analizáramos. Fue la que nos prendió esa mecha. Había, en la segunda parte de la materia, un test de exploración psicodramática. Ella nos hizo hacer esos ejercicios dentro de la cursada y realmente eran muy movilizadores, entonces ahí, de algún modo, tomábamos contacto con que había zonas desconocidas para uno, que se ponían en juego en esas situaciones. Así que eso, más lo que ella nos decía respecto de la importancia del propio análisis, fue lo que hizo que, después, los que seguimos la rama clínica nos pusieramos todos en análisis. Ella fue un referente interesante en ese punto.

— **¿Sabés a qué se dedicaba?**

Años después la reencontré en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, donde ingresé en el 85 y a la que sigo perteneciendo. Ella estaba en el área de psicología institucional. Pero bueno, evidentemente había estudiado psicología y se interesaba por las técnicas de exploración, supongo que por ese motivo la ubicaron como profesora en Psicometría. No recuerdo cuántos años habrá estado ella en la materia, porque no sé quién la sucedió en el cargo. Tal vez fue una de nuestras compañeras, Ofelia Ferreira, que pertenecía a una generación intermedia y tenía muy buena formación en orientación vocacional y en técnicas de exploración.

— **¿Qué podrías comentarnos sobre las materias de la especialización?**

Terminado tercer año había que elegir una especialización que duraba dos años y podía ser clínica, educacional o laboral. En la orientación clínica, que fue la que yo elegí, teníamos Psicología Profunda, dictada por Edgardo Rolla, que fue un profesor brillante. Sabía muchísimo, él ya tenía una excelente formación psicoanalítica en la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina]. Además, él también nos introdujo en el psicoanálisis grupal. Su formación, al igual que la de Mauricio Knobel, era kleiniana, como era en la APA en ese momento. Ese fue el

paradigma hasta avanzada la década del setenta. En esta etapa de la carrera, también profundizábamos en Psicodiagnóstico, que estuvo a cargo de Juan Carlos Pizarro, maravilloso profesor en todo sentido. Como docente y como persona. Él hacía prácticas en psicología forense y fue también una referencia para mí, que con el correr de los años me dediqué a la psicología forense. En su trabajo en el ámbito forense le tocó un caso fantástico que nos trajo para analizar. Él se había especializado en el test de Rorschach y le tomó un Rorschach a Jorge Eduardo Burgos, un hombre que mató y descuartizó a su mujer en 1955. Fue un caso ampliamente conocido y difundido en la Argentina en ese momento. Burgos era una persona de carácter esquizoide. Pizarro lo entrevistó estando recluido para hacer el diagnóstico psicológico y psiquiátrico forense. El Rorschach que le administró nos sirvió de análisis en esa cursada y fue fantástico. Además, Pizarro fue uno de nuestros padrinos desde lo afectivo, porque nos apoyó mucho y nos ofreció otros espacios de formación. Él trabajaba en el Hospital de Niños de Buenos Aires, así que en el último año un grupo viajábamos allí porque en la Carrera no teníamos prácticas. No teníamos Jefe de Trabajos Prácticos, no teníamos Ayudantes, no teníamos posibilidades prácticas salvo algunas que trató de hacer Fernanda Monasterio a través del contacto con médicos que nos llevaron a hospitales. De estas experiencias rescato a dos médicos. Uno era Néstor Sciprioni, que trabajaba en el Hospital San Juan de Dios. Otro era Julio Pascua. Ellos nos llevaron a conocer el hospital y a que viéramos cómo se manejaban con los pacientes. Tenían una mirada holística del paciente y por eso les interesó ponerse en contacto con los estudiantes de psicología, porque en verdad hacían un abordaje muy clínico del paciente. Se acercaban, hablaban con él. Eso era algo que a ellos les surgía, vocacional o ideológicamente también, porque algunos de ellos militaban. Entonces tenían esta aspiración humanística puesta en juego. Después fuimos al Hospital “Dr. Alejandro Korn” de Melchor Romero. Pero tuvimos la mala suerte de tener en Psicopatología un profesor que nos transmitió en su práctica, “lo que no hay que hacer”. Considero que Fernanda se equivocó al contratarlo pensando que iba a ser efectivo por su formación. Era Adolfo Lértora, un reflexólogo de la vieja escuela pavloviana. Las lecturas que proponía eran interesantes, pero él era una persona absolutamente desdeñosa del factor humano singular, que era lo que nosotros buscábamos. Hubo un hecho que nos hizo decidimos a “hacerle vacío”. Un día nos dice: “cuando un paciente pasa enfrente de la puerta de mi consultorio, que tiene un vidrio esmerilado, y yo le veo el perfil yo ya le hago el diagnóstico”. Bueno, “tipo Lombroso”, decíamos. Lamentablemente esa fue una materia perdida desde lo que él nos transmitía. Pero rescato los libros que leíamos. Creo que pudimos leer a Karl Jaspers, a Henri Ey. La bibliografía fue interesantísima, estaba perfecta. Y también fue interesante algo de lo que pudimos aprender yendo a Romero, cuando nos llevó a ver pacientes. En realidad, no queríamos ir porque él era terrible. Era el caso número dos, tres, cuatro, puesto ahí y lo interrogaba. Después tuvimos otra experiencia un poco más agradable con Pizarro, que también nos llevó a Romero. Él hacía una entrevista diagnóstica de otra naturaleza, con una formación psiquiátrica diferente, abierta a algo de lo que ya empezaba a ser en ese momento psicología dinámica, que era lo que venía del psicoanálisis. Luego Psicoterapia con Ronaldo Ucha Udabe fue malísima, horrible esa materia, por lo mal

dada. En Psicología Médica estaba Raúl Ballbé. Él se había formado en una universidad alemana y venía con unas ínfulas terribles sobre la psicología médica de Ernst Kretschmer, pero tenía una formación filosófica amplia y fue interesante esa materia. Aunque nos dio la “bibliografía del universo”. Fue la última materia que rendí y me llevó los tres meses de vacaciones. La rendimos el 29 de marzo. Recuerdo que tuvimos que tomar algunas clases con Alfredo Pucciarelli que había sido compañero nuestro de agrupación y ya se había recibido de Licenciado en Filosofía. Con él tomamos clases sobre Martin Heidegger. No entendíamos nada, era “chino básico”. Pero con Alfredo lo fuimos comprendiendo y degustando. Ya habíamos entrado en el “chino básico” con Luis María Ravagnan que nos hizo leer a Maurice Merleau-Ponty. Todavía no habíamos incursionado en Jacques Lacan, pero Heidegger y Merleau-Ponty eran difícilísimos para nosotros, sobre todo por esos años. Dos autores que rescaté mucho más tarde, después de recibirme. De todos modos, fue una hermosa experiencia estudiar esa materia. Ballbé estaba más aplacado cuando rendimos, por suerte, porque nos sacamos excelentes notas por todo lo que habíamos estudiado. Él era muy exigente y en los primeros exámenes que tomó no se había comportado con mucha magnanimidad, les había puesto notas bajas a mis compañeros. Como profesor era de un narcisismo absoluto y no sé si nos transmitió contenidos interesantes o importantes, pero fue otro de los profesores que nos orientó a una bibliografía muy amplia e interesante. Por fuera de esto, él tenía esa cosa pro-germánica terrible. Además, después fue decano e hizo cosas de una bizarrería absoluta, como poner un semáforo en la puerta del decanato. Se podía tocar la puerta si estaba en verde. Si estaba en rojo, a no atreverse.

—Contanos un poco más sobre las prácticas que hicieron en el Hospital de Niños de Buenos Aires.

Como les decía, allí llegamos de la mano de Juan Carlos Pizarro, profesor de Psicodiagnóstico. Con él tuvimos una relación muy estrecha porque ya era más pequeño el grupo. Ya nos habíamos dividido entre psicología educacional, que se anotaron algunos, psicología laboral en la que se anotaron otros, y un grupo de aproximadamente doce personas, cursamos la rama de psicología clínica. En el último año de la Carrera, varios de nosotros empezamos a hacer las prácticas en el Hospital de Niños de Buenos Aires donde Pizarro trabajaba como Jefe del Servicio de Psicología y Psiquiatría. Yo continúe viajando durante el primer año luego de recibida, ya para atender. Primero íbamos a observar, nos incluía en sus entrevistas y en algunas charlas que daban otros profesionales. Allí conocí a Eduardo Pavlovsky que dio una charla sobre psicoanálisis y psicodrama. Precioso, en ese momento fue todo deslumbrante.

— ¿En qué año fue esto?

Entre el 62 y el 63. Fueron los últimos meses del 62, cuando terminamos de cursar. Yo me recibí en marzo del 63 y seguí concurriendo, totalmente *ad honorem* y sin ninguna designación, porque Juan Carlos Pizarro nos permitía la entrada. En el 63 nos empezó a derivar pacientes niños para atender en el Hospital y de algún modo armábamos una especie de supervisión con él. Esas fueron nuestras primeras experiencias profesionales.

— **¿Cómo continuó tu recorrido profesional una vez recibida?**

Bueno, como les comentaba, con esta tarea en el Hospital de Niños como pasante *ad honorem*. Eso suponía viajar a Buenos Aires, lo cual implicaba un gasto que yo tenía que poder afrontar con algún otro ingreso que complementara lo que me mandaban mis padres para sostenerme. Entonces, a fines del 62, poco antes de recibirnos, Pilar Marrón de Portas, que estaba como Asesora en la Dirección de Psicología en la Clínica de Conducta, nos propuso a un grupo de estudiantes que estábamos a punto de recibirnos, entrar a trabajar en la Dirección de Psicología. En ese momento entramos un grupo de tres o cuatro colegas y nos nombraron en un cargo muy curioso, que era de tipo administrativo porque aún no estaba creado el cargo de psicólogo. Recuerden que recién empezábamos a graduarnos los primeros psicólogos. Entonces nos nombraron “Porteros Transitorios”, ese era nuestro cargo, ni siquiera éramos asistentes de educación. Muy gracioso, ganábamos el equivalente a lo que ahora serían cuatro mil pesos, algo así. Pero a mí me servía para seguir viajando a Buenos Aires y seguir haciendo esta formación iniciática y la práctica profesional con niños. Paralelamente, ya en el 63, empezamos a atender niños en la Dirección de Psicología y los psicólogos hacíamos equipo con los médicos que los asistían. Tuvimos la suerte de que en uno de esos primeros años se incorporó a la Dirección de Psicología Alberto Montenegro, que fue un reconocido psicoanalista y psicoterapeuta platense, ahora fallecido. En Romero [Hospital Neuropsiquiátrico Alejandro Korn, hoy denominado Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos Dr. Alejandro Korn] trabajaba el Dr. Guillermo Vidal que tenía una muy buena formación psiquiátrica y que había empezado a incorporar la orientación dinámica y las lecturas de Enrique Pichon-Rivière. Dirigió una revista muy importante, que era y sigue siendo, *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*. Excelente publicación que nos permitió acceder a una gama importante de autores y que también fue admitiendo trabajos de psicólogos. De este modo fui tomando contacto con Pichon-Rivière y con Isidoro Berenstein, que muy tempranamente comenzó a publicar allí artículos sobre familia. Nosotros nos interesamos en estos temas porque teníamos que hacer reuniones con los padres. Con Alberto Montenegro, que tenía también ese interés desde la medicina, armamos equipo y organizamos entrevistas grupales con los padres de los niños que atendíamos. Es decir que entre el 63 y el 67 tomé contacto, no solo con la psicología y la psicoterapia infantiles, sino con el abordaje en grupos de padres que fue como el *background* que yo tuve para iniciarme en la formación de familia.

— **En esos grupos de padres, ¿experimentaban?**

Absolutamente. Hay mucho de inventiva en esos primeros tiempos. Lo bueno es que formábamos excelentes equipos entre médicos y psicólogos. Yo había tomado contacto, supongo que por Ida Butelman, con un test cuyo nombre exacto no recuerdo, que era un psicograma. Te permitía hacer un diagrama de elecciones al interior de un grupo. Si vos estabas en un grupo y tenías que armar grupos de a dos, por ejemplo, hacías este psicograma que te habilitaba a respetar algún tipo de afinidad, no agrupar de manera totalmente azarosa. Entonces cada uno de los psicólogos hacía una elección: el primer médico, el segundo y el tercero; y los médicos hacían lo mismo: el primer psicólogo, el segundo, el tercero. Entonces, armamos de esa manera grupos con un médico y un psicólogo para coordinar los grupos de padres. Tuve la suerte de que fue

una elección mutua que hicimos con Alberto Montenegro, que fue quien más se formó después en psicoanálisis y tenía un enorme interés en la psicología grupal, así que nos pusimos juntos a estudiar a Pichon-Rivière. Eso fue, en cierta manera, algo iniciático en el manejo de los grupos.

— ¿Cómo era el vínculo entre médicos y psicólogos?

Esto fue muy interesante porque de entrada se dio una transferencia positiva, ya que nos habíamos elegido mutuamente. Funcionábamos muy bien y leíamos mucho juntos, las dos profesiones estábamos aprendiendo. Nosotros tuvimos que estudiar muchísimo fuera de la formación de la carrera. Esta tarea fue realmente muy enriquecedora. Alberto Montenegro se dedicó al psicoanálisis individual y al abordaje grupal durante mucho tiempo. Yo en un comienzo no me dediqué a lo grupal en privado, pero sí empezamos a tener contacto en las instituciones, a través de lo que les comentaba acerca de los grupos de padres. Y también nos animamos con Pilar Marrón de Portas, que era la asesora de la Clínica de Conducta, a hacer grupos de niños. Hicimos una experiencia de trabajo terapéutico en grupo, que fue muy valioso. La leíamos a Arminda Aberastury, Melanie Klein, Françoise Dolto. Cuando ya pude tener ese pequeño ingreso, inicié un grupo de estudio con Mauricio Knobel que nos ofreció ese espacio con honorarios institucionales. Después, ese mismo grupo se convirtió en un grupo terapéutico. Poco ortodoxo, como verán. De modo que mi primera experiencia terapéutica fue con Knobel en un grupo. Al año siguiente, le planteamos nuestro interés por incursionar en lo individual, y empezamos cada uno su propio análisis. Knobel me derivó con Rodolfo D’Alvia, que también estaba formándose en la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina] y que después se incluyó en la Escuela de Psicoterapia para Graduados. Excelente psicoanalista, tengo el mejor de los recuerdos. Con él me analicé varios años y entonces, junto con el análisis, siempre había algún grupo de estudio que sosteníamos en Buenos Aires para ampliar nuestra formación.

— ¿Qué materiales trabajaban en el grupo de estudio con Mauricio Knobel?

Psicoanálisis de niños y adolescentes, él tenía ese interés, esa formación. Se fue dedicando dentro de su formación psicoanalítica, a profundizar en niños y adolescentes. En ese grupo de psicoanalistas de niños, estaba también otro profesional muy bueno, Alberto Campos, que formaba parte de la ASAPPIA [Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencia]. Fue interesante, una muy buena experiencia en un grupo de estudio durante todo un año. Paralelamente, ya se había formado la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo [AAPPG] y viajábamos un pequeño grupo: Ofelia Ferreiroa, Marta Durantini, Celia Nani y yo. Íbamos una vez por semana a un seminario nocturno, volvíamos a la madrugada, al otro día nos teníamos que levantar con Marta Durantini para ir a la Clínica de Conducta. Estábamos dormidas, pero fue una experiencia preciosa. Hicimos un seminario de todo el año y lo dictaban distintos docentes. Allí conocí personalmente a Pichon-Rivière, a David Liberman, otro “pope” fantástico, a Eduardo Pavlovsky, a Fernando Ulloa... No nos privamos de nada en ese seminario. Fue maravilloso. Estábamos fascinadas, aunque quedábamos agotadas.

—Pero valía la pena...

Valía toda la pena. Además, ¡nos divertíamos tanto yendo en el “fitito” de Ofelia Ferreiroa! Hacía algunos años que se había creado la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia

de Grupo [AAPPG] así que estaba con toda su efervescencia. Conocimos también a Janine Puget, que fue una de las fundadoras. Maravillosa persona y profesional brillante. Eso nos fue abriendo a distintas posibilidades de profundización en el psicoanálisis, un psicoanálisis no dogmático, muy amplio. Porque nosotros, como les comenté, habíamos tenido como profesor a Edgardo Rolla, que traía, al igual que Mauricio Knobel, una formación kleiniana, pero que nos había introducido en el psicoanálisis grupal.

—Edgardo Rolla fue quien las quiso llevar a la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina], ¿verdad?

Sí. Él nos quería mucho y fue un profesor excelente. Con él profundizamos el conocimiento del psicoanálisis y nos quedamos tan entusiasmados que nos dijo “bueno, tienen que entrar y hacer una formación sistemática”. Entonces fuimos, un grupo, el mismo que viajábamos con Ofelia, y nos presentamos a una entrevista que él nos había propiciado en la APA. Y el presidente de la APA de ese momento nos dijo: “lamentablemente les tengo que decir que, por ley, nosotros no podemos admitir psicólogos, porque no se permite el ejercicio del psicoanálisis por parte de un profesional no médico”. ¡Qué golpazo! Ahí también nos dimos cuenta nosotros, porque estábamos recién recibidos, del problema que íbamos a tener en el ejercicio de la profesión. Nosotros hacíamos intervenciones con niños en la Dirección de Psicología, lo mismo que yo había empezado a hacer en el Hospital de Niños de Buenos Aires. Y hacia 1964 nos animamos a tener los primeros pacientes en consultorio. Armamos un consultorio con otros colegas y lo que podíamos ofrecer era “orientación psicológica”. La palabra psicoterapia no debía existir, lo cual no significa que no la hiciéramos. Yo tuve las primeras supervisiones con Mauricio Knobel, porque creo que los primeros pacientes me los derivó él. Después tuve otros supervisores, otros psicoanalistas de Buenos Aires.

—Es decir que en lo formal había obstáculos para desempeñarse en consultorio...

Sí, había obstáculos en lo formal. En la letra escrita. Pero en la práctica se sorteaban, porque estos profesores psicoanalistas estaban a favor de que nosotros pudiéramos atender. No solo porque habían sido parte de nuestra formación, sino porque nos incluían en sus grupos de estudio, supervisábamos con ellos, nos analizábamos con ellos. Entonces, tenían confianza en nuestra formación y nos empezaron a derivar los primeros pacientes. Claro que nosotros le devolvíamos el favor a través de supervisar con ellos, digámoslo también. Era lógico. Después nos fuimos abriendo e independizando. Pero es cierto que, en lo formal, ese fue un obstáculo importante que encontramos en aquel momento. Recuerden que el ejercicio profesional se legaliza recién en 1985 y estoy diciendo que empezamos a ejercer en el 63.

—Claro, más de 20 años.

Terrible. Así que nosotros hacíamos “orientación psicológica”. Ese era el título de lo que ofrecíamos, pero en la realidad hacíamos clínica psicológica y psicoanalítica. Algunos más, otros menos, otros con otra orientación, pero en definitiva hacíamos psicoterapia. Eso en cuanto al ámbito privado. Y a nivel institucional, luego de esa tarea en la Clínica de Conducta, los institutos superiores fueron una buena salida laboral. A diferencia de la facultad, nos brindaban un mejor ingreso económico. En el Instituto Superior de Especialización Docente, ISEDED, nos dieron

muchísimas horas de cátedra. Yo seguí con la misma especialidad, niñez y adolescencia, que la dictaba junto con Esther Minuchin, una de nuestras colegas más grandes. En ese instituto se formaban asistentes educacionales; maestros de “irregulares mentales” —así se denominaban las personas que tenían déficit intelectual— e “irregulares sociales”. Eran unas clasificaciones de manuales psiquiátricos, de miradas discriminadoras y marginantes. Nosotras dábamos clases en todas las especialidades porque todas incluían conocimientos de psicología evolutiva de la niñez y adolescencia. Allí tuvimos una importante inserción y muchas horas de desempeño docente. Hasta ese momento mi actividad laboral abarcaba el Instituto Superior, la Facultad y el consultorio privado. Esto fue así hasta 1972, cuando entré al Poder Judicial como Perito Psicóloga.

—Ese era un cargo nuevo, ¿verdad?

Sí, ahí también fuimos pioneros, otra vez abrimos camino. Se crea la Sección Psicología en la Asesoría Pericial de los tribunales, que ya estaba formada por Médicos Psiquiatras, Médicos Generalistas, Médicos Forenses, Anatomopatólogos, Químicos, Ingenieros, etcétera. Fue una movida importante que se hizo a dos puntas: en la Asesoría Pericial y en los juzgados. Se creó un nuevo sistema, que se llamaba Tribunales Colegiados de Instancia Única. Se pasó de los juzgados unipersonales a crear esta figura de tres jueces para atender las cuestiones civiles y de familia. Entonces, al crearse esta nueva figura, apareció la necesidad de crear la Sección Psicología, porque iban a tener que enfrentarse en la instancia única los problemas vinculares y de familia. No había apelación intermedia a Cámara, sino que, si se hacía una apelación, iba directamente a la Corte. Era una instancia en la que tenían que resolverse los conflictos que derivaran de los juicios de divorcio, los pedidos de tenencia, los regímenes de visita, etcétera. Para esa especialidad se pidió la designación de psicólogos en la Asesoría Pericial. Tuvimos una entrevista con el director —un médico psiquiatra— y fuimos seleccionados y designados cuatro psicólogos. Nos convocaron a mí y a Hilda Abelleira, que fue mi compañera de ruta en ese rubro y con quien escribí luego el libro [*Clínica forense en familias. Historización de una práctica*]. Nos incluyeron por nuestra inserción en la Clínica de Conducta, donde trabajamos juntas con niños y con padres. Los otros dos psicólogos —Roque Zelaschi y Jorge Bertini— provenían de otras experiencias. Si bien inicialmente los cuatro psicólogos atendimos casos de todos los fueros (Civil, Penal, Laboral, Menores), luego, por afinidad, por vocación y por especialización, nosotras nos fuimos dedicando a la atención de las familias y los otros dos psicólogos, que eran varones, se dedicaron más a lo penal y a daños y perjuicios.

—Eso es interesante también para pensar cómo, por lo general, en la distribución de la ocupación hay espacios que históricamente estuvieron más favorecidos para las mujeres y otros para los varones.

Exacto. Eso era evidente por parte de los jueces, que eran en su mayoría varones, y también en nuestros dos colegas psicólogos. Sobre todo, uno de ellos, Jorge Bertini, tenía trayecto en el aspecto penitenciario de la psicología forense y le interesaba más la psicología criminal y el fuero penal. Roque Zelaschi había incursionado también en lo penal, pero participaba con nosotras en el abordaje de algunas familias. Si bien los cuatro atendíamos todo, rápidamente nos fuimos especializando. Primero, porque Jorge “no soportaba a los chicos”. Y también los

jueces decían “¿y qué hacemos con los chicos?”. Es evidente que la atención de niños y familias era más afín a las mujeres y lo que tenía que ver con lo penal era más afín a los varones. Esto de algún modo pasaba también en los hospitales. En la medida que había chicos, se facilitaba que las psicólogas interviniéramos, porque era un área ligada a lo femenino, a lo materno, y de algún modo menos valorizada. Pero a la vez, donde los varones mostraban más dificultades para trabajar. Así que por ese lado las psicólogas mujeres fuimos requeridas. Inclusive nos incluyeron en cursos de capacitación para abogados en el Poder Judicial. Tuvimos una inserción muy interesante en ese ámbito.

—Y con una jerarquización muy marcada.

Sí, eran cargos muy importantes. Eran cargos que tenían muchísima mejor remuneración que cualquier otro cargo en cualquier otra institución. Fueron muy jerarquizados en ese punto y tuvimos, por lo menos inicialmente, el respeto de los jueces, aunque esto requirió todo un trabajo de diálogo permanente con ellos. También hubo que afrontar dificultades con algunos médicos psiquiatras. Hubo un psiquiatra en especial, el Dr. Ángel Resúa, quien nos entrevistó antes de ingresar, que siempre nos apoyó. Pero el Jefe de Psiquiatría, el Dr. [Migue] Maldonado, solicitaba que hiciéramos los informes correspondientes al Fuero Penal, sin firmarlos. Pretendía que le diéramos nuestro informe al Médico para que él lo incluyera en su propio informe, con su firma. Esto no lo aceptamos y fuimos a la Corte a fundamentarlo. Presentamos nuestros títulos, nuestras incumbencias, nuestras especializaciones, nuestros currículums. Queríamos dejar en claro que nosotros teníamos que asumir la responsabilidad por lo que decíamos, firmando. Afortunadamente, a pesar de que aún no existía la Ley de Ejercicio Profesional, los jueces lo aceptaron como válido. Además, porque internamente dentro del grupo de los psiquiatras, como dije, contábamos con el psiquiatra que mencioné, que nos apoyó absolutamente. Él tenía una formación humanista y sociológica, que lo hacía una excepción. Entonces, como hubo allí una discrepancia interna en el grupo, se aceptó nuestra propuesta de firmar todos los informes.

—Fue un importante avance porque abrieron un campo para todos los que después se dedicaron a eso.

Sí, por supuesto. Nosotros abrimos caminos en más de un frente. Ser primera promoción tuvo el beneficio de que las instituciones no estaban tan saturadas de profesionales como ahora. Nos requerían de algún modo, pero también tuvimos que enfrentar todas estas problemáticas y estos obstáculos de tener que armar y construir el lugar con todos sus avatares.

—Sí, además es un ámbito en el que, para algunos abogados, todavía parece “raro” que intervengan psicólogos. Es un lugar que hay que seguir peleando y defendiendo.

Sí, y algo que nosotros vemos en las nuevas generaciones de psicólogos es que empiezan de nuevo, como que hay algo de la historia que no se aprovecha. Empiezan de nuevo a trastabillar, porque el psiquiatra les pide que hagan tal o cual cosa y entonces lo toman como una orden y, aunque no estén de acuerdo, lo hacen, no luchan por su lugar. El abogado pide que presenten los protocolos cuando nosotros hemos peleado años para que no se exija que se presenten los protocolos de los tests. Porque esto lo hacen para que vaya un perito de parte a

opinar sobre un dibujo, sobre algo parcial con un criterio clínico equivocado. Nosotros siempre nos negamos y siempre ganamos la partida porque nos unimos como grupo y presentábamos los fundamentos e íbamos a la Corte. Eran otros jueces también, más comprometidos. Era otro Poder Judicial, otras épocas. Nosotros nos habíamos formado durante diez años en familia. En la práctica, por la Dirección de Psicología, por lecturas en común, por los seminarios que hacíamos en Buenos Aires. Y en el 85, cuando se reabrió la Carrera, con Hilda Abelleira empezamos a concurrir al Departamento de Familia que dirigía Isidoro Berenstein, y al de Pareja, que dirigía Janine Puget, en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, con quienes me volví a reencontrar después de aquellos históricos seminarios. Yo seguí esa formación durante diez años, todos los jueves. Ese fue un apoyo enorme, tanto en la tarea pericial como en la cátedra.

—Hablemos un poco de tu carrera docente. ¿Cómo comenzó ese recorrido?

En 1962 entré a Psicología Social como ayudante alumna, porque me había gustado muchísimo la materia. En ese momento ya no estaba Martha Bechis de Amelior, sino que estaba Eduardo Colombo. Como Profesor Titular nos alojó de una manera integrativa en todo lo que él hacía. Nos reunimos e hicimos las primeras experiencias de Psicología del Rumor.

—Contanos un poco más sobre eso.

Fue preciosa esa experiencia. Él trajo un grabador y nosotros hicimos la producción. Yo me había tenido que encargar de recorrer los cines de la ciudad para pedir fotos de películas que había en los carteles. Nos regalaron una copia de esas fotos que estaban sin texto. Después seleccionamos esas fotos y presentamos la misma foto en dos filas, a dos grupos de personas. Hicimos pasar de a uno para que mirara la foto y describiera qué veía y qué interpretaba, e íbamos grabando. Entonces el que seguía no veía la foto, sino que escuchaba lo que el otro describía. Era un poco como el teléfono descompuesto. Es una prueba de la Psicología del Rumor. Lo que mostraba la prueba era que si el primero de la fila era una persona muy minuciosa en la descripción y con ciertos criterios realistas que podrían acercarse a un cierto consenso sobre lo que se percibía, lo que terminaba relatando el último de la fila era bastante aproximado a lo que se veía en la foto. Pero si el primero que veía la foto tenía una tendencia interpretativa muy idiosincrática, lo que resultaba en el último era absolutamente deformado de lo que mostraba la foto. Fue una experiencia hermosa.

— ¿Esa fue tu primera experiencia como docente-investigadora?

Claro. Seguí hasta el 63 y ese año pasé a Ayudante Diplomada. Al comienzo me había impactado más la Psicología Social y Eduardo Colombo como Profesor, ya que, aunque no lo tuve, había escuchado algunas de sus clases. Sin embargo, en el 64 dejé Psicología Social e ingresé como Ayudante Diplomada *ad honorem* en Niñez y Adolescencia, la cátedra de Mauricio Knobel. Ya habíamos conformado el grupo de estudios con él, y nos invitó a incorporarnos a su cátedra. Su insistencia me decidió a esa elección. Al año siguiente entré como contratada interina. A comienzos de 1966 concursé y quedé como Ayudante Diplomada Ordinaria del 66 al 69, y paralelamente en el 67 me designaron Jefa de Trabajos Prácticos *ad honorem*. Esos años fueron muy difíciles.

—En ese momento se producen las renunciaciones masivas de profesores, ¿verdad?

Así es. En el 66 muchos profesores se fueron a raíz del golpe de Estado de Juan Carlos Onganía y la intervención militar en la universidad. Esa fue la primera persecución que hubo y muchos docentes se fueron antes de sufrir la persecución. Entre ellos se fue Knobel que, por pertenecer a la comunidad judía, tuvo miedo y renunció. Se quedó en su consultorio en una actividad más silenciosa. En ese momento era decano Raúl Ballbé y es una época que coincide además con las modificaciones al plan de estudios. En el 69 hubo una primera reforma, y luego en el 70 se aplica la más importante. Pero en el 69 ya se hacen algunas modificaciones y se divide Niñez y Adolescencia en dos materias: Psicología Evolutiva I y Psicología Evolutiva II. En Evolutiva I queda designado David Ziziemsky, excelente profesor, psiquiatra infantil del Hospital de Niños, y, en Evolutiva II, queda designado Stan Popescu, que era un profesor rumano que nunca se supo dónde lo había contactado Ballbé. Popescu era filonazi. Nosotros quedamos espantados. Recuerden que estábamos en plena dictadura de Onganía y yo ya estaba concursada como Ayudante Diplomada y designada como Jefa de Trabajos Prácticos. Organizamos una asamblea con el resto de los Profesores y Ayudantes de la carrera para resolver si nos quedábamos o nos íbamos. En ese momento, por mayoría se decidió que convenía quedarse porque, si bien esa primera dictadura implicó una suerte de persecución ideológica, no hubo muertes. Entonces decidimos quedarnos a resistir y dijimos “esto es terrible”. Íbamos a las clases de Popescu y veíamos que de [Jean] Piaget no tenía la menor idea. Nosotros nos habíamos formado mucho en Piaget, tal es así que Knobel nos había delegado la tarea de profundizarlo en los trabajos prácticos, para transmitirlo a los alumnos. Piaget era un autor que no se daba en otra materia como después se desarrolló especialmente en Psicología Genética. Popescu, en cambio, daba el desarrollo absolutamente ligado a la maduración biológica. Nos reunimos y dijimos “vamos a ponerle la cara a las clases”. Él no nos reunía nunca porque venía una vez por semana de Buenos Aires así que ni siquiera hacía reunión de cátedra. Nos convocó una vez para darnos los lineamientos del programa y punto. Entonces dijimos “nosotros vamos a dar nuestro programa”. De manera que, junto con los contenidos que los alumnos tenían que saber para aprobar el examen, les dábamos aquello en lo que nosotros nos habíamos formado, en aspectos del psicoanálisis de niños y de Piaget. Le hicimos esa resistencia silenciosa. Por supuesto que Popescu se terminó enterando; entonces finalizado el 69, el Decano nos deja cesantes al grupo de Ayudantes que estábamos designados: a mí, a Mirta Rubinstein, que después hizo su carrera en el Hospital de Niños, a Norma Najt y a Sara Amores, que era médica y estaba en la cátedra, porque se especializó en psiquiatría infantil. Esa fue nuestra primera echada de la Facultad. Luego se produce un movimiento: termina su mandato Ballbé y se designó como Decano al Profesor de Filosofía, Rodolfo Agoglia, y como Jefe del Departamento de Psicología a Juan Carlos Pizarro. Entonces, en conocimiento de todos estos avatares y a partir de que nos echan y que no encuentra en Pizarro un aval para su renovación de designación, Popescu se va. En ese momento quedó sin profesor la materia y fue cuando Juan Carlos Pizarro me ofreció la adjuntía a cargo de Psicología Evolutiva II. Yo me pegué un susto terrible, porque era muy joven. Tenía 30 años, pero en realidad no se me ocurría nadie de La Plata que pudiera ejercerla. Pizarro me

decía “tiene que ser un psicólogo, acá hay que empezar a animarse”. Y bueno, le dije “armaremos un buen equipo con la gente que tenemos a disposición”. Así formamos un hermosísimo grupo de cátedra y acepté la adjuntía a cargo. Me designaron y se instrumentó en marzo del 70. En ese momento empezó mi carrera como Profesora de Evolutiva II, que duró entre el 70 y el 74. El 31 de diciembre del 74 se produce la segunda echada, más masiva. Nos dejaron cesantes a la mayoría de los profesores con la excusa de que no estábamos concursados. Esto se daba en el marco de la llamada “Misión Ivanissevich”⁴. En esos tiempos, había muy pocos concursos. Sólo dos o tres profesores continuaron su presencia en la Carrera y se designaron otros, en nuestros lugares. Nosotros quedamos afuera hasta el 84, cuando se reabre la Carrera y me reincorporo en el 86, porque la materia estaba en tercer año. En toda esa etapa, cuando nos echaron y ya había tantos muertos, creo que fuimos sobrevivientes, realmente. Nosotros en un exilio interno y otros que se tuvieron que exiliar o eligieron el exilio externo. Yo tenía mis hijos muy chicos y apostamos a quedarnos, a pesar de que nos habían matado a dos Ayudantes de la cátedra.

— **¿En ese momento?**

Sí, eran pseudo desaparecidos porque después supimos que, a uno de ellos, Lidia Ridaó⁵, la fusilaron en cuanto la sacaron de la casa y la tiraron en el río. Yo me enteré después de muchos años, estando en la Asesoría pericial, que había dado positivo la investigación de ADN. Al otro ayudante, Carlos Polari⁶, lo acribillaron cuando estaba con otros compañeros, pintando un cartel en una pared. No figuraban como desaparecidos, sino que fueron asesinados directamente.

— **Hechos que en los diarios aparecían como “enfrentamientos”.**

Ningún enfrentamiento. A Lidia la sacaron de la casa en la madrugada. Nunca se supo por qué. El marido tuvo una especie de crisis paranoica porque me venía a preguntar si ella estaba en alguna cosa, porque él no sabía de ninguna militancia y yo tampoco tenía noticias sobre ninguna militancia de ella. Yo la conocía mucho por ser Ayudante, le supervisaba casos, teníamos un vínculo afectivo. Él era un Psiquiatra que se desempeñó muchos años en La Plata y no se lo llevaron. No sabemos si Lidia salió de garantía para el alquiler de un consultorio o de un departamento de una mujer que después resultó estar en la guerrilla. No sé. Nunca supimos bien cuál fue el motivo. El primer asesinato al menos —el de Carlos— fue obra de la Triple A. Antes de la

⁴ Se refiere a la gestión de Oscar Ivanissevich al frente del Ministerio de Educación entre agosto de 1974 y agosto de 1975. El propósito de la “misión” era “eliminar el desorden” en las universidades y llevar a cabo una “depuración ideológica” que pusiera fin a la “infiltración marxista”.

⁵ Lidia Manuela Ridaó (“Chirula”), nació el 23 de noviembre de 1945 en Balcarce, Provincia de Buenos Aires y estaba casada. Se desempeñaba como Psicóloga en el Hospital de Niños de La Plata [hoy denominado Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica”]. Fue secuestrada en el marco del operativo ilegal a cargo del Primer Cuerpo del Ejército, el 19 de abril de 1976, en su domicilio particular y asesinada el 1 de mayo del mismo año en la ciudad bonaerense de Villa Domínico. Sus restos fueron exhumados del cementerio municipal de Avellaneda e identificados en diciembre de 2007, por Resolución de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal de la Capital Federal.

⁶ Carlos Alberto Polari nació el 4 de enero de 1941 en La Plata. En julio de 1972 se recibió de Psicólogo Clínico en la UNLP. Fue fundador y militante del Partido Comunista Revolucionario (PCR) y trabajaba en la Municipalidad de La Plata. El 13 de mayo de 1975 fue secuestrado junto a tres compañeros de militancia en la esquina de 17 y 42, mientras realizaban pintadas por la libertad de Horacio Micucchi, detenido el día anterior. Al día siguiente sus cuerpos aparecieron acribillados en el camino que une la Ruta Prov. N° 11 y Playa La Balandra en Berisso.

dictadura cívico-militar. Nuestra expulsión de la facultad también se dio en ese momento de auge de la Triple A. El de Lidia, al mes del golpe. Implementaron una metodología por la cual no solamente mataban a los que estaban militando concretamente o que estaban en la clandestinidad. Hubo todo un grupo de personas que asesinaron al azar para dar a entender que había que temerles y que a cualquiera le podía pasar, se hiciera lo que se hiciera. Lo hacían porque podían. Así que nosotros nos quedamos reclusos en nuestros consultorios, estudiando, armando grupos de estudio. Nunca leímos tanto como en esa época. De alguna manera tratamos de recuperar algo de lo institucional y de la tarea de estar en contacto con colegas a través de dos actividades: los grupos de estudio y los grupos terapéuticos. Justo en ese momento, en que era perseguida la actividad grupal, nosotros armamos grupos terapéuticos. Iban entrando de a uno al consultorio. Fue una experiencia preciosa que pude sostener durante quince años porque después Juan Pavlovsky, mi compañero de co-terapia, se enfermó y falleció, lamentablemente.

—En el momento de reapertura de la carrera estuviste en la comisión que desarrolló el plan de estudios 1984, ¿verdad?

Sí, por supuesto. Estuvimos muchos meses, todo un grupo de profesionales, tanto los que habíamos estado en la facultad como otros que provenían del campo profesional, que habían estado en la Asociación de Psicólogos de La Plata, hasta que se creó el Colegio de Psicólogos de la Provincia. En el ochenta y tres, cuando ya veíamos que se terminaba la dictadura y se empezaba a respirar el espíritu democrático, empezamos a reunirnos.

— ¿Cómo se trabajó esa nueva propuesta de Plan de Estudios?

La idea de la que se partía era la siguiente: económicamente no todos los alumnos estaban en condiciones de pagarse los posgrados, que eran todos pagos. Una de las luchas estudiantiles era lograr posgrados gratuitos, pero la universidad no puede pagar todo. Entonces pretendíamos que, dentro de la Carrera, los estudiantes recibieran una formación amplia. Por lo menos, tener algo de forense, algo de laboral, algo de educacional y lo clínico quedó como más sobreabundante, porque todas las materias anteriores, con predominio psicoanalítico, enriquecen la formación clínica, luego de niños y adolescentes y de adultos. Al menos dentro de lo psicoanalítico. Quizás otras corrientes no quedaron tan representadas.

—Ahí es cuando surgen las materias cuatrimestrales.

Claro, después aparecen las cuatrimestrales que tuvieron que ser hechas así para dar lugar al número de materias que nos quedó cuando armamos el Plan. Algunas materias yo creo que tienen que ser cuatrimestrales y otras deberían volver a ser anuales por los contenidos más abundantes que tienen.

—Contanos cómo organizaste la cátedra de Psicología Evolutiva II cuando regresaste en 1986.

El programa lo armé con Graciela Petriz, que fue Profesora Adjunta. Juntas tomamos la decisión de respetar nuestras especialidades, de modo que nos repartimos el Programa. Ella tenía más experiencia en adolescentes y en vejez y yo en familia y en pareja. Entonces hicimos esa división: yo daba el marco teórico general y abordaba familia y pareja y desde ahí hacíamos el entronque del adolescente dentro de la familia, y del viejo con sus características particulares.

Me parece que era muy buena la perspectiva del Programa. Además, en ese momento cuando me reintegré a la Facultad, invité al coterapeuta que les mencioné, Juan Pavlovsky, a formar parte de la cátedra. Él aceptó y generamos dos Jefaturas de Trabajos Prácticos. Una, la tradicional, y otra que él tomó a su cargo, que proponía una metodología muy interesante que pusimos en práctica ese año. La propuesta consistía en que, además de la tarea grupal que tenía lugar en los trabajos prácticos, se hacía un plenario semanal coordinado por Juan. Él tenía una muy buena formación en psicodrama. Había estudiado varios años con Eduardo “Tato” Pavlovsky y con Hernán Kesselman. En ese plenario se proponían juegos dramáticos con los temas de la materia y después se hacía una integración de lo teórico y de lo que iba sucediendo en ese espacio. Fue una experiencia preciosa que lamentablemente tuvimos que suspender en 1995, cuando falleció Juan. Yo después no tuve deseos ni me animé a hacerlo sola o con otra persona. Además, ningún otro docente de la cátedra se animaba, porque Juan era un especialista en el tema así que esa experiencia terminó allí. Duró casi diez años.

— **¿Hicieron alguna vez algún registro de esos plenarios?**

Lamentablemente no hubo un registro filmado, no teníamos la tecnología suficiente. Seguramente hicimos algún registro por escrito. Muchas veces uno va haciendo cosas y después no se imagina que eso puede tener peso para que quede como documentación de la actividad.

— **Volviendo al programa de 1986, allí aparecen textos de Piera Aulagnier. ¿Cómo llegaste a su obra?**

Tomé contacto con Piera en el año 85, a través de Isidoro Berenstein con quien la estudiamos a fondo.

— **¿Sus textos estaban traducidos en ese momento?**

Para ese entonces ya había dos textos. *El sentido perdido*, que es una especie de publicación rara que no tenía el formato del libro común, y *La violencia de la interpretación*, editada por Amorrortu en 1975. Después se editaron los otros dos libros: *Los destinos del placer* y *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Hermosísima obra, una maravilla. De vigencia actual, como toda gran obra.

— **De modo que tomaste contacto con Piera a través de la AAPPG.**

Sí, tomé contacto por la formación que comencé en la AAPPG [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo], que era, realmente, un ejemplo de asociación de profesionales. A mí me costó insertarme en una asociación porque eran todas muy dogmáticas. Esto fue en el 85, y recuerden que desde el 70 venía pisando fuerte [Jacques] Lacan y las organizaciones lacanianas me resultaron terriblemente dogmáticas. No quise pertenecer.

— **¿Tuviste algún acercamiento a la obra de Lacan?**

Como autodidacta y por fuera de las instituciones consagradas. Primero fue autodidacta, en el comienzo de la dictadura, y, después, aprovechando el repliegue, hicimos grupos de estudio. Varios grupos de estudio con especialistas, inclusive con Raúl Sciarreta, que era un filósofo extraordinario. Todos estaban fascinados con Lacan y también, de alguna manera, era un mercado potable para los grupos de estudio. Yo estudié años con Sciarreta y con [Eduardo] Pérez Peña, que era alguien que venía de la física y la ingeniería y por la topología se había interesado en

Lacan y se había especializado en el análisis de sus textos. En esos grupos de estudio se accedía a una formación más despojada de lo institucional cerrado, como era el caso de la EOL [Escuela de Orientación Lacaniana] en ese momento. Lo que nunca me gustó realmente, es que bajaban línea que hacía que uno, en vez de formarse en Lacan, se formara en el lacanismo. A mí eso nunca me interesó y preferí mantener la apertura a otras lecturas que enriquecieran el psicoanálisis. La AAPPG [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo] tuvo eso de bueno: todo lo novedoso lo incorporaba, pero con un pensamiento crítico en el fondo, que es lo que yo creo que siempre hay que sostener. Incorporó a Piera Aulagnier, después a Jessica Benjamin, que es otra autora extraordinaria, a Edgar Morin, a todos los pensadores de la complejidad. Ahí empecé a estudiar a los autores que conforman el paradigma del pensamiento de la complejidad y que los psicoanalistas que formaban parte de la AAPPG iban incorporando para no quedarse en el encierro conceptual hegemónico del psicoanálisis. Allí también profundizamos las lecturas de Cornelius Castoriadis, de Gilles Deleuze, a quien sigo estudiando actualmente. Son autores fascinantes: Deleuze, Jacques Derrida, Félix Guattari. Pero de Deleuze, siempre me impacta su forma creativa de pensar. Y desde luego Michel Foucault, desde antes. Todos esos autores fueron enriqueciendo nuestro bagaje conceptual y teórico. Son mis referentes actuales y a los que siempre vuelvo a leer. Como a Freud y también a Lacan. Sobre todo, en los escritos menos influidos por lo histórico-social, que son los que se cuestionan hoy.

— Los insumos teóricos para el programa de Evolutiva II, ¿provenían de Psicología de la Niñez y Adolescencia o de tu formación por fuera de la Facultad?

Bueno, yo venía de Psicología de la Niñez y Adolescencia, de modo que todo lo que había incorporado de adolescencia venía de allí, pero también se sumó mi experiencia en familia y toda mi formación extra-Facultad. Y la experiencia y formación de Graciela Petriz.

— ¿Te referís a tu experiencia en la Dirección de Psicología?

Sí, y lo que ya empezaba a profundizar con [Isidoro] Berenstein en 1985, un año antes de armar ese Programa. En cambio, el primer Programa, el de 1970, lo hice en base al psicoanálisis kleiniano. Además, en esos años empezaban a incluirse algunas aproximaciones del estructuralismo desde Claude Lévi-Strauss. Y, a partir de ahí, se incorporaba algo de Lacan como mirada estructuralista. Entonces, se fue dando entrada a esos enfoques. Y luego, de la revista *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina* tomé los desarrollos de Enrique Pichon-Rivière y de Berenstein sobre familia, que es lo que introduje en el Programa. Sobre adolescencia desarrollamos lo que habíamos obtenido de la formación en la cátedra con Mauricio Knobel y de los grupos de estudio hechos en Buenos Aires. Nos ingeniamos con los conceptos de Freud, Françoise Dolto y Melanie Klein para hacer una elaboración de los aspectos teóricos. No era muy fácil. Pero, de todos modos, Klein tenía algo interesante: hablaba en un sentido estructural, hablaba de posiciones y no de etapas. La posición esquizoparanoide y depresiva es lo que toma después Pichon-Rivière para hablar de los momentos en el grupo. Esos conceptos te ofrecían algo que vos podías sacar de la linealidad evolutiva. En ese momento empezábamos a poder pensar más estructuralmente. Y todo esto nos servía también para elaborar algo del funcionamiento de la adolescencia. Con los años fueron llegando otros autores muy interesantes, como

Piera Aulagnier, Silvia Tubert en la adolescencia como estructura. Y también, aportes de Silvia Bleichmar, Ricardo Rodolfo, que era docente en la UBA. Pero algunos de estos aportes ingresaron en la refundación de la cátedra en 1986. Por último, algo de los manuales seguramente también incorporamos.

—**Sí, en el programa de 1970 hay más manuales.**

Así es. También incluimos a Erik Erikson y a Jean Piaget en la unidad sobre pensamiento. Y lo incorporamos a José Antonio Castorina, que tenía un estudio muy interesante sobre el pensamiento adolescente. Tratábamos de armar el rompecabezas desde diferentes lugares.

—**Una de las bolillas de ese programa de 1970 versa sobre las revueltas estudiantiles y Jean-Paul Sartre. ¿Por qué decidieron incorporar ese tema?**

Bueno, eso fue por *La revolución de la juventud en el mundo*. Así se llamaba un libro precioso del 68, el Mayo Francés de 1968. Esa lectura era inevitable, teníamos que incorporar ese tema. Venía de allí, del mayo del 68, de Sartre, de todo lo que él había escrito, de “la imaginación al poder”, esos libros preciosos que teníamos en esa época.

— **¿Algo de esto se observaba en los alumnos de la Facultad?**

Ellos mostraban gran entusiasmo por escuchar y debatir esos temas, en ese momento. Pero en la reapertura, nos costó mucho “hacerlos trabajar” desde la propia capacidad de pensar. Había como un aplanamiento del pensamiento, seguramente como efecto de la represión de la dictadura. En la primera etapa, durante un buen tiempo, los alumnos acompañaban los teóricos y después se empezaba a reducir su asistencia, como creo que pasa en casi todas las materias. Pero ya en ese momento comenzaba a pegar más firmemente el discurso psicoanalítico. Entonces, las que tenían más audiencia eran las materias específicamente psicoanalíticas y las evolutivas siempre eran menos atractivas. Hasta que, me parece, le encontramos la vuelta en la segunda parte de la cátedra, en el 86, cuando incorporamos otras lecturas muy interesantes y con esto, que no siempre era aceptado, de tratar de trabajar en grupo, en los Trabajos Prácticos. Proponer una metodología pedagógica novedosa, que incluyera los plenarios de los viernes coordinados por Juan Pavlovsky. Debo decir que también sufrimos ataques internos, porque nosotros teníamos una formación fundamentalmente psicoanalítica, pero ampliada a otras lecturas, y nos habíamos formado además en psicodrama psicoanalítico. Esto hacía que, desde otras cátedras, nos bajarán el pulgar. Uno dice “bueno, se conoce más a sí mismo por los enemigos que tiene”. Si no tenés ningún enemigo quiere decir que no te valoran. En algo valorarían lo que nosotros hacíamos, porque nos atacaban.

— **¿Estas críticas provenían siempre de otras cátedras?**

Sí, de otras cátedras. No importa cuáles. Eran cátedras que se consideraban los adalides del psicoanálisis y los únicos que tenían derecho a decir que transmitían psicoanálisis. “Pensamiento único”, diríamos ahora. Entonces, les decían a los alumnos que lo que nosotros hacíamos no era psicoanálisis. Nosotros dábamos nuestros temas y los desarrollábamos con la amplitud que considerábamos que debíamos desarrollarlos, pero con estos autores: Piera Aulagnier, Silvia Tubert, todos provenientes del psicoanálisis, pero un psicoanálisis elaborado desde su propia autonomía de pensamiento, porque Piera Aulagnier fue discípula de

Lacan, pero hizo su propia teoría. Entonces a mí me parecía que era absolutamente respetable una pensadora como ella y que también era respetable que uno tuviera la iniciativa de incorporar otras metodologías y otras formas de enseñar. En fin. Pero la sufrimos, porque los alumnos nos hacían preguntas enojosas. Sobre todo, al principio, después se fueron dando cuenta que teníamos algo valioso que transmitir. Algunos alumnos se dieron cuenta después de recibirse y de haber pasado por los hospitales. Entonces nos decían “ay, ¿sabe una cosa profesora? ¡Cómo me sirvió lo que ustedes hicieron con los grupos, para atender en Romero!” [Hospital “Dr. Alejandro Korn” de Melchor Romero]. Después, algo queda, siempre, pero no fue fácil. Primero había que pelear en los espacios para poder introducir la mirada psicoanalítica y después nos teníamos que defender para que no se nos encorsetara en un dogmatismo a ultranza, por ser abiertos y tener un pensamiento crítico. Bueno, nos tocó de todo. Y para mí significaba sufrimiento; sufrí mucho esos años. Piensen que recién en el 93 se llamó a concurso y regularicé mi cargo. Una vez que estás concursada tenés otra inserción en la facultad, tenés otra pertenencia. A su vez, en la década de los 90 creo que en el 94— se creó en la Universidad el Programa de Incentivos a la Investigación [Programa de Incentivos a los Docentes-Investigadores, del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación]. Ahí empezamos el proceso de investigación sistemática, acreditada, aprobada por la Universidad, teniendo que presentar proyectos y salir al campo a hacer las investigaciones. Eso para mí abrió absolutamente el panorama. Me permitió poder demostrar lo que veníamos diciendo, con el trabajo de campo. Y eso nadie te lo puede rebatir, al menos sin fundamentos. Está en el trabajo de campo, en el discurso de los actores y aquí les leemos las entrevistas y aquí leemos lo que extraemos del estudio, de las muestras amplias de parejas, de familias, de mujeres, de hombres, de padres, de madres que vamos entrevistando. Todo ese trabajo nos permitió arribar a conclusiones que no eran solamente una confirmación de nuestros conceptos teóricos, sino que, además, nos permitió crear nuevos conceptos. Porque la cuestión, es poder salir al campo sin el prejuicio de que tenés que hacer entrar al entrevistado en el concepto teórico que tenés en la cabeza, sino tener la actitud epistemológica de ver qué encontrás. Esa apertura ya la había tenido en la Asesoría Pericial de Tribunales por la casuística novedosa que tuvimos que abordar allí, absolutamente ajena a lo que podíamos ver en el consultorio. En ese ámbito los conceptos siempre quedaban cortos, insuficientes; había que buscar otras alternativas. Sobre todo, otras herramientas y apelar a nuevas teorizaciones, que tardaban en llegar y que no era fácil crear. En 1993 —hace 25 años— tuvimos que ver transexuales que pedían la adopción de un niño, y evaluar esas situaciones intentando no arrastrar el prejuicio que existía en la sociedad y en las teorías psicoanalíticas hegemónicas, esquemáticas, de ese entonces. Porque no contábamos con producciones teóricas confiables, ni investigaciones serias sobre el tema, como fueron apareciendo décadas después. Y bueno, lo tuvimos que ir armando. Basándonos en nuestra formación en psicoanálisis vincular, ir viendo cuál era la respuesta de las personas. En este punto es donde nos sirvió una herramienta que creamos con Hilda Abelleira: el dispositivo de evaluación vincular, que

describimos pormenorizadamente en el libro del 2004 [*Clínica forense en familias. Historización de una práctica*]. Nos ayudó mucho también la formación que adquirimos con Isidoro Berenstein, porque se trataba de ver en el vínculo, de ver cómo se relacionaba esa transexual con su hijo y evaluar si era apta para ejercer las funciones parentales o no. Era allí, en situación, donde pensamos que íbamos a obtener las respuestas. Ni más ni menos que eso. De allí íbamos yendo de la teoría al trabajo de campo, del campo a la teoría y fuimos enriqueciendo la teoría con nuestras prácticas y, obviamente, nuestras prácticas con lo que íbamos pensando y las nuevas teorizaciones que desde distintos contextos se fueron elaborando. En síntesis, hicimos el trabajo dialéctico teórico-clínico: la teoría que ayudaba a la práctica pericial, la práctica pericial que ayudaba a la teorización. Bagaje que íbamos transmitiendo en la tarea docente, junto con las nuevas luces que arrojaban los resultados de las investigaciones. Con todas estas adquisiciones yo empecé a relajarme y a respirar. En ese momento pude verdaderamente disfrutar de la tarea en la cátedra, porque fue como un respaldo que no admitía críticas destructivas. Para mí el Programa de Incentivos fue maravilloso, hizo crecer a las cátedras, a los integrantes de las cátedras y al campo del conocimiento, por supuesto. Y luego otra experiencia que aportó a este enriquecimiento fue la tarea de extensión que desarrollamos entre el año 2002 y el año 2015 [Programa "Consultorios Jurídicos Gratuitos", Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, UNLP y "Atención psicológica de abordaje interdisciplinario", Facultad de Psicología, UNLP]. Fueron trece años de tarea de extensión en barrios con una población riquísima por toda la casuística que vimos. Eso nos ayudó muchísimo a aprender nuevas facetas de la población y mutuamente, volcando lo que sabíamos en el asesoramiento y la atención en los barrios.

— ¿Cómo fue tu experiencia al frente del Departamento de Psicología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación?

Fui Directora del Departamento entre 1999 y 2006. Esa fue una experiencia muy buena e intensa. Me acompañó un equipo de gente hermosa. Fueron años de un intercambio muy rico y de apoyos mutuos con la gestión de la Facultad de Humanidades. Conocí y pude profundizar en los lazos académicos y afectivos con profesores y personas valiosísimas: el Profesor Guillermo Obiols, José Luis de Diego, Luis Viguera, Aníbal Viguera, Ana Barletta, Ricardo Crisorio y todo el grupo de sus colaboradores del Departamento de Educación Física, y muchos más que sería difícil enumerar sin dejar de mencionar a alguno. Disfruté plenamente de esas relaciones y de la tarea de conducción de la carrera donde siempre conté con la buena disposición del cuerpo docente. Otros encuentros para recordar eran las reuniones periódicas con los diferentes conductores de carreras de psicología del país [Asociación de Unidades Académicas de Psicología, AUAPSI]. Riquísima miscelánea de subjetividades que hoy evoco con placer y nostalgia. Y, seguramente, la experiencia más valiosa de entonces fue nuestra larga lucha por lograr el pase a facultad de la Carrera de Psicología. Donde los tres claustros nos apoyaron y traccionamos codo a codo con Edith Pérez, como lo muestran las fotos del día en que el Consejo Superior votó nuestro pedido.

—Por último, nos gustaría que hicieras un balance de tu formación y tu carrera profesional y académica.

Si tuviera que hacer un balance de lo que fue más significativo para mí y de qué me quedó “en el tintero” o sin escribir, diría que, respecto de lo que me marcó, lo fui diciendo a lo largo de la entrevista. Atesoro fundamentalmente saber que siempre me acompañó la pasión en todo lo que hice en mi trayecto profesional y académico, junto con el afecto de los vínculos familiares y de los amigos. Que tuve el placer de poder pensar y producir con otros, que forma parte de mi ideario más valorado. También el largo trayecto recorrido con los profesionales del derecho en el programa de extensión, con los colegas que intervinieron y todos los pasantes de tantos años. Toda esa humanidad condensada está en mi maleta de los tesoros de la vida. ¿Qué quedó pendiente? Algo personal y algo institucional. En lo personal, no concreté el proyecto iniciado, una y otra vez, de completar el Doctorado. No era un proyecto ni una práctica existente en las primeras generaciones. Cuando contamos con la Carrera de Doctorado en nuestra Facultad, muchos de mis colegas académicos y yo, habíamos logrado la mayoría de los objetivos a aspirar. Una dedicación exclusiva, una titularidad concursada y convalidada, varios proyectos de investigación y extensión aprobados y con valiosas publicaciones. Varios integrantes de mi generación y subsiguientes, sin embargo, decidieron hacerlo y obtuvieron el título de Doctor en Psicología. En más de una oportunidad, se me consideró con “méritos equivalentes”, y se me invitó a componer jurados de evaluación de tesis de doctorado. Por lo que con el correr del tiempo, fue perdiendo fuerza para mí la motivación de escribir una tesis. Elegí en su lugar, concretar el proyecto de transmitir en un libro la experiencia acumulada de casi 30 años de tarea pericial con familias. Escritura que compartí con Hilda Abelleira con quien, durante ese tiempo, abordamos las familias que transitaban por tribunales y por la Asesoría Pericial. Esa tarea nos demandó cuatro años de intenso trabajo, con el resultado de una composición a dos voces y cuatro manos.

Lo institucional que queda pendiente, no depende de mi decisión sino de las autoridades de la Facultad. Y no estoy yo sola involucrada, sino todos los profesores fundadores de la Carrera de Psicología que hoy estamos jubilados y retirados de la actividad de grado. Me refiero a un acto de reconocimiento justo para nuestra generación, que es un ritual obligado en todas las carreras del país: designar como Profesores Extraordinarios a los docentes que se retiran y que pueden seguir realizando valiosos aportes a la Facultad.

La Plata, noviembre de 2018.

CAPÍTULO 3

Entrevista a Raúl Marazzato

María Laura Fernández, Estela Renovell y Nancy E. Vadura

Raúl José Marazzato (Vicente López, 1937) tuvo una participación destacada como alumno y luego como profesor y miembro de la gestión de la Carrera de Psicología en la UNLP. Formó parte de la segunda promoción de ingresantes e intervino activamente en los primeros años de implementación de la misma, entre los años 1959 y 1966, primero como miembro activo del movimiento estudiantil y luego como Presidente del Centro de Estudiantes, Consejero Superior y Consejero Académico en representación del claustro estudiantil. Recibido en la rama clínica en 1966, permaneció vinculado a la gestión institucional como graduado, ocupando el cargo de Secretario Académico dentro de la gestión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación entre los años 1969 y 1973. Luego de un alejamiento del ámbito universitario, retornó a la vida institucional de la carrera primero participando en la comisión encargada de elaborar el nuevo plan de estudios con el que se procedería a la reapertura de la carrera, luego en el curso introductorio en 1983 y en 1984, desempeñándose, al mismo tiempo, como Ayudante Diplomado de la asignatura Psicología I y posteriormente como Profesor Adjunto a cargo en la asignatura Corrientes Actuales en Psicología hasta 1999. Su testimonio, atravesado por las diversas improntas de la profesionalización de los psicólogos, antes y después de la última dictadura, permite ilustrar la transformación de las referencias conceptuales y las modalidades de gestionar y concebir la enseñanza de la psicología. A su vez, resulta valioso para la reconstrucción histórica de las continuidades y discontinuidades que atravesaron los distintos planes de estudio de las carreras de psicología (tema que los alumnos de Corrientes Actuales en Psicología deben abordar), y para la contrastación documental, analizada en el proyecto de investigación de la cátedra.

—Raúl, nos gustaría comenzar con tu inserción en la Carrera de Psicología. En el marco de las investigaciones de nuestro proyecto de investigación aparecés como un actor significativo en la historia de la Carrera.

[R.M.]: ¡Y bueno! ¿Podemos comenzar con el diálogo?

—¿Cómo decidiste estudiar Psicología?

Iba a empezar con otro tema, pero comencemos con este. Mi decisión tuvo que ver, por un lado, con lecturas previas. Por el otro, con mi modalidad para relacionarme con los otros. Desde muy chico ayudaba mucho a mis compañeros con problemas. Así que era un poco el consultor, por

decirlo de este modo. Eso se profundizó en el periodo de la escuela secundaria. Siempre andaba tratando de ayudar a resolver algún conflicto, propio de la edad, por ejemplo, de la joven que se quería poner de novio con alguien y la familia no lo permitía, yo hacía de intermediario, aunque habitualmente me sacaban volando [se ríe]. Pero al margen de eso, que era, no sé, inherente a la posibilidad de sociabilidad —que, creo, conservo— tenía un panorama de lecturas bastante amplio: filosofía, literatura y temas de la psicología, vamos a considerarlo de esta manera.

En realidad, la Carrera no se inicia en el año 1958, la aprobaron en el año 1954, ya con las tres especialidades que había entonces, profesores de primer nivel de la Facultad Humanidades y Ciencias de la Educación de esa época: Juan José Hernández Arregui, Adolfo Agogliá, Joaquín Pérez... Para confirmarlo están las actas del Consejo Superior, pero no sé si todavía existirán. Una vez me dediqué a recopilar las Ordenanzas de la Facultad, de modo tal que debe figurar en ellas. Pero vino el golpe de Estado del 55 y con todo lo que se produjo, como siempre, se pasó a liquidar todo lo del gobierno anterior ¿Qué culpa tiene la psicología? ¿No es cierto? Bueno, ahí estaba esa Carrera como creación, pero que había dejado de existir. En el año 1958 se crea nuevamente.

Tenía 20 años y siempre me acuerdo de que me enteré de la Carrera estando en el Servicio Militar. Me mandaron a la Secretaría del Tiro Federal, ubicada en la calle 49 entre 6 y 7. Estaba destinada a atender a la gente, sin uniforme, sin nada. Los fines de semana ayudábamos a los que iban a practicar tiro deportivo. Como no había empleados nos llamaban a nosotros. En pleno mes de julio: hacía un calor infernal y se produce la gran inundación del 58 después de una tormenta. Era una semana en la que entraban muchos camiones con tierra y me designaron para controlar y calcular el tonelaje y demás. Mientras venían los camiones, estaba leyendo el libro de un gran autor argentino, poco conocido en nuestro medio, Luis Guerrero, sobre psicología, una belleza. Entonces, me fui acercando mucho a la psicología, y, justamente, se iniciaba la Carrera. Me enteré y decidí ir a ver qué pasaba... Bueno, la cuestión es que en el año 1959 me inscribí, rendí los exámenes de idioma que se requerían e ingresé. Enseguida me gustó. Al inicio era un problema. No había profesores. En primer año tuvimos Introducción a la Psicología con Luis María Ravagnan, que era odontólogo, pero se había recibido en el profesorado en Entre Ríos, así que se dedicó a dar psicología. Incluso fue Director de Psicología de la Provincia en algún momento. Un hombre excelente, un caballero, muy motivador de la lectura. Recuerdo que tenía de Ayudante a una amiga del barrio, por supuesto mayor, ya recibida en Ciencias de la Educación, muy inteligente, Perla Danna.

En los comienzos empezaron los rumores sobre la posibilidad de eliminar la Carrera, teniendo en cuenta que el año anterior la votación para su creación se había ganado por un voto. En principio, no voy a dar nombres, pero había un Profesor de Química que había votado por nosotros que manifestaba que estaba arrepentido y parecía que trataba de convencer a otros profesores para hacer una revisión y cerrar la Carrera.

—¿Eso en tu primer año, mientras cursabas la carrera?

Eso empezó a hablarse en esa época, en el 59, 60. En el 61 ya aparece el tema en el Consejo Superior, sobre el pase de la Carrera a la Facultad de Medicina, en cuyas discusiones participé

como Consejero Superior. Para la búsqueda de material a ser utilizado me apoyaron muchísimo las compañeras haciendo traducciones de escritos de la Asociación de Psicología Americana. Hablo de compañeras porque prácticamente era el único varón entre 150 alumnos.

—¿Eras el único varón de la primera promoción?

No. Soy de la segunda promoción que se inscribió en el año 1959.

—¿Quiénes eran las compañeras?

Ya voy a ir recordando a algunas, no recuerdo el nombre de otras. Veamos lo que sucedía en ese momento. Se produjeron las elecciones del Centro de Estudiantes, y, entre otros cargos, se elegían los representantes al Consejero Académico y al Consejero Superior en representación del Claustro Estudiantil, para conformar los respectivos consejos de la Facultad y de Presidencia de la Universidad. Me llevan de representante al Consejo Superior, para que participara en las gestiones destinadas a defender la Carrera, entre otras, ya que la situación venía mal, porque los representantes de la Facultad de Medicina querían que la Carrera pasara a depender de su unidad académica, con un alcance menor del ámbito de actuación de los futuros psicólogos. No tenían ni idea de lo que era una ciencia, porque creyeron que íbamos a competir contra los psiquiatras, por prejuiciosos. Los prejuicios siempre terminan en posiciones ideológicas fundadas en la ignorancia. Por algo Marx no quería a la ideología, quería liquidarla, y acá todo el mundo estaba abrazado a la ideología, pero bueno, el mundo un mudo al revés.

Una vez electo, bajo esa perspectiva, comienzo a asistir a las comisiones del Consejo Superior y observo el panorama con respecto a la situación de la carrera. Al principio existía mucha discusión, con los compañeros estudiantes sin problemas, menos con el representante de Medicina. Rápidamente estuvieron de acuerdo en que una ciencia tiene un objeto de estudio, por lo tanto, merece una autonomía profesional, entre otras cosas. Cuando llegué al Consejo tenía 23 años, tenía que discutir aspectos de doctrina con señores de primer nivel académico, cualquiera fuera su posición —que hoy escasean en la universidad—. Por ejemplo, el representante de los profesores de Medicina era un investigador de primera línea nacional, era palabra santa para la ciencia. Había químicos como Jovan Batista, entre los puedo recordar, una gran persona, excelente, especializado en química orgánica, a [Pedro] Delfino, el Decano de Ciencias Económicas, etc.

Fueron los primeros decanos que empezaron a convencerse que la carrera de psicología podía existir. He aludido a mis 23, o 24 años en esa fecha, porque tuve que leer como loco cosas que no conocía. ¡Ubíquense ustedes en sus 23, 24 años en la Facultad! Además, tenía que discutir con los que venían de Buenos Aires, en contra de los diarios de Buenos Aires, por ejemplo, del marido de Eva Giberti, Florencio Escardó, que era palabra santa de la psiquiatría, nos demolía todas las semanas en el Diario La Razón de aquel entonces.

El compañero de Medicina, con quien éramos amigos personales y con los años terminó derivándome pacientes, por razones de cuerpo tenía que votar con los representantes de su Facultad. La cuestión es que veíamos a consejeros, profesores, consejeros graduados, en reuniones que llegaban hasta la madrugada. Por ejemplo, ¿la ubican a Martha Mercader? escritora, en su tiempo muy nombrada. Con su padre, Amílcar Mercader, profesor de primera

línea y con mucho peso político en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, sostuvimos largas conversaciones. Recuerdo siempre las que ocurrieron en su casa de la calle 17, hasta la madrugada. Asistimos con un compañero de la primera promoción, ya fallecido, que me ayudó muchísimo, Rodolfo Tessari, quien era el Consejero Académico de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Telma [Piacente, su esposa] que me acompañaba a todos lados, me esperaba en las reuniones de las comisiones del Consejo Superior, que finalizaban muy tarde. Las comisiones eran numerosas y había que debatir mucho. En ese debate se trataba de contrarrestar los argumentos de quienes se pronunciaban por la inserción de la carrera dentro de la Facultad de Ciencias Médicas. Contrarrestarlos dentro de lo que podía manejar en ese entonces. Sostenía con fuerza que una ciencia se define, entre otras cosas, por tener un objeto de estudio, por ejemplo, como sucede con la física, la química, la matemática. En cambio, argumenté que, justamente, la medicina carece de un objeto de estudio.

Porque ¿cuál es el objeto de estudio de la medicina? ¿La fisiología? No, la fisiología es una ciencia en sí. ¿La anatomía? Tampoco. Bueno, no voy a ahondar en todo ese tipo de discusiones. Lo interesante es que César García Puente, un abogado, de mucho prestigio, también Consejero, representante del Claustro de Graduados nos apoyó muchísimo. Lo mismo hizo el Decano de Ciencias Económicas. Sin embargo, no sabíamos cómo iba a salir la votación en el seno del Consejo Superior. Los representantes de Medicina estaban confiados en que ganarían, en cambio, les decíamos a los compañeros y a las compañeras que ganaríamos nosotros y por amplio margen; personalmente tenía la certeza de que íbamos a lograrlo. Finalmente, el 23 de diciembre de 1961 se produjo, luego de una larga sesión, la votación sobre el tema. Entre los treinta y tantos representantes, la votación concluyó con 28 votos a favor nuestro y 4 en contra, el de los cuatro representantes de Medicina, incluido mi amigo [se ríe]. Recuerdo todos los aplausos, la gente enloquecida. Inmediatamente sucedió un hecho interesante, poco conocido, que merece la pena recordar. Salíamos caminando por el pasillo de Presidencia [de la UNLP] y nos encontramos con la persona que voy a nombrar, sin ninguna intención aviesa —era muy buena persona—, el entonces Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, el Dr. García Olivera, quien me dijo: “Marazzato, nos han traicionado”. Respondí, inmediatamente, “Dr. García Olivera, usted conocía mi posición desde el principio”. En todo caso, la traición vino de otro lado, de la Jefa de nuestro Departamento [Dra. Fernanda Monasterio], que estaba negociando bajo cuerda la eliminación de la Carrera de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación para pasar a depender de la Facultad de Ciencias Médicas y ser una carrera menor con graduados que actuarían como una especie, metafóricamente hablando, de “enfermeros” de los psiquiatras. No voy a decir el motivo de esa negociación, porque no lo puedo probar, pero lo van a deducir ficcionalmente. Ella era Médica, pero no tenía revalidado su título en la Argentina. Deduzcan lo que quieran. Eso se conoció, se lo conté a los compañeros, por supuesto. Esa profesora siguió, —preferiría no hablar de ella— hasta que se fue. A continuación, los estudiantes comenzamos a “pisar fuerte” por toda nuestra actuación ya que también, a raíz de nuestra participación, salvaguardamos las cátedras y por lo tanto a los profesores.

—¿Y los profesores? ¿Los otros? ¿Cómo acompañaron?

Acompañaban moralmente, pero personalmente no. Salvo [Luis María] Ravagnan, nadie conocía mucho sobre el tema referido a Psicología.

—Y además eran médicos...

Unos pocos. Por ejemplo, Nicolás Tavella, que se dedicaba a la estadística, trabajaba muy bien en esa temática. Se trataba de un maestro, profesor universitario, un hombre muy inteligente y versado. Los demás profesores tenían diferentes procedencias. Por ejemplo, una era abogada, a cargo de temas relativos a la psicología laboral, y otros, efectivamente, eran médicos, y nos apoyaron, como Mauricio Knobel, por ejemplo.

—¿Y Juan Carlos Pizarro?

No, Pizarro no estaba en esa época, se incorporó un tiempo después. Otros profesores, por ejemplo, de Filosofía, como Eugenio Pucciarelli o Narciso Pousa, que eran de primer nivel y su palabra valía, no se preocuparon directamente, porque estaban en su ámbito, no se metían. El drama de esta entrevista es que tengo que hablar de mí mismo, ¿no?

—Sí.

Bueno, nuestra participación fue decisiva, no la de los profesores. Después tuvimos mucho éxito al proponer profesores con experiencias, por ejemplo, psicoterapéuticos. Hubo materias para las que no se conseguía profesor. En psicoterapia, me acuerdo la primera vez, de un profesor que se fue con la excusa del golpe militar de 1966, al que realmente no vale la pena recordar. Lo reemplazamos con el doctor [Elías] Neumann de Buenos Aires. Personalmente terminé yendo a hacer observaciones de psicoterapia de grupo en esa ciudad porque me invitó a hacerlo. Un hombre muy amplio, transmitía la perspectiva de todas las escuelas, no estaba dogmatizado, aunque tenía su posición más bien de tipo fenomenológica. Era médico, pero buen lector, conocedor de filosofía y psicología.

—¿Sería Psicoterapia Individual lo que venía a dictar?

La psicoterapia como título general posibilitaba incorporar distintos contenidos. Con respecto a ese tema, con el mismo profesor también inauguramos la posibilidad de concurrir al [Hospital] Gutiérrez [Hospital Dr. Ricardo Gutierrez de La Plata] a partir de los trámites que hicimos con él. Esta concurrencia estaba destinada a permitir que los grupos que realizaban actividades prácticas, ubicados tras un biombo, pudieran escuchar las entrevistas iniciales realizadas con los pacientes que se atendían en el consultorio de psiquiatría. Después, por un tiempo, se convirtió en un consultorio de psicología, al que también asistimos.

Otra cosa que personalmente inauguré fue el Instituto de Orientación Vocacional de la Universidad [UNLP], que, después quedó en manos de Mirtha [Gavilán], que trabajaba conmigo en los primeros tiempos. Me retiré cuando empezaron todas las vicisitudes de la época, me fui, no quería saber nada con eso. Por suerte, con mi libertad no negociable la hubiera pasado muy mal.

Esas fueron las primeras circunstancias por las que atravesamos. Mantuvimos contactos, de todo tipo, propusimos profesores como [Luis] García de Onrubia, y a Juan Carlos Pizarro, ambos de primer nivel.

—¿Cómo fueron esas tratativas?

Y... conocíamos sus actuaciones y siempre había algún profesor amigo que lo proponía, a veces se sucedían entrevistas, aunque otras no...

— ¿Pero, por ejemplo, quiénes eran los que participaban?

Por ejemplo, los que debían actuar en el Consejo Académico. Después de mi actuación en el Consejo Superior fui Consejero Académico [de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación].

Una situación interesante de la vida estudiantil fue la que correspondió a la formación de una nueva agrupación de estudiantes. Existían en esa época tres agrupaciones que dominaban el espectro de actuación del claustro. Una lideraba a gente relacionada con el antiperonismo y otra que lideraba el Partido Comunista, con las que no todos coincidían. Una tercera respondía a la posición de la Iglesia, que solo participaba en la elección de consejeros. La nueva agrupación se denominó Agrupación Reformista Independiente [ARI]. Fui su primer presidente, y todos los integrantes presentamos un programa de acción, que incluyó la creación de una cooperativa para hacer copias con los viejos estenciles ¡Cosas de la antigüedad clásica! ¿Saben quién quedó a cargo de picar los estenciles? ¡Ni se imaginan! Graziela Napolitano [risas].

—Impensado.

¡Cómo trabajó Graziela! Con ella hicimos una gran amistad. Ocurrió lo siguiente, se introdujo un curso de ingreso con la aprobación de los estudiantes, fue la única carrera con ese tipo de curso en la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación], incluso en la Universidad. Toda la izquierda se opuso, como siempre, aunque no fue restrictivo. Yo estaba a cargo del curso y justo vino a inscribirse ese año en el que comenzó [1961/62], Graziela Napolitano. Había un jardín espléndido en el viejo predio de la Facultad, por calle 6 y vi allí a una joven que se acercaba, con un vestido blanco —porque en aquella época se usaban vestidos de la mañana a la noche—, impecable, con gran elegancia. Nos hicimos muy amigos, por eso participó de la nueva agrupación, y se hizo cargo de un trabajo duro e importante, en una época en la que no existían las fotocopiadoras.

Volvamos a los sucesos correspondientes a la nueva elección, en este caso de los representantes del Claustro Estudiantil. Las otras agrupaciones empalearon la Facultad, una apoyada por la Iglesia y la otra apoyada por el Diario El Día. Para hacer lo mismo con nuestra nueva agrupación no teníamos un peso ¿Qué hicimos? En la puerta de entrada colocamos una cartelera, de esas de cartón, con el título “Res non verba” —“Hechos, no palabras”—. El texto siguiente fue: “Prometemos, cumplimos” y a continuación la lista de candidatos a la Asamblea Universitaria, a los Consejos [Académico y Superior] y al Centro de Estudiantes, con sus respectivos promedios de estudios. La suma de todos ellos daba por resultado nueve puntos y pico de promedio, situación que contradecía el comentario compartido por muchos, que aludía a que aquellos que hacían política estudiantil eran malos estudiantes. Nosotros teníamos un promedio superior a nueve. Ganamos ampliamente las elecciones, de modo tal que tres de nosotros fuimos al Consejo. Hicimos un trabajo espectacular, fundamos el Laboratorio de

Lenguas y una serie de iniciativas destinadas al conjunto de las carreras de la Facultad, porque estábamos en contacto con todas.

¿Les cuento una anécdota, muy rápidamente, pero que sería interesante? Antes, ¿me van a permitir fumar un cigarrillo? Porque se lo merece —con el tema cardíaco me lo prohíben, pero no me importa—. En una oportunidad, por las turbulencias propias de la época, no las del proceso [1976], sino las del gobierno militar anterior, presidido por [Juan Carlos] Onganía [1966], en el año 66, se produjo la debacle en Buenos Aires [UBA], con la consecuencia de la renuncia de casi todos. Acá quisieron hacer lo mismo. Nosotros, nuestra agrupación, hablando con los otros compañeros, profesores y otros integrantes, nos opusimos. Nuestra consigna fue “que no se vaya nadie, a defender la universidad desde adentro”. Hubo renunciaciones, varias, en Arquitectura. Y una sola renuncia en Psicología. La excusa fue el tema del golpe, pero se trataba de un Profesor que había conseguido trabajo en Estados Unidos.

—¿Quién?

Uno de los profesores. En principio salvamos a todo el plantel de profesores, no solo de Psicología, sino de todas las carreras de Humanidades.

El Decano que había quedado afuera por el golpe del 66, fue el primer Decano peronista en una época considerada como “muy gorila”. Se trata del Dr. Joaquín Pérez, un caballero, una persona excepcional. Lamentablemente falleció en un accidente de tránsito junto a su esposa, circunstancia que me pesa hasta hoy. Él quería designarme como Secretario Académico, cuando todavía era estudiante. Le dije “no, profesor” porque lo iban a criticar de todas partes, ya que no estaba recibido. Pero colaboré de otra manera.

Posteriormente fue elegido como Decano un profesor muy inteligente, que ya había aprobado la creación de la Carrera en el año 1954. Para nosotros un profesor espectacular, por gusto e interés cursé algunas de las materias que dictaba en la carrera de Filosofía. Se trataba del Dr. Rodolfo Agoglia, [Profesor] Titular de Historia de la Filosofía Moderna. Como siempre sucede, debía elegirse al Secretario Académico, en circunstancias de un cambio total. Cuando el Dr. Agoglia fue Decano, yo ya estaba recibido. Para la propuesta de Secretario Académico se reunieron los graduados y me pidieron que la aceptara, porque tenía la experiencia de haber actuado en los consejos.

—O sea ¿Fuiste Secretario Académico sin estar todavía graduado? ¿O apenas graduado?

¿Yo? No, sin estar graduado. Para esa época en que lo fui tenía apenas algunos años de graduado. Asumí como Secretario Académico de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en el mes de agosto del año 1969, reitero con el Dr. Rodolfo Agoglia como Decano. Durante ese tiempo se concursaron prácticamente todos los cargos de Profesores Titulares, Adjuntos y de Jefes de Trabajos Prácticos. A mediados del año 1970 asumió como Decano el Profesor Juan Sidotti, quien renunció cerca de un año después, junto a todo el Consejo Académico, como consecuencia de las turbulencias políticas de la época. Quedé a cargo del Despacho de una Facultad con 18 carreras, hasta mi renuncia en abril de 1973, a raíz del cambio de autoridades. Mis cargos docentes en esa época eran de Ayudante Diplomado.

Durante ese tiempo no tuve ningún problema con ningún departamento, con ninguna de las agrupaciones, por ejemplo, venían las militantes del trotskismo, no se dirigían a mí como secretario, por supuesto, sino como compañero secretario. Uno de los temas recurrentes tenía que ver con las propagandas político-académicas de las agrupaciones. Obviamente, aparecía el tema de empapelar las paredes con todo tipo de carteles. Logramos ponernos de acuerdo entre todos, desde las posiciones de izquierda hasta las de derecha, para destinar una cartelera a cada uno, tal como sucede en Europa, para que ubicaran sus carteles, sin pintar las paredes, ni pegar carteles. Lo cumplieron perfectamente, sin ningún problema.

Pero quería llegar a esto, como cosa interesante hasta para la ciudad. Ya nos íbamos, en el mes de abril, y con la Jefa del Departamento de Letras hablamos de implementar un ciclo de cine italiano. A partir de las relaciones con el consulado italiano buscábamos películas y las íbamos a proyectar alquilando el entonces cine Astro, ubicado en la calle 48 entre 7 y 8. El ciclo realizado comprendía desde las producciones del neorrealismo hasta la primera película que se conoció de Ettore Scola. Fue un éxito total. Pero ¿en qué consiste más bien esa anécdota? La profesora planteó: “vamos a habilitar solamente la platea”. Existía por entonces una tradición de proyección de películas por la mañana, por ejemplo, el ciclo de cine de la FULP [Federación Universitaria de La Plata] y los de algunos cineclubes de la ciudad. Si bien esa tradición estaba declinando, todavía existía. Entonces, le respondí a la profesora “mire, Profesora Marani, vamos a habilitar también la platea de arriba porque se va a llenar”. Se trataba de cine gratuito, con películas de relevancia. Se llenó el Astro con esas películas, fue un éxito total, desafortunadamente fue el último ciclo de cine, fue la última vez que se hizo un ciclo organizado en este caso por la Facultad. Después vino el golpe y no se pudo hacer nada. Cuando finalizó ese período, no reapareció.

—Dos cuestiones referenciadas a las dos dictaduras. Primero la del 66. Nosotros encontramos que, hubo una presentación de Knobel con un intento de reforma del Plan de Estudios que caducó y que él le habló al Decano, diciéndole que ojalá no reduzcan la Carrera por razones presupuestarias ¿Se vio puesto en cuestión?

La reforma a la que aluden es del año 1969, que nunca se implementó. Con anterioridad, en el año 1960, se había modificado el Plan, adicionando algunas materias en cada rama, de modo tal que los títulos seguían siendo orientados. Recién en 1970, la modificación más sustantiva correspondió a la eliminación de las ramas, con el consecuente título único de Psicólogo o bien de Profesor de Enseñanza Secundaria, normal y especial en Psicología. Una reforma importante del Plan de Estudios viene después del 83, con el advenimiento de la democracia. Se trata del Plan de Estudios de 1984, que constituyó el requisito para la reapertura de la Carrera. En él se otorgan los títulos de Licenciado en Psicología y Profesor en Psicología. La modificación en la titulación correspondió a los consensos a los que se arribó entre todas las universidades, colegios y asociaciones con el Ministerio de Educación sobre la unificación de los títulos en Psicología, en la figura de la Licenciatura y el Profesorado. Ese Plan fue modificado posteriormente en el año 2012, con vistas a la acreditación de la Carrera.

En el caso del Plan 1984, intervinimos ex profesores y graduados de entonces, yo fui un fracaso total porque la materia que proponía no interesaba. Por ejemplo, les decía que me

parecía una barbaridad eliminar una materia como Psicología de Diferencial [de la personalidad] y daba mis razones. Dicté esa materia en la Carrera de Psicopedagogía de la Provincia, y les comentaba a los estudiantes “ustedes van a estudiar el tema personalidad, como no lo estudian en la Facultad”, porque no se lo incorporaba.

—**¿Y cuáles eran las razones?**

¿Para que existiera la materia?

—Sí.

Primero, tiene un sentido cultural-histórico, que refiere a cómo nace la noción de persona, de personalidad y sus desarrollos posteriores. Además, a partir de la definición que se podría hacer de la personalidad, incluirla como objeto de estudio de una materia con las distintas modalidades o estilos de las personalidades. Porque existe una tradición que se sigue por la cual todos los seres humanos son neuróticos por naturaleza. Nunca he acordado con esa perspectiva. Otra cosa que me acuerdo es que se dejó de estudiar, no sé por qué, el tema de los sentimientos. No sé si ustedes recordarán, porque a veces incluía en mis clases, utilizando tiza y pizarrón, que son irremplazables, una sinopsis de la diversidad de los sentimientos, porque no sólo existen las emociones básicas, amor y odio, sino que los sentimientos tienen una diversidad descriptivamente fenomenológica espectacular, muy rica. Bueno eso se discutió en el Plan de Estudios en el 83.

—**¿Antes no? Porque hubo otras reformas.**

En el Plan de 1960 se introdujo la materia Psicodiagnóstico. En ese momento ingresó el Dr. [Juan Carlos] Pizarro, pero insisto, había materias que se rendían sin profesor, a partir de la bibliografía que proporcionaban algunos de los profesores que participaban de la mesa examinadora.

En otras reformas, por ejemplo, en las del Plan de 1970, aparece un seminario sobre personalidad anexo a la asignatura Psicología Evolutiva II.

—**¿En qué año te vas, Raúl?**

¿De la Facultad? En el 73, durante la primera semana de mayo.

—**Antes de la intervención de la Universidad por parte del Gobierno Nacional en 1974, o sea, en los albores de la intervención.**

Cuando viene la intervención a la Universidad, me desempeñaba como Director en el Centro de Orientación Profesional que organicé, del 73 al 74. En ese momento el Presidente de la UNLP era el Dr. Rodolfo Agoglia [periodo 1973-1974], una maravilla de persona de gran inteligencia. Como me conocía, me preguntó “¿qué podemos hacer de nuevo?” Le respondí que no existía una instancia de ese tipo. Su creación fue un éxito. La gente que venía a hacer los cursos era impresionante.

—**¿Te fuiste porque estaba esto del Instituto de Orientación o había algo que ya no te tenía tan atrapado dentro de la Facultad?**

No, mirá... El tema es que se me terminó el contrato y no hice nada por renovarlo porque veía que la situación “venía a los tiros”. Personalmente tengo otra concepción de la política, otra visión. De todo lo conversado, en términos generales, nos tocó actuar de modo de ir abriendo rutas. Lo que fue un poco épico fue lo de la defensa a la Carrera, porque estaba liquidada de antemano.

—Apareció, en un texto de Alejandro Dagfal sobre esta pelea con el Consejo Directivo de Medicina por el tema de la rama clínica, un fragmento tuyo dentro del Consejo acerca del fantasma que era el psicoanálisis y la psicoterapia para los médicos y vos argumentabas que no eran todos psicoanalistas, que no era el perfil exclusivo de la Carrera.

En la discusión con los Consejeros Superiores, sostenía que el psicoanálisis no era la única escuela y no solo la única ni tampoco la más importante de todas las corrientes psicológicas. Nuestra disciplina incluía perspectivas diversas: fenomenológica, de la gestalt, la teoría del campo, la reflexología, el conductismo. Además, todas las producciones norteamericanas que siempre fueron reivindicadas porque son de una riqueza de contenido espectacular, cubren un espectro amplísimo de todo lo que uno pueda imaginarse. En ese momento, por ejemplo, leíamos a Rollo May, más allá de los autores conocidos, ingleses o norteamericanos de la época, empezando por Melanie Klein o [Harry] Sullivan, etc. Iba introduciendo en la discusión lo que no se conocía, dentro de mi pobre conocimiento de entonces. Si fuera ahora me haría un picnic [risas]. Por otra parte, si se trataba de psicoanálisis, ¿cuál era el problema? Con los profesores que venían de Buenos Aires...

—A partir de que vienen [Mauricio] Knobel, [Juan Carlos] Pizarro, Edgardo Rolla...

Con los psicoanalistas, los había muy ortodoxos, de la vieja escuela, no obstante, teníamos buena relación y podíamos disentir sin ningún problema.

—¿Eran ortodoxos Knobel, Rolla?

Y, eran de la vieja escuela, pre lacanianos podríamos decirles. Algunos introducían a Melanie Klein, en especial Rolla, pero en su mayoría eran freudianos. Ese es un tema que lo expusimos en nuestras clases... la concepción del modernismo, que fue decisiva para que el psicoanálisis fuera lo que fue. Pero no sólo en el caso del psicoanálisis, sino en el de todas las ciencias —por ejemplo, la química era analítica, la biología era analítica—.

No sé si ustedes lo recordarán, pero a veces preguntaba: “¿saben cuál es la escuela más analítica de todas? [John] Watson, no Freud”. No hay nadie que separe hasta los últimos elementos descomponibles como lo hizo Watson. Sin embargo, [Sigmund] Freud separa de otra manera, pero todo estaba imbuido por la influencia de la física moderna, hasta el lenguaje energético. Recuerden que la sublimación es un fenómeno físico, sobre el que podemos elaborar metáforas o lo que quieran, pero la sublimación refiere al hecho que el dióxido de carbono pasa del estado sólido al gaseoso sin pasar por el líquido. Eso es sublimar. Después esos conceptos se introducen como tantos otros en campos disciplinares diversos, a través de analogías, por ejemplo, la imagen del teléfono, cuando Freud sostenía que el cerebro era una central telefónica. Frecuentemente se utilizaba ese tipo de imágenes. Todo ese espectro cubrió la psicología inicial del siglo XIX, la llamada “Nueva psicología”, que no era tan nueva y comenzó a debilitarse con la aparición de la Gestalt.

—¿En los 60, cómo era la formación de los psicólogos? ¿En qué líneas pensás que había una formación filosófica importante?

En esos años había una concepción según la cual era importante para la formación hacer un psicoanálisis personal. En principio esa era la más directa, la más generalizada. La otra era leer, estudiar; algunos leían mucho y otros no leían poco y nada.

—En general, tu generación incorporaba muchos elementos de una lectura amplia. Ni siquiera específica de la disciplina. Había un bagaje cultural importante en tu generación.

Un ejemplo importante fue el grupo del Hospital de Niños, que ya se acabó. Se fueron todas Graziela Napolitano, Telma Piacente, Carmen Talou y Norma Najt y se acabó. Pero ahí estaban con un científico de primera que era el Doctor [David] Ziziensky, Telma empezó las primeras investigaciones con él. Después dejó los temas psicopatológicos y se encaminó por el lado de lecto escritura, la comprensión lectora y ese tipo de temas. Empezaban a haber cursos, pero sobre todo en Buenos Aires.

—¿Y las líneas teóricas que los marcaron más a ustedes dentro de la Facultad?

Depende de cada uno. En las clases con [Luis María] Ravagnan había que dar un capítulo, sobre algún tema de un autor en particular. Me correspondió un texto de Merleau Ponty, con lo difícil que fue al principio, porque en ninguna cátedra se trataba. Además de ese autor se incluía a Sartre, Martin Santos, Viktor Frankl, Brautigan, Binswanger. Personalmente me fascinó la fenomenología, además tenía la tendencia de relacionar lo que estudiábamos con otros temas científicos, porque por azar tuve alguna formación en física, química, matemática.

—¿Por qué decís que es azaroso?

Porque normalmente en humanidades no era habitual. No quiero historizar porque tendría que ir por otro lado que nada tiene que ver con esto. Pero me sirvió para ir ubicando y poder fundar para mí, las cosas que pensaba. Solo lo voy a citar de pasada, lo último que he incorporado en la psicoterapia individual es la hermenéutica.

Vamos a hacer una contraposición; todo el mundo conoce los Seminarios de Lacan y algunos los han leído y algunos incluso afirman que los comprenden. Cuando pregunto si han leído los Seminarios de Zollikon ninguno me responde y para mí son de una importancia fundamental.

—¿Cuándo te encontraste con eso?

Te tengo que hacer toda una larga historia. Uno de los autores que me encantó leer en esos años jóvenes fue Medard Boss, suizo. Este autor, durante la guerra tuvo que hacer el servicio militar e ir a la frontera. Ya era médico, así que se dedicaba a atender a los campesinos y empezó a leer, aquello que no había leído como estudiante, de este modo conoció a Binswanger y Heidegger que le interesaron mucho y lo condujeron a Husserl. Después de la guerra, empezó a tratar de conectarse con ellos, con Binswanger, con Heidegger. Su gestión tuvo como consecuencia que Heidegger aceptara dictar unos cursos para psicólogos y psiquiatras sobre el tema psicoterapia. Esos cursos se denominaron “Seminarios de Zollikon”, porque la clínica de Medard Boss estaba ubicada en un barrio cercano a Zúrich, Zollikon. El contenido de estos seminarios es magistral para el que quiera hacer una psicoterapia orientada en ese sentido. La primera lectura no es fácil, en la segunda se comprende un poco más y después se comprende de modo más amplio. Porque el tema de la comprensión está aliado con el de la interpretación. Sostengo que antes de interpretar hay que comprender lo que va a ser interpretado. La lectura de cualquiera, empezando por Freud por supuesto, me lleva a hacer asociaciones que tienen algún sentido... a veces incluso parecen humorísticas. Hace poco conversé con una colega, a la que hacía muchos años que no veía y me planteó el tema de la regresión, le respondí: “mirá la

regresión no existe, porque no se puede regresar al lugar que nunca se dejó”. Eso lo aplico inclusive a mi vida personal. La gente que me ayudó a pensar me enseñó también el tema de la existencia. Una cosa que me llamó la atención en el tema del aborto fue que ningún profesional diferenció vida de existencia. Son dos cosas distintas.

—Volviendo al tema de la carrera, vos decís que sos de la segunda promoción...

Me inscribí en el año 1959. La segunda promoción se recibe en el 63-64. En el 62 se recibieron los inscriptos en 1958. Yo lo hice en 1966.

—Claro, ahí está Norma De Lucca, por ejemplo. Telma [Piacente] se recibe con vos en la segunda también.

Telma empieza en el 58 también, pero por razones de trabajo había dejado. Seguro que gracias a eso nos encontramos y a partir de ahí hicimos casi todas las materias juntos. Tal así que nos recibimos con Psicoterapia el 12 de diciembre del 66. Misma materia y misma nota. Nos encontramos muy jóvenes.

—La llegada de estos profesionales que eran tan significativos, Knobel, Pizarro. ¿Qué características tenían que te parece que dejaron como marca?

Pizarro fue distinto porque era muy buena persona, muy generoso, con una gran formación. Con Pizarro fuimos muy amigos junto con Telma. Era un hombre muy sensible, consultaba mucho para temas que no eran de la carrera. Nos visitábamos, hicimos una muy buena amistad fundada en la calidad de su persona. Después, comienzan a aparecer los demás. García de Onrubia, primer nivel intelectual, una persona muy motivante. Y después aparecen otros con los que ya no tuve contacto, iban cambiando. Por suerte aparecieron rápidamente los nuevos, por ejemplo, el caso de Telma con la materia que tenía Pilar Portas [psicometría, luego llamada teoría e interpretación de los tests].

—¿Cómo se insertan ustedes en la cátedra?

A veces había problemas políticos con los alumnos y algunos profesores que traían cosas interesantes, pero por su personalidad provocaban rechazo, por ejemplo, en la materia Psicología de la Personalidad. Por ejemplo, Knobel, que dictaba Psicología de la niñez y adolescencia y además Psicología de la Personalidad, desarrolló la cátedra y la dejó con dificultades, hacia lo que quería. Entonces, lo suplantó un psiquiatra de La Plata, al que fuimos a buscar con mi amigo Rodolfo Tessari a su casa, para proponerle que se hiciera cargo de esa asignatura, sabiendo que podría haber problemas por su perspectiva teórica. Era una persona muy culta, pero su personalidad suscitaba algunas controversias, aunque siempre tuve una posición cordial, respetuosa con él. Se trata de [Raúl] Ballbé, quien Incluso fue decano de la Facultad, despedido después de una situación militar.

—¿Cómo fueron esos años? Vos te fuiste en el 73, luego fue el proceso... ¿Qué resonancia tuviste de lo que pasaba en la Carrera?

Me desvinculé completamente. Me dediqué a la psicoterapia y al trabajo profesional en la Municipalidad [de La Plata]. Hice de todo, entre otras actividades asesoramientos en Unidades Sanitarias, en el Gabinete de Tránsito. El tema de la psicoterapia empezó por el 76 o 77 más o menos, porque el titular de Dermatología era el Jefe de la Unidad Sanitaria, el Dr. Cueto, quien

solicitó mi incorporación a su servicio para hacer psicoterapia con las personas que consultaban por problemas psicosomáticos dermatológicos. Comencé a ir a la Unidad Sanitaria de Dermatología y Enfermedades Venéreas alrededor de los 80. Es curioso que después del proceso fue más difícil, por problemas con la coordinadora de filiación radical, que ostentaba un sectarismo total. Bajo la intendencia de [Pablo] Pinto [1987-1991], por razones políticas me enviaron a hacer psicoterapia a una Unidad Sanitaria ubicada en una zona de La Plata, llamada La Favela. Me destinaron como consultorio, un baño abandonado fuera del edificio. Y fui. Tuve mucha demanda de atención, que fue exitosa, a partir de la cual otros Jefes de unidades sanitarias solicitaron mi colaboración.

Más adelante, bajo la intendencia de Julio Alak, se creó la Comisión de Prevención de Drogas y Sida a respuesta al pedido que hicimos el Psicólogo Darío Izeta —que fue el Director de esa Comisión— y yo en los tiempos que no se sabía nada del SIDA. El equipo estaba integrado, además, con un médico y una asistente social. Trabajamos intensamente en ese tema.

—En el diario apareció que daban, conjuntamente con otra gente, en el 92, una charla sobre HIV.

Íbamos a las escuelas, las iglesias, las casas de familia, donde nos invitaban. Cualquier día de la semana, cuando nos llamaban, íbamos. En un momento dado, quedó demostrado que en La Plata se había aplanado la curva de ingreso a la droga.

—¿Con el cupo cero, tuviste referencias por parte de Telma [Piacente]? ¿Qué pasaba en la Facultad?

Telma hizo lo que hizo siempre. Eso háblenlo con ella.

—Me refiero a cómo era. ¿Viste algún cambio de perfil profesional?

Lo que daba la gente que quedó... fue siempre lo mismo y después la carrera tendía a desvanecerse.

—¿Celia Paladino fue compañera de ustedes?

Con Celia estuvimos haciendo algunas cosas juntos, pero ya te digo, lo del proceso prácticamente me lo perdí todo, por suerte. Me dediqué a la Municipalidad y a la atención individual.

—¿Cómo era la atención cuando todavía no estaba la Ley de Ejercicio Profesional de la Psicología de 1985?

Yo siempre estuve en contra de toda ley. Pero sale la Ley... hasta ese momento cada cual trabajaba como quería. Después viene el tiempo de la inscripción y de cumplir con la mayoría de los requisitos.

—Pero, ¿no cambió la situación?

Para mí en esencia, no. Puede haber cambiado desde el punto de vista legal y todo lo relacionado con las mutuales.

—A la hora del ejercicio, hay un primer momento en donde, en función de estos embates, la profesión del psicólogo quedaba como muy marcada por ser el auxiliar del médico. ¿Trajo consecuencias eso en la práctica?

Es difícil generalizar. En mi caso, y en el de muchos que conozco, el trato siempre fue de profesional a profesional. Yo no hubiera aceptado otro. Los mismos psiquiatras me derivaron

pacientes, porque me conocían y porque eran gente ubicada en el tema. Uno de los viejos psiquiatras tradicionales me abrió la puerta del hospital siendo todavía estudiante. En seguida se produjo una difusión de lo que realmente puede hacer la psicología. Alguno se habrá preocupado por enterarse de lo que pasaba en Europa y Estado Unidos, supongo. También hay que agregar la difusión a través del cine, de la literatura, en síntesis, del conjunto de elementos que influyeron.

—¿Había más aceptación de lo que por ahí algunas historias cuentan?

Mirá, yo nunca tuve problemas. Había, antes de la sanción de la carrera, toda esa oposición pseudo-académica, pero, por ejemplo, yo concurría conjuntamente con psiquiatras, a ver enfermos a una clínica o a la casa del paciente sin ningún problema. Nunca sentí la falta de aceptación, aunque en el ambiente circulaba eso, al principio.

—¿Tal vez tendría que ver con que vos no tenías un posicionamiento psicoanalítico y tal vez lo que se combatía era este movimiento hacia la clinicización psicoanalítica?

Había médicos que estaban en contra del psicoanálisis por razones doctrinarias —porque eran conductistas, por ejemplo—.

—Porque, tal vez, era con esos profesionales. No con todos...

Pero uno de ellos nos abre la sala para que vayamos. El esposo de Celia Agudo de Córscico [Dr. Rubén Córscico]. También, todo un personaje en la psiquiatría platense. A mí nunca me molestó, porque a mí no me molesta que el otro tenga otra posición. La vida es multitemática. Había muchos médicos que tenían un prejuicio contra el psicoanálisis, pero era más porque podían perder pacientes. Pero les demostré que ellos iban a tener más pacientes, porque los psicólogos cuando veían que una persona necesitaba medicación, la iban a derivar. Si estimaba que una persona necesitaba psicofarmacología, la enviaba a un médico. Podía hacer esas cosas, incluso los médicos no psiquiatras de las unidades sanitarias me consultaban sobre la medicación, porque no manejaban los psicofármacos. Insisto, yo nunca tuve problemas con los profesionales médicos. Salvo con el Consejo Superior y con el decano que nos trató de traidores. Siempre defendí la carrera.

—Recién hacías mención a la metodología que usaban cuando los llamaban de distintas instituciones para trabajar el tema del SIDA, adicciones y demás. ¿Cómo era el trabajo que hacían? ¿En qué consistía?

El tema de la prevención lo hacíamos en las escuelas primarias con imágenes y diapositivas aptas para niños, junto con las explicaciones que proporcionamos. En las escuelas secundarias ya no usábamos las diapositivas, directamente hacíamos una exposición sobre la droga y sus peligros, en contacto directo con alumnos y también con sus familias. Insistía en contactar con la familia, particularmente de los preescolares, en lugar de hacerlo con los mismos niños.

El tema del SIDA lo manejamos con los conocimientos del momento, los médicos se encargaban fundamentalmente de estos temas ligados a la salud y aquello que podía tener relación con el comportamiento lo asumía yo. Era de ahí, donde surgían las personas que requerían asistencia. Algunos aceptaban hacer psicoterapia y, si era posible, sin necesidad de internación. Si la situación resultaba muy comprometida, primero se hacía la consulta médica

y después internación en institutos. Pero lo que siempre hice fue psicoterapia individual y me daba resultado.

—Mientras te escuchaba me acordaba de algunas investigaciones que he leído de la Revista de Psicología de los años 60 de la Facultad que iban por la vía de lo preventivo y de la higiene mental ¿Cómo los atravesó ese paradigma a ustedes dentro de la facultad?

Higiene mental creo que también la alcanzó a dictar [Mauricio] Knobel. Casi ni la recuerdo porque era una materia intrascendente. No puedo definirla de otra manera. Eso para mí requería de algún tipo de experiencia práctica y ver bien el aspecto preventivo de la higiene mental. Ya ni me acuerdo del programa, por eso hoy comentaba los aspectos referidos a la psicoterapia que dictaba el profesor Neumann, que recuerdo perfectamente.

—Eso tiene que ver con los intereses y las motivaciones propias.

En mi caso, con el profesor Knobel tuvimos una hermosa relación humana, pero como profesor fue con Neuman (que formó parte del plantel docente por poco tiempo) con el que tuvimos un respeto intelectual, ya que te motivaba sobre el tema. Un hombre inteligente. Con García de Onrubia también. Ravagnan en otro plano, lo mismo, fue muy importante en ese primer año, nos hacía leer, dábamos clases sobre autores que no sé si hoy se incluyen.

—¿Y el Instituto de Psicología?

Yo propuse la creación de un Instituto de psicología experimental, siendo consejero. Porque en el Plan [de Estudios] aparecía psicología experimental y cuando yo cursé no había profesor. Vino después el profesor [Ricardo] Musso.

—¿Y funcionaba el Laboratorio? Porque se había fundado muchos años antes de la carrera dentro de la Sección Pedagógica en Derecho.

El Laboratorio fue fundado por [Alfredo] Calcagno.

—Claro, y el Departamento de Psicología hereda los elementos que había allí. ¿Llegó a ponerse en funcionamiento?

Prácticamente no, porque no había profesor. Rendí Psicología Experimental con un programa que no se quien elaboró. Los primeros profesores fueron Ricardo Musso, muy conocido en su momento y creo que después Sara Torres. Había cosas de Experimental que hacíamos, por ejemplo, para la percepción visual íbamos al consultorio de un oftalmólogo. Y después, incorporé elementos caseros cuando era ayudante de Psicología General.

—¿Participaste en cátedras como Ayudante Alumno?

En Introducción a la Psicología con el Profesor Ravagnan.

—¿Y cómo graduado?

Después colaboré en Psicología Contemporánea con García De Onrubia y en Psicoterapia con Neuman. A partir de 1984 en Psicología General —de titular estaba [Ricardo] Ruiz—. Pero siempre estuve en Historia de la Psicología que recibió diversos nombres —Psicología Contemporánea, Corrientes Actuales—.

Para mi formación teórica y académica, el eje fue la parte histórica. Me introduje bastante con la Psicología General y Experimental, con lecturas y con algunos experimentos muy simples, con elementos que podía hacer con alambres, muy primitivos. Lo que propuse fue la fundación de un

laboratorio equipado. Salió la ordenanza, lo sé porque yo estaba en el Consejo Académico, pero nunca se cumplió.

—¿El instituto viene después de esa propuesta tuya?

El instituto como entidad fue anterior a la carrera y cuando comenzó funcionó dentro del Departamento de Psicología.

—Si, porque el primer Director también fue Ravagnan, después Knobel y Rolla también.

Según recuerdo la primera directora fue la Dra. Monasterio, luego Ravagnan y más tarde Knobel. Rolla solamente daba clases, no tenía mucha implicancia institucional. Cursé con él y entiendo que daba sus clases y después se iba. Nos apoyó mucho con el tema de la independencia de la carrera, íbamos a su casa a conversar. En el plano personal bien.

—En la Revista de Psicología de la UNLP hay algunos artículos de 1964 en los que Rolla se ocupó de la aplicación de los grupos operativos a la enseñanza? ¿Participaste de esas experiencias?

Me acuerdo de que estuvo de moda [risas] pero produjo modificaciones. Algunas de esas modificaciones permanecen, otras vienen y se van. Por supuesto lo leí a Pichón Rivière, pero para enterarme nada más. Un hombre muy inteligente, pero con sus escritos, con todo respeto, no estaba de acuerdo.

—¿Y respecto de la Revista de Psicología de la UNLP? Para ese contexto fue una publicación relevante. Hugo Klappenbach señala que fue la primera publicación donde aparece el nombre de Psicología ¿Sabes cómo se gestó este proyecto? ¿En ese entonces tenía el valor que posteriormente se le otorgó desde el punto de vista histórico?

Creo recordar que la Revista de Psicología la fundó el profesor Ravagnan. Personalmente solo colaboraba desde el aspecto administrativo, pero nada más. Nunca tuve otro contacto. En lo que puede ser la resonancia de la revista no participé, no estuve cerca. Esos años estuve muy ocupado con todos los temas de la facultad. Entonces había gente que se dedicaba a cosas particulares y yo ahí no participaba.

—¿Hasta qué año estuviste en la Facultad?

Me fui en el año 1973 y regresé en el 83 con el retorno democrático. En ese momento desde el decanato me ofrecieron dirigir o conducir el ingreso. Entonces comencé nuevamente con las actividades docentes.

—¿Qué características tuvo aquel ingreso?

Ese año ingresaban sólo quienes tenían 7 de promedio en los dos parciales del curso respectivo. Era así por las resoluciones del gobierno democrático. Muchos se quejaron, pero eran así las resoluciones.

—¿Hubo muchos inscriptos en la reapertura de la carrera?

No me acuerdo cuántos, pero estaba lleno. Para el segundo parcial, bajo la presidencia de [Raúl] Alfonsín [Presidente de la Nación en el retorno de la democracia] y del Ministro del Interior se gestionó la derogación de los exámenes de ingreso. Me pareció una barbaridad. La experiencia mundial muestra la seriedad del ingreso a las Universidades y cómo se ingresa. Nosotros estamos en la prehistoria. Los alumnos en general habían aceptado el curso

introdutorio. Pero se movieron las agrupaciones y el partido radical, hasta llegaron a Alfonsín. Estuve solo en el 83. Después ya no hubo curso de ingreso, se convirtió en optativo o nivelatorio. Me acuerdo de que en esos años me llamaban para dar conferencias destinadas a los ingresantes, actividad que realicé durante dos o tres años.

—¿Y la construcción del Plan del 84? ¿Cómo comienza a elaborarse?

Eso es lo que te decía. Comenzamos a discutirlo en 1983 con un grupo de ex profesores y graduados de la época. Éramos muchos en las reuniones y primó, por un lado, toda una corriente genetista. Por otro, en ese momento comenzó la recepción de Lacan y se sumaron las materias que conformaron ese plan, debe tenerse en cuenta que el anterior tenía menos materias. En ese momento, desaparecieron por ejemplo el seminario anexo de Psicología Diferencial y las orientaciones estuvieron representadas con una sola materia. Personalmente era partidario de las orientaciones porque daban una formación teórica y doctrinaria básica. Así, la orientación podía permitir un entrenamiento además de la acumulación del saber respectivo que permitiría a los egresados volcarse más fácilmente al mercado laboral, se trate de la orientación en Psicología Educacional o en las otras que existieran.

—Ya no eran tres orientaciones como en el primer programa de la Carrera.

Claro, por ejemplo, Psicología Laboral fue y es una materia, pero si vos haces una orientación en Psicología laboral se necesita algo más ¿En el Plan actual no sé qué hay de [psicología] educacional?

—Es una materia de la Licenciatura y del Profesorado.

Salvando distancias, en la Carrera de Psicopedagogía las alumnas, si estaban bien preparadas, enseguida tenían a cargo el tratamiento de niños con problemas de dislexia, lectoescritura, aprendizaje, porque se enfocan en esas problemáticas, como sucede con la Carrera de Fonoaudiología, más allá de que se trata de carreras terciarias, no universitarias. En las Universidades, sobre todo a nivel internacional, hay muchas circunstancias que llevan a la posibilidad de que los alumnos elijan una materia y a partir de esa elección hacer su orientación. No tienen que hacer todos lo mismo.

—Leyendo diferentes materiales encontramos que es el Plan 69-70 el que elimina las ramas [orientaciones] argumentando que a nivel mundial eso empezaba un poco a desaparecer como modalidad. Algunos de los documentos mencionan que, en ese contexto de los sesenta, la mayoría de los estudiantes terminaba cursando las tres orientaciones, razón por la cual demandaban una formación más generalista.

Hay muchas carreras que tienen orientaciones de distinto tipo a nivel de grado o especialidades a nivel de posgrados, como la de medicina. En mi caso, desde los inicios sabía que seguiría la orientación clínica, así que las orientaciones educacional y laboral no me interesaron para nada. No abundaban los alumnos que cursaran las tres ramas, la mayoría se incluía en la rama clínica, pero existieron grupos de alumnos que optaron por alguna de las otras.

En mi caso personal hice alguna lectura de otro tipo con la que me encontré y me ayudó. Una experiencia notable fue el caso del regreso de los soldados de la Guerra de Malvinas en el año 1982. Una tarde nos avisan [en la unidad sanitaria] que retornaban los soldados.

El comandante militar de la zona nos convocó a Irma Grassi, a mí y a dos médicos. Fuimos a las 9 de la noche a la Municipalidad, llegaron el comandante y otro oficial y nos dijeron que teníamos que hacer una encuesta psicopatológica a los soldados que regresaban de la guerra, para ver en qué estado venían y demás. Entonces le pregunto al Coronel: “¿sanidad militar tiene preparada la encuesta, ¿verdad?”. El coronel me miró y me dijo: “no tenemos nada”. Tuvimos que hacer a mano, con Irma y los dos médicos, en ese mismo momento, la encuesta psicopatológica de referencia. Conseguimos la ayuda de algunas asistentes sociales para elaborarla. Me enteré de todo ese día, antes que los diarios. Encuesté a un joven que era hijo del Fiscal General de la Nación. ¿Qué fue lo primero que me dijo? “Cuando me apresaron y me pusieron en el buque fue la primera comida decente y el primer baño con agua caliente”. Un pibe culto, despotricó sobre el tema, siendo el padre fiscal. No escribí sobre eso. Hablé con gente amiga, pero nada más.

Me estaba acordando que una vez participé en un tema periodístico que después salió en un suplemento dominical de La Nación. Era el tema del comienzo de esta violencia rara de la delincuencia. Década del 80, más precisamente alrededor del año 1985-86, me entrevistó un periodista que había pesquisado eso junto al jefe de policía de entonces y un juez penal. Yo dije, mira yo no soy ni juez ni abogado ni policía, lo voy a enfocar desde un punto de vista antropológico. Entonces trate de demostrar cómo íbamos pasando de una sociedad donde se privilegiaba la relación de los unos con los otros a una sociedad donde se iba imponiendo un tipo de relación de los unos contra los otros. Eso sí lo escribí.

—Y en lo que refiere al perfil profesional ¿Vos fuiste notando un cambio en esas identidades? Vos mencionaste antes cambios en el enfoque teórico y en los modos de pensar la realidad.

Después de haberme ido perdí el contacto con la Facultad. Siempre lo mantuve con la gente que más conocía, casi todos profesores de la Facultad, incluso más jóvenes, Diana Elías por ejemplo, que es de otra generación y otra graduada como Verónica Zabaleta que estuvo en esta casa —mi domicilio particular— en el momento de la inundación.

—Retomando el Plan del 84 ¿Cómo se elaboraron los contenidos? Tuvimos acceso a los originales de los contenidos mínimos de la carrera y teníamos entendido que ahí había sido muy significativa tu participación.

Honestamente hablar, hablé mucho. Pero no sé qué aporté. De cada tema daba mi perspectiva e insistía mucho en los temas de Psicología General, en Historia de la Psicología y de la Personalidad.

—En ese momento te hiciste cargo de la materia Corrientes Actuales?

Me hago cargo ya reabierto la carrera, cuando estaba Carmen Talou como Jefa de Departamento y los alumnos ya habían cursado hasta el tercer año. En ese momento se juntaron dos o tres años de alumnos que no podían rendir la materia porque no había profesor. Me acuerdo de que los primeros exámenes estuve hasta la madrugada porque estaba solo evaluando. Una locura. Eran cientos de alumnos. Como no tenían otras propuestas para el profesor a cargo, me lo ofrecieron y acepté. Porque durante los años del

proceso me los pasé estudiando. En ese momento conecté constantemente la lectura con la psicología. Además, me gusta establecer conexiones con algún literato que se anticipa en décadas o siglos.

—Nos acordábamos de tus teóricos y que llevabas los libros para compartir con los estudiantes. Era una época en que dictabas tus clases magistrales, pero no teníamos trabajos prácticos ¿Cuántos años estuviste como Profesor Titular de Corrientes Actuales?

Calculo que hasta el año 1998. Me fui porque anticipé problemas y no quise involucrarme. Además, aquel momento coincidía con que me adelantaron la edad para jubilarme del municipio, así que aproveché para dejar.

—¿Problemas en la Facultad en general o en la cátedra en particular?

En particular no, porque no tenía con quién pelearme. Estaba solo. En ese momento estaba ingresando una egresada más joven [María Laura Nacleiro]. No recuerdo su nombre porque casi no tuvimos contacto. Solo nos juntamos para orientarla sobre alguna cosa, pero coincidió con el fin de ciclo y me retiré. No me fueron, me fui. Sentí que había terminado un ciclo para mí. Se dieron las circunstancias y entendí que era el momento de irme.

—Y hoy ¿Cómo ves a la psicología y a los psicólogos?

Lo que veo son las graduadas que hacen el posgrado con Telma. Todas las del grupo son inteligentes, se interesan por muchos temas, pero cuando salen las charlas, desde mi punto de vista, aparecen algunas falencias que un psicólogo, por ejemplo, en España no tiene. Estuvimos en la Facultad de Psicología de Granada, viendo cómo funciona. Todo perfecto, equipado. Y conversando con el decano acerca de los posgrados, las especialidades y demás, Telma le pregunta acerca de convenios con otros países europeos para el intercambio de alumnos, considerando la equivalencia de los planes de estudio. Le contestó que no, que no había nada de eso, que los alumnos elegían el país al que querían concurrir, que elegían las materias y que era deseable que fueran diversas, porque para estudiar lo mismo era suficiente con quedarse en su misma universidad. Hay muchos intercambios entre países según especialidades, áreas que algunos tienen y otros no.

—Otras formas de organizar las carreras...

Te estoy hablando de 20 años atrás. Estuvimos también en otras universidades, pero no hay grandes diferencias. Hay algunos matices sobre todo en cuestiones epistemológicas que remiten a diferentes orientaciones según las facultades, por ejemplo, lacanianas, piagetianas. En muchos lugares Piaget ya pasó de moda y está reemplazado por toda la psicología cognitiva.

—En el año 61 aparece una cita tuya dando cuenta de tu posición crítica frente al psicoanálisis. Hoy, ¿cómo ves la formación en psicoanálisis?

El tema de la doctrina casi siempre lleva a los temas ideológicos, en alguna medida, con prescindencia de otras perspectivas. No digo que esté bien o mal, pero voy a hacer una comparación geográfica. ¿Cómo se conforma un paisaje? En el cruce de la perspectiva con el horizonte se configura un paisaje. En el medio del lago miro al horizonte y veo una ciudad, giro y veo un bosque, giro y veo una montaña, giro y veo un desierto. Todos los puntos de vista son

verdaderos, menos uno, el que se cree el único verdadero. Apliquemoslo a la psicología y a la existencia humana para quien ejerce la profesión o trata sobre las metodologías.

Para mí el hombre es palabra encarnada y es un ser dialogal, entonces las perspectivas van a ser distintas. Después viene la modalidad acerca de sí es cara a cara, frente a frente, con diván o sin diván —no todos saben porque se introduce el diván, pero no importa—. Lo que sí me preocupa es que el aspecto doctrinario no se amplíe, de que hay otras perspectivas que están muy bien fundadas, que hay circunstancias de la existencia que, por ejemplo, el conductismo o el psicoanálisis no los han tomado en cuenta y han sido revolucionarios en su momento, a pesar de que se habla de la revolución conductista todavía.

—Ahí está el conductismo. ¿Vos le harías alguna objeción para pensar lo humano?

Tengo diferencias con alguno que historizando la psicología me quiso poner el mote de conductista, justo a mí que de mecanicista no tengo nada. El conductismo es muy interesante y tiene puntos de contacto, en algunas expresiones de Watson con Sartre (sin haberlo leído por ser muy anterior). Te voy a decir un concepto: el hombre es lo que hace. Con contenidos distintos, pero apuntan a una perspectiva similar. El hombre es lo que hace. Es ese aquí y ahora del hacer es lo que lo define en principio, después cada autor verá lo que hace.

—¿Por ahí el enfoque que plantea Sartre será el mismo que Watson con relación al control de la conducta?

En el caso de Watson su concepción tiende a la adaptación, va a privilegiar la adaptación. Después se expresan otros con distintos tipos de experimentación —sobre todo en la Segunda Guerra Mundial—. Entre ellos puede ocurrir la adaptación a tal o cual sistema. Pasó con la reflexología en la Unión Soviética, como puede pasar con el conductismo en el seno del capitalismo. En Sartre, en cambio, encontramos un valor no negociable con la libertad.

En mí siempre pueden obrar reflexiones más o menos fundadas de algunos conceptos. El tema de la significación, por ejemplo, que es un eje fundamental de la psicología contemporánea incluso de aquellas que no se enteraron de que lo era. El tema de la responsabilidad, la libertad, el amor en sus distintas modalidades. Hoy es todo un lío, mezclado con el feminismo.

—¿Cómo lo ves?

Primero no lo veo mucho. Tal vez la idea de la mujer —si es que se puede hablar en general— iniciada en las décadas de los 40 sea muy distinta a lo que a lo mejor puede hacer una joven en esta época, viendo modalidades de conducta en algunas adolescentes. Para mí él “todas las mujeres”, “todos los hombres”, no existe. Se puede decir algo muy general en lo antropológico, pero no cuando se trata del comportamiento. La significación que cada uno le da a su comportamiento es compleja de verificar con la mera observación. De cualquier manera, la percepción de tal o cual comportamiento te puede gustar o no. Y sea desde una perspectiva moral o ética, desde una perspectiva estética del comportamiento, no me opongo a ningún movimiento, que se diga lo que se quiera. En el plano personal, si me junto con alguien puede decir lo que quiera, pero siempre que lo fundamente.

—Una de las inquietudes que tienen los alumnos en Corrientes Actuales en Psicología es, cómo es que siendo en su inmensa mayoría mujeres las que cursaban la Carrera, los nombres que cobran mayor relevancia remiten a varones.

En términos generales las mujeres inteligentes están en condición de producir lo que sea en cualquier especialidad. El hecho de que yo sea varón y haya pasado por la carrera por lo que sea, fue puro azar, no porque fuera varón. Solo porque estaba empapado de ciertos conceptos y conocimientos más allá de la psicología que sabía que los profesores de las carreras técnicas conocían. Entonces, tenía un poco de autoridad como estudiante para hablar de temas científicos. Pero eso podría haberlo hecho una mujer si hubiese tenido mis mismas condiciones. Además, tengo un ejemplo espectacular en casa. Yo tengo muy poco trato con ex alumnas, pero si recuerdo más los grupos pequeños de psicopedagogía, de 10 alumnas, con algunas mantengo alguna relación.

—Instituto de Psicopedagogía. ¿Se llamaba así?

No, se trata del Instituto Superior de Formación Docente, que entre sus carreras cuenta con la de Psicopedagogía. Pertenece a la Dirección de Educación [de la Provincia de Buenos Aires]. La sede creo que sigue estando en la Escuela 89, ubicada en la calle 2 entre 44 y 45. Estuve algunos años, pero de lo que no me acuerdo es por qué me fui. Entre Telma y Ana María Tittarelli me empujaron porque querían ayuda. No sé qué pasó, la verdad no sé. También era una sobreactividad, la Facultad, la Unidad Sanitaria. Pero no debe haber algo muy relevante, porque no me acuerdo. Los años que estuve, estuvo bien. Había contenidos generales que apoyaban un poco lo que iban a hacer las alumnas en su especialidad, como una Psicología General y Psicología de la Personalidad, en distintos años. Adquirían conocimientos que no estaban directamente ligados al ejercicio de la profesión, pero se trataba de una cultura sobre psicología general.

Descriptivamente lo más concreto que les pude ofrecer en este encuentro de hoy, son los inicios de la carrera. Bueno, fue importante lo que hicimos porque había mucha gente que no iba a recibirse de nada.

—Me parece que lo que cada vez se pone más de manifiesto, y que tratamos de transmitirles, sobre todo en Corrientes, a los alumnos en función de cómo cambiaron las identidades, es el lugar que tuvo el colectivo estudiantil antes y que ahora no lo tienen, en lo político universitario, en gestar cosas, en los momentos en donde nada había y todo estaba para hacer. Que tenía que ver con la identidad de la generación de ustedes.

Como generación se pensaba en términos incluso utópicos, que hoy están faltando, ya como problema universal. Es un poco como con los matices. Me encuentro hoy con gente universitaria dogmática, partidaria de tal o cual régimen de ideas, y les muestro material historiográfico que contradice todo lo que ellos sostienen y no los aceptan. Por ejemplo, sé de todo el proceso cubano desde que se inició, y me encantó y lo apoyé de diversas maneras porque estuve de acuerdo con el manifiesto de la Sierra. Hay en él muchos puntos sobresalientes: restaurar la constitución de 1940, llamar a elecciones a los partidos que quisieran, etc. Pero había uno, eliminar la prostitución. No solo no la eliminaron, sino que las mujeres trabajan para el ejército y el partido comunista. Tienen que poner parte de su trabajo en el “gigoló” Estado. De esto no le pueden echar la culpa al imperialismo.

Se pelean con el Imperialismo, pero para las decisiones internas —como confiscar todas las empresas— el imperialismo no pudo hacer nada, se la tuvo que aguantar. Pero cuando proclaman el tema del Marxismo-Leninismo ahí sí, muchachos vamos despacito porque hacer las cosas que proponían Marx y Lenin, no son broma. Lenin fue el último político romántico del siglo XIX que tiene que ver con la disolución del Estado. Hay una gran discusión con Morris West, el autor de ficción, impresionante, que era amigo de Lenin. Pero ¿qué proponen? Que los medios de producción pasen a ser propiedad de sus empleados. Siempre pregunto ¿Qué fábrica de habanos, que fábrica de lo que sea en Cuba está escriturada a favor de los obreros? Me responderían que ninguna, que son del Estado. Es lo que justamente Marx no quería, él no quería Estado, quería una sociedad de productores libres. Eso indica, utópicamente, una posibilidad. Pero, no hay una sola fábrica de la Unión Soviética o de Cuba que haya sido de los obreros y que tengan los papeles correspondientes. Todas esas cosas crean condiciones de comportamiento en la gente. Después se está a favor, en contra, cada cual puede pensar como lo hace... pero ciertas condiciones crean comportamientos emergentes.

—Lo que me parece es qué en tu generación, incluso en la previa, había otra relación con la diferencia ideológica. Podían coexistir, enfrentarse en función de ideas, pero podían coexistir en el plano personal.

En el plano personal totalmente, por lo menos yo no tenía ningún problema con los amigos.

—Incluso cuando demostrabas posiciones contrarias, nunca descalificar al diferente.

Telma es testigo de todas mis intervenciones en las asambleas en las que había muchas personas que tenían bien fundadas sus posiciones, en general, toda una cultura bastante sólida para la época y la edad. Pero, fuera de las elecciones, íbamos a tomar una copa juntos. Unos celebrando y otros llorando. Somos amigos todavía de esa época con gente de las más diversas posiciones. Ya que está, nuevamente cito a Marx, él quería cambiar la ideología. Marx quería que hubiera pensamiento científico. Eso aparece en otro plano, desde la psicología social aparece como tema, como problema.

—Hay un personaje que a mí me intriga. En una época en la facultad estuvo Sylvia Bermann ¿Te acordás algo de ella?

No.

—Fue a finales de los sesenta, principios de los 70.

No, no la conocí. Sobre sociología tuvimos un muy buen profesor [Norberto] Rodríguez Bustamante, que después fue reemplazado [Horacio] Pereyra y más tarde por [Juan Carlos] Marín. Sociología fue una materia muy leída. En Psicología Social no sé si nosotros tuvimos profesor, después sí lo hubo.

—Eduardo Colombo.

Si, pero antes de Colombo hubo alguien transitoriamente. Colombo vino después, yo no lo tuve.

—¿También veían los clásicos?

Con Rodríguez Bustamante sí. Era un hombre liberal de amplio espectro. Él daba toda la bibliografía. De Durkheim en adelante, el funcionalismo norteamericano etc. Teníamos más de cien libros para leer.

—¿Cómo se las ingeniaban con eso? Porque lo que vemos en los programas, que no son a los que estamos nosotros habituados, había como referencias muy generales a la bibliografía ¿cómo accedían?

El primer problema era que libros de psicología casi no había, había muy pocos, había manuales. Yo me compraba todo el sueldo en libros. Con Telma estudié casi todas las materias, en caso de sociología leímos un montón de libros. Los apuntes casi no existían, eran los que tipeaba Graziela Napolitano. Había un muchacho, Roca, que escribía mucho a máquina y le pasaba a Graziela para el caso de Psicología. Se hacían algunos apuntes, que sin duda eran útiles, pero íbamos a las fuentes, íbamos a las bibliotecas, mucho a bibliotecas.

—¿Tenían fácil acceso a bibliotecas platenses?

Si, sobre todo a la de la Universidad. También estaba la del Ministerio de Educación. Y así aprendíamos. En Psicología social, repito, no sé si tuvimos profesor. Había alguien que generosamente hacía un programa e íbamos y rendíamos. Yo lo que me acuerdo de esa materia era que dejaban elegir tema y elegí, si había o no una naturaleza social en el hombre. Lo que quiero decir es que se leía mucho, en general.

Al tema de la Facultad, le saqué bien el jugo por el contacto con otros departamentos, en la Facultad de Humanidades. Por las charlas simplemente, por cruzarte con profesores, ir a conferencias de profesores especialistas en otros temas, de invitar a personajes interesantes de aquella época.

—¿No se hacían congresos específicos de psicología en esa época, propios de la Facultad?

No, el primer congreso al que fui fue el de Psiquiatría en Mar del Plata, en el año 1960. Conseguíamos albergues para poder concurrir, etc.

—Otra cosa que aparece en los legajos, vuelvo ahí porque estaba tu sello y es que algunos de estos autores que vimos, particularmente el de Pizarro, iban enviados a congresos internacionales por la facultad y ellos hacían un reporte. Por ejemplo, Knobel fue al primer Congreso de Psiquiatría Social, estuvo en Norteamérica y después trajo un reporte.

Según recuerdo, Knobel tuvo algún contacto con psicología social y pasó por otras materias.

—No sé si fue titular, pero sí la perspectiva que sostenía involucraba a veces algunas lecturas.

Para mi caso, la gran influencia fueron los autores, primero europeos y algunos americanos. Fundamentalmente los europeos. Todos lo de la Gestalt, con la aparición de una psicología totalizante. Además de los alemanes, y tantos otros. Carl Rogers de Nueva York, psiquiatra con mucha formación psicológica, muy interesante en todo el tema de la psicología centrada en el cliente; Horney con la Psicología del Yo... influyeron, me gustaba leerlos. Con los años fui haciendo mi propia formación, interna, a partir de todas esas lecturas.

—Bueno, las últimas torsiones que propone Rolla fueron por esa línea.

Siempre fue mi interés ver qué decían otros. Después si acordaba o no, no interesa. Con el paso de los años fui haciendo mi propia selección interna. Alguna vez con el tema de la Historia de la Psicología, a un alumno le llamó la atención que yo hablara de metafísica —siempre que

se habla de metafísica aparece el tema religioso—. El alumno me llevó por ese lugar y le respondí que hay metafísicas religiosas y le hice la historia del término metafísico —cómo se origina—, pero sostuve que hay metafísica para aquel que quiere que la haya, para quien no quiere que la haya, no la hay. Entonces le expresé que es para mí lo metafísico, es lo que surge más allá del horizonte de la naturaleza y la naturaleza está signada por la causalidad mecánica. En la naturaleza no hay libertad, en la naturaleza no hay estética, no hay categoría de valor. En el sentido original etimológico el término significó algo distinto, pero terminó cobrando esa fuerza ontológica.

—¿Alguna cosa que te tendríamos que haber preguntado y no lo preguntamos?

Tengo una relación muy especial con la Psicología, por el gusto, porque tuve la posibilidad de cursar la carrera, de contribuir a que exista y, nunca dejo de decir, la encontré a Telma que fue lo mejor que me paso en mi vida, y a los amigos y amigas, además del acercamiento cultural, por supuesto. Pero la posibilidad de una profesión muy nueva que puede contribuir mucho, por lo menos en términos individuales, en principio, con las personas que viven o tienen conflictos. Es decir, es ejemplo de una posibilidad de comunicación humana auténtica. Si la autenticidad hace que una persona pueda vivir con plenitud, no hay angustia. La angustia emerge cuando no se vive con plenitud. Lo cual no quiere decir estar haciendo actos heroicos todos los días, plenitud es entregarse, es gratificarse, hacer papas fritas con huevos fritos, con amor. Si tienes que enseñar, enseña con amor, si tienes que corregir, corrige con amor, y así siguiendo, si tienes que cuidar, cuida con amor, si no, no hagas nada.

Retuve algo del principio, por algo que sugerías, para definirme, cuestión muy difícil a esta altura de mi vida. ¿Cómo me definiría? Bueno, con esta base del amor me defino como un agustiniano laico, como un romántico incurable, como un existencialista convencido y con la adhesión no negociable al tema de la libertad. Tengo escritos sobre esos temas, siempre digo que escribo mejor de lo que hablo. Había otra relación con la escritura, la escritura, la epistolar que ya ha desaparecido como tal. Participé de esa época epistolar romántica, ahora está el telefonito, que no obstante es útil para un montón de cosas. La escritura tiene su valor, sin ninguna duda. Pero en el diálogo directo hay otra cosa, aunque no siempre se tenga éxito. De esto quiero hablar con vos mirada a mirada y hay gente que no habla de mirada a mirada. Están los gestos, la voz. Esto que dije, estaría coronado por otro término, no muy usado que es la hermenéutica, que anda por ahí pero no está muy difundida. Gadamer, Paul Ricoeur han escrito mucho y bien sobre la hermenéutica contemporánea y lo aprovecho para extraer elementos para la psicoterapia, aunque la psicoterapia no tiene porqué reemplazar a la vida real. Tiene objetivos precisos, límites precisos, no reemplaza la vida. Nos ofrece los materiales que tiene, como acto amoroso. Se hace visible el “haz todo con amor, si no, no hagas nada”, tal como también ocurre al participar en esta entrevista.

La Plata, noviembre de 2019.

CAPÍTULO 4

Entrevista a Juan Carlos Dominguez Lostaló

Catalina Huth, Andrea Roumieu y Nancy Vadura

Juan Carlos Dominguez Lostaló (Castelar, Morón, Provincia de Buenos Aires, 19 de septiembre de 1939) es Psicólogo Clínico por la Universidad Nacional de La Plata (1968). Tuvo una participación destacada como alumno y como Profesor Titular de la cátedra de Psicología Forense, integrando además espacios de gestión de la Carrera de Psicología en la UNLP. Dictó cursos de capacitación en diferentes niveles, universidades e instituciones. Trabajó con gobiernos y organizaciones en Costa Rica, Ecuador, Uruguay, Brasil, Colombia, Nicaragua, Paraguay, República Dominicana y Argentina. Participó de diferentes foros y encuentros de psicólogos internacionales, en la Unión Soviética, Suecia, Cuba, Qatar y Panamá. En 1976 cuando se agudizaron las condiciones de represión en Argentina debió exiliarse. Se estableció inicialmente en Perú, luego en Costa Rica y finalmente en Uruguay. En 1984 regresó a la Argentina reiniciando la práctica docente en la Universidad de Buenos Aires y, posteriormente, en la Facultad de Psicología de la UNLP.

En esta entrevista, Domínguez Lostaló se refiere a sus experiencias como alumno de la Carrera de Psicología, a su participación en las organizaciones sociales que condujeron a la institucionalización local de la psicología y al desarrollo de las actividades profesionales en la universidad y en otras instancias públicas y privadas.

—¿Cómo decidiste estudiar psicología?

[J.C.D.L.] Como carrera, no fue mi primera opción. En 1959, la Carrera de Psicología sólo la podían cursar personas que tenían título de Bachiller. No estaba habilitada para quienes se habían recibido de Peritos Mercantiles, Maestras y/o Técnicos Industriales. En mi caso, me había recibido de Maestro Mayor de Obras. Hasta ese momento vivía en la localidad de Morón [Provincia de Buenos Aires]. Cuando decido empezar a estudiar psicología, me vengo a esta ciudad [La Plata]. En realidad, no tenía pensado estudiar psicología. Siguiendo cierta tradición familiar, estaba previsto que siguiera arquitectura o alguna de las carreras vinculadas a la construcción. En mi familia todos estudiaron arquitectura, ingeniería, hay técnicos constructores, etc. En ese contexto, era raro pensar en estudiar psicología. Pero hay dos razones, dos episodios, diría, que impulsaron mi decisión de estudiar esta carrera. Por un lado, el efecto histórico que me produjo el bombardeo de Plaza de Mayo [16 de mayo de 1955]. Por otro, algunos encuentros con cierta literatura. En el año 54 todavía vivía muy cerca de la Estación

de Morón. Había pocas casas y mucha cercanía con los vecinos. Una de esas viviendas la ocupaba un fiscal que tuvo un destino histórico, porque fue quien ordenó el fusilamiento del líder anarquista Severino Di Giovanni [1901-1931]. En esa época, la mayoría de las casas vecinas estaban llenas de republicanos que habían huido tras la derrota ante el franquismo, y la gente se vinculaba de otra forma. Esa manera de vincularse posibilitó, entre otras cosas, el encuentro con algunas lecturas, por ejemplo, *La neurosis de los hombres célebres*, de José María Ramos Mejía [1849-1914]. Aunque lo más importante para mí fue el hallazgo del *Psicoanálisis Criminal*, de Luis Jiménez de Asúa [1889-1970]. Jiménez de Asúa fue presidente de la República Española y uno de los clínicos de la psicología más relevantes en ese momento. Al arribar a nuestro país, tuvo dificultades para comenzar a trabajar. Fue José Bleger [1922-1972] quien posibilitó que pudiera ejercer su profesión. Entonces, comencé con esas lecturas en medio de todas las cuestiones matemáticas, físicas, de resistencia de materiales... Como les mencioné anteriormente, el incidente de la Plaza [de Mayo] fue un punto de inflexión en mi decisión vocacional. En ese momento era alumno en la escuela de la Confederación General del Trabajo [CGT]. Estaba ubicada en un barrio muy característico del Bajo Flores donde después estuvo el Garage Olimpo [Centro Clandestino de Detención que funcionó desde 1979]. Frente a la CGT estaban las que se llamaban escuelas fábricas. Al lado del Colegio Industrial se ubicaban las casas baratas de las que habla Hugo Ratier [antropólogo argentino]. Ese día, empieza a circular la versión del ataque a Plaza de Mayo. El primer bombardeo se produjo cerca del mediodía. Estábamos cursando. Con un compañero decidimos ir. Fue la visión del desastre. El impacto de aquello influyó en mi cambio de vocación. Nos encontramos con cadáveres fragmentados de chicos a los que habían traído para mostrarles el Río de La Plata. Chicos, que no lo conocían. Fue realmente una masacre. No puedo olvidarme del efecto que me produjo la sangre, el estado de la gente [se conmueve]. Inmediatamente entraron los bombarderos. Se recibió la mayor carga de bombas en toneladas. Las fuerzas de un país bombardearon a su propia población. ¡Y la hora en que deciden hacerlo! Eran las 12:30 hs. En ese horario los estudiantes salían de las escuelas, los trabajadores de las fábricas —se iban para almorzar y volvían a ingresar a las 15:30 hs—. En síntesis, realizaron el bombardeo cuando la masa trabajadora y los estudiantes estaban en la calle. Se transforma todo en una inmensa masacre. Y hay un registro histórico que perdura. Algunas de las paredes todavía tienen las marcas de las balas de alto calibre. Fue mucho más grande que el bombardeo de Guernica al País Vasco [ataque aéreo realizado sobre población civil el 26 de abril de 1937]. Los alemanes tiraron menos de la mitad de las bombas que se tiraron sobre la Plaza de Mayo. No sólo se produjeron una cantidad impresionante de heridos y muertes, sino que tuvo otras consecuencias, porque también generó un ambiente que favoreció la organización de la resistencia.

Volviendo a la pregunta que me hicieron sobre mi elección profesional, también es importante el contexto en que se introdujo la psicología, porque, a diferencia de otros lugares, Argentina quería industrializar. Eso hay que tenerlo en cuenta: la relación entre la industrialización que se produjo en el primer y segundo peronismo y la creación de la carrera.

—El encuentro con aquella masacre, el efecto que te produjo, determina tu decisión de estudiar psicología ¿Qué creías, en ese momento, que la psicología, o ser psicólogo, podía aportar?

En ese momento no tenía previsto otra cosa que arquitectura. Sí esas escenas y aquello que les mencioné: *La neurosis de los hombres célebres...*

—¿Y por qué estudiaste en La Plata? Porque estabas en Buenos Aires...

Sí. Pero en Buenos Aires [Universidad de Buenos Aires] no nos dejaban estudiar Psicología, no podíamos ingresar allí. Entonces decidí comenzar a estudiar Arquitectura. Luego empecé a estudiar en Ciencias Exactas hasta que gané una beca en Meteorología. En ese momento, Meteorología estaba en el Ministerio de Marina. Era el encargado de transmitir las temperaturas. Tenía 19 años y me enfrenté a un jefe que hizo una arenga política que no compartía. Le contesté fuerte. Se me salió la cadena, me podría haber callado porque necesitaba laburar, pero bueno... Ese día, iba caminando y pensaba qué le iba a decir a mis viejos. Mi viejo aprendió a leer y escribir a los 30 años, era campesino allá, en la montaña española. Conversé con un amigo sobre mis ganas de estudiar psicología y es él quien me hizo saber que en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) estaba la Carrera y que existía la psicología laboral. Comencé a averiguar y tenía que rendir equivalencias. Para poder ingresar, tenías que hacer el equivalente a todas las materias del Colegio Nacional. En el examen de ingreso tenías que rendir biología, anatomía, endocrinología, sistema nervioso y fisiología. En ese contexto era lógico. Aún había una gran pregnancia del positivismo. De hecho, era su marca de nacimiento, una formación que se consideraba esencial. Se veía análisis matemático, por ejemplo. La carrera era compleja. Veíamos endocrinología desde una perspectiva médica. Piensen ahora viendo esos contenidos y de esa forma... La Carrera nace con esa impronta.

En el '56 empezaron a crearse las carreras de psicología en los distintos lugares, excepto en La Plata. Acá era un pecado mortal. No sé qué extrañas fantasías se habían creado en torno a La Plata, posiblemente es que había un *racconto*. Porque La Plata no es esta ciudad solamente. Incluye Berisso y Ensenada. Y, en general, en todo lo que habían sido los movimientos políticos, La Plata había tenido una enorme participación. Tenía una capacidad de convocatoria muy significativa.

—¿Cómo fueron tus inicios en la Carrera? ¿A qué docentes recordás de esos primeros momentos?

Había curso de ingreso. Se cursaba y se rendía un examen. La Plata se caracterizaba por tener un gran desarrollo en Medicina y Abogacía. Eran las dos carreras hegemónicas. Los psicólogos eran una *rara avis* que trataban de meterse en lo que se llamaban las Humanidades y Ciencias de la Educación. En realidad, fue similar a lo que sucedía en Buenos Aires [Universidad de Buenos Aires], en Filosofía y Letras. La Plata tuvo una característica especial, muy vinculada a la posición de los estudiantes: cada vez que los profesores no cumplían con idoneidad sus deberes, nosotros, los alumnos, nos levantábamos y, por ejemplo, nos íbamos de la clase.

—¿Cómo era la organización estudiantil en ese entonces?

Dura, era dura. Estaba Sergio Karakachoff [1939-1976, dirigente estudiantil radical, abogado laboralista y de derechos humanos, periodista y político argentino, asesinado por la

dictadura militar] y Osvaldo Papaleo [1940, Periodista y militante político del peronismo]. Ellos estaban muy imbuidos de que después de la Segunda Guerra [mundial], después del Pacto de Yalta [1945], tanto el capitalismo como el comunismo rechazaban lo que se llamó la “tercera posición”, a los “países no desarrollados”, pero, fundamentalmente, y en relación a nuestro campo, al psicoanálisis. El psicoanálisis era percibido como la anticiencia. Entonces, tenías dos versiones de la ciencia psicológica. La estadounidense, con el conductismo, y la soviética, con la reflexología y su estudio de los reflejos condicionados. La verdad es que la reflexología nos dio mucho material, no es que no haya servido. Me enteré tiempo después, en uno de mis viajes a la Unión Soviética, al que fuimos con Marie Langer, Andrée Cuissar y Marcelo Viñar.

—¿En qué año egresas de la carrera?

Egresé en el año 68. Soy de la segunda generación de egresados. Daba dos o tres materias justo para aprobar y me echaban cada tanto [risas]. La primera vez que me echaron fue en tiempos de Juan Carlos Onganía [Presidente *de facto* entre 1966-1970]. Había dicho que iba a estar 100 años en el poder. Entonces, con la cátedra de Neuropsicología y Psicofisiología, decidimos tomar la ciudad.

—¿Cómo fue eso?

Tomamos la ciudad, a naranjazos, bolitas y bolones que hacían caer los caballos de la cabaillería. Más la organización que nos dimos con los compañeros peruanos. Armamos una movida bastante grande, desde calle 55 hasta Plaza Italia [La Plata]. Como resultado de aquello, nos agrandamos y decidimos crear el Primer Sindicato de Psicólogos, como estudiantes de psicología. Eso fue en el año 67, pedimos que se haga ese primer sindicato y, por supuesto, hubo quienes se opusieron. Fue toda una discusión pensarnos como trabajadores. El conjunto de profesores, en su enorme mayoría, decían: “nosotros no somos trabajadores, somos profesionales; no cobramos salarios, cobramos honorarios”. Eso me quedó grabado. Hubo mucho rechazo de los profesores. Algunos eran tremendos. Tengo un escrito que se publicó sobre eso en la Revista *Motorpsico* [Revista de Extensión Universitaria] siguiendo a Los Redondos [grupo de Rock de La Plata]. Definimos por qué “somos trabajadores”. Para nosotros la condición de trabajadores era fundamental. No percibíamos “honorarios”, que es una condición medieval. En el medioevo los reconocimientos eran a través de animales, propiedades, objetos. Fíjense que habíamos llegado a percibir el equivalente a una prestación alimentaria. Pero los profesores no querían renunciar a los honorarios, por el honor, es decir, por el prestigio: ¿Cómo íbamos a ser trabajadores? Fue una lucha grande la que se llevó adelante.

Además, nosotros habíamos empezado ya los trabajos comunales universitarios que se hacían durante un mes en diferentes lugares. No ibas a pasear, ibas a trabajar o en las minas o en los ingenios o en los yerbatales. Tenías que hacer un trabajo, en escuelas, locales de escuelas, unidades sanitarias o comedores; lugares muy alejados. Veías los temas propios de las enfermedades respiratorias en la mina “La casualidad” en Jujuy, por ejemplo. Ahora es bastante difícil imaginarlo.

—¿La cátedra de neuropsicología que mencionaste era la que estaba a cargo de Edgardo Rolla?

No, en la de Buenos Aires. Acá sí, estábamos con Edgardo Rolla [1910-2001], estaba Novitski el mejor biólogo que debe haber habido en la Universidad. Fue una promoción impresionante. Con Rolla y con Ernesto Herskovits [Neurólogo Argentino]. Era el Profesor Adjunto. Entre Psicología y Neurología se construyó una confianza muy grande. Luego el golpe de Onganía... De esa cátedra participaba [Neuropsicología]. Después nos sacan, deja de ser Neuropsicología y Neurofisiología para convertirse en Neurología y Neuroanatomía. Prácticamente cambia toda la orientación de la materia. La cátedra de Rolla nos daba un cierto acercamiento al enfoque soviético, teníamos reflexología. También la tuvimos en Psicología Experimental. Después de esa época el psicoanálisis comenzó a ser hegemónico.

—¿Cómo se produjo ese movimiento? Algunas de nuestras lecturas en la investigación sobre la Carrera de Psicología permiten ubicar a Edgardo Rolla y a Mauricio Knobel como referencias del psicoanálisis en La Plata.

Sí, Edgardo Rolla, Mauricio Knobel. Y la figura de Fernanda Monasterio...

—¿Fernanda Monasterio no asumió una posición contraria al psicoanálisis?

Claro. Hay un momento anterior a la llegada de Rolla y Knobel. Ella concursa y le gana a un psicoanalista español.

—¿Ángel Garma?

Sí, a Ángel Garma [psiquiatra y psicoanalista]. Ella era endocrinóloga y su visión, por lo tanto, era mucho más biologicista. Su enorme valor era poder sostener la Carrera.

—En la asignatura Filosofía ¿Ilegaste a ser alumno del Profesor Luis María Ravagnan?

No, Luis María Ravagnan estaba en Psicología. Hoy sería homologable a la materia que dicta Ana [Talak], Psicología II. Es interesante porque no solo veíamos psicología europea, también estudiamos Psicología hindú, tomando aportes de Swami Akhilananda [1894- 1962] o Psicología vietnamita. La escuela española fue la que trajo el psicoanálisis hacia aquí, esa recepción estaba vinculada al triunfo del franquismo. Era una carrera que tenía sus particularidades. Por ejemplo, veíamos propaganda política...

—¿Cómo asignatura?

Como asignatura, con Selva Ucha, abogada de formación. Dictaba Psicología Aplicada. Con ella, veíamos el libro *La Guerra Psicológica*, como también todos los elementos de prensa. El campo profesional y la carrera eran totalmente distintos. En lo que es cantidad de horas de cursada, era igual, pero eran sólo 21 materias anuales.

—Encontramos que la primera generación no tuvo trabajos prácticos. ¿Y ustedes?

Sí, nosotros tuvimos trabajos prácticos. De hecho, "Neuro" la cursamos en parte en el Hospital Ramos Mejía, y en parte en el Hospital de Niños [Hospital Interzonal Especializado de Agudos "Sor María Ludovica", ex Hospital de Niños] y el Policlínico [Hospital Interzonal General de Agudos General José de San Martín]. Sabíamos que no se nos iba a reconocer la profesión, la profesión tardó en reconocerse desde ese 1958 a 1985.

—En ese momento ustedes transitaron el conflicto interprofesional respecto del ejercicio de la clínica...

En realidad, no se oponían ni al profesorado de psicología, ni a la psicología educacional, ni a la psicología laboral. Lo que estaba prohibido era el ejercicio de la psicología clínica. Ese ejercicio de la práctica profesional les daba terror, aun cuando estaba aprobado en el Plan de Estudios de la carrera.

—¿Qué recordás de los contenidos y de la formación de esa época?

Ahí comienza nuestra formación en psicología soviética. Teníamos una muy buena formación en aquellos temas. En el año 71 viajamos a la Unión Soviética. Éramos 33 o 34 y el grupo de psiquiatras comunistas, con los que nos peleamos a los pocos días. Con los rusos fue un lío importante. El propósito de ese viaje era debatir sobre las formas de abordaje del psicoanálisis y el modelo de psiquiatría marxista. Fuimos tanto uruguayos como argentinos. De Uruguay, Marcelo Viñar [Médico y Psicoanalista], Juan Carlos Plá [Médico, Psicoanalista y Poeta]. De nuestro país fueron Marie Langer [Médica, Psicóloga, Psicoanalista], Fernando Ulloa [Médico, Psicoanalista], Gilou Garcia Reinoso [Médica, Psicoanalista], Emilio Rodrigué [Psicoanalista], Eduardo Pavlovsky [Psiquiatra, Actor, Psicodramatista], Armando Bauleo [Psiquiatra, Psicoanalista, Psicólogo social], Mario Goldenberg [Psicoanalista], Gervasio Paz [Psiquiatra. Reflexólogo], Lea Rivelis de Paz, Guillermo Bigliani, Lea Nus de Bigliani. Bigliani era mi analista. De La Plata, María Luz “Matul” Becerra [Psicóloga], Miguel Serdiuk [Psicólogo] y yo. En ese momento estaba provisoriamente a cargo de la Confederación, que se concreta de forma definitiva en el 73, y, en el 74, armamos el famoso encuentro [del día 13 de Octubre]. Pero ¿quién estaba en la Unión Soviética? El mejor neuropsicólogo y fundador de la neuropsicología, Luria [Aleksander Romanovich Luria, 1902-1977]. Luria, mientras estuvo Lenin [Vladimir Ilich Uliánov, 1870-1924] y León Trotsky [1879-1940], fue el Secretario General de la Asociación Psicoanalítica Rusa. Era un psicoanalista. Hasta que Lósif Stalin [1878-1953] indica que el psicoanálisis era una disciplina de la pequeña burguesía y lo insta a crear una disciplina “realmente científica”. Era eso o exiliarse en Francia. Que le permitieran exiliarse mostraba el respeto que Stalin le tenía a Luria. Luria fue un neurólogo brillante. Tengo una foto con él. Nos dio clases en la Universidad de Lomonósov. Fue, a partir de ahí, el creador de la neuropsicología, incluso antes que los norteamericanos. Entonces, toda una parte de la carrera consistía en el estudio de autores soviéticos.

—Volvamos a tus tiempos como estudiante ¿Leían a Georges Politzer en aquel momento?

Claro, Politzer [1903-1942] es para mí uno de los grandes genios. Nosotros teníamos todas las revistas desde donde nos acercamos a sus escritos. Politzer era el filósofo que escribió *Psicología Concreta*, su primer trabajo. Fue un esfuerzo muy grande el que realizó, porque para construir esa Psicología, fusionaba conocimientos del Conductismo, el Psicoanálisis y la Gestalt. Con esas tres corrientes, constituye toda una psicología. Después se va quebrando hasta que lo fusilan [1942]. Se había alejado de la psicología, profundizando sus conocimientos en economía mientras permanecía en una Francia ocupada. Recuerden que en el 39 fue ocupada por los nazis. Allí, Politzer y una buena parte de ellos, se transforman en psicólogos de lo que llamábamos la “psicopatología convergente” o la “psicología convergente”. En ellas se

fusionan distintas disciplinas, negando la existencia de un conocimiento universal. Directamente el principio que establecen es lo que ellos llamaron “El Lago de Constanza”. Es un lago que tenía como característica distintos paisajes: llanos, con características rocosas, paisajes montañosos y demás. Entonces hacen el siguiente razonamiento: lo que llamamos ciencias — psicología, sociología, filosofía, etcétera— no son más que fragmentos, es decir, viene a ser algo parecido a la subjetividad. La subjetividad no es un elemento concreto, sino que es un compuesto de distintos elementos.

Retomo algo que mencioné antes sobre los españoles y el psicoanálisis. Los españoles son los primeros en meterse con la psicología psicoanalítica en un franco cierre de la psicología con la neuropsicología, al estilo de lo que unos años antes había empezado Luria. Lo que van descubriendo, fue la construcción de los engramas. Por supuesto que esta relación con el psicoanálisis hay que contextualizarla. Con la llegada del franquismo, la neurología le dice ¡chau al psicoanálisis!, aunque desarrollaron un gran conocimiento de lo que es la neurología y de la neuropsicología. Las referencias son Luria la referencia y Juan Rof Carballo [1905-1994, Médico y ensayista, Psicosomatista].

—Además de Politzer, ¿con qué otros autores te encontraste en la Carrera y cuáles marcaron algo de tu recorrido profesional posterior?

Varios. Algunos vengo nombrándolos, pero, además, Alekséi Nikoláyevich Leóntiev [1903-1979, Psicólogo soviético que se dedicó a la psicología del desarrollo], Bliuma Vúlfovna Zeigárnik [1901-1988, Psicóloga de la Gestalt y Psiquiatra soviética], Gregorio Bermann, muy conocido y amigo de Freud [1894-1972, Médico Psiquiatra argentino, participante del movimiento de la Reforma Universitaria de 1918, en Córdoba] y su hija Sylvia Bermann [1922-2012, Psiquiatra, sanitarista, ensayista y militante política]. Ella también fue una referencia para mí.

—Sylvia [Bermann] estuvo en la Facultad y llegó a ser Titular de la cátedra Higiene Mental.

Sí, estaba ella, y como Profesor Adjunto, Mario Tisminetzky [Médico]. Hay un Centro con su nombre en La Matanza. Otra referencia importante fue Eduardo Colombo [Médico y Psicoanalista]. Era Profesor Titular de Psicología Social y sucesor de Cornelius Castoriadis [1922-1997, Filósofo, Sociólogo, Economista y Psicoanalista greco-francés]. También Juan Carlos Pizarro [Médico Psiquiatra]. Ambos participaron activamente en la pelea con [la Facultad de] Medicina por el ejercicio profesional. Una situación paradójica. En ese momento, fueron ellos quienes representaron a los psicólogos. La representante estudiantil fue Edith [Alba Pérez, 1944-2019, Psicóloga, y primera Decana de la Facultad de Psicología, UNLP]. Eran tiempos en donde se iba incorporando gente sumamente capaz. Hasta el golpe del 66 que produce una barrida impresionante.

—¿Y Knobel? Con frecuencia es recordado por algunos de los primeros egresados. Señalan además su compromiso institucional.

Excelentes los dos. Pizarro después dirigió la Carrera. Knobel muere más tarde. Estaba en Brasil, en la Universidad Estatal de Campinas. En ese entonces estaba también Graziela [Napolitano]. Éramos un equipo impresionante. Eran tiempos en los que iba teniendo un lugar impor-

tante el movimiento psicoanalítico pichoniano, que ingresa a la Universidad con Pepe [José] Bleger [1922-1972, Médico Psiquiatra]. Antes les mencioné a Bleger. Fue quien posibilitó el ingreso de Jiménez de Asúa como el primer Profesor Titular de Criminología en la UBA [Universidad de Buenos Aires]. Su trabajo sobre psicoanálisis criminal nos sedujo a todos. En ese momento se veía casuística, casos. Otra paradoja: los estudiantes de derecho veían más casos que los estudiantes de psicología [risas]. Esto cambia con el Golpe del 66. Es una marca muy fuerte porque expulsan a varios profesores valiosos: Jorge Fuckelman [Médico, Psicoanalista] y a Angel Fiasché [Médico, Psicoanalista]. Para esa dictadura eran personas peligrosas. Peligrosas por sus conocimientos, por el tipo de conocimientos que impartían. Eran muy innovadores en temas de neurología, de psicopatología, de cáncer. Veíamos casos sobre cáncer. Vimos la Escuela de [Luis] Chiozza [Médico, Psicoanalista] para la psicopatología. Era un enfoque psicoanalítico que, simultáneamente, incluía una perspectiva anatomopatológica y casuística. Y ahí, de nuevo, [Juan Carlo] Pizzarro, que es el maestro de Helena Lunazzi [Profesora Titular de la cátedra Psicodiagnóstico de la Facultad de Psicología, UNLP].

—Mencionaste a Eduardo Colombo en Psicología Social. ¿Posteriormente se incorpora Armando Bauleo?

Sí. Daba Psicología Social y allí Edith [Pérez] fue Jefa de Trabajos Prácticos. Otra referencia para nosotros fue Eduardo “Tato” Pavlovsky [1933-2015, Psiquiatra, Psicodramatista, ensayista].

—¿Fue docente en la Facultad o con él compartían otros trayectos formativos?

No, íbamos a algunos de sus encuentros de formación. Algo que no quiero dejar de mencionar es cuando, en el año 74, “tomamos” —o nos ofrecen— la Carrera de Medicina de Buenos Aires. En ese momento Jorge Alberto Taiana [1973-1974] era Ministro de Educación. Taiana —padre de Jorge Taiana— nos ayudó mucho para preparar la Ley de Ejercicio Profesional que recién se sancionó 10 años después. Entonces, vamos a Medicina. Estábamos con Mario Testa [sanitarista argentino] que era el Decano de la Carrera [de Medicina] en la UBA. En ese momento nos ofrecieron hacernos cargo de la materia Psicología Médica. Armamos un gran equipo. Me ofrecieron la conducción, pero entendí que no era el momento. Todavía no se había resuelto el conflicto entre psicólogos y médicos. Estuvimos en la Facultad de Medicina hasta que entraron los tanques. Estábamos con los mejores cirujanos: Lepanto Bianchi [Secretario General de Medicina], Miguel Matraj [Psicoanalista, integrante del grupo Plataforma] era representante en la Organización Internacional del Trabajo [OIT]. Eran momentos en que las carreras de psicología tenían un gran atractivo y una fuerza muy grande. En ese grupo, con Edith [Alba Pérez] estaban Ana María Fernández, Raquel Bozzolo y Silvia Lázzaro, por ejemplo. Nos hicimos cargo de esa Cátedra. A Miguel [Matraj] lo ubicamos como Profesor Titular y como [Profesores] Adjuntos estaban Mimi Langer, Lea Rivelli de Paz y yo. Como Jefes de Trabajos Prácticos, Juan Carlos Volnovich, Silvia Werthein —la mujer de Juan Carlos— y Edith Pérez. Y se integra la gente de Plataforma y Documento, entre ellos Juan Carlos Risau [Psiquiatra y Psicoanalista] y la gente de la Confederación de Psicólogos [de la República Argentina]. Fue la base de lo que luego fue la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental. Eran equipos que además estudiaban las condiciones de trato a los presos políticos. Con parte de

ese material se redacta la Amnistía del año 73 [en la que se pide la liberación de los presos políticos encarcelados durante el gobierno de Onganía]. Ahí también estaba Sylvia Bermann. Sylvia llegó a ser Vicepresidenta de la Federación Mundial de Psiquiatría... ¡Uf... hay tanto para contar! Y nosotros armamos el primer organismo gremial.

—¿En qué año se organiza ese primer organismo gremial?

Se fueron conformando diferentes asociaciones⁷ que luego se fueron reuniendo en función de la cantidad de participantes. Buscábamos reproducir los modelos de los gremios. Las asociaciones tenían que ser equivalentes. Equivalentes y zonificadas. Es decir, cada lugar generaba su asociación. Eran los comienzos. En 1971 se constituyó la Confederación de Psicólogos de la República Argentina [COPRA]⁸. Fue un proceso que llevó unos años. Y hubo muchos logros: el estudio de las condiciones de vida de los prisioneros políticos, la Ley de Amnistía, la participación con la gente de Plataforma y Documento, Langer, Ulloa, Rodrigué, Gervasio Paz. Como les dije, toda la gente con la que fuimos a la Unión Soviética y discutimos sobre el psicoanálisis con formación marxista, la teología de la liberación y las teorías piagetianas. Ahí también participó Narciso Benbenaste [docente universitario, investigador], ya falleció, desgraciadamente, en el 2010. Todas esas cosas se fueron logrando desde las asociaciones. Al inicio, de acuerdo con los lugares, eran relativamente pequeñas. Solamente las grandes universidades tenían esas fuerzas. Hay que reconocer que quien también tuvo una muy buena formación fue la gente de la Universidad del Salvador (UNSA). Jesuitas. Esas discusiones que teníamos nos permitieron construir una gran amistad con muchos de ellos, pero, fundamentalmente, hacernos sólidos en la lucha por el ejercicio profesional.

En la Plata, la que verdaderamente empezó con la Asociación de Psicólogos de La Plata [APLP] es Ofelia Jardeigueiroa junto con Mirta Videla. Ambas fueron las primeras psicólogas laborales, aunque después hicieron la rama clínica de la Carrera. Mi participación en la Asociación Platense comenzó después del año 68. La APLP tenía una impronta singular: llevaba adelante acciones de orden gremial, no sólo académicas. Esta tradición la retoma el Colegio de Psicólogos que, a diferencia de otros colegios profesionales, no se ocupan de lo gremial. Para otras profesiones, ese accionar lo llevaban adelante —y llevan— las asociaciones profesionales.

Luego, se creó la Confederación General de Profesionales [CGP]. Eso lo iniciamos con Mimi [Langer] y Miguel [Serdiuk], entre otros. En las distintas provincias estaban el Colegio de Abogados de Salta, de Ciencias Económicas de la Capital Federal, el de Arquitectos, que junto con los Psicólogos componían una corriente generalmente progresista.

—¿Los médicos no participaban?

Sí, la Confederación de Médicos de la República Argentina [COMRA]. La organización en lo gremial era necesaria. No teníamos salarios de profesionales. No figuramos como profesionales

⁷ En 1962 se constituyó la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, APBA

⁸ En 1977 pasó a denominarse Federación de Psicólogos de la República Argentina (FEPPA).

hasta 1985. El tema era que te pagaban salarios correspondientes a otros cargos: personal de mantenimiento, técnico de enfermería.

Me olvidé de mencionar la organización de la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental [1972], otro fenómeno que conseguimos. Un programa que pudimos hacer funcionar desde que triunfamos en las elecciones de 1973. Una formación común en la que participaban psicopedagogos, trabajadores sociales, médicos, abogados, entre otros.

— Fue una generación que produjo importantes transformaciones políticas y teóricas...

Tal cual, en los 60 y 70. Porque ganó Plataforma Internacional. Siempre los ingleses, mucho más que los franceses, coparon la visión que después se llamó kleiniana. Directamente todo lo que era kleiniano estaba teñido de una ideología. Y esa ideología prácticamente tenía un supuesto clave: que lo que es el inconsciente aparece *a priori*, desde el nacimiento. Ese conocimiento que nace *a priori* hacía que las intervenciones de Melanie Klein fueran intervenciones, no eran como las Terapias de Juego. Eso es argentino, es de la compañera de Pichon-Rivière, Arminda Aberastury [1910-1972, psicoanalista argentina, pionera del psicoanálisis de niños y adolescentes].

Otra marca de época: íbamos a hacer las prácticas a Buenos Aires, año 66. Eran prácticas preprofesionales en las que, de hecho, se producía el trabajo interdisciplinario.

Bleger y Pichón-Rivière son figuras importantes que empiezan a producir transformaciones, incluso efectos que repercuten acá, en La Plata. Y en la carrera, además de los que ya mencioné, hubo otros. Alguien que no mencioné es Emilio Dupetit [Médico Psiquiatra e investigador].

Nuestro gran desarrollo se produjo alrededor del año 70. Creo que, en los primeros años, en términos generales, hubo un franco enamoramiento de la psicología. Lo que significó para nosotros comenzar a entender que, con nuestras prácticas, podíamos provocar curaciones. Curarse significa cuidarse. La palabra curarse es simplemente cuidarse. Es diferente a creer en “la cura”. Nombra distintos lugares en acuerdo a cómo te ubicas. En la época teologal, la palabra cura deriva de “párroco”. El párroco es quien produce la curación... como condición del fenómeno de la confesión. ¡Qué decir! [risas]. Diría que fueron los años más brillantes para la psicología, hasta el 75. La Carrera se cierra en diciembre del 74, aprovechando que mucha de la gente de psicología era mayoritariamente del interior y a fin de año se iban a sus hogares.

—¿Participaste en octubre del 74 del Primer Encuentro Nacional de Psicólogos y Estudiantes de Psicología en la Ciudad de Córdoba?

Claro, fue convocado por la COPRA. Estaban los representantes de las distintas Confederaciones. Teníamos anotadas más de 300 o 400 personas. Pero empezó el conflicto. Comenzaron a producirse las primeras muertes. Unos días antes la Concentración Nacional Universitaria [CNU], secuestra y mata al “Turco” Rodolfo Achem, dirigente de la Asociación de Trabajadores de la Universidad de La Plata (ATULP), y al Gordo Carlos Miguel, dirigente de la Juventud Peronista [el 8 de octubre de 1974]. Eso se profundizó. La cantidad de gente que tuvimos detenida, detenidos desaparecidos y asesinados, fue muy grande.

—Antes mencionaste que la matriz kleiniana fue un sesgo predominante en un momento de la disciplina y de la Carrera. Tiempo después comienza a recepcionarse el estructuralismo. ¿Cómo se dio eso en La Plata?

En La Plata llega más tarde. Cuando deja de estar la gente del 74. En ese momento estaba Bauleo, Fiasché, Pizarro entre otros. Van desapareciendo toda la serie de conocimientos que hacían específicamente al conocimiento de la psicósomática, el impacto que tiene en los órganos cualquiera de sus emociones, los malestares profundos, y esa manera compleja de entender los síntomas. Todo eso desaparece.

—En el 75 se interviene la Universidad ¿Todavía estabas en la Facultad?

No, a mí me echan. A mí y a toda “la banda nuestra” nos sacan. “La banda” éramos todos los que hubiéramos mostrado una tendencia progresista o de izquierda. Estaban Helena Lunazzi, Bibí [Norma] Delucca, Edith [Pérez], yo. Todos quienes habíamos participado activamente y que teníamos cargos en la Facultad. También Sylvia Bermann, Mario Tisminesky y Angel Fiasché.

Se hizo una brusca depuración, muy similar a la que había hecho Onganía, fue un momento difícil. En la carrera quedaron algunas materias, siempre y cuando fueran profesores que no hubieran mostrado esas tendencias políticas que les menciono. Hay que pensar que prácticamente desde el 75 al 84 estuvo cerrado. Todo eso desaparece y se inicia una etapa que se conoce como “la cruzada anti judeo-marxista” de Oscar Ivanissevich [Ministro de Educación de la Nación, 1974-1975]. Respecto del ejercicio de la psicoterapia, la “Misión Ivanissevich” sostenía que sólo los médicos podían ejercer el psicoanálisis. Fueron tiempos de muchísima pelea. Pelea necesaria.

—¿Es el momento en el que te vas del país?

En el 76. Primero voy a Perú. Estaban todos los compañeros peruanos. En esa época estaba un gran líder en Perú, Velasco Alvarado [Juan Francisco, 1910-1977, militar y político]. Luego me voy a Costa Rica. Ahí nosotros nos extraviamos un poco. Piensen que nosotros, muy pronto, perdimos a dos personas claves, referentes. Una era [José] Bleger. Pepe, que desde sus primeras prácticas en Santiago del Estero fue psicoanalista, muere en el año 72, con 49 años. Muy joven. Y Pichon-Rivière, que tiene tres enormes traumas: la muerte de Arminda Aberastury, el accidente en Córdoba y la pérdida de su segunda esposa (Antes de Ana [Quiroga]).

Se nos va gente muy significativa. Quedaron varios, pero perdimos dos líderes. Pichon sigue siendo el más significativo. Fueron grandes inspiradores del trabajo en la perspectiva psicósomática y del trabajo en comunidad desde el psicoanálisis, también en instituciones que formaban desde esa perspectiva. Quedaron otros. Mimi Langer, que muere mucho después, cuando estaba realizando la especialización de Psicología Forense en la UBA, y Fernando Ulloa [1924-2009]. Era gente interesante, porque en ese recorrido, a la vez, iban descubriendo cosas. Psicología Institucional existe por Ulloa y Emilio Rodríguez [1923-2008]. Si no, no existiría. Los dos fallecen arriba de los 80 y pico. Ulloa esquiaba y Emilio hacía capoeira... Hay un libro espectacular de ellos, se llama *El Anti-yoyo*, en donde se muestra inclusive la masacre de Ezeiza [20 de junio de 1976]. En ese momento estábamos todos, era una cosa de mucha compenetración. No solo teórica sino ideológico-política.

—Estabas contándonos sobre tu llegada a Perú...

En Perú, un país mucho más político de lo que se piensa, me quedé trabajando en los procesos que acá se enmarcarían en el llamado “patronato de liberados”. Allá tiene otro nombre. Atendía los casos complejos. No tenían un desarrollo en psicología tan grande. Uno de los mejores psicólogos que tiene Perú fue Ramiro Núñez García, con mucho conocimiento de medicina, además. Al principio viví en Jesús María, un pueblito pequeño donde teníamos toque de queda a las 6 de la tarde, luego en Miraflores. Primero me toman como profesor en la universidad. Tenían la esperanza de que me quedara, pero ahí comenzaron a producirse las muertes y desapariciones de los argentinos. Los peruanos no participaron como milicos en la acción. Fueron ellos los que me vinieron a buscar y me avisaron: “tomátelas”. No tenía muchas ganas de irme. Quería volver para acá [Argentina]. Estaba solo, tenía dos hijos que habían quedado acá. También mis viejos. En eso me empezaron a llamar, Edith [Pérez] y Liliana [Guido], para que vaya para Costa Rica. Pensé que era para trabajar de profesor. Saqué un pasaje de avión que empezaba en Costa Rica y cerraba en El Salvador. Subí al avión esperando no tener problemas para ingresar al país. Siempre tenía una cábala, el traje de casamiento de mi hermano.

—¿La cábala era tenerlo puesto?

Sí. No sé, sería porque siempre militamos juntos y siempre tuvimos suerte [risas]. Llegué a Costa Rica. Fue la época en que comenzábamos a estar en pareja con Edith [Pérez]. Me voy a vivir en una piecita, lejos de todo. Una mañana me vinieron a despertar. Era un Ministro...

—¿Eso en qué año fue?

Desde septiembre del 76 y me quedo allí hasta el año 84.

—¿Para qué te fue a buscar el Ministro?

Para dirigir el Sistema Penitenciario. Hicimos una transformación total del Sistema Penitenciario. En toda la parte regional del país, armamos el Centro de Diagnóstico para esa población. Construimos cada una de las estructuras. Toda esa reforma aparece en el libro *Los principios de la buena condición penitenciaria*. También fui docente en la Universidad.

—Al finalizar el exilio en Costa Rica, ¿retornas al país?

No. Voy a Uruguay. Me llamaron para volver a Argentina. Antonio Cafiero [1922-2014] había ganado la gobernación de la Provincia de Buenos Aires [1987] y me ofreció ser Ministro de Bienestar Social de la Provincia [hoy Ministerio de Desarrollo Social]. Pero en ese momento, era Asesor del Presidente Julio María Sanguinetti, en Uruguay. Llegué a esa función representando a Naciones Unidas. No quería seguir en este tipo de trabajo, pero bueno; las cárceles estaban en manos de la policía. Es ahí que quedé como Asesor. Me ocupé también de los chicos en situación penal. Trabajé varios años. Fue una experiencia muy interesante. Siguiendo el modelo que habíamos llevado a cabo en Costa Rica pudimos hacer transformaciones, no solo con los guardias, sino con las personas privadas de su libertad. Configuramos un nuevo sistema. No tuvo todo el éxito que hubiéramos querido, porque duró poco y porque se dieron fenómenos políticos internos que excedieron nuestras posibilidades. Quedé a cargo de todos los jóvenes en conflicto con la ley. Trabajé allí durante todo el Gobierno de Sanguinetti. Ahí se termina ese proceso, pero seguimos trabajando igual en “Gurises Unidos”.

—¿Esa experiencia la retomaste en Argentina?

En Argentina fue “Pibes Unidos” y la Fundación “Generación 2000”. Continuaba trabajando en Uruguay, pero comienzan a convocarme de varias provincias argentinas: Jorge Busti, de Entre Ríos, José Octavio Bordón, de Mendoza. Viajaba de Uruguay para acá. Alternaba e iba formando gente en esas políticas hasta que las circunstancias determinaron que finalizara esa etapa.

En el 90, Sanguinetti deja la presidencia de Uruguay. Asume Luis Alberto Lacalle. Nos aproximamos ya a mi vuelta, porque en el 89 me ofrecen la Cátedra de Psicología Forense. Venía trabajando en criminología con Eugenio Zaffaroni desde el año 84. Es el año en que se reabrió la Carrera y cuando se produjo una pelea fuerte entre Monseñor Antonio Plaza y quienes entonces eran los normalizadores de la carrera. Plaza quería que Psicología se mantuviera cerrada.

Las elecciones las había ganado el Alfonsinismo. Los radicales no accedieron al pedido de Plaza. Había una cantidad importante de inscriptos que querían retomar luego del “cupos cero”. Fue una pelea durísima. Se sostuvo la idea de abrir la carrera, pero al mismo tiempo se indicó que siete personas no volvieran a la Facultad. Uno de ellos, yo. Así que en los inicios no pude entrar y me tuve que ir a Buenos Aires. Ahí sí me querían [irisas]. Años después me llaman del Centro de Estudiantes de la carrera para que vuelva; Fernando Gómez, dirigente peronista y marido de Claudia Orleans.

—¿Cómo se fue configurando la Cátedra de Psicología Forense?

Psicología Forense fue la última materia que se creó. Cuando llegué al país, primero voy a trabajar a la UBA [Universidad de Buenos Aires]. Me lo ofrece Sally Schneider. En ese momento todavía había gente del Proceso en las universidades. Empezamos a trabajar con Eugenio Zaffaroni. Al mismo tiempo, seguía siendo Asesor Presidencial. Eugenio [Zaffaroni] se hace cargo de la Cátedra de Criminología. Trabajamos con él y con Arnaldo Giménez [abogado]. También con Elías Neuman [abogado]. Teníamos unos equipos impresionantes.

En cuanto a la Cátedra de Forense, su organización fue una síntesis de las experiencias realizadas con presos, los llamados “presos sociales” o —mal llamados— “comunes”. Por un lado, la Experiencia de Costa Rica y también las otras. La organicé con la gente que había estado conmigo en Criminología. También con algunos con quienes compartí Psicología Profunda, acá en la UNLP. Fui [Profesor] Titular de Psicología Profunda. Primero estuvo Rolla. En uno de los golpes de Estado lo echan y en su lugar quedó Emilio [Dupetit] y yo como Profesor Adjunto, hasta que él renuncia en el año 73 y me hago cargo de la Cátedra. Luego, la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) interviene la Universidad. Hasta ese momento, había tenido varias cátedras: Aspectos Psicológicos de la Organización Social y Psicología Médica en la UBA...

— Simultáneamente dictabas seminarios optativos

Claro. Un seminario sobre Derechos Humanos y otro sobre Teoría Crítica del Control Social.

—Y en el 95 comenzaste con el Programa de Investigación, Formación y Asistencia Técnica en Alternativas del Control Social (P.I.F.A.T.A.C.S.). ¿Cómo se construye ese proyecto?

El PIFATACS es la resurrección de uno de los grandes proyectos que hubo en 1958, cuando realmente se creó el Trabajo Comunal Universitario. La paradoja era que se hacía en la Isla Maciel [barrio de Dock Sud, en Avellaneda, Provincia de Buenos Aires]. En la Isla no era fácil entrar y salir. Ya había trabajado en Ciudad Oculta y otros barrios populares, en el país y en América Latina. En

los años 60 había un esfuerzo grande por hacer psicología comunitaria. Íbamos a distintos lugares de las provincias: a la Mina “La Casualidad” en Jujuy, a zonas selváticas en Misiones, a los yerbatales. Íbamos para trabajar comunitariamente con esas condiciones de vida. Estudiamos y trabajamos sobre las patologías en el trabajo. Porque ahí, en la Mina “La Casualidad”, por ejemplo, veíamos trabajar hasta a los chicos, nos encontrábamos con enfermedades producidas por el trabajo y por la extrema pobreza. Fuimos a zonas de Tucumán, Tafí Viejo, Santiago del Estero, Chaco. Para nosotros fue un aprendizaje formidable. Tiempo después se empezó a considerar que esas cosas eran subversivas. Un absurdo total que, sin embargo, le cuesta la vida a Mónica Mignone [secuestrada y desaparecida el 14 de mayo de 1976]. Era hija de Emilio Fermín Mignone [líder del movimiento de Derechos Humanos]. Mónica era Trabajadora Social y muy amiga del Padre Carlos Mugica [Sacerdote del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo]. Se empezó a perseguir y prohibir el trabajo comunitario. Incluso a Roberto Harari [1943-2009, Psicólogo y Psicoanalista], uno de los primeros en trabajar teóricamente este tema, antes de comenzar en el lacanismo en los años 70. Y tuvimos que exiliarnos. Los que pudimos, nos fuimos. Recién en el 95 logramos retomar algo de aquello. Una de las primeras cosas que necesitamos hacer fue reconstruir la lista de compañeros desaparecidos. Empezamos a hacer la lista con Helena Mariani, Gonzalo Chaves. Recordábamos a 30 o 40 de ellos. Después empezaron a venir las familias y todo lo demás. Ahí nos dimos cuenta de que La Plata, Córdoba y Tucumán habían sido tres lugares realmente tremendos. Son los compañeros que aparecen en la placa de la Facultad. Tiempo después, comenzamos a reflotar las experiencias comunitarias. Habíamos hecho este tipo de trabajo en Costa Rica y en Uruguay. Un dato importante: Argentina y Costa Rica fueron los dos únicos países que en sus constituciones incorporaron buena parte de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Incluso los amplían, agregando el Derecho de la Ancianidad, del Niño, etc. Bueno, empezamos a reflotar esas experiencias. Probamos distintos modelos, revivimos algo de los que hicimos en Tucumán, pero no tomábamos tanto las cuestiones de características fabriles, mineras, de los ingenios de azúcar o los de yerba mate. En ese momento, la Facultad nos ofreció realizar esas experiencias, pero para 50 personas. En ese marco se organizó el PIFATACS. Se abre porque todos nuestros proyectos se habían quebrado. No pudimos conseguir permanencia ni ocupar un lugar que le diera la seriedad que el proyecto requería. La Facultad era el lugar, porque no iba a poder hacerse en el Poder Judicial. En la Plata nos daban condiciones de trabajo para trabajar en las villas. Y empezamos a desplegarlo en Ciudad Oculta [Villa Lugano, Ciudad Autónoma de Buenos Aires] con lo que llamamos “punteros”. ¡A pura pelea! Y no sabíamos qué nombre ponerle. Susana Garaña Morales estaba como Secretaria del grupo. Llevábamos días peleándonos. Teníamos que presentar el proyecto y Susana me pregunta: “¿qué es lo que quieren hacer?”. Le digo: “es un Programa de Investigación, Formación, y Asistencia Técnica en Alternativas al Control Social”. ¡Ah! —dice—, toma cada una de las iniciales de cada palabra y quedó PIFATACS. Fijate los años que estuvo. Desde el 95 hasta que empezó la pandemia. Estuvimos trabajando 25 años.

—¿Hay algún antecedente en nuestra Facultad, o en otras, de un programa con estas características y que se haya sostenido en el tiempo?

No. ¡Y con tanta gente! Se sumaron vecinos de los distintos lugares por donde anduvimos. Trabajamos en muchas villas: de Melchor Romero, de Buenos Aires, todas...

El PIFATACS fue un centro de formación complementaria. Complementaba con prácticas que, hasta que se hicieron las prácticas pre-profesionales, eran siempre difíciles de conseguir. Lo que el programa tuvo, también, fue reconocimiento. Nos llamaban de Jujuy, de Salta, fuimos a Mendoza. Trabajamos inclusive con el entonces Secretario de Políticas Universitarias, en Chubut. Se sumaba gente, no solo de Psicología, de todos lados. Muchas veces decimos que en el camino hubo gente que encontró su futuro. Por ejemplo, en Romero al principio fue sumamente difícil, “volaban tiros”, y sin embargo lo conseguimos armar. Se armó y duró 25 años. Eso fue como un complemento de Psicología Forense, materia a la que reformulamos porque no quisimos hacer Psicología Jurídica, quisimos hacer Forense. Nos interesaba reproducir la noción de “foro”. Esa noción nos habilitó a reproducir hasta nuestra propia formación y nuestro nacimiento como especie humana. Especie que tiene una característica fundamental: la grupalidad. No existe ser humano sin ella. Nadie nace fuera de un grupo. Algo que también trae las marcas de mi trabajo en Brasil. En Brasil trabajé con los chicos de las Favelas. Ellos nos enseñaron que sus culturas eran culturas circulares. Y ese es un contenido de Forense: culturas circulares y rectangulares. Las culturas rectangulares poseen un modelo de organización vertical. La palabra se centra en los que mandan, no nacen originariamente con la especie. Nuestra especie, desde el nacimiento es circular. Esa circularidad es la que posibilita la supervivencia. Sin circularidad no hay supervivencia. Esto nos lo enseñaba Fernando Márquez Miranda en Antropología Cultural y después Juan Cuatrecasas [médico español]. También lo reencontramos en las cuestiones tribales, en la selva, cuando me tocó trabajar en Ecuador, Venezuela, Nicaragua, Panamá y Brasil, que ya mencioné. Fui a esos lugares por mi labor en Naciones Unidas.

Lo forense no es lo que nos dice la Real Academia Española. Porque, como su nombre lo indica, es una concepción que empieza desde los reinados, una concepción de la monarquía: las palabras que hay que respetar. Por fuera de eso, aparece lo que no corresponde. Últimamente hay un término que se utiliza mucho, la aporofobia. Es el resentimiento o el odio hacia la pobreza. Algo sobre lo que insiste el Papa Francisco. Es el rechazo de la igualdad de la gente. Justamente, no tener una posición de rechazo nos permitió trabajar en las villas, en las cárceles de muchos lugares del mundo. Acá, Uruguay, Costa Rica, Ecuador, Brasil. Con trabajadores, con presos, con niños. Eso fue posible porque entendimos que somos una igualdad en la diversidad.

— ¿Hay algo más que quieras agregar?

No. En realidad, tendría que decir cómo Pablo Neruda: “confieso que he vivido”. Y espero seguir viviendo bastante tiempo más.⁹

La Plata, marzo de 2021

⁹ En Argentina, la memoria del pasado es un legado que se reactualiza (Rousseaux, 2021). Memoria y legado están presentes en esta entrevista. Legado que nos compromete a las nuevas generaciones de trabajadores de la salud mental a continuar con aquellas luchas históricas que aún no se han resuelto, a rescatar la política como praxis transformadora, a intentar construir colectivamente una identidad profesional comprometida con las problemáticas de nuestro tiempo y nuestra gente. [Ref.: Rousseaux, F. (2021). En la Argentina, la memoria del pasado es un legado que se reactualiza. Recuperado de <https://www.telam.com.ar/notas/202103/548527-psicoanalista-victimas-dictadura.html>]

CAPÍTULO 5

Entrevista a Carmen Lydia Talou

Sonia L. Borzi, María J. Sánchez Vazquez y Ramiro Tau

Carmen Lydia Talou (Balcarce, Provincia de Buenos Aires, 2 de abril de 1938) es Psicóloga Clínica por la Universidad Nacional de La Plata (1964). Se desempeñó como Profesora Titular ordinaria de Psicopatología II en la Facultad de Psicología de la UNLP y ha dictado numerosos seminarios de grado y posgrado sobre temáticas relativas a la infancia, la discapacidad y la atención temprana. Fue Directora del Departamento de Psicología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP en dos oportunidades. En el campo profesional, se desempeñó como psicóloga clínica en el Servicio de Psicopatología Infantil y Salud Mental del Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica” (ex Hospital de Niños) de La Plata, dependiente del Ministerio de Salud de la Provincia Buenos Aires. Fue directora de proyectos de investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLP, directora y codirectora de becarios y tesistas, y directora de proyectos de extensión universitaria. En la década de 1980, codirigió la investigación internacional “Piden pan y algo más...”, estudio sobre crecimiento y desarrollo infantil, con sede en la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (CICBA), auspiciado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y patrocinado por el International Development Research Center [IDRC] de Canadá. Es autora de numerosas publicaciones y trabajos científicos en el área de su especialidad. En esta entrevista, Talou se refiere a su participación como docente de la Carrera de Psicología desde sus inicios, al cierre del ingreso durante la dictadura cívico-militar, a la reapertura de la Carrera en el año 1983 y a la reciente creación de la Facultad de Psicología de la UNLP. También menciona su experiencia como psicóloga clínica en el Hospital de Niños de La Plata.

—Quisiéramos que nos cuentes qué cosas relevantes recordás de tu trayectoria como estudiante de la Carrera de Psicología y, luego de recibida, cuáles son los aspectos más destacados de todo ese tiempo.

[C.L.T.] Yo ingresé a la Carrera de Psicología en el año 1960. Estaba inscripta en el 59, pero empecé a estudiar en el 60. Hice la carrera en cinco años y me recibí en diciembre del 64. De la época de estudiante... Me acuerdo más de los novios que tuve que de mi actuación como estudiante. Teníamos poca participación en lo que era la gestión de la Carrera, o de lo que era la Carrera internamente. Sí había algunos problemas, que generalmente los manejaban los de años superiores. Yo soy de la tercera promoción de la Carrera. Tuve compañeros que fueron docentes,

como yo, que hicieron su recorrido, pero que no duraron tantos años como en mi caso, que fueron 40 años de antigüedad registrada por la Facultad. Como estudiante, salvo el temor a dar examen, me fue bien. Hice la carrera en los años estipulados y me recibí de Psicóloga Clínica.

— ¿Por qué elegiste estudiar Psicología?

No sé, no te sabría decir, me gustaba la psicología, me gustaba estudiar a los seres humanos, pero no tenía una vocación definida... También me gustaba mucho la historia y los temas vinculados... me gustaba mucho la sociología. Cuando yo me recibí de Psicóloga, había un Postgrado de Sociología —antes del gobierno de Onganía, o sea, en los años 60—. Gente graduada de Sociología de Buenos Aires formó como un postgrado para Sociología en La Plata, que estuvo seis o siete meses y se cerró cuando cerraron esa carrera en la UBA, con Onganía, porque era una extensión de la carrera de allá. Yo fui con mi marido a hacerlo —él era abogado—. Había abogados, estudiantes de diferentes carreras... La sociología me gustaba mucho. Quizás la psicología social me gustaba, tanto o más que la psicopatología, pero uno queda enganchado en su historia y ahí queda atada. Otras personas tienen vocaciones más firmes, como María José [Sánchez Vázquez].

— ¿A qué profesores recordás o destacás de aquella formación?

Al Dr. David Ziziemsky, que fue mi Jefe en el Servicio de Neurología y Psiquiatría del Hospital de Niños, y fue quien nos formó. Realmente hay que rendirle homenaje. Era una persona muy autocrática, pero muy inteligente, que nos formó a mí, a Graziela [Napolitano], a Telma [Piacente], a Norma [Najt], en lo que era la carrera científica y docente. En general, mi carrera pivoteaba más en torno al Hospital de Niños —al cual ingresé en el año 64, antes de recibirme— que en torno a la Facultad. En la Universidad, bueno, hubo un proceso militar en el medio, con cambio de autoridades... pero más allá de ello, me vinculé de entrada, como graduada, a la cátedra de Psicopatología, de la cual era [Profesor] Titular Ziziemsky. El otro gran profesor, para mí, fue Juan Carlos Pizarro, que fue durante muchos años el Director del Departamento de Psicología. Porque en ese entonces existía una división entre Departamento e Instituto de Psicología, y había dos directores diferentes. Luego, el Instituto se cerró y el último Director fue Mauricio Knobel. [Juan Carlos] Pizarro siguió siendo Jefe del Departamento. Todo esto durante los años 60, probablemente 1965.

— ¿Cómo fue tu recorrido como docente de la Carrera de Psicología?

Yo trabajé, ya graduada, como Auxiliar Docente en [Psicología] Evolutiva durante un año, y como Auxiliar Docente *ad-honorem*, en lo que era el Instituto de Psicología cuando [Mauricio] Knobel era el Director. Luego proseguí mi carrera docente en Psicopatología General; di concurso de ordinaria como Jefe de Trabajos Prácticos, dos veces... había muy poca gente por concurso en esa carrera, [David] Ziziemsky era uno, pero de Psicología Evolutiva, no de Psicopatología. Concurse dos veces, primero como Ayudante, luego fui Jefa de Trabajos Prácticos concursada en el 65, y en el 70 volví a concursar. Hice toda mi carrera en esa materia, porque habiendo una interrupción del golpe militar... Antes del golpe militar, con la “Misión Ivanissevich” en el año 74, con el gobierno de Isabel Martínez de Perón, a Ziziemsky lo sacaron de la cátedra y a otra gente también la limitaron. Entró un profesor traído de Buenos Aires, Ríos se llamaba.

Dejaron cesantes a muchos profesores, Tono [José Antonio] Castorina, Juan Carlos Dominguez [Lostaló], Bibí [Norma] Delucca..., y a mí me mandaron a otra cátedra que se llamaba Psicometría. La titular era Pilar Portas. Estuve un año y medio y luego me volvieron a la Psicopatología. Mientras tanto había sido Jefe de Trabajos Prácticos y Profesora Adjunta *ad-honorem* de la cátedra Psicopatología, es decir, que toda mi carrera docente, —que fueron unos cuantos años hasta el año 74— fue en esa materia. Con algunas interrupciones porque hubo un año, en la época de Onganía, en el que se hizo una reforma en la Universidad, se departamentalizó, y la cátedra de Psicopatología pasó a depender de [la Facultad de] Medicina, y pasaron solamente el cargo de [Profesor] Titular, pero no los cargos de Ayudante. Yo misma seguí trabajando con [David] Ziziemsky a la cabeza y cuando se terminó —porque duró muy poco, porque era una decisión parcial, sin ninguna consulta al claustro de profesores ni a las autoridades—, con [Raúl] Balbé como Decano de [la Facultad de] Humanidades, volvió la cátedra a Humanidades y ahí nos volvieron a designar como profesores de la casa. En realidad, a mí, porque el otro profesor, que era el Dr. [Luis] Zamorano, no aceptó ninguna designación. O sea que muchos de mis compañeros de la carrera, compañeros no durante la carrera como estudiantes, sino como graduados, trabajaron en la cátedra de Psicopatología: Telma [Piacente], Graziela Napolitano, Graciela Sosa Córdoba... A Ziziemsky, lo acompañamos hasta que la “Misión Ivanissevich” lo desplazó. Después él falleció por un cáncer, así que la que se hizo cargo de la cátedra fui yo, con una interrupción de un año y pico. Era Profesora Adjunta a cargo de la cátedra. Luego, antes de que terminara el proceso, estuve *ad-honorem* como [Profesora] Adjunta, y cuando cayó el proceso militar, me propusieron como Directora del Departamento de Psicología, que no tenía alumnos, pero que había estado abierto. Con un cargo de Profesora Adjunta me hice cargo de la normalización de la Carrera de Psicología y en ese periodo estuve un año y medio. Después renuncié, porque mi marido estaba como loco porque yo estaba trabajando todo el día: era Consejera, era Directora de la Carrera... Hicimos un Plan de Estudios, trabajamos a destajo con Telma [Piacente], que era la Secretaria, una Secretaria de lujo para el Departamento...

— ¿Y con qué dedicación docente hacían eso?

Yo era Profesora Adjunta con dedicación simple. Las mayores dedicaciones ingresaron a [la Facultad de] Humanidades, pero a Psicología, concretamente, llegaron con el Programa de Incentivos a la Investigación: aquellos profesores que tenían categoría A, B y C —en realidad con A no había ninguno—, los incentivaron, les dieron mayor dedicación, pero eran puntos *grant*, no eran cargos del presupuesto, es decir, eso fue por el Programa de Incentivos, y ya estábamos en el año 94.

—A ver, Carmen, está el tiempo del cierre de la inscripción a la carrera de Psicología, y luego la reapertura. ¿Nos contás un poco más cómo fue la gestión para lograr la reapertura? ¿Quiénes participaron, quiénes estuvieron...?

La carrera no se había cerrado del todo, se cerró el ingreso. El Departamento [de Psicología] siguió funcionando. Yo pienso que la única cosa buena que hizo Celia Paladino fue mantener abierto el Departamento... En realidad, el cargo que tenía era de [Profesora] Adjunta a cargo del Departamento y hubo alguno de Secretario. Lo que no me acuerdo es quién era el Director del

Departamento cuando lo tomaron... Sí me acuerdo, cuando le tomaron el Departamento a [Juan Carlos] Pizarro. Se hizo cargo del Departamento un psicólogo que ahora está en el Sur, que era el Secretario y había sido Ayudante. ¡De Ayudante a Director de Departamento! Nada más tenías que ser de la Juventud Peronista para que te dieran el cargo. Después vino la llamada Misión Ivanissevich y se tuvo que ir de la ciudad... Una hija o un hijo de él estudiaban Psicología. Recuerdo que una vez, cuando estábamos inscribiendo, me dijo que era hijo de ellos, los dos eran psicólogos y estaban en el Sur. Fue Jefe de Departamento después de Pizarro. Y después vino [Carlos] Langoni, que se integró con la Misión Ivanissevich. Langoni, que terminó con todo.

— **¿A vos te convocaron como Directora del Departamento para la reapertura del ingreso?**

En la gestión, bueno, al principio, yo era la Directora [del Departamento de Psicología], durante un año y medio. Después vino Telma [Piacente]. A mí me convocó el decanato. Tuvimos algún conflicto con el Rectorado porque querían abrir la Carrera al año siguiente y nosotros nos proponíamos abrirla ese mismo año que el gobierno radical había ganado las elecciones [1983]. Tuvimos algún conflicto con el Rectorado porque querían que hiciéramos un Plan de Estudios nuevo, que nos tomáramos todo el tiempo, y nosotros, después de haber estado 10 años con la Carrera cerrada, no queríamos esperar. Yo, como Jefa del Departamento, convoqué a 25 Profesores que fuimos los que redactamos el nuevo Plan de Estudios. Habían sido todos profesores de la casa. En el caso de Bibí [Norma Delucca], por ejemplo, gente del Colegio de Psicólogos, profesionales de prestigio que venían de las diferentes ramas que tenía nuestra Carrera: la clínica, la educacional y la laboral.

— **¿Te acordás de esas personas?**

Sí, Norma Najt, Graziela Napolitano... —no sé si estuvo Graziela, no me acuerdo—, Telma Piacente, Raúl Marazzato, Bibí [Norma] Delucca, Isabel Feoli, Emilio Dupetit —que era el único que no era psicólogo [era médico]—, por los graduados. Graciela Souto, que venía por el profesorado... Hubo cierta interferencia en ese proceso, en el sentido que se intentó que convocáramos a gente de Medicina para hacer ese Plan de Estudios... y no prosperó eso. Y así nos abocamos a hacer el Plan de Estudios que se aprobó en [la Facultad de] Humanidades el 24 de mayo del año 1984, el día anterior a la fiesta patria. Luego, ese plan de estudios, después de que se aprobó ahí [en la Facultad de Humanidades], fue al [Consejo] Superior y allí lo modificaron. Debe haber sido la primera vez que una comisión de un solo experto modifica un plan de estudios aprobado por un consejo [académico]. Hubo problemas para el comienzo de la carrera...

— **¿Te acordás en qué consistían esas modificaciones?**

Las modificaciones son las que quedaron definitivamente. Había una Psicología más [la asignatura Psicología III], que se eliminó; había una [Teoría] Psicoanalítica II, que se eliminó; se cambió el nombre del título otorgado —nosotros éramos graduados Psicólogos, pero se le puso “Licenciatura en Psicología”—, se cambió algún orden de las materias, como, por ejemplo, todas las especialidades estaban puestas en el último año, a Psicología Educacional se la pasó a quinto año, y se pasó Orientación Vocacional a sexto. Hubo una modificación importante, peleas... Finalmente, me aconsejaron que me dejara de pelear porque necesitábamos que el Plan fuera aprobado para que saliera la Ley de Ejercicio Profesional, así que muchas cosas que están por

ahí puestas como incumbencias fueron sacadas de nuestro Plan de Estudios, que fue el único nuevo de todas las carreras de Psicología que se reabrieron con el gobierno democrático: Rosario estaba haciendo un plan, en Buenos Aires nunca se cerró, así que mantuvieron el Plan viejo, nosotros iniciamos ese Plan que se encontraba en un contexto de reformas de planes de estudio, en el cual los profesorados pasaban a tener cuatro años en Humanidades y las licenciaturas, cinco; y la nuestra, de seis. Visto desde años posteriores, era un Plan demasiado largo, las licenciaturas en todo el país eran de cinco años. Son problemas que se repiten siempre: como todos querían poner una materia... se hizo largo. Y quedaron los seminarios optativos, que surgieron de la reforma que hizo al Plan de Estudios el Rectorado. Es así que, la [asignatura] Psicoanalítica II, fue reemplazada por la Psicología Experimental, y se aprobó solamente el primer año. Entonces, la carrera se abrió solo con un primer año aprobado. El resto quedaba todavía para ser aprobado por el Consejo Superior. ¡Ese Plan nunca se elevó al Ministerio! Años después, ya en los 90, el Presidente del Colegio de Psicólogos, Francisco Senegaglia, no sé por qué trámite, se dirigió al Ministerio para pedir el Plan de Estudios ¡y no estaba aprobado en el Ministerio! Así que Aníbal [Viguera], que era el Secretario Académico, lo tuvo que mandar, y ahí leyó el Plan con todas las modificaciones [que le hicieron en Rectorado]... y me comentaba Aníbal que lo tocaron bastante. La cuestión es que en ese grupo de psicólogos que hicieron el Plan de Estudios, estaba Flavio Peresson, como graduado —porque no había graduados [recientes], la carrera estaba cerrada— y también dos estudiantes de Filosofía, como representantes del Claustro de Estudiantes, que nos acompañaban en este caso. Uno fue [Antonio] Camou, el otro es el otro Doctor del que no recuerdo el apellido... Bueno, los cargos se cubrieron todos por selección docente. Ahí empezaron las selecciones docentes con [el pedido de] la propuesta escrita, algo que no había estado nunca en ninguna selección docente. Se hizo un tipo de concurso donde se modificaron las ordenanzas, porque el procedimiento era así [en los concursos]: se leían los antecedentes y si el candidato estaba en condiciones, pasaba a la clase oral. En este caso, no; se evaluaba todo en esas selecciones docentes, antecedentes y clase oral.

— ¿Pero eran concursos o selecciones docentes?

No, no, eran selecciones. Pero las normativas eran más o menos las de los concursos, aunque no tenían el estatuto de concurso, no tenían la estabilidad del concurso. En los concursos se leían los antecedentes y si el candidato estaba en condiciones, pasaba a la clase oral. Acá no, se leían los antecedentes, se les hacía dar clases, y todo se evaluaba. Se cubrieron todos los cargos mediante selección docente, es decir que el trabajo del Departamento fue inmenso. En ese momento ganó Ricardo Ruiz, como profesor de Psicología I, y él colaboró bastante en la reapertura de la carrera, en la redacción de notas y todo ese tipo de ampliaciones que había que hacer. Aparte del trabajo que hicimos Telma [Piacente] y yo. El Consejo Académico estaba integrado por todos los Directores de Departamento, entonces yo no solamente tenía que ir al Departamento —con dedicación simple, aunque yo cumplía en horas semanales como con dedicación exclusiva—, también tenía que ir a las reuniones de Consejo y era la única que representaba al Departamento. En ese entonces creo que había 10 Departamentos. Sociología, por ejemplo, todavía no existía.

— **¿Cómo continuó tu rol institucional en el Departamento de Psicología?**

Después de un año y medio renuncié porque tenía problemas familiares. Tengo una nota de reconocimiento del que era Decano, el Profesor [José] Panettieri. Panettieri me hizo una nota muy linda de agradecimiento, después de que renuncié... Y después vino Telma [Piacente], luego Ricardo [Ruiz] y después Norma [Najt], como Jefes de Departamento. Y lo que sí siempre integré, aunque después me fui, fueron las Juntas Consultivas [Departamentales]. Es decir, yo tuve un periodo de estudiante y un periodo de graduada en el que no conocía nada del funcionamiento de la Facultad de Humanidades. No tenía ni idea, participaba muy poco de Humanidades porque la Cátedra pivotaba en torno al Hospital de Niños, ahí se dictaba, ahí nos reuníamos, así que ni siquiera creo que conocía el nombre del Decano, porque estaba muy poco en la Facultad —como les pasa a muchos ahora—. A las reuniones de claustro [David] Ziziemsky no iba; la cuestión es que mi participación mayor en la Carrera fue después de que acepté el cargo de Directora de Carrera, cuando tenía más de cuarenta años y estaba Taini de empleado [no docente]. Yo sabía muy poco, pero aprendí rápido porque no es una cosa tan complicada. Tenía muchos años de trabajo en Humanidades a esa altura, muchos, y había logrado un cierto reconocimiento en el sentido de que me conocían como profesora responsable. Estuve ese tiempo y después volví a ser Jefa de Departamento, en la gestión de José Luis De Diego, en el año 95, cuando yo ya me había jubilado en el Hospital de Niños [Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica”]. En ese tiempo tenía una semidedicación que la había logrado a través del Programa de Incentivos [a los Docentes-Investigadores, del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación].

— **¿Cuáles fueron, para vos, tus principales aportes a la Carrera?**

En principio, era una docente responsable y trabajadora. Hice el aporte de chiquitita como docente y luego en la gestión del Departamento, porque fijate que yo fui Directora Normalizadora, pero en años posteriores me convocaron nuevamente para ser Jefa de Departamento, y en un momento José Luis De Diego me ofertó ser Secretaria Académica de [la Facultad de] Humanidades, cosa que yo no acepté porque no quería más cargos de gestión. Finalmente vino otro Secretario, que fue muy exitoso. Y me alegro mucho no haber aceptado, porque creo que hubiera terminado conmigo. Es decir, que el reconocimiento de Humanidades viene en la oferta que me hicieron de cargos de gestión. De no ser así, no me hubieran ofertado. Como Normalizadora no terminé, porque la normalización seguía 2 años más. Pero como Jefa de Departamento, propuesta por José Luis De Diego, sí hice los 4 años de gestión, con muchas ganas de renunciar en el medio, porque los tres claustros me volvían loca.

En ese entonces ya se habían iniciado los intentos de pase a facultad, pero habían quedado en la nada, y nosotros volvimos a formar una comisión para el pase a facultad, pero no prosperaban las comisiones, no tenían mucho apoyo de los que habían venido. Se escribía un renglón y se borraban 8, así que no prosperaban las comisiones. Después Juan Carlos [Dominguez Lostaló], que siguió la gestión posterior, la retomó nuevamente, pero realmente el pase a facultad prosperó en la gestión de Bibí [Norma Delucca], donde también participé en esa Comisión de Pase a Facultad, porque era Consejera Académica. Es decir que el proceso de normalización

fue de mucho trabajo, porque entre las selecciones que hubo que hacer, el ordenar ese Departamento que estaba vaciado, encontrar los documentos, atender la matrícula que fue numerosísima, el primer grupo de estudiantes, que iba desde los 70 años hasta los que tenían 18, es decir que hubo una respuesta muy importante de estudiantes que querían estudiar Psicología... Después, la pelea por reabrir la carrera en el año que yo me hice cargo, porque yo me hice cargo en febrero del 84, cuando asumí el gobierno radical. Redactamos el Plan de Estudios y dejamos el profesorado como estaba, es decir, todos los alumnos que pidieron la reincorporación a la Carrera en ese entonces, que eran unos cuantos, querían volver, pero a la Licenciatura no se podían reincorporar con el Plan de los años 70, porque no había profesores para tomarles examen. Algunos tenían quince materias aprobadas, es decir que todavía necesitaban aprobar diez materias más... a esas personas se las pasó al Profesorado y muchos de esos se recibieron de Profesores. Me acuerdo de una muchacha que venía de haber estado presa en un pozo de detención, que había empezado la carrera —porque estaba en los primeros años—. Me acuerdo de que le aconsejé que empezara de vuelta porque había pasado unos años terribles detenida, había tenido un hijo después de la detención, y yo le aconsejé que empezara la Licenciatura, porque entre ponerse a estudiar nuevamente y ponerse a actualizar los conocimientos que tenía, los seis años se le iban a ir volando. Al cabo de seis años, me agradecía el consejo, me decía que se había recibido sin darse cuenta, y estudiando había criado a su hija. Pero la gente venía con mucha bronca, con mucho resentimiento, porque la Carrera se había cerrado, muchos se habían tenido que ir del país por diferentes razones, no había muchos derechos vigentes en ese entonces, y querían poder terminar su carrera —pero el Plan no estaba en vigencia—, debían muchas materias y algunos se recibieron del Profesorado. Les tomábamos las materias, porque el Profesorado del año 70 tenía muchas materias de Filosofía y esos profesores sí estaban. Didáctica de la Psicología la absorbió la materia que se daba en Filosofía. Hubo muchos reajustes, porque había materias que las dictaban desde diferentes Departamentos, entonces, entre los trabajos que tuve que hacer, me reuní con los Jefes de Departamento para fijar los contenidos de las materias que se iban a dictar para Psicología: una era Filosofía, estaba en nuestro Plan de Estudios y dependía de [el Departamento de] Filosofía; la otra materia era Sociología, la otra era Lingüística... Para eso tuve que reunir a los Profesores, a los cuales yo no conocía. En ese momento lo conocí a [Osvaldo] Guariglia, que era el Director de la Carrera de Filosofía. Nos reuníamos para ver los contenidos que se podían dar para los estudiantes de Psicología. Y yo tenía que presentar a los profesores que llegaban. Me acuerdo cuando tuve que presentar a la profesora de Psicología Genética: caía una gota de agua sobre el escritorio... y no había personal que se ocupara de todo eso. Lo que sí había era un estudiantado que se aguantó todas las vicisitudes habidas y por haber. Pienso que ellos deben tener un buen recuerdo. Bueno, la cuestión es que la Carrera se puso en marcha. Después se aprobó el resto del Plan de Estudios, y nunca se arregló... Se redactó el Plan para darle contenido a las materias que habían sido puestas desde arriba, por eso el contenido mínimo de Psicología Experimental no estaba. Nunca se arregló eso, quedó como fue aprobado originalmente, y así se sacó [Teoría] Psicoanalítica II, y quedó en reemplazo un seminario [Seminario de Desarrollos en Psicoanálisis]. Ese seminario,

como había surgido de esa anulación de la asignatura aprobada en Humanidades, tuvo el estatus de cátedra, aunque era un seminario que dictó Graziela [Napolitano]. Al principio, Graziela daba algunas orientaciones más; después se fue perfilando para la orientación lacaniana... por eso tenía tantos cargos de Auxiliares Docentes la materia: un Jefe de Trabajos Prácticos y cuatro o cinco Ayudantes. Luego se le dio el estatus propio de seminario optativo, declinó la matrícula porque ya no tenía la exigencia de que toda la promoción la cursara. Y bueno, después se ordenó la cantidad de Auxiliares Docentes de la cátedra.

En la segunda gestión a mi cargo, que duró 4 años, me tocó ordenar el Departamento de Psicología, después de una gestión anterior, de mucho desorden. Telma [Piacente] estuvo primero, a pedido de José Luis [de Diego] —ella era Secretaria en Humanidades y se hizo cargo del Departamento de Psicología un tiempo— y después me hice cargo yo. Tuvimos que ordenar toda una matrícula que estaba absolutamente desordenada: la gente seguía cursando, no tenía las correlativas aprobadas, había suplentes, había cargos que eran ganados por concurso por un profesor y no se sabía quién era el titular... Hubo que ordenar todo ese Departamento de Psicología, lo cual me trajo cierto enojo de la gente, que no quería que le ordenaran nada, pero a lo largo se logró. Me acuerdo de dos personas que se habían quedado con una materia que no pudieron cursar de sexto año, y esas materias las tuvieron que cursar al año siguiente, pero si se aceptaba para uno había que aceptarlo para todos y ustedes ya conocen cuál es la organización de nuestra Carrera... Fue un período interesante de ordenamiento. Ahí se ordenó también el Plan de Estudios, que había sido tocado por Ricardo Ruiz, que sacó las correlativas de Filosofía, de Corrientes Actuales en Psicología, de Lingüística... Había materias que con una correlatividad muy dura en el Plan de Estudios parecían trabas. Y había todo un movimiento de alumnos de primer año que iban a insistir, y él las sacó —además de que él pensaba que Filosofía, en este caso, no servía para nada, es decir, tenía otra concepción del Plan de Estudios—. En esta segunda Comisión que se formó [para Reforma del Plan de Estudios], yo creo que estuviste vos, Sonia...

—Yo estuve en la otra, que se había formado para el profesorado, en el año 92.

Bueno. Estaban Mora [Blanca] Pena, Telma [Piacente]... Jorge Zanghelini era el Director del Departamento y modificaron el Plan de Estudios en el sentido de las correlatividades, porque no se cambiaron las materias.

—Ahí sí, entre el 92 y el 94 yo estaba en las Juntas Consultivas Departamentales, como representante estudiantil, y ahí se modificaron las correlativas.

Sí, las correlativas. Porque significaba una modificación del Plan de Estudios. Ahí se dio como equivalente Psicopatología II por Psicopatología I.

—Para el Profesorado. Ahí estábamos con Vilma Williams, ella como representante graduada en esa comisión.

Claro. Porque Psicopatología II no estaba en el Plan del Profesorado. Las materias del Profesorado comunes con la Licenciatura, se separaban en cuarto año. Es decir, después estaban Orientación Vocacional, Psicología Educacional, y no sé si alguna otra materia de la Licenciatura, pero el grueso de la Licenciatura no estaba [en el Profesorado].

—Después de las materias de cuarto año, la única asignatura que está en el Plan de Estudios del Profesorado es Psicología Educacional. Orientación Vocacional y Psicología Preventiva, no están.

Claro. Psicodiagnóstico no está, porque estaban las dos proyectivas. Orientación Vocacional, que estaba en sexto año, tampoco, y Psicología Educacional, que pasó a quinto, pero ya desde el comienzo, porque la idea era que los alumnos se pudieran recibir en cuatro o cinco años en el Profesorado. De hecho, con este nuevo Plan de Estudios mucha gente terminó el Profesorado. Y materias del secundario, que hasta el momento estaban dictadas por otros graduados de otras carreras —Filosofía, Ciencias de la Educación...—; que tenían una o dos Psicologías en su Plan de Estudios, daban Psicología en el secundario, porque los profesores de Psicología no existían. El anterior era un Plan de Estudios muy cargado de filosofía, había tres o cuatro filosofías... Me acuerdo que [Osvaldo] Guariglia, que era el director del Departamento de Filosofía, me decía: “con todas estas filosofías ustedes pueden dar Filosofía en el secundario”, pero no había prácticamente profesores [en Psicología]. Entonces, el Profesorado se llenó de alumnos con este nuevo Plan de Estudios [después del 84]. Siempre el tema de la correlatividad fue problemático, siempre se pedían excepciones de todos los tipos habidos y por haber... invertimos mucho tiempo en ver los alumnos que estaban en condiciones... Yo creo que nunca se hizo un estudio de cómo se movía la matrícula. Yo siempre lo pedí, porque había que ver qué beneficios tenía levantar la correlatividad, dar excepciones, cuando en realidad esos alumnos que estaban tan retrasados se recibían un año después o dos años después.

Bueno, terminé la gestión y sí participé mucho en [la Facultad de] Humanidades como Consejera. Creo que ahí conocí realmente —y siendo Jefa de Departamento—, cómo funcionaba la Facultad. Porque como Consejera estuve en varias Comisiones. Ahí estaba la pelea por el Programa de Incentivos, porque todos teníamos la extensión, digamos, las mayores dedicaciones con puntos *grant*, y se peleaba por si iban a pasar esos puntos al presupuesto de Humanidades, para que quedaran estables, porque había muy pocos profesores con dedicación exclusiva que eran del presupuesto. Pero todo el resto que tenía dedicación exclusiva, fue a consecuencia del Programa de Incentivos. Las primeras fueron la de Liliana Schwartz, la de Telma [Piacente], [Alicia] Gianella, [Roberto] Ringuelet, [Rolando] Karothy... todos los que tenían la categoría B. Y los que tenían categoría C y D, semidedicación. Esto en la primera convocatoria del Programa de Incentivos, que fue en el año 94. En la que se hizo posteriormente, ya no dieron mayores dedicaciones. Y después, cuando alguien renunciaba, los puntos iban a un pozo que después se distribuía en toda Humanidades. Ahí salíamos perdiendo siempre nosotros, porque toda la plata que entraba se dividía entre los diez u once Departamentos que había, aunque nosotros teníamos el treinta y pico por ciento de la matrícula... más veinte y pico que tenía Educación Física, teníamos la mayoría de los estudiantes Psicología y Educación Física. Pero no había una distribución de acuerdo al alumnado, había una distribución en partes iguales: eso significaba, para los que estaban en el Decanato, una pelea con los Departamentos que tenían una larga trayectoria, como Filosofía, Historia... que siempre habían sido las autoridades conducentes de la gestión universitaria en Humanidades. Por eso, para nosotros, el pase a facultad fue un paso muy

importante, no solamente por ser unidad académica independiente, sino porque íbamos a tener nuestro propio presupuesto y así íbamos a poder decidir sobre el destino de los caudales que entraban. Al principio fue apretado, nos dieron la planta [docente] que teníamos y algunos cargos administrativos, y después se fue incrementando.

— ¿Y a qué áreas o problemas de la psicología te dedicaste y cuáles fueron tus principales aportes?

Yo me dediqué básicamente a la psicopatología. Me hubiera gustado mucho estar en una materia como Psicología Evolutiva, a mí me gustaba mucho esa materia. Vilma Williams me decía que yo le había enseñado a estudiar psicología evolutiva... No sé, creo que para tanto, no, pero me gustaba mucho. De hecho, me han convocado para ser miembro de jurados en otras universidades del país, en Psicología Evolutiva. Porque la psicopatología... yo pasé, con el nuevo Plan de Estudios, a un cargo que gané por concurso, de psicopatología infantil [Psicopatología II]; el otro cargo lo ganó Graziela Napolitano [Psicopatología I]. Es decir, que la cátedra en la que estaba [David] Ziziemsky se dividió en dos, niños y adultos, y es la única del país que está dividida en dos; me refiero a que en las otras unidades académicas de Psicología no tienen dos psicopatologías como tenemos nosotros. Cuando estaba Psicopatología General, yo daba bastante de evolutiva, de hecho, la cátedra se dictaba en el Hospital de Niños [Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica”], y los pacientes que mostrábamos eran niños. Íbamos al Hospital de Melchor Romero [Hospital Neuropsiquiátrico Alejandro Korn, hoy denominado Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos Dr. Alejandro Korn] con [Luis] Zamorano, porque teníamos los pacientes ahí internados o la historia clínica de ellos. También realicé aportes como Consejera Académica en Humanidades, y después integré la Comisión de Discapacidad de la Universidad. Yo pedí asistir porque me interesaba... Yo le pedí a Edith [Pérez] que me mandara, y estuve unos años hasta que después pedí que me reemplazaran. Fue Lali [María Laura] Castignani. Bueno, ahora estás vos [Sonia Borzi] también. Yo tenía mucha experiencia en discapacidades en niños, porque en el Hospital de Niños me había ocupado mucho de los niños con discapacidades. En realidad, yo le pedí a Sandra [Katz] que hiciera algún tipo de especialidad en ese campo, pero no lo logré.

— ¿Cómo empezaste a trabajar en el tema de las discapacidades?

A mí me importaba mucho el desarrollo infantil temprano, de hecho, en el Hospital de Niños empecé a trabajar en estimulación temprana en el año 65. Me mandaron allá, recién recibida, al Hospital de Niños de Buenos Aires Ricardo Gutiérrez, al servicio de la Dra. [Lydia] Coriat, que recién empezaba hacía dos años a trabajar en la estimulación temprana —como se llamaba en aquel entonces— con niños pequeños. O sea, fuimos los primeros en atención temprana en La Plata, en el Servicio de Neurología y Psiquiatría. De hecho, yo influí sobre los que trabajaron en el equipo de niños pequeños que había en el Hospital de Niños: Silvia Serodino, Ana Balán... ellas trabajaban en la parte de Atención Temprana. Yo me hice cargo de un seminario optativo sobre el tema, porque me parecía que los psicólogos debían conocerlo. Pero claro, la contradicción que existe es que los psicólogos que entran con prioridad en el Ministerio de Educación [a los Equipos de Orientación Escolar], son los del Profesorado, y el en Profesorado no hacen el

Seminario Optativo de Atención Temprana, porque no tienen en su Plan de Estudios seminarios optativos. O sea que está dirigido a los Licenciados. Yo creo que también he hecho un aporte de originalidad ahí.

—Si pensaras en algo que te quedó pendiente y que todavía lo podés hacer, ¿qué sería?

Yo creo que había mucho para hacer y que sigue habiendo mucho para hacer. Quizás, lo que prometí: hacer un postgrado en atención temprana. Ya no lo voy a poder cumplir, porque no tengo ganas de meterme en la organización de un postgrado. Creo que, a lo mejor, en eso, tengo una deuda con la profesión, porque en realidad, si hay algo en lo cual era original, era en esto. Primero, porque empecé muy temprano en este campo; segundo porque en el Hospital de Niños lo llevé a diferentes grupos como a los fisurados de labio palatino, a los prematuros... La Dra. [Hermina] Itarte, que era la Directora [del Servicio de Neonatología], me decía: “qué precoces que fueron”. Y sí, porque yo tenía una beca de Graduada en Atención Temprana en los años 70, en el Servicio de Recién Nacidos, cuando estos programas recién comenzaban en el mundo. De hecho, nosotros empezamos muy temprano. Eso se lo debo a [David] Ziziemsky que era muy visionario, un tipo muy inteligente, que nos supo mandar a estudiar... a mí me mandó a Buenos Aires. Eso se cortó, después, porque con el gobierno de Onganía se intervino ese Servicio, y la gente que estaba en el Servicio de Neurología se fue. Pero yo seguí trabajando en ese tema en el Hospital de Niños.

¿Deuda? No sé, creo que cuando voy a la Facultad me reciben con mucho cariño, tanto los docentes, los alumnos, los graduados, y también los administrativos... así que creo que no he pasado indiferente para todos. Eso es porque, de alguna forma, uno se ha hecho amigos en todos los ámbitos en donde ha trabajado. En el caso mío, yo también me comprometí mucho con el Hospital de Niños. Nunca fui una persona indiferente, de ir a trabajar y volverme a mi casa. En general, participé... en el [Hospital de] Niños, estaba en el grupo de graduados; en la Facultad, he estado en diferentes instancias, lo que me llevó a aprender específicamente lo que era una facultad, siendo directora de la Carrera y Consejera, sobre todo. Y, además, estuve en las Juntas Consultivas del Departamento de Psicología. Estuve en todas, y todo eso te lleva tiempo.

— ¿Qué le cambiarías a la Carrera de Psicología, tal como hoy está planteada en la UNLP?

Creo que la Carrera tiene que ser más corta. Creo que habría que unificar el Plan de Estudios: las materias, o son anuales, o son cuatrimestrales. Creo que hay que corregir la correlatividad, que en eso hay que ser estrictos y que hay que introducir las prácticas profesionales. Pero, para eso, los alumnos tienen que estar en condiciones de hacer las prácticas profesionales. Unas prácticas profesionales que estén bien tutoradas, porque en muchas universidades no están tutoradas, es decir, que el alumno va y está solo. Deben estar tutoradas por gente competente, si no, no sirve para nada. Por otra parte, la Carrera no puede estar al margen de lo que es la política universitaria. Muchas veces los cargos directivos los ocupa gente que no es la más prestigiosa de la carrera, pero bueno, te tenés que aguantar toda su gestión, tenés que tener cierta coraza para aguantar los ataques, a veces injustos... Hay que permitirles a los docentes que se capaciten, ofertarles una capacitación que sea accesible. Cuando los postgrados empezaron a co-

brarse... Mientras yo fui Directora del Departamento, aquellos profesores que tenían una dedicación a tiempo completo y que daban un postgrado, se cobraba muy poco a los que los hacían. En cambio, cuando había que pagarle al profesor, porque se autogestionaba, ahí se aumentaba el monto. Había muchos *ad-honorem* en nuestra Carrera. Después eso se terminó, porque se dieron puntos y los cargos se cubrieron con rentas, pero yo pensaba que no era posible que la gente trabajara *ad-honorem* y encima, para capacitarse, tuviera que pagar plata que no les viene por su trabajo docente. Creo que hay que hacer accesible a los docentes la capacitación, creo que las becas FOMEC [Fondo para el Mejoramiento de la Calidad Universitaria] tuvieron esa importancia. Nosotros, como tuvimos cursos pagados por FOMEC, que fueron los que hicieron un grupo de profesores de nuestra casa, no tuvimos tantas becas para maestrías y doctorados como las tuvo el resto de [la Facultad de] Humanidades, porque la partida fue para formar a esos profesores, que fueron formados conjuntamente en todo el país. Yo hice un curso de capacitación en Diseño Curricular, por ejemplo, que lo hacíamos en Capital Federal y lo pagábamos de nuestro bolsillo. Yo me acuerdo de que el Director, [César] Coll, se sorprendía, porque todos los que venían, venían pagos por las diferentes facultades. Nosotros íbamos a Buenos Aires y las cenas, comidas, almuerzos, las pagábamos de nuestros bolsillos. Creo que eso le cambia la cabeza a la gente. Preguntándole a los que han salido de nuestro ámbito argentino y han circulado por diferentes universidades de Europa o de Estados Unidos, se les abre la cabeza, son otras... No porque todos los profesores sean de excelencia, porque acá también hay muy buenos profesores. De hecho, nuestros graduados nos hacen quedar muy bien cuando se van a las universidades europeas. Pero eso tendría que ser más accesible. La investigación... tenemos que reconocer que con [Antonio] Salonia, el Ministro de Educación, se creó el Programa de Incentivos con el gobierno de Menem [en el año 1993], que siempre temimos que se cerrara, pero nunca se cerró, y trajo el interés por la investigación al seno de las diferentes carreras. Creo que esa es una de las cosas que hay que hacer: formar, que la gente se siga capacitando. Tener acceso a la bibliografía, tener una buena biblioteca. Aunque nosotros tenemos una buena biblioteca, pero no tenemos una específicamente de psicología. La biblioteca SeCyT [Secretaría de Ciencia y Técnica] se ha empobrecido con el tiempo. En una época teníamos más plata destinada a eso y con el cambio del valor del dólar fue prácticamente imposible... Pero no es algo que se use demasiado en nuestra Carrera. A mí siempre me decían que era una de las pocas Profesoras que consultaba... tenemos personas documentalistas que pueden buscarte el material... eso no está metido, el espíritu científico de búsqueda no está metido en nuestra Carrera. Está metida la fotocopia, los chicos no tienen acceso a los libros, no conocen la búsqueda bibliográfica, es decir, hay que mejorar un poco la calidad de nuestra Carrera. Igualmente, nuestra Carrera no es diferente a las de las otras universidades del país. Lo que tiene la UBA [Universidad de Buenos Aires] es mayor presupuesto y, por consiguiente, mayores convenios con el mundo, cosa que nosotros no tenemos. Y eso implica intercambios, mandar gente graduada al exterior, que venga gente de otros lados... eso acá no está montado. Sin embargo, tenemos varias carreras de postgrado, pero el esfuerzo recae sobre quien dirige la carrera, es un esfuerzo que no está sostenido institucionalmente, con los recursos que tiene que tener para poder funcionar, sino que es el

esfuerzo personal de ciertos directores, que cuando vienen los profesores a dictar las materias, están ahí, controlando todos. Es decir, no hay todavía una infraestructura administrativa. De hecho, hace poco tiempo que pasamos a ser Facultad independiente, siete años. Antes dependíamos de las decisiones de [la Facultad de] Humanidades. Otra cuestión a revisar es la no exigencia de asistencia a las clases teóricas, lo que hace que el dictado de las clases esté en manos de los auxiliares docentes, que no tienen el nivel para reemplazar a un profesor titular, ni mucho menos. Es decir, no sé cómo se corrige eso, porque hay toda una historia que es muy difícil remontar, sacar lo que los alumnos consideran que son sus derechos... Me parece que esa laxitud en ciertas cosas a los únicos que perjudica es a los que están en condiciones de seguir cursando. Los que no están en condiciones, siguen cursando, creyendo que están ganando tiempo y en realidad no están ganando nada. Pero es muy difícil de modificar eso. Y después, te encontrás con graduados que no saben qué hacer, porque no tienen una formación como para hacerse cargo de la gran extensión que tiene el campo de la psicología, y además dejan muchos espacios que ocupan otros profesionales. La rama educacional es un ejemplo. Los psicopedagogos ocupan esos lugares, la psicopedagogía está en manos de las universidades privadas. Cuando vos preguntás cuál es el objeto de estudio te dicen “el niño psicoanalítico”; ¿te imaginás? Estudian psicoanálisis como si estudiaran la Carrera de Psicología, y no estudian a aquellos teóricos de la psicología que puedan tener que ver con el aspecto educacional, por ejemplo. Nuestros graduados tampoco se insertan bien en el área laboral, porque no tienen una buena formación en el área. Psicología Social, ni qué decir... entonces, los llamados Psicólogos Sociales, de las escuelas de Psicología Social, ocupan esos espacios... Los que van al campo educacional, se encuentran muy perdidos. Y en el campo clínico, también se encuentran perdidos. Nos falta práctica de hacer diseños de investigación, práctica de hacer informes, práctica de hacer monografías, y formar recursos humanos para que puedan evaluar las monografías.

Hay muchos recursos que no se aprovechan, hay cursos de búsqueda bibliográfica en la Facultad de Psicología y no aprovechamos nada de eso, habiendo compartido tanto tiempo con gente de Bibliotecología. Yo me acuerdo de Lali [María Laura] Castignani, cuando yo la mandé a hacer el curso para búsqueda bibliográfica, me dijo “la próxima vez te voy a hacer caso”. No manejan idiomas, no se le da peso a los idiomas, y en este momento, conocer idiomas es muy importante. Yo no conozco muchos idiomas, pero cuando tengo que leer en francés, lo leo bastante bien, porque lo leo muy frecuentemente. El inglés me cuesta más, tengo una resistencia importante, pero nunca dejé de hacerlo si tenía que hacerlo. Una cosa es leerlo bien, entonces es más fácil, y otra cosa es leerlo por el esfuerzo personal. Por otra parte, los graduados, no son diferentes a los graduados de otras carreras. Por supuesto, algunas son un desastre, como algunas privadas. Aunque todos tienen el mismo título, todos pueden ejercer la profesión. Y no hay ninguna diversificación en las facultades, en el sentido de que uno profundice, forme profesionales capacitados en... tienen todos la misma formación y, básicamente, en la rama clínica. Y en las otras especialidades... los psicólogos laborales, por ejemplo, ¿no sabés lo que son los exámenes para el carnet de conductor!, ¿toman el Test de Bender!, como si la destreza para manejar un auto tuviera que ver con el Test de Bender.

—Alguna vez dijiste que la Carrera de Psicología es una carrera hermosa. ¿Por qué?

A mí me parece una carrera hermosa y el público me da la razón. Es una carrera elegida en el mundo por mucha gente. Yo creo, sinceramente creo, que no todo el mundo puede hacer estudios universitarios, lo cual no quiere decir que tenga que haber ingreso restricto. Habría que empezar por corregir el secundario, que es pésimo para los chicos. Digamos que en los estudios universitarios habría que hacer una capacitación acerca de cómo leer, estudiar, escribir y entender los textos, etc. Parece mentira, pero todavía... Ahora, este no es un problema de este país, es un problema de todo universitario en el mundo, que les cuesta mucho trabajo entender textos, escribir sobre textos. Si vos vas a cualquiera de las universidades europeas te dicen lo mismo. Algunos son excelentes alumnos a pesar nuestro, como digo yo, leen con espíritu crítico, estudian, aprovechan lo que los profesores les pueden dar y se orientan rápidamente. Pero es cierto que la universidad, y en este caso, nuestra Carrera, no le ofrece al estudiante todas las posibilidades que hay en el mundo. Vos vas a cualquiera de las universidades europeas y tiene de todo: si necesitan un libro, en cinco días lo tienen. Acá no lo tenés si no te lo comprás. Ahora, insisto, yo creo que es una carrera muy hermosa. Me gusta su contenido, me gustan sus temas, me gusta su inserción como profesional. Lo que hay que hacer es mejorarla, capacitando a los graduados, capacitando a los profesores que forman graduados, hay que darle más calidad. Y posibilitando la formación de postgrado. Ahora, en este momento en el mundo, las carreras de grado son cortas y se han hecho muy largos los postgrados. Pero sin dudas no es fácil seguir estudiando. Nosotros tenemos licenciaturas muy largas, pero si fueran más cortas, sería un desastre para la formación de nuestros estudiantes.

La Plata, noviembre de 2012

CAPÍTULO 6

Entrevista a Rosa Heins

Ariel Viguera, Franco Garritano y Alejo Díaz Kreclevich

Rosa Heins es una figura destacada para acercarse a un testimonio íntimo y crítico sobre los fenómenos de transición a nivel disciplinar e institucional durante los años 60, 70 y 80. Un trayecto ecléctico y vertiginoso que, sin embargo, no queda reducido a un “progreso” o un itinerario jerárquico de momentos, sino que lo sitúa como una “sucesión de experiencias”, que dieron entidad no solo a su recorrido singular, sino a una generación veteada por lo inédito. Atravesada por el golpe de Estado de 1966 y ya recibida, para entonces, de Contadora por la Universidad Nacional de La Plata, Heins incursiona en la Carrera de Psicología, motorizada por un encuentro (demasiado) temprano con Freud y por la inquietud intelectual que la caracteriza. De este modo, comenzaría un tramo donde su participación institucional y extra-institucional sería determinante en su modo de comprender la formación disciplinar, el saldo del ámbito académico y el compromiso político inherente al proceso. Heins llega a los 70 con un recorrido universitario destacable y un cúmulo de interrogantes por la psicología aún mayor, que la lleva a incursionar en diferentes ámbitos, donde se iría forjando su perfil psicoanalítico al compás de enormes figuras relacionadas: Isidoro Berenstein, Marie Langer, Ana María Fernández, Raquel Bozzolo, Gino Germani, entre otros. Además, trabajó en el Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES) junto a Pichón-Rivière —ubicado como su mayor referente— y formó parte por más de 10 años de los grupos de estudio de Raúl Sciarretta, a quien no vacila en definir como quien la inicia en la lectura de Jacques Lacan, junto a Sara Glasman. Testigo del auge militante estudiantil de los 60 y los espacios donde comenzaba a fulgurar el feminismo de época, Heins da cuenta de los atravesamientos contextuales que hilvanan la formación y el ejercicio profesional, así como las mutaciones que el psicoanálisis experimenta en tal contexto. Del mismo modo, relata su apreciación y conexión con el psicoanálisis; recorrido que va de Freud a Lacan, no sin antes pasar por Klein. En definitiva, se encontrará aquí un cúmulo de experiencias y apreciaciones críticas, propias de una Psicóloga-Psicoanalista que, además de seguir pensando en el devenir del campo disciplinar que habita, no deja de mirar las marcas de su pasado y el de su generación, para pensar qué alcances subjetivos pudo haber tenido aquel particular momento histórico donde se insertó su recorrido.

—Bueno en primer lugar quisiéramos preguntarle sobre la razón por la cual eligió Psicología como carrera y qué se puso en juego a la hora de decidir.

[R.H.] Bueno, es muy interesante, porque yo vine a La Plata a estudiar Ciencias Económicas. Me recibí de contadora en 1960 y ejercí la profesión hasta 1966, año de la revolución de [Juan Carlos] Onganía. Para el 66, ya había dejado bastante el estudio contable, y me anoté entonces en Psicología, porque yo estaba casada con un psicoanalista que fue de los primeros que hubo en La Plata, [Alberto Eduardo] Montenegro. Entonces el grupo de él fue clave, también Emilio Dupetit fue muy importante; los antecede [Ricardo Horacio] Etchegoyen que fue el primero que trabajó psicoanalíticamente en La Plata —incluso fundó una clínica en la década del 50—. Mi núcleo estaba conformado entonces por gente que estudiaba psicoanálisis: eran, necesariamente, médicos y leían, fundamentalmente, a Freud. Eran la primera camada de psicólogos, yo debo haber sido la cuarta camada de psicólogos o quinta. Yo me vine de Mar del Plata a estudiar, y entré en el 66 recién a Psicología, decidida totalmente, mientras abandonaba lo relacionado a mi rol como Contadora Pública. Entonces entré en psicología y tuve una gran sorpresa. Para mí, que venía de estudiar Ciencias Económicas y me había recibido con bastante entusiasmo de la Carrera. Esta sorpresa tenía que ver con que, después del primer mes de cursada, lo que más me llamaba la atención, y me parecía extraño, era que todas las materias hablaban de "el Hombre". En Ciencias Económicas, por ese momento, no se hablaba de "el Hombre" como sujeto económico; esas teorías económicas vinieron mucho después. Entonces me fascinó, y hasta dudé en anotarme en la carrera de Sociología, que se había abierto hace poco, pero después, más adelante, se cerró. Pero me anoté finalmente en psicología e hice en cuatro años la Carrera.

Lo importante que pasó en esos años es que adviene toda la teoría de [Jacques] Lacan, que nosotros no vemos en la Facultad, pero empezamos a estudiar en Buenos Aires. Yo hasta hace pocos años, hasta que cumplí los 80 años, viajé semanalmente a Buenos Aires para seguir leyendo a Lacan. Empecé cuando estaba en el tercer año de la Carrera. Lo primero que hicimos allá no estuvo relacionado con Lacan, sino con Isidoro Berenstein, que estudiaba más a Freud. Era una época del "retorno al freudismo", después de una época muy "kleiniana" y Berenstein era muy freudiano. Trabajamos con él, casi todas las semanas, y fue muy importante, porque nos introdujo a la obra de Freud de una forma más profunda de la que veíamos en la Facultad. Esto lo hacíamos simultáneamente a las cursadas.

—¿Es decir que tenían una formación académica y, además, otra paralela, a través de estas figuras?

Sí, exacto. Porque nos dábamos cuenta de que, en la Facultad, no se veían los textos de una manera directa, desde la fuente primaria —yo siempre fui muy adicta a leer al autor, y no me gustaba el "comentario" sin el texto original—. Y con Berenstein, justamente hacíamos eso: partiendo de los textos originales para analizar desde el punto de vista freudiano. Estuve varios años así hasta el 70 cuando me recibí. Pero ya cerca de 1968 empecé a leer Lacan, aunque desde comentarios, no desde el texto original; al estilo de "como leer a Lacan". Una vez que me recibí, empiezo a trabajar en la "Ayuda Social Universitaria" de la Universidad, lo que hoy sería Servicio Social o algo por el estilo. Allí entrábamos los primeros psicólogos, y fueron años de muchas luchas relevantes, porque teníamos

la contra de los médicos, psiquiatras —los “psiquiatrones”, como les llamábamos—. Fuimos un grupo, junto con Pilar Portas y Carlos Bru, que tuvimos muchas reuniones en el Ministerio de Salud con algunos “psiquiatrones” —de los que por suerte he olvidado el nombre— y fueron muy duros. Nos denigraron muchísimo por el problema de las incumbencias. Esto de la mano de la Asociación de Psicólogos que fue lo que formamos primero; no recuerdo bien el año, pero antes de los 70, seguro. Estos años me llegaron mucho por la lucha que se hizo y yo además ya me inclinaba por la clínica, empezando a trabajar. Respecto a la formación, seguía en parte con Berenstein y en parte con grupos armados acá, con Ana María Fernández y Raquel Bozzolo. Nos encontrábamos como grupos de amigas y tomábamos textos de Freud para analizar por nuestra cuenta, independientemente de la Facultad. Éramos otro grupo de referencia para la lectura de Freud.

En 1978, cada vez más interesada por Lacan, me voy a Buenos Aires a trabajar con Raúl Sciarretta. Él era un pensador, filósofo, muy conocedor del psicoanálisis, pero no psicoanalista. Él me dio la base para leer bien a Lacan. Con él leíamos Lacan, pero como no era psicoanalista “en ejercicio”, era muy distinta la apreciación que hacía. No obstante, me dio fundamentalmente la base filosófica, indispensable para poder leer Lacan. Hacíamos dos grupos e íbamos dos veces por semana: un grupo de filosofía y otro de psicoanálisis, donde se leían, inicialmente, los *Escritos* y siempre analizando textos directos, tanto de Lacan, como los de filósofos como Hegel, Heidegger, los presocráticos, entre otros. Con Sciarretta debo haber estado diez años trabajando y mientras tanto aumentaba mi trabajo acá en La Plata. También empecé a tener, por esa época, supervisiones en los hospitales; supervisé en la Dirección de Salud Mental del Rossi¹⁰, también en una clínica de Salud Mental —la cual no recuerdo ahora— y, finalmente, terminé supervisando en el Policlínico de San Martín¹¹, alrededor de diez años. Cerca de los setenta años, dejé de supervisar instituciones.

Entonces, mi desarrollo teórico fue, fundamentalmente, mediante Sciarretta, y después pasé a trabajar con Sara Glasman, que era psicoanalista, y allí hice toda la lectura de Lacan, incluso en francés. Esto porque no llegaban todas las ediciones o llegaban algunas “pirata” muy mal hechas. Un año que fui a París, conseguí un montón de material inapreciable, todo en francés; yo por esa época me arreglaba bastante. Sara tomaba el francés original de Lacan, no pasado por Jacques-Alain Miller, y lo leíamos juntas directamente de las clases de él. Así fueron veinticinco años que leímos seminario tras seminario, y eso fue lo principal de mi formación. Y esto también lo pude hacer gracias al bagaje que traía por mi paso con Sciarretta, que fue fundamental. Fue el lecho desde donde pude empezar a desplegar el pensamiento, sobre todo porque me abrió mucho a la filosofía e hicimos fundamentalmente los *Escritos*.

—Así que usted traía de su formación con Sciarretta la base filosófica y con Glasman pasaba a leer en conjunto los *Seminarios*. ¿Fue así el recorrido inicial?

Más o menos, porque con Sciarretta ya leímos primero los *Escritos* y, después, sí, el salto a los *Seminarios*. Pero, imagínense cómo los habremos estudiado que nos llevó diez años. Él era

¹⁰ Hospital Interzonal General de Agudos Dr. Rodolfo Rossi de La Plata

¹¹ Hospital Interzonal General de Agudos General José de San Martín de La Plata.

un erudito. Uno podría pensar que divagaba, pero, en realidad, en esa divagación nos iba proporcionando unos datos aleatorios que tenían que ver con el tema y lo ampliaban muchísimo. Eso afirmaba el concepto que uno quería estudiar, porque había muchos datos que aportaba, realmente uno de los últimos enciclopedistas. Porque para avanzar una hoja de Lacan, estábamos quizás una hora y media; ampliando con referencias filosóficas y todo lo que trae Lacan que te lleva a una multitud de temas, por lo que salís con un conocimiento multicultural de sus lecturas si vas frase por frase.

Eso me permitió que hoy yo pueda agarrar cualquier texto de Lacan y lo pueda leer, porque pudimos saber cómo leerlo y saber desde dónde él hablaba. Lacan siempre hablaba, no desde una posición de analista, sino como en análisis; como una sesión de análisis con asociación libre. Por eso es tan difícil seguirlo tantas veces. Si bien es una asociación libre destinada a dar vueltas alrededor del tema, no es pautada, sino que va agregando ingredientes acordes a un determinado concepto. Entonces el concepto jamás queda “cerrado” —como nada se cierra en psicoanálisis—, pero sí más cercado, fijado, y uno puede así relacionar distintos Seminarios con mucha vinculación entre ellos. El Seminario *La identificación*¹² tiene todo lo que Lacan desarrolló en los demás, para mí. Donde lo abras, hay un esbozo de lo que después elaboró sobre la lógica del fantasma o del objeto, etc. Lo hará de una manera muy desmitificadora y esclarecedora sobre Freud, encontrando una riqueza en el mismo Freud que nos sorprendíamos por haber obviado frases claves que Lacan retomaba. Pero Lacan es otra época; él ya cuenta con los desarrollos de la lingüística que Freud no tuvo, y pudo hacer otra lectura completamente distinta y desde allí decanta lo que yo practico como psicoanalista siguiendo mi estilo. Siempre he respetado el estilo de cada profesional psicoanalista, porque creo que no hay un estilo único. Considero que hoy muchos psicoanalistas quieren hacer “como hizo Lacan”, y eso no es posible, y allí se producen ciertas identificaciones distorsivas. Se pueden hacer identificaciones buenas, pero éstas son distorsivas.

—Tenemos una pregunta que quedó pendiente, con relación a su inserción en la Facultad ¿Usted ocupó cargos docentes? Y respecto de su inserción en la Carrera, ¿hizo investigación o extensión?

Sí, tuve un único cargo docente, que duró poco tiempo y les voy a decir por qué. Armando Delucchi era el profesor de Psicología I, y me invitó a formar parte de la cátedra. Y empecé como Ayudante no diplomada. Debe haber sido todo un año, cuando yo estaba en tercer año. Y en ese momento, era rector Rodolfo Agoglia y recuerdo que hicimos una rebelión, y dimos clases en la calle, en las escalinatas de la Universidad. A mis alumnos los llevé a la escalinata y empecé a dar clase. Algunos docentes, por supuesto, no adhirieron. Y pasó Agoglia —miren cómo nos trataba en ese momento—, se para, me mira y me dice: “señora, ¿usted dando clase en la escalinata?”, como diciendo “¿cómo puede ser que una señora como usted de clases ahí?” [risas]. Nunca más me voy a olvidar de eso. Pobre Agoglia; lo digo porque se tuvo que ir, y murió en

¹² Lacan, J. *El seminario. Libro IX. La identificación (1961-1962)*.

España. Después, respecto a la investigación, lo que publiqué fueron dos o tres artículos con Mario Di Bastiano y María Emilia Grandal, sobre grupos. Hoy, para mí, eso no tiene ningún valor. Pero bueno, en aquel momento era una producción que nos parecía importante. *La transferencia en grupos* es un artículo, y el otro es *Dinámica de grupos*, que se publicó en un librito sobre grupos, que lo debe tener Rodolfo. Y extensión no hice. No fui de escribir.

—Respecto a las bases que la Facultad pudo darle sobre todo esto, ¿qué lugar ocupa esa formación respecto al psicoanálisis?

Todavía ni se pronunciaba Lacan allí. Éramos un grupo de estudiantes de tercer año, que nos empezamos a dar cuenta de que se venía “otro psicoanálisis”, y empezamos a leer allí. Pero ni siquiera Berenstein hablaba de Lacan. El que sí hablaba, con el que yo trabajé antes de arrancar Psicología, era Pichon-Riviére. Él sí ya conocía Lacan, y yo ya trabajaba con él cuando fundó el instituto IADES [Instituto Argentino de Estudios Sociales]. Me había recibido de Contadora, y en las tres materias de matemática me había sacado 10, y me habían invitado a la cátedra. Entonces tenía mucho conocimiento y facilidad, por lo que Pichon me invitó a formar parte del equipo de estadística del IADES, trabajando con las primeras —y únicas— encuestas, en la época de [Arturo] Frondizi. Y también trabajé allí con Gino Germani para hacer el muestreo.

—De ahí también un poco la preferencia por la Sociología, ¿no?

Claro, ni hablar. Germani tuvo también mucho que ver con mi orientación hacia la sociología. Pero bueno, finalmente terminé en Psicología y la verdad no me arrepiento, estoy muy contenta de haberla seguido. Pero, por eso, ven que tuve pasajes por el psicoanálisis mucho antes de que me decidiera a estudiar psicología. Y trabajando con Pichón se hacía mucho trabajo mediante grupos; recuerdo también que hicimos la experiencia Rosario. ¡Estoy hasta en una foto! Yo coordinaba uno de los grupos junto con Eduardo Leopold. Uno después se da cuenta de que la Teoría de los Emergentes grupales, tenía que ver con el significante. Pero de esto nos pudimos dar cuenta muchos años después; porque la experiencia Rosario fue creo en el 58. Y ya entonces Pichón estaba tras la pista de la importancia de la palabra, trabajando en los emergentes de cada grupo. Esto entonces fue desde el 57 al 60. Me faltaban doce materias para recibirme de Contadora, y dejé dos años para trabajar en estadística y muestreo con Pichón y Germani. Luego daría las doce materias de contaduría en un solo año; no pregunten cómo hice, pero en diciembre del 60 me recibí ya de Contadora acá en la UNLP. Y en abril de 1970 de psicóloga. Todos me preguntaban de qué me iba a recibir en el 80, pero ahí quedé [risas].

—Respecto a la experiencia Rosario, ¿qué recuerda de aquello? Porque nosotros tenemos cierto registro y clave anecdótica del viaje en tren, o la presencia de boxeadores, prostitutas, etc.. ¿Qué es lo que más recuerda?

Claro sí, muchas figuras del deporte también. Ahí trabajé con Eduardo Leopold que éramos amigos. Los grupos que yo coordiné, tuve mucha suerte porque logramos que hablaran y en ese entonces costaba mucho que hablaran; había mucho resquemor y había grupos donde prácticamente no se podía trabajar porque no hablaban. Con Eduardo logramos crear el clima como para que hablen del tema que quisieran, era libre. Generalmente hablaban de por qué les había interesado, y eran mayoritariamente gente de la Carrera. Grupos de deportistas, como futbolistas,

boxeadores también asistían. Después, eran todos alumnos. Recuerdo que la consigna que teníamos era lograr “el pasaje a la palabra”. Como en todo grupo, una vez roto el problema inicial de la toma de palabra, aparecían inmediatamente las asociaciones. Lo que más recuerdo fue el resultado de la experiencia, el cómo surgieron los emergentes de cada grupo como, por ejemplo, la actividad política —“frondizismo”—, la psicología como objeto de estudio —por qué la Psicología—, el porqué de los grupos, etc. Y también recuerdo la gran sorpresa de que Pichon —que era un genio— pudo vincular los temas emergentes de cada grupo en un modo general; nosotros le dábamos las conclusiones de cada grupo particular. Hoy lo llamaríamos como un “inconsciente colectivo”, pero en aquel momento no se usaba ese término. Y bueno, por supuesto los viajes en tren eran muy divertidos; íbamos jugando casi siempre al truco. Estaban Berenstein, [Alfredo] Marranti que luego murió, Bleger... guardo las fotos aún. En la parte de estadística, trabajaba con Germani en su estudio para los problemas de muestreo, y en el mismo IADES trabajaba con Luis Pichón que era el sobrino de Enrique; un chico que, aunque no era profesional, era muy inteligente, muy preparado en política e historia más que nada. No sabía nada de matemáticas, pero aprendió rápidamente cómo trabajar con la máquina y algo de teoría de muestreo. En fin, fue una época muy burbujeante en la vida de Pichón, muy creativa. Acababa de tener su intervención en el hospital Vieytes¹³, donde trabajé en grupo con las enfermeras. Fue la primera vez que se trabajó en grupos con el personal auxiliar de un hospital, de un “loquero”.

—Teníamos interés en que nos cuente un poco sobre los años 60. Usted se encontraba, por ese entonces, próxima a estudiar Psicología.

Próxima a terminar con Ciencias Económicas. El día que me recibo de Contadora, que salgo de rendir mi última materia, lo primero que digo “la próxima carrera que voy a estudiar es Psicología”. Lo pude hacer seis años más tarde, porque tenía dos hijos chiquitos. Aparece de repente, pero en realidad ha tenido una gestación inconsciente de mucho tiempo, porque trabajando con Pichón no podía menos que estar muy interiorizada en el psicoanálisis. La psicología se impuso antes de que me diera cuenta. Piensen que yo tuve contacto, a través de quien fue mi marido, el padre de mis hijos, con Freud desde los años 50. Ya en esos años él tenía los tomos de Freud, y yo los leía. Agarraba, así como podía, sobre todo los historiales clínicos, que en ese momento era como leer una novelita... hoy los leemos de otra manera. Pero ya desde entonces estaba sumergida en ese ambiente.

—Pasando por la formación durante los 60, cuando usted se recibe, ¿qué relación tenía con su promoción de compañeros estudiantes? ¿Qué características tenían?

Tomaron distintos rumbos. En general, con quien fuimos muy compañeras es con Raquel Bozzolo, que seguimos juntas. Y por nuestra cuenta estudiábamos Freud. Porque ya Ana [María Fernández] se había ido a Buenos Aires, o ya no estaba tanto con nosotras... Pero con Raquel seguimos muchos años la amistad, hasta que se fue a vivir a Buenos Aires. Y bueno, todo lo que pasó, porque en el año 74 hubo una gran dispersión. Se fue Ana. Se fue Raquel. Se fue Carlos

¹³ Actualmente Hospital Interdisciplinario Psico-asistencial José Tiburcio Borda.

Bru. Bueno, mataron a Cheny Miguel. Lo mataron a Rusconi, que fue otro gran impacto en mi vida, me marcó muchísimo. Pero bueno, lo que no hice nunca es dejar de estudiar, siempre me interesó estudiar los textos de primera mano.

—¿Sus compañeros eran psicoanalistas?

La gran mayoría sí, no todos. Pero la impronta era psicoanalítica. Aun cuando hubiera otras corrientes —bueno, es lo que pasa actualmente, ¿no?—, las otras corrientes que existen se rinden ante el psicoanálisis. Ustedes lo verán en Corrientes: ni los cognitivos, ni los gestálticos dejan de estar influidos por el psicoanálisis. Eso fue algo que se introdujo en todas; los conductistas, sobre todo los neo-conductistas, tomaron muchísimo del psicoanálisis. No obstante, estas corrientes no tomaron como fundamental el papel del inconsciente, pero sí tomaron aspectos derivados del inconsciente, sin reconocer que era el inconsciente, como la represión, la repetición, el problema de la negación... representaba lo que nos pasa a todos como sujetos, que por más que creamos que existe un inconsciente, hay momentos en que actuamos como si no. Me acuerdo de una frase de Berenstein, que nos decía que “en el fondo, todos estamos negando continuamente el inconsciente”, como que es la única forma de andar por la vida. Aun cuando se sea lo que yo llamo “palabrero psicoanalítico” es una forma también de eludir que se está hablando desde el inconsciente, y que esa palabrería psicoanalítica está escondiendo algo, el otro discurso, el decir, como dice Lacan, o el sujeto de la enunciación. Pero bueno, siguen adelante y cumplen su papel estas psicoterapias. Eso siempre lo he respetado muchísimo. Cumplen su labor. Por supuesto que yo considero que lo único que puede mover a una estructura es el psicoanálisis. Moverla nada más, porque la estructura es inalterable. Pero moverla, movilizarla, sí. Lo demás es poner paños fríos.

—Entonces, nos comentó que estos compañeros suyos incursionaron en otras terapéuticas.

Exactamente, sobre todo en ese momento el gestaltismo, el neo-conductismo, ese tipo de marcos. Pero la mayoría seguimos una vertiente psicoanalítica. Contenidos que se daban en la formación de grado, pero muy, muy poco. Yo diría que, de los años que estuve en la Facultad, lo que más aprendí —siendo que no era demasiado— fue psicoanálisis. De las demás corrientes, muy poco. Por ejemplo, en Corrientes Contemporáneas vimos muy poco en comparación con lo que se ve ahora, era como una materia “de tercera”, que uno las daba con poca información, se preparaba poco. Incluso había épocas donde no había ni profesor, y nos daban una currícula y nos arreglábamos por nuestra cuenta. Fueron años bastante caóticos porque estuvieron atravesados por la revolución de Onganía, y ahí se produjo una suerte de carencia importante en el plantel profesional de la Facultad.

—¿O sea que la orientación de la Facultad era más que nada psicoanalítica freudiana?

Sí, psicoanalítica freudiana y kleiniana. Kleiniana sobre todo. Pero nunca tuvimos demasiada clínica. Ustedes tienen mucho más clínica que nosotros. Me acuerdo de que lo único que se veía fuera de la Facultad era cuando tomábamos los *tests*, que buscábamos amigos o hijos de amigos para administrarlos. Después no tuvimos ningún otro contacto con la clínica. Nada, absolutamente. Entrevistas tampoco; yo no me acuerdo haber hecho entrevistas. Si las hubo deben haber sido muy superficiales, porque no me acuerdo. En la cátedra de

Psicoanalítica cuando la tuvo [Emilio] Dupetit, ahí sí me acuerdo de que tuvimos que hacer una entrevista. Me acuerdo incluso la persona a quien se la hice, no me olvido de que lo que apareció fue un duelo, y lo que trabajé sobre todo fue *Duelo y Melancolía* de Freud, en el análisis de la entrevista. Sí, me parece que en la cátedra de Emilio fue el único lugar donde hicimos entrevistas, y que yo recuerde en un sólo sujeto.

—Respecto del Plan de Estudios de la Carrera, hubo hasta cuatro planes de estudios diversos desde la fundación de la Carrera. Queríamos preguntarle sobre este Plan de Estudios. ¿Qué pensaba al respecto? ¿Lo notaba falta de algunas materias?

Mirá, no conozco bien el Plan de Estudios, aparte de lo que me dicen mis nietos. Es un Plan mucho mejor del que teníamos nosotros. Una cosa que me olvidé de comentar es que cuando se reabre la Carrera nos invitan a varias personas —[José Antonio] Castorina, [Raúl] Marazzato, a mí, éramos diez o doce— para hacer el Plan de la Carrera. Y ahí hacemos el primer Plan de la Carrera postdictadura, cuyos ejes fundamentales siguen siendo los de ahora, porque introducimos en los contenidos de Psicoanalítica a Lacan, introducimos la materia de Lingüística, hicimos más profunda la currícula de Filosofía. Siempre apuntando a que se pudiera trabajar Lacan, entonces había que apuntalar Filosofía, si no, era imposible. Nos invitaron desde la Facultad, todo bien institucional. Era una comisión para el nuevo Plan de Psicología, que fue con el que comenzó la primera camada postdictadura.

—Y en su Plan de Estudios, particularmente, con el que usted cursó, ¿notaba que le faltara ciertas materias o de ciertos contenidos?

Sobre todo, lo que nos faltó fue más contacto con entrevistas, hacerlas. Yo veo que ustedes hacen mucho más de lo que nosotros. Ya te digo, salvo tomar *tests*, en Psicometría, y tomar e interpretar Rorschach, con Lunazzi, nada. Después, con la cátedra de Emilio. Pero más, no me acuerdo. Nuestra queja era que salíamos sin formación clínica. No formación, en realidad sin una experiencia clínica, sin práctica.

—De la materia particular de Higiene Mental, ¿qué recuerda?

Me recibí con esa. No te puedo decir nada, porque no me acuerdo de nada. Creo que la preparé en una semana, era una cosa que la dejábamos para el final, para recibirnos tranquilos y no tener que recibirte con algunas de las materias “grosas”.

—¿Y había dentro de la currícula, en algún espacio, teoría de grupos?

Vos sabés que no me acuerdo si en la Facultad había grupos. Yo después empecé a trabajar en grupos, enseguida, pero porque yo venía con lo de Pichón, tenía otra formación, pero no me acuerdo. Sí, algo de grupo habremos visto, pero nada muy profundo. Ni con prácticas. Todo eso yo lo tenía aparte, lo había adquirido con Pichón. Por eso cuando yo entro a la Ayuda Estudiantil, y que entran también Mercedes Sánchez, Rodolfo Messineo —mi compañero de acá del consultorio— y Mario Di Bastiano, podemos decir que éramos los únicos que estábamos dando vueltas alrededor del asunto de los grupos, y logramos imponer en la Ayuda Estudiantil los grupos. Nos tildaron de locos por hacer grupo. Pero [José] Bilotta, que era el Director, nos habilitó a hacer grupos, lo cual fue considerado finalmente, hacia 1973 o 1974, subversivo. Ahí empezaron a detener gente, incluso a matar gente, y tuvimos que disolver los grupos.

—¿Era un grupo de ayuda estudiantil, para los estudiantes?

Primero empezamos con los estudiantes, y cuando ya nos afirmamos en eso y veíamos que daba mucho resultado, al mismo tiempo empezamos la práctica privada. Ahí fuimos muy perseguidos. Todos los que hacíamos grupos fuimos muy perseguidos. Entonces por un tiempo dejamos de hacer grupos, o lo hacíamos clandestinamente. Por supuesto, tuvimos que abandonar inmediatamente, no era terapéutico.

—Y mientras tanto también, en esta época 73, 74, usted se forma con [Raúl] Sciarretta, ¿no?

Yo empiezo con Sciarretta en el 78. Desde el 70, año en que me recibo, al 78, que empiezo con Sciarretta, los grupos que hice fueron estudiar Freud entre nosotros, y la lucha con los Médicos Psiquiatras, que fue muy difícil. Las denigraciones que soportamos en el Ministerio de Salud eran impresionantes. Nos dijeron cualquier clase de cosas.

— [Norma] Delucca se refería a la primera camada de egresados como “las chicas de psicología”...

Sí, más que eso: “las locas de psicología” [risas]. Era peor todavía. Éramos casi todas mujeres. Había muy pocos hombres en aquel momento, nosotros tuvimos muy pocos compañeros varones. No es como ahora.

—Juan Carlos Domínguez Lostaló nos comentó algunos pasajes de esos momentos. ¿Estas discusiones con el campo médico, a las que te referís, fueron en función de las incumbencias?

Sí, se negaban rotundamente a que nosotros ejerciéramos la práctica clínica.

—Es decir que no sólo operaba un no-reconocimiento, sino que además se forzaba para que no ejercieran.

¡Claro! Se dieron cuenta que les aparecía, para ellos, un enemigo en vez de un coequiper. Nada de inter-disciplina; impensable. Ellos detentaban el título de Psiquiatras, y la psiquiatría la hacían ellos. El Psicoanálisis era charlatanería.

—Y, por otro lado, para hacer psicoanálisis de un modo institucionalmente reconocido había que ser Médico.

Exactamente. Ellos decían que había que ser Médico. Y eso que nosotros teníamos las incumbencias dictadas por la Facultad. Que, en ese momento, no estaban claramente determinadas. Eso es lo que dejaba una laguna para nosotros. Porque las incumbencias formalizadas del ejercicio de la psicología, ya no me acuerdo en qué año, vienen después de que la Facultad institucionaliza la incumbencia. Pero fue a raíz de la lucha que tuvimos que hacer con los psiquiatras donde hubo que tomar una determinación y decir exactamente cuáles son las incumbencias del psicólogo: eso tomó muchos años de trabajo, de luchas. Es esa famosa “resolución de los tres no”; porque todo era cuestión de sinapsis, de transmisión sináptica, de endorfinas. De trabajo cerebral, digamos. Entonces, meterse con algo como el inconsciente les era inconcebible, totalmente. Infranqueables. No había diálogo. Cuando yo pienso que hoy en día uno deriva para medicación y habla con el psiquiatra, nos comentamos cómo va el paciente, el psiquiatra mismo pregunta “¿te parece que disminuya un poco la medicación?”, o intercambiamos aspectos clínicos del paciente... eso era

inimaginable. No se podía ni pensar en eso. Defendieron su lugar como leones. Amparados por el estatus “chamánico” del médico, y por el Colegio de Médicos, por supuesto.

—¿Intercedieron o intervinieron en su práctica clínica? ¿Cómo fue esa resistencia de la psiquiatría contra su avance?

Directamente no pudieron hacer nada. Pero yo me acuerdo, por ejemplo, de estar haciendo grupos en la Ayuda Estudiantil, y tener algún integrante que hiciera una crisis de angustia y gritara, y venían enseguida a golpearme la puerta a ver qué estaba haciendo. Yo siempre tuve un temperamento bastante duro con eso: “si tenés algún problema, anda a hablar con el Director”. Eso me lo hicieron varias veces. Teníamos consultorio, que ocupábamos determinadas horas determinados profesionales. Y nos destinaron los consultorios para grupos. En eso Bilotta se portó muy bien, siendo que era Médico Psiquiatra. Era también totalmente de avanzada que en una institución se permitiera hacer grupos y haberlo podido hacer en Ayuda Estudiantil fue un logro fenomenal.

—Era bastante actual la teorización sobre los grupos por esos años, ¿no?

Sí, recién empezaba. Si bien Pichón lo impulsó en la ciudad de Buenos Aires, la cosa se puso bastante en movimiento con los grupos. Pero en La Plata tardó bastante. Con Pichon hice mi primera experiencia en grupos, pero en un área más institucional. Pero en privado, mi primera experiencia fue con Marie Langer. Con ella hice el primer grupo, que era una experiencia de grupo preformado, es decir, que éramos amigos o compañeros y Langer quiso hacer la experiencia de ver qué pasaba con un grupo preformado. Y bueno, para mí fue una experiencia extraordinaria, sobre todo por cómo era Marie Langer. Ahí aprendí muchísimo. Al mismo tiempo que estaba con Pichón estaba con Langer. Eso me dejó un sello indeleble en el manejo del grupo y la concepción de los grupos. Y bueno, finalmente se deshizo, porque el grupo preformado no anda, es transferencia especular, nada más, o predominantemente. Lo cual no quiere decir que no me olvide de algunas interpretaciones de Marie Langer ¡las recuerdo perfectamente! Hay algunas que recuerdo que me han quedado clarísimas, más que algunas interpretaciones de analistas que me han atendido. Pero, bueno, eso terminó. Ella presentó en un Congreso de Grupos —que no se si fue el primer congreso de grupos que se hizo— el trabajo sobre nuestro grupo preformado, por el 67 o 68. Y después, la otra experiencia de grupos que hice fue con [Eduardo] Pavlovsky, que ahí hacíamos las sesiones prolongadas. ¡Poca formación! [risas] Y bueno, ¡en tantos años! Con Pavlovsky habremos hecho 4 o 5 experiencias a lo largo de los años, una por año. Y estábamos todo el día. Ahí empezamos a hacer psicodrama. Ahí empecé a aprenderlo, y yo lo utilicé mucho los primeros años que hice grupos. Después lo dejé de utilizar porque consideré que era también muy especular, y muy de manejo terapéutico. Así que yo hice grupos desde los 70 hasta los 2000.

—Entonces, su formación en ese campo venía de antes, y ya con el título de Psicóloga en mano se dedica a grupos...

Sí, pero por la apertura que nos da Bilotta en la Ayuda Estudiantil para formar los grupos. Pero la luchamos, porque Bilotta no se dejaba convencer muy rápido. Generalmente, lográbamos que

se pudiera hacer, lo que fue un hito muy importante. Porque después los grupos se pudieron empezar a hacer en algunos hospitales, sobre todo los grupos de admisión. En el Policlínico¹⁴, que estaban desbordados por la demanda, hace 20, 30 años, se hicieron los primeros grupos de admisión: la gente se anotaba para un turno de psicoterapia individual, pero mientras tanto eran contenidos en grupos de admisión. A través de ellos, se lograba ver cómo era la estructura psicopatológica del paciente, a qué terapeuta convenía derivarlo, es decir que ya se iba preparando. Me parece que hoy ya no existen. Fue muy importante eso que se hizo en el San Martín. En el Rossi¹⁵ no se pudo hacer, no me acuerdo qué pasó. Yo planteé hacer grupos de admisión, pero no hubo eco, porque la que era Directora de Salud Mental se opuso. En el San Martín lo que hice fue primero con los Residentes, y después con la gente de Planta Permanente. Y ahí lo que introduje es que los Psiquiatras —ya estábamos en otra onda— participaran de la supervisión. En todo el tiempo que estuve yo, eso se hizo, hasta que los mismos psicólogos no quisieron que siguieran participando los psiquiatras. Para mí fue un período muy fecundo, porque dejó establecidas las relaciones y cómo se puede intercambiar con un psiquiatra un diagnóstico, un pronóstico, una lectura de una estructura patológica, etc. Eso se pudo hacer porque había una relación amable con los psiquiatras; ya venían de Medicina con otra concepción. Eso también es un escalón para la actual convivencia profesional que tenemos con los psiquiatras, que fueran participando con los psicólogos de las supervisiones. Yo superviso a gente que trabaja en hospitales y, por ejemplo, ahora, aunque no existan esos encuentros, están los encuentros “de pasillo” y por lo menos hablan con los psiquiatras en el pasillo, se da una comunicación espontánea también que es válida.

—¿Cree que la teoría de grupos promovió la vinculación de estos campos disciplinares?

No, los psiquiatras en teoría de grupos no ahondaban. Salvo psiquiatras como Rodolfo, mi compañero, o Erbeta. No hay distinción de cómo trabajamos con Rodolfo, por ejemplo, siendo él Médico y yo Psicóloga, hemos trabajado mucho en pareja, juntos. En parejas también fue algo que fue avanzando, poco a poco, en La Plata, que culminó después con configuraciones vinculares —pero ya lo veníamos haciendo los psicoanalistas, lo de trabajar en parejas—. El que tiene formación en grupos puede trabajar con parejas rápidamente, es una manera de saber trabajar en grupo.

—Lo que no le hemos preguntado es su relación con la militancia, pensándola en un sentido amplio. Estas cuestiones que nos señalaba respecto a las disputas con los médicos psiquiatras, la forma de organizarse de ustedes para reclamar, ¿implicó el paso por algún espacio en particular donde convocarse?

No, todo era desde la Asociación de Psicólogos. Fue la única adhesión. El Centro de Estudiantes no participaba. Por supuesto que adhería, pero no tuvo una participación. Esto era esencialmente desde la Asociación de Psicólogos.

¹⁴ Hospital Interzonal General de Agudos General José de San Martín de La Plata.

¹⁵ Hospital Interzonal General de Agudos Dr. Rodolfo Rossi de La Plata.

—Nos ha mencionado su participación en algunas instituciones: el Hospital San Martín, el Rossi, su práctica clínica privada. Más allá de éstas, ¿ha participado en otras? ¿Pensó, por su afición al psicoanálisis, permanecer en los circuitos de grupos de estudio o pertenecer a una institución “oficial” o legitimada internacionalmente?

No, nunca me interesó, ni la docencia, ni la docencia universitaria. Sí la docencia en privado, en pequeños grupos; eso sí. He tenido grupos sobre Freud, Lacan. Respecto de las instituciones, no participé, pero es difícil, porque tampoco en ese momento había instituciones como las hay ahora. Ustedes están en un lugar distinto y bastante privilegiado respecto a lo que tuvimos nosotros. Nosotros nos las teníamos que rebuscar, viajando a Buenos Aires. ¡Toda mi vida, he viajado a Buenos Aires! Ustedes tienen acá instituciones locales como Freud-Lacan, Lazos, donde pueden formarse... en aquellos momentos no había nada acá, y lo que había era muy precario. Por eso era que, con Raquel, con Ana, con Marta Di Paolo, hacíamos grupos entre nosotras para hacer las lecturas. Serían como grupos preformados, grupos de estudio, de confección horizontal. Como cuando uno estudia en la facultad. A mí siempre me gustó estudiar en grupos, con compañeros, porque eso revitaliza, dinamiza intercambiar. Lo mismo seguimos haciendo por nuestra cuenta estudiando Freud, pero no a Klein, que ya la habíamos visto bastante en la Facultad y de fuente primaria. Siempre se trató de tener las fuentes. Luego sí, accedíamos a que el experto hablase sobre eso, pero la única manera de que uno sea independiente para leer es así. Si no, uno termina siendo dependiente de la traducción de otro y de su pensamiento.

—Con respecto a sus referentes, ¿cuáles cree que han sido los más significativos?

Pichón, en primer lugar, sin dudas. Prematuramente, porque fue previo a que comenzara Psicología. Siempre he pensado que su teoría de la depresión como enfermedad única tiene mucho que ver con la teoría de la falta en Lacan, el agujero, el sujeto dividido. No me he dedicado a la relectura precisa, pero cuando pienso en estas experiencias, veo a Pichon como un precursor, que con los medios que tenía a disposición, dio herramientas que yo luego hallé en Lacan de una forma más moderna, contemporánea, acompañado de otras disciplinas; fundamentalmente la filosofía y la lingüística, que son ejes clave para leer Lacan. Pichon, en este sentido, era más freudiano. Pero tuvo la gran osadía de empezar con los grupos, eso se lo debemos a él, aun con todas las críticas que tuvo en ese entonces. Después, Berenstein me dejó una marca, pero Sciarretta y Sara han sido fundamentales.

—¿Cuál cree que han sido sus experiencias más significativas en su trayectoria, las que han dejado huellas?

Creo que pienso en una sucesión de experiencias, donde me costaría mucho jerarquizarlas. Creo que tiene el sentido de un proceso, donde cada una, buenas y malas, ocupó un lugar y ha dado lugar a la aparición de la otra. Lo más importante es que el pensamiento evolucione; no quedarse en fundamentalismos, estar abiertos a la percepción y la aparición de novedades. Quizás yo no lo llegue a ver, pero siempre me pregunto “¿qué sucederá después de Lacan? ¿Qué va a aparecer después de Lacan? ¿Quién tomará su posta?”. Porque dejó muchas puntas sin resolver, cuestiones abiertas, pasibles de ser retomadas. Lo de los nudos no lo pudo terminar,

no podemos decir “cerrar”, porque eso, desde el psicoanálisis, sabemos que no existe, pero armar cierta constelación, donde pudiese incluir a la psicopatología. Lo intentó, pero no lo logró. ¿Los nudos los vieron ustedes? Porque yo veo que mis nietos no lo han visto.

—De formación de grado, no lo hemos visto. Queda más reservado para la inquietud paralela...

Claro, entiendo. El otro día le preguntaba a F., mi nieto, y me comentaba que no se veía. Otra cosa que queda por fuera por lo que veo, también, es el tema del pase. Lo han intentado mantener, pero suele quedar ajeno en los circuitos de formación, no ha prendido mucho, por lo que entiendo. Es difícil el intento de objetivar; no se puede objetivar el trabajo analítico. El deseo del analista está siempre presente. Si bien Lacan lo ejemplificaba poniéndolo entre paréntesis, es decir “deseo del analista”, para ubicar bien el lugar del muerto como en el *bridge*. Él mismo, por supuesto, reconoce que es una tarea imposible. Como dijo Freud, hay tres tareas imposibles: gobernar, educar y psicoanalizar. Uno hace lo posible, pero siempre queda la falta, la falla, el agujero: un vacío que —como dice el tango— es “imposible de llenar”¹⁶. Pero eso es el sujeto. Como decía Lacan, cuando intentó hacer la fórmula matemática, el sujeto es “1,0”, como un algoritmo. Lamento que, debido a mi edad, hay muchas cosas que no recuerdo: nombres, fechas, etc. Pero es parte del juego. Mantengo el entusiasmo, digamos. Siempre que hay un tema que me punza, voy y lo busco. El día que me desaparezca la curiosidad, creo que dejo de ser psicoanalista. Hay algo que no cierra nunca, lo cual es una paradoja: no cierra nunca, pero hay que tratar de irlo cercando, no cerrando. No quedarse con que lo que uno terminó de leer es lo último. Siempre se abren puntas nuevas de una lectura y es esto mismo lo que sucede en un análisis. Yo puedo convenir con un paciente la terminación de un análisis, pero ambos sabemos que el fin de análisis — ¡por suerte!—, es algo que nunca se cierra.

—“Terminable e interminable”.

[Risas] Exactamente; y hasta diría que hasta más interminable, porque el inconsciente es interminable. La producción inconsciente no cesa jamás. Decir que un análisis terminó, es una convención que se hace entre dos.

—Buen momento para pasar al “momento de concluir”.

[Risas] Convenimos en eso.

La Plata, mayo de 2018.

¹⁶ Referencia a “Íntimas”, de Ricardo Luis Brignolo y estrenado por Carlos Gardel.

CAPÍTULO 7

Entrevista a Edith Alba Pérez

Ramiro Tau

Edith Alba Pérez (La Plata, Provincia de Buenos Aires, 8 de marzo de 1944, 25 de agosto de 2019) fue una Psicóloga Clínica, egresada de la Universidad Nacional de La Plata (1967). Desde su graduación, ejerció la docencia en su Universidad y en la Universidad de Buenos Aires, hasta que fue cesanteada en 1974. Exiliada en Costa Rica en el año 1976, regresó a la Argentina en 1983, con el retorno de la democracia. Desde 1987 es Profesora de la Universidad Nacional de La Plata, en donde, además, dirigió el Departamento de Psicología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y luego se convirtió en la primera Decana de la Facultad de Psicología de la UNLP (2006). Paralelamente, ejerció la práctica clínica privada, y colaboró con diversas instituciones públicas de Argentina, en las áreas de educación, salud, infancia y desarrollo humano.

En esta entrevista, centrada en su recorrido estudiantil y en sus acercamientos a la obra piagetiana, Pérez se refiere a sus primeras experiencias en la UNLP y a los circuitos de formación de la psicología local durante las décadas de 1960 y 1970.

—Me gustaría que conversemos sobre algunas experiencias tuyas como alumna de la Carrera de Psicología de la UNLP [Universidad Nacional de La Plata]. En particular, cómo recordás que se veían algunos autores, como [Jean] Piaget, que hoy se siguen estudiando en la Carrera.

[E.A.P.] Yo ingresé a la Facultad en 1962, y egresé el 24 de mayo de 1967. En ese momento todavía no había mucho de Piaget traducido. En mi época de estudiante de psicología trabajábamos básicamente con un capítulo que tenía el *Manual de Psicología* de [David] Katz. Siendo alumna, yo estaba en la cátedra de Mauricio Knobel, Psicología de la Niñez y la Adolescencia, y ahí recuerdo que dábamos toda la parte de inteligencia, que básicamente la tomábamos de Piaget, con el tema de los estadios y demás, de manera muy sintetizada en el *Manual* de Katz. Y también estaban traducidos los libros *Psicología de la Inteligencia* y *La formación del símbolo en el niño*, que lo tenía traducido la editorial Fondo de Cultura Económica. Esos eran los que estaban traducidos y disponibles. *El nacimiento de la inteligencia [en el niño]*, que estaba traducido por la Editorial Aguilar, no se conseguía, estaba agotado, y por eso yo lo tuve mucho tiempo después ese libro. No teníamos el acceso que existe hoy a los materiales de lectura. Teníamos una relación muy diferente al texto y las maneras de conseguirlos eran las bibliotecas o las librerías.

—¿Y esos libros que mencionás no eran parte de la formación de grado?

No, nosotros veíamos allí toda la conceptualización de Piaget sobre la inteligencia, con una ubicación de Piaget como autor, una contextualización de sus intereses. Así como también trabajábamos autores que hoy están desaparecidos del escenario actual, como [Henri] Wallon. Nosotros dábamos Wallon y todo el movimiento de diferenciaciones entre Wallon y Piaget. Y con el tiempo entendí que quien tomó mucho de Wallon fue [José] Bleger. Bleger en sus propios desarrollos sobre el aparato psíquico tomaba cuestiones de Wallon, sobre todo el sincretismo y el salto a la simbiosis. En *Simbiosis y ambigüedad*, de Bleger, hay mucho de Wallon. No en vano eran dos miembros del PC [Partido Comunista]: Wallon fue del Partido Comunista Francés y Bleger del Partido Comunista Argentino. Además, Wallon tuvo una historia muy interesante, ligada a la resistencia francesa contra la invasión nazi, como [Georges] Politzer. A Wallon lo traducían una editorial que se llamaba Grijalbo. También había otra obra de Piaget traducida por Grijalbo, que creo que escribió con [Bärbel] Inhelder. Esos libros los tengo extraviados, porque en mis viajes no me fui con todo y perdí muchos libros...

—Mirando los programas de las asignaturas de esa época uno encuentra que en muchos casos la bibliografía no aparecía consignada, sólo se mencionaba que sería indicada durante las clases; por eso, me interesaría saber qué es lo que efectivamente se leía, porque no hay registro escrito de eso.

Yo no te podría asegurar ahora, pero creo que los estudiantes leían el capítulo del *Manual* de [David] Katz, y nosotros, los ayudantes, completábamos con toda la otra bibliografía, como recurso para dar las clases y además entender con más profundidad lo que se estaba discutiendo. Es decir, las clases eran fundamentales para poder entender lo que se quería transmitir. Era un formato que hacía muy difícil, por ejemplo, una modalidad libre, porque se trataban muchos temas que no estaban del todo claro en los textos y la clase era casi irremplazable. Usábamos mucho *Niñez y adolescencia* de [Joseph] Stone y [Joseph] Church. Esa obra se usaba muchísimo... La que debe saber más es Norma Delucca, que creo que era la JTP [Jefa de Trabajos Prácticos] en esa cátedra. Yo entré después. Las auxiliares, antes del 67, éramos Norma Najt y yo.

—En ese primer Plan de Estudios, con el que vos te formaste, se veía a Piaget para pensar problemas de la evolución y de la niñez. Entiendo que no había una lectura epistemológica de su obra...

No, no la había en absoluto. Nosotros sí sabíamos que Piaget había hecho todo este recorrido desde la biología a la psicología, con el tema de la inteligencia, la adaptación, la asimilación... y también que había un interés en trabajar lo epistemológico, desde una epistemología genética, y demás... Pero había muchos costados de la obra de Piaget que pasaban desapercibidos. Por ejemplo, nosotros no trabajábamos los *Seis Estudios de Psicología*. Todo eso no se daba. Trabajábamos fundamentalmente el tema de la inteligencia. Porque cuando vino Perla Danna, después de estar en París y en Ginebra, nos dio básicamente inteligencia, y ese fue el filtro. Para todo lo que era desarrollo, veíamos a [René] Spitz, *El primer año de vida*, a [John] Bowlby, con *Los cuidados maternos y la salud mental*, y bastante de la Escuela Inglesa...

—¿Y de Perla [Danna] qué podés recordar? Porque es una figura relevante de la historia de la Carrera.

Yo con ella aprendí. Nosotros aprendimos. Nos dio herramientas para explicar algo que para ese momento era difícil de abordar. Durante muchísimos años tuve guardados sus apuntes de clase, porque eran realmente valiosísimos. Ella tenía una formación principalmente francesa o francófona. En realidad, no era psicóloga, tenía formación en ciencias de la educación. No sé si luego hizo un doctorado en psicología, pero ella era Profesora de Historia de la Educación en el [Colegio] Normal 1 y en el Normal 2. Venía del mundo de la educación.

—¿Había en la lectura de la obra piagetiana algún interés por los procesos de aprendizaje, o la inteligencia y los estadios agotaban la presentación?

Nosotros lo veíamos exclusivamente desde la inteligencia. No sé cómo funcionaba en Ciencias de la Educación, pero nosotros, en Psicología, lo veíamos así: inteligencia, por Piaget. El tema del aprendizaje no se mencionaba y creo que en Ciencias de la Educación tampoco. No te olvides que Ciencias de la Educación acá era sólo un profesorado, no una licenciatura.

—En una entrevista, Fernanda Monasterio se refiere a su perspectiva experimental y decía que la psicología debía estar apoyada en tres patas: la psicología experimental, Piaget y Wallon...

Sí, pero justamente, eso, ella no lo daba. Yo no fui una admiradora ferviente de [Fernanda] Monasterio, aunque tenía sus méritos. He descubierto con el tiempo que la gente la ha entronizado de más... Era una mujer difícil. Difícil para dar examen, difícil para tratar... Si vos me preguntaras si en mi formación tengo alguna marca de Monasterio, te diría que ninguna. Te lo digo así, abiertamente. No podría decir que he aprendido algo de ella. Además, enseñaba una psicología de las facultades (la memoria, la atención, la percepción...). Y si bien es cierto que era la psicología de la época, nosotros veníamos de [Luis María] Ravagnan, que era otro estilo. Con él realmente aprendías muchísimo. Y después pasábamos a Monasterio, con la Psicología General, y a una Psicología Experimental que en ese momento la daba [Sara Montagne] de Torres, la mujer de un reflexólogo... No es algo que me haya marcado. Y esos temas, generalmente, los estudiábamos a través de algún manual de psicología experimental. Recuerdo que también se daba algo, aunque muy poco, de Paul Fraisse y el *Tratado de psicología experimental*, publicado con Piaget..., pero de manera muy acotada.

—Avanzada la segunda mitad del siglo XX se hicieron cada vez más explícitos los intentos por establecer una discusión entre psicología y política, o, en términos más amplios, para discutir los fundamentos epistemológicos y las implicaciones de las teorías. Por ejemplo, en los años 70 se publicó el libro *Debates sobre psicología, filosofía y marxismo*, que compilaba una serie de discusiones públicas, de las que participaron [René] Zazzo, [Paul] Ricoeur, [Jean] Piaget...

Sí, claro, a René Zazzo también lo veíamos. Después reapareció en Psicométricas. Pero lo conocíamos. Igual que a [Serge] Lebovici. Todo eso lo veíamos con Mauricio Knobel. De todas maneras, en aquel momento no existía la preocupación que hay hoy por la epistemología. Eso es una realidad que no se puede desconocer. Nosotros no teníamos tantas preguntas sobre los

presupuestos o las implicaciones de las teorías... Vos pensá que nosotros en Filosofía, en primer año, trabajábamos el lugar del Hombre en el cosmos, con Narciso Pousa... Y esa era la única filosofía que teníamos en toda la Carrera, y no había una asignatura sobre epistemología. Entonces, realmente nosotros entramos en la discusión epistemológica mucho después. Entramos con los grupos de estudio y, básicamente, desde el marxismo y toda esa línea. Yo recuerdo que, por ejemplo, a comienzos de la década del 70, cuando Tono [José Antonio] Castorina se fue por primera vez a Francia, nuestra mirada crítica era todavía un poco ingenua... en ese momento nosotros no teníamos una buena formación epistemológica. Y de alguna manera, como pudimos, transitamos todo un camino intentando articular marxismo y psicoanálisis. Hace un tiempo, cuando vino Luis Hornstein a la Facultad, recordábamos que estuvimos unos tres años con [Raúl] Sciarretta en un grupo de estudio... Y ahí, por ejemplo, hacíamos esa articulación. Hasta hace unos años yo tenía todas las clases de Sciarretta guardadas...

—Lo nombraste a Mauricio Knobel... ¿Cuál era su papel en la carrera?

Knobel en realidad estaba a cargo de dos asignaturas: Psicología de la Niñez y la Adolescencia y también Higiene Mental, en quinto año, al final de la Carrera. Él era un psicoanalista ortodoxo, si se puede decir, pero permitió la incorporación de autores diversos, algo realmente valorable. Fue alguien que promovió el diálogo entre perspectivas. De hecho, daba Piaget, era capaz de abrir esa puerta. Por supuesto que predominaban textos psicoanalíticos y del psicoanálisis inglés, porque era su temática. Además, comenzaba una profusión de traducciones importantes de esos temas. Se empezaba a traducir a Melanie Klein, y Paidós comenzaba con esa línea editorial de promoción de todos los desarrollos en psicoanálisis.

—Cuando decís un psicoanalista ortodoxo, te referís a un kleiniano...

Sí, kleiniano y de la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina]. Él siempre se mantuvo en la APA. Sin embargo, no sé por qué razón, [Mauricio] Knobel se tuvo que exiliar en el 76, y creo que se fue a Brasil. Era un personaje... muy generoso, aunque desde el punto de vista teórico, yo creo es difícil hacer un juicio claro.

—Mencionaste algunos nombres clave de la Carrera, pero si tuvieras que señalar referentes o profesores que te hayan marcado especialmente en este período de tu formación del 62 al 67, ¿a quiénes incluirías?

Seguramente, Eduardo Colombo, que daba Psicología Social. De hecho, yo he seguido trabajando siempre en esa línea, desde que la conocí con él. Estaba en tercer año su curso. El año en el que nosotros cursamos él se centró, principalmente, en el tema del prejuicio... Daba George Mead, un autor fantástico, ahora completamente ignorado. Colombo era psicoanalista y anarquista, y, si no me equivoco, actualmente vive en París. Con él yo aprendí. Por eso, en el área social de la psicología, a mí me marcaron Colombo, y por supuesto, Armando Bauleo. Esa es la mirada que a mí me atrapó.

—¿Y respecto de tu formación clínica? ¿Quiénes fueron tus referentes?

Yo estudié con Gregorio Baremlitt —ahora está viviendo en Belo Horizonte—. También hice un curso completo con Armando Bauleo, en el que daba técnica y Baremlitt daba psicopatología, desde una perspectiva psicoanalítica. En ese momento era más ecléctica la formación clínica

y gran parte transcurría por los circuitos de los grupos de formación privados. También estudié con Emilio Dupetit, otro psicoanalista que fue Profesor Adjunto de Psicología Profunda, que estaba a cargo de [Edgardo] Rolla. Acá, en La Plata, alguna vez hicimos un intento de escuela postgrado con la Asociación de Psicólogos. Allí estaban Emilio [Dupetit], [Armando] Bauleo, Marta Berlín. Con Rolla también se aprendía mucho. Daba “Neuro”, porque él había sido, durante años, neurocirujano. Era un personaje muy interesante. En las clases mostraba sus manos y decía “me avergüenza decir que estas manos hicieron más de cuatrocientas lobotomías”. Y después de todo ese recorrido por la neurología y la cirugía llegó al psicoanálisis.

—Mencionaste los circuitos de formación privados. ¿Cuál era la modalidad de aquellos grupos? ¿Cómo funcionaban? ¿Se proponía abiertamente un tema, había algún tipo de programa y los interesados se inscribían?

De acuerdo con el tema que te interesaba, vos buscabas al coordinador del grupo de estudio del que querías participar. Eran relativamente abiertos, pero cada docente tenía un área, un tema sobre el que trabajaba. Yo me acuerdo, por ejemplo, que siendo estudiante hice un grupo de estudio con Hebe Ortega, sobre *Simbiosis y ambigüedad*, de José Bleger. Con Fidel Mocio participé en otro grupo de estudio sobre técnicas dramáticas. Y, eventualmente, también venía alguien a dar algún seminario oficial a la Facultad, como [Jaime Guillermo] Rojas-Bermúdez. Todo eso complementaba de manera fuerte la formación de la Carrera. Una cosa que te iba a decir antes y se me pasó es que Fernanda Monasterio estaba muy enganchada con toda la línea de los españoles, porque ella había trabajado mucho tiempo al lado de Gregorio Marañón. Ella venía de esa línea que hacía una asociación particular de la medicina con la psiquiatría. De hecho, era alguien que hablaba mucho de [Pedro] Laín Entralgo, alguien que trajo a la Facultad a toda la psicosomática mirada desde ese lugar. En ese punto, ella sí permitía cierta apertura.

—Y volviendo a los grupos, dijiste que cada uno buscaba al coordinador...

Sí, salvo que fuera oficial, con un programa armado. Si no, uno buscaba un nombre. Había un circuito de recomendaciones informal. “¿Para estudiar tal tema, con quién se puede? Se puede con Fulano, con Mengano...”. Con respecto a la oferta, la mayor parte de los grupos de estudio, eran en Buenos Aires. Era muy poquito lo que había acá en La Plata y, además, era algo informal, muy casero. La formación oficial de postgrado es un *boom* de los años 90 en adelante. Esto no era así en nuestra época, ni había, por supuesto, tanta titulación de postgrado ni nada de eso. Es decir, lo que sucede ahora es post Bologna y con una nueva concepción de la universidad y la formación.

—Los cursos que hacían no tenían ningún tipo de certificación...

Nada. Ninguna certificación, no teníamos nada. Yo me acuerdo de que, en el año 69, en un grupo de estudio que teníamos con Armando Bauleo dimos un curso para estudiantes de Psicología y el local en el que se dieron las clases fue el de ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata], acá en Avenida 44. Ahí, como docentes, estaban Ana [María] Fernández, Leticia Cufre, Juan Carlos Galosi, una psicóloga que trabaja con [Héctor] Fiorini, Nilda Guerschman, Marta Guinzburg, que ahora está en Israel, Gregorio Kohon, que ahora está

en Londres, y yo. Esos éramos los docentes coordinadores. Dábamos una clase cada uno y supervisábamos al grupo de estudiantes. Y de todo eso no había ninguna certificación.

—En ese contexto, ¿cómo se accedía a la bibliografía que no estaba traducida? Es llamativo que algunos programas de la Facultad incluían referencias a bibliografía en otros idiomas y, además, editadas fuera del país...

Paidós traducía mucho y era una de las fuentes. Al final de los 60 Paidós y Kapelusz traducían mucho. Y también estaba [Editorial] Jorge Álvarez y Eudeba [Editorial Universitaria de Buenos Aires], con una fuerte política de traducción y ediciones accesibles. Eudeba publicó cosas de [Emilio] Rodrigué, manuales de psicología social, una guía semiotécnica del sistema nervioso, que usábamos entonces. El Centro Editor de América Latina empezó a traducir [Gregory] Bateson, la Escuela de Palo Alto y otras cosas más. Pero además de lo que se editaba, circulaban separatas, traídas por alguien que viajaba fuera del país, a veces traducidas y otras veces no — y en ese caso se buscaba a alguien para traducirla—. En verdad, estudiábamos básicamente con libros. Había algunos materiales mimeografiados, pero en general, libros. Se usaba mucho la Biblioteca de la Universidad y algún que otro libro que comprabas para tener en tu casa. Era una cultura de estudio totalmente distinta a la actual. Obviamente también nos pasábamos los apuntes, que eran un recurso clave, como te decía antes, porque las clases eran un pilar fundamental. También había muchas revistas y boletines, revistas de psicoanálisis con artículos que todavía no estaban publicados en libros, notas, entrevistas. Me acuerdo de haberle pedido, a varios que las tenían, las revistas de psicoanálisis para cursar algunas materias.

—Con respecto a los temas de las revistas y boletines de la época, se pueden encontrar textos psicoanalíticos junto a otros de psicología, mayoritariamente del contexto francés...

Sí, esa era la línea. Nosotros con [Luis María] Ravagnan veíamos mucha psicología francesa. Daba también fenomenología alemana, pero más bien a través de la lente de [Maurice] Merleau-Ponty. Recuerdo también una psicología diferencial, que era una mezcla de fenomenología y psicología médica... Y las revistas abordaban todos esos temas, muy en línea con las tradiciones francófonas.

—Norma Delucca en algún momento se refirió a su generación como la de los que tuvieron que perfilar la Carrera, cuando las orientaciones no estaban definidas. ¿Vos compartís esa percepción sobre tu generación?

Lo que nos diferencia es que Delucca es de la primera generación y realmente la Carrera no tenía una forma clara ni una dirección teórica nítida, era todo un proyecto. Nosotros ya encontramos la situación mucho más establecida. Ellos tuvieron que salir a buscar profesores o ir tapando los agujeros con los que había. Yo creo que esa fue una cuestión de la primera generación, que yo no viví. A nosotros lo que nos marcó y complicó fue el 66. El profesor de Psicoterapia, por ejemplo, renunció cuando fue la Noche de los Bastones Largos [29 de julio de 1966]...

—O sea que la Carrera vivió una institucionalización bastante rápida, porque vos ingresaste a la carrera sólo 4 años después de su apertura...

Sí, y ya estaba instalado fuertemente el psicoanálisis. Vos pensá: Niñez, Psicología Profunda, una Psicología Diferencial que estaba dada desde la mirada del psicoanálisis, [Eduardo Raúl]

Colombo, [David] Ziziemsky que daba una fenomenología alemana, [Mauricio] Knobel, [Ángel] Fiasché en sexto año. Después también tenías a un personaje como [Luis María] Ravagnan, pero era alguien muy abierto y daba psicoanálisis, así como enseñaba a [Edmund] Husserl o a [Maurice] Merleau-Ponty. Ahora que recuerdo, otro con el que aprendimos muchísimo, uno de los que dejó marca, fue el gran Juan Carlos Pizarro. Él estaba a cargo de Psicodiagnóstico y era un experto en el manejo del Rorschach.

— ¿Y tú recorrido como docente cómo fue?

Yo me recibí estando en la cátedra de Psicología de la Niñez y entré después a la de Psicología Social, con [Norberto] Rodríguez Bustamante, con quien terminé peleada por cuestiones teóricas y me fui. Él era un funcionalista norteamericano. Entonces me fui a Psicología Social II, que estaba a cargo de Hebe Tizio. Eso fue en los años 70 y nos ocupábamos de dar grupos e instituciones. Y estos temas con diversos autores. Había un poco de todo: Elliott Jacques, alguna cosa de [Jacob Levy] Moreno, [Enrique] Pichon-Rivière, la escuela inglesa, con [Wilfred Ruprecht] Bion... En cierto modo eso le fue dando dirección a lo que seguí haciendo en la universidad toda mi vida.

—¿Y después de esa experiencia en la cátedra de Psicología Social?

Después de esa cátedra me fui a mi casa. Porque estuve ahí hasta que en el 74 me cesaron. En el 76 me fui del país a Costa Rica y volví en el 83, con el retorno de la democracia, y empecé a trabajar en la UBA [Universidad de Buenos Aires], en la cátedra de Goyo [Gregorio Gerardo] Kaminsky y de Ana María Fernández. A la UNLP [Universidad Nacional de La Plata] volví recién en 1987, cuando se abrió un curso para el cuarto año, como adjunta de Kaminsky, en Psicología Institucional. Y aquí estoy. Pero ese período es otra historia...

La Plata, diciembre de 2018

CAPÍTULO 8

Entrevista a Raquel Bozzolo

Camila Aquino, Martín Agrazar y Alejo Díaz Kreclevich

Raquel Bozzolo (La Plata, Provincia de Buenos Aires, 23 de septiembre de 1946) es Psicóloga Clínica por la Universidad Nacional de La Plata (1970). Ha sido Profesora Titular Ordinaria de la cátedra Psicoterapia II de la Facultad de Psicología de la UNLP (2002-2013) y miembro del primer Consejo Académico de la Facultad de Psicología (2006-2010). Durante los dos primeros años de la década de 1960 vivió en La Habana, Cuba. De regreso a la Argentina, participó en las luchas estudiantiles y docentes de esos años y comenzó a estudiar Psicología en 1966. Durante la dictadura cívico-militar iniciada en 1976, se unió al trabajo de la resistencia que realizaban las Madres de Plaza de Mayo, formando parte del Equipo de Asistencia Psicológica. Participó como docente y analista institucional en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupos y de los grupos de estudio privados coordinados por Ignacio Lewckowicz, hasta 2004. En 2008 publicó, junto a Osvaldo Bonano y Marta L'Hoste, el libro titulado El oficio de intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones, apoyado en dos décadas de trabajo con grupos e instituciones. Actualmente continúa sus tareas como docente en distintos posgrados del país, coordina grupos de estudio y ejerce la práctica clínica privada.

En esta entrevista, Bozzolo se refiere a sus primeras experiencias con la psicología, a la coyuntura cultural, política e institucional de la década de los años 60 y 70, así como a su participación en diferentes organizaciones sociales y a su interés por los fenómenos colectivos, los grupos y las instituciones.

—Nos gustaría comenzar preguntándote por tu llegada a la Carrera de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. ¿Qué te llevó a elegir esta carrera?

[R.B.] Bueno un poco de azar y un poco de búsqueda. Yo quería ser socióloga, pero la carrera de Sociología no estaba en La Plata.

— ¿Vos sos de la ciudad de La Plata?

Hoy me cuesta decir que soy de La Plata, porque ya he vivido más años en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] de los que viví en La Plata. Un día me dio vergüenza la proclamación de extranjería que hacía cada vez que me presentaban y dije ¡basta de decir que no soy de acá! Creo que me costaba mucho la migración a Buenos Aires; me costó mucho porque fue efecto del terror de los tiempos de la pre-dictadura, entonces eso me quedó marcado.

Nací en La Plata, porque mis padres eran de La Plata, y después viví en Comodoro Rivadavia toda mi infancia. Después, otro año y medio en La Plata, y un año y medio en Buenos Aires. Porque mi padre era geólogo de YPF [Yacimientos Petrolíferos Fiscales], de cuando el Estado-Nación era fuerte y ejercía su plena potencia. Mi papá era hijo de almacenero y durante la crisis del 30 quebró, no tenían ni un centavo en la casa, eran muchos hermanos, quería estudiar medicina y no le alcanzaba el dinero ni podía obtenerlo de ningún trabajo. Pero YPF convocó a becas de estudiantes universitarios, la propuesta era sostenerles la carrera en Ciencias Naturales, porque la carrera de Geología no existía. Es muy interesante esa anécdota para mí, porque marca una cosa de época importante: un Estado que otorga becas, porque necesita explotar petróleo y de paso producir geólogos, implica todo un proyecto de nación y de universidad. Todo becado tenía que tener muy buenas notas y sus cursadas al día. Los compañeros lo criticaban porque era activista, pero tenía que “carnear” [rompehuelgas; quien no cumple con la huelga y decide continuar las actividades con normalidad], porque no podía dejar pasar las fechas de examen por la beca. Se recibió de geólogo, se doctoró en petróleo, y cumpliendo el acuerdo pactado en la beca, una vez graduado, brindó servicio durante diez años trabajando en YPF. Lo destinaron a Comodoro Rivadavia y allí vivimos hasta el 1955. Cuando ya era jefe del yacimiento cayó [Juan Domingo] Perón. Mi viejo, de ser de izquierda de jovencito, se había pasado al peronismo, creo que esto fue parte del fenómeno del “entrismo” de la izquierda en el peronismo. Por supuesto, luego del golpe de la denominada Revolución Libertadora, a los peronistas, los desplazaron de sus puestos y los castigaron destinándolos a los yacimientos más lejos y con menos confort. Nos mandaban a Salta, a Vespucio, como castigo. Mientras esperábamos en La Plata el nuevo destino, empezó a reordenarse el país y [Arturo] Frondizi, en pacto con Perón, empezó a hacer su campaña como candidato a la presidencia, basada en la defensa del petróleo nacional. Mi viejo se enganchó con Frondizi. Pero Frondizi gana y traiciona la causa del petróleo nacional, haciendo contratos con las empresas petroleras extranjeras. Cuando esto ocurre mi viejo toma distancia de Frondizi, con lo cual pierde la posibilidad de hacer efectivo el nombramiento de miembro del directorio de YPF que había ganado en elecciones de la empresa. Y en ese momento de cierto desasosiego familiar, viviendo ya en Buenos Aires, intervino el azar: mi viejo se encuentra con un amigo de La Plata en la calle, que le dice “en ‘la isla’ necesitan geólogos”. Y luego de algunos balbuceos, consultas y trámites, mis viejos resolvieron que nos íbamos a Cuba, donde vivimos unos años. Fue todo un salto para toda la familia. A sólo dos años de triunfada la Revolución, se había fundado el Instituto Cubano del Petróleo dependiendo del Ministerio de Energía y su ministro era Ernesto Guevara.

Resumiendo, nací en La Plata, pero no puedo decir que soy platense, porque nunca lo fui del todo. Entonces, soy de La Plata en algunos aspectos, pero cuando volví de Cuba fue difícil la adaptación a La Plata. Cuba estaba en una conmoción tremenda, pero una hermosa conmoción. Nosotros fuimos a vivir al año siguiente de la Revolución. Con mi hermano menor, estuvimos del 60 al 62. Estábamos cuando se declaró socialista la Revolución y también cuando se produjo la invasión norteamericana en Bahía Cochinos, muchos episodios fuertes. Siendo chica en Comodoro Rivadavia, yo me había hecho católica, mi familia era agnóstica, pero a mí me había picado

el bichito del cristianismo. Sobre todo, por el tema del trabajo con los pobres, que en la parroquia donde iba era la caridad, gente haciendo tortas para vender los domingos en misa, para ayudar, etc. En Cuba le cuestionaba a mi viejo que el auto oficial tenía un cartelito que decía “Patria o Muerte”. Yo no aceptaba eso de la muerte. También concurría a misa en La Habana.

— **¿Encontrabas algo de “lo comunitario” o de “lo colectivo” en el marco del catolicismo?**

Sí, algo de eso encontraba en el cristianismo. Después, una vez que entré en la adolescencia, todo eso ya fue [risas]. Ya no fui tan disciplinada, y la Iglesia ya no iba conmigo, con mis deseos juveniles. Mi hermano y yo volvimos de La Habana a estudiar y mis viejos se quedaron unos meses más. Llegamos antes de que yo cumpliera los quince años, rendí un año entero en forma libre y cursé el secundario perdiendo sólo un año. Primero fui al Colegio Inmaculada, y luego al Normal N° 1 [Escuela Normal Superior N° 1 “Mary O. Graham”]. En el Inmaculada me echaron, se dio una situación muy irregular que quise denunciar, sin saber que después se iba a repetir en el Normal 1 [risas], pero yo todavía no sabía mucho del mundo. Eso fue en tercer año, luego cuarto y quinto los hice en el Normal N° 1, donde me recibí de Maestra Normal Nacional. Ser maestra me gustaba.

Yo quería ser socióloga y no existía la carrera en la UNLP [Universidad Nacional de La Plata], solo en la Universidad Católica. En la secundaria tuve una profesora de Historia que fue muy importante, que me impactó mucho y me identifiqué mucho con ella. Se llamaba Irma Zucchi y hace unos años encontré su nombre en el final del listado de los desaparecidos durante la dictadura de 1976. Ella me convenció de no entrar en la única universidad que tenía sociología en La Plata: la Católica. Cuando le dije lo que iba a hacer, ella me contestó “Bozzolo, viaje a Buenos Aires, por favor, ¿cómo va a entrar ahí? ¡No va a aguantar!”. Bueno, me fui a la Facultad de Humanidades [y Ciencias de la Educación de la UNLP] a ver qué podía estudiar, porque no me daba el tiempo para viajar y no quería volver a mudarme y empezar otra vez en otro lado.

— **¿En qué año?**

Yo ingresé en el 66, porque fue el golpe de [Juan Carlos] Onganía a mitad de año. Me anoté en tres carreras: Filosofía, Historia y Psicología. Pero la única que tenía curso de ingreso era Psicología, y en el verano tenía mucha ansiedad por empezar... en el Curso de Ingreso me enganché con una profesora de Biología que enseñaba los recientes descubrimientos de la genética, y me fascinó.

— **¿En Psicología?**

Sí, en el Curso de Ingreso, había Estadística y Biología Humana, y ella daba genética.

— **¿Cómo se llamaba esa Profesora?**

No me acuerdo, habría que rastrear. Era una bióloga recibida del Museo de La Plata [Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata], y había sido compañera de mi papá, también en el Museo. Fueron compañeros de cursada de la Carrera. Y esta Profesora fue muy buena docente, con mucho ánimo, entusiasta. Éramos 350 alumnos en el Ingreso, o entramos esa cantidad, no recuerdo. Cursábamos los Teóricos en el Aula Magna del actual Liceo [Colegio Liceo Víctor Mercante, de la Universidad Nacional de La Plata] que tiene el escenario alto, y ahí se hicieron todas las asambleas de los años 60. Empecé a cursar Psicología, y

también Introducción a la Historia y a la Filosofía. En Introducción a la Psicología estaba Luis María Ravagnan, que era un tipo muy interesante, fenomenólogo existencial, me encantaba escucharlo. Luego fui ayudante alumna de su cátedra.

— **¿Qué contenidos veían con [Luis María] Ravagnan?**

Recuerdo un librito de EUDEBA [Editorial Universitaria de Buenos Aires] de [Jean Claude] Filloux, ¿Qué dábamos? “Qué es la personalidad”. Habremos leído algo de [Henri] Bergson, también algo de [Gordon] Allport. Daba muy buenas clases expositivas en los teóricos. Teníamos teóricos y prácticos, los teóricos no eran obligatorios, íbamos los *nerds* —en ese entonces, “tragas”—, pero en primer año íbamos muchos. Los prácticos consistían en leer un material fotocopiado y discutirlo, muy ordenadamente en ese entonces. La población estudiantil era masivamente de la Provincia de Buenos Aires, y de países cercanos, además de un porcentaje de un 20% o 30% de platenses. Platenses de clase media, como yo. Ese año me fui separando de los platenses, me parecía que la gente del interior era muchísimo más interesante y no tenían ciertos rasgos de los platenses, que no me iban: eran un poco rígidos, con códigos más cerrados.

En primer año mis compañeros se iban enterando que había vivido en Cuba. Yo lo contaba siempre para discutir, sobre todo cuando salía algún compañero a decir “el socialismo o el comunismo es imposible, los humanos siempre queremos más”, yo decía “eso de la naturaleza humana no es cierto”. Entonces se armaba discusión. Me había quedado una marca muy fuerte de Cuba: una convicción profunda de que las condiciones de existencia hacen que uno sea lo que es. Nos tocó haber estado en La Habana cuando se hizo la Reforma Urbana, es decir cuando los inquilinos de los departamentos amueblados que había en La Habana —cuyos dueños vivían en Miami— fueron confiscados por el Estado para ser otorgados a los que no tenían vivienda propia, dándoles la propiedad en cuotas equivalentes al alquiler. Los cubanos, no propietarios, e incluso mis padres, que eran extranjeros, podían ser dueños si seguían pagando ese alquiler al Estado. Los dueños que vivían en USA quedaron sin sus propiedades, sin torres enteras de edificios. Fue una experiencia fuerte ver a mi mamá, que era una consumista clásica y no simpatizaba en un principio con la Revolución, emocionarse con esa reforma. También, luego se produjo el bloqueo norteamericano, que impedía la llegada de muchas cosas indispensables, empezaron a faltar medicamentos. Recuerdo que tuve una otitis, y, en situaciones así, había que bancárselo. Yo veía cómo mi mamá, que no era una mina de izquierda, se iba transformando.

Un recuerdo, una marca de esa época: lo conocí al Che [Ernesto] Guevara. Lo digo porque es —aún todavía— un emblema para muchos de nuestra generación, sobre todo los que quedamos conmovidos por esa revolución. Los funcionarios de todo rango, los fines de semana debían hacer trabajo voluntario, trabajo manual, se abandonaba el trabajo propio y se hacía trabajo manual. Un sábado, que mi viejo sabía que el Che estaba trabajando en una obra en construcción cercana, nos llevó a conocerlo y a ver ese trabajo. Guevara fue uno de los ideólogos de esa modalidad de trabajo voluntario. Mi papá trabajaba con él, en el Instituto Cubano del Petróleo. En esa generación —sobre todo los argentinos— se trataban con apellido, mi papa le decía “Guevara”, no era el Che, no era un personaje, era un funcionario con la aureola de haber sido parte de la gesta de la Sierra Maestra, pero personalmente era la sobriedad. Ese día lo fuimos a

conocer con mi hermano, lo tenemos filmado en una película Súper 8, mientras seguía poniendo mezcla entre los ladrillos e intercambiamos algunas palabras cuando mi viejo nos presentó.

Bueno, volviendo. Durante la cursada de primer año, abandoné Filosofía e Historia. Me entusias mó más la Psicología.

— **¿No tenía algún conocimiento previo sobre Psicología?**

Yo no tenía mucho saber sobre Psicología. Por la curiosidad de los jóvenes de esa época, mi papá había leído a Freud, así que cuando le conté que habíamos empezado con *La Interpretación de los Sueños*, como era bastante “fanfa” [fanfarrón], me lo quería explicar. Obviamente no me interesaba su explicación. Pero bueno, digamos que no había mucho saber, pero Psicología y Sociología eran las nuevas carreras y el número de inscriptos se incrementaba todos los años. Había tenido una muy buena profesora de Psicología en el Normal, se llamaba Raquel de Sangiácomo. Estaba también la práctica con la profesora de Historia que me había marcado mucho, y las cuestiones con que el psicoanálisis revolucionaba la psicología, en todo el mundo, empezaban a presentarse.

En mi cama de soltera, en la pared de atrás, tenía todas las frases de los grafitis de Mayo del 68 pegadas en la pared. Y esa era la imaginación que me interesaba más: leía a [Jean-Paul] Sartre y luego leí con entusiasmo a [Herbert] Marcuse. La psicología por el lado de la filosofía y la revuelta. El movimiento de obreros y estudiantes franceses y sus consignas fue una influencia muy importante en muchos, porque hay que ver que nuestra carrera en la UNLP [Universidad Nacional de La Plata], así como cuenta Alejandro Dagfal en su tesis, tiene un origen psicotécnico en las escuelas, era cercana a la pedagogía y a una clínica de los “chicos problemas”. Es decir, era normalizante, en términos de lo que nos preocupa todavía hoy en día: la adaptación a lo establecido y no la imaginación de otros mundos posibles.

La formación en La Plata estuvo muy atravesada por la actividad política de esos años. Fuimos muchos los universitarios que nos sentimos convocados por ese clima de lo que sucedía en Europa, en América Latina y en la Guerra de Vietnam, y ahí sí, como universitarios, el esfuerzo era pensar cómo los estudiantes podían contribuir con “la revolución”. Fueron años de protestas obreras y estudiantiles en todo el país. Recuperé el año perdido del secundario y terminé de cursar en 1969.

— **¿Y cómo era el armado de la Carrera [de Psicología, UNLP] en tu época?**

Eran cinco años. Yo soy del Plan de Estudio que tenía un ciclo básico y tres orientaciones electivas, que se dictaban en dos años: Clínica, Educacional y Laboral; además estaba el Profesorado. La orientación más prestigiada era la Clínica y también el Profesorado. Yo también hubiera hecho el Profesorado, pero me embalé con la clínica, y no podía cursar dos especialidades, militaba y el tiempo no alcanzaba para todo. Y cuando terminé la carrera estaba militando mucho y la represión era muy fuerte... Lo que me tuvo muy ocupada.

— **¿Cómo se organizaba? ¿Eran ramas independientes del Profesorado?**

No recuerdo mucho de lo que no fue mi opción. Había materias comunes con otros profesorado s de Humanidades [Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación]. Las introducciones, a la historia a la filosofía, etc., eran comunes a los profesorado s. Hasta tercer año

del ciclo básico, primero, segundo y tercero, yo cursé y rendí muchas materias. Había comenzado a trabajar como asistente haciendo suplencias en el Gabinete del Colegio Nacional [Rafael Hernández, Universidad Nacional de La Plata]. Entré a laburar cuando [Juan Carlos] Onganía echó a mi viejo de YPF [Yacimientos Petrolíferos Fiscales] por haber vivido en Cuba. Se produjo un *crack*, porque habíamos vivido siempre de ese trabajo, así que tuvimos que ponernos a buscar algún laburo. Yo pedí una beca en la Facultad para pagar los apuntes de la bibliografía. Mi mamá —que enseñaba inglés en colegios secundarios industriales—, conocía al rector del Colegio Nacional y había una posibilidad de hacer una suplencia. El trabajo era administrar *tests* y hacer entrevistas, unas técnicas bastante aburridas de orientación vocacional, pero con el tiempo empecé a hacer reuniones de grupo para la orientación vocacional. Había una joven psicodramatista, Elena Bogliano —creo sigue viviendo en La Plata— a la que me sumé para hacer algo de actividades grupales con las divisiones que tenían conflictos. Y fue una buena experiencia inicial sobre la potencia de los grupos. En el Gabinete del Colegio hice suplencias cortas, de meses, a veces de un año, y eso me posibilitó sumar antigüedad para jubilarme hace unos años en la Facultad.

—Bueno, hiciste esas suplencias mientras cursabas el ciclo básico, ¿y después?

Las hice desde tercero, luego ya graduada quedé trabajando en el gabinete, pero en el año 1974 se produjo una situación muy grave: nos echaron a todos los interinos de las universidades nacionales. Yo elegí la orientación Clínica, porque era la que tenía psicoanálisis y era la más interesante y nueva. Estaba Emilio Dupetit, que era un psicoanalista bastante original, dando clases era muy carismático y me atrajo cursar con él. En La Plata había dos psicoanalistas muy conocidos: Emilio Dupetit y Jorge Montenegro.

—Entrevistamos a Rosa Heins, y ella también nos hablaba de Jorge Montenegro y de este período. Y nos decía que era muy amiga tuya y de Ana María Fernández.

Sí, nosotras armamos un lindo grupo al empezar el ciclo de especialización, estábamos con Marta Di Paolo, que falleció hace unos años, y algunos compañeros más. Ambas eran mayores que yo. Rosa [Heins] ya había hecho una carrera, era Contadora. Había venido de Mar del Plata y luego de que se recibió el marido y empezó a trabajar como médico psicoanalista, ella comenzó Psicología, entonces tenía diez años más que nosotros. Fuimos un grupo muy activo en la Facultad, fueron muy intensos esos años y fue también muy intensa esa amistad. Para preparar materias y dar los finales, nos levantábamos a las cinco y media de la mañana. Nos gustaba mucho estudiar, metíamos materias una atrás de la otra, y también éramos bastante activas en las luchas de la Facultad. Rosa, que tenía auto, nos llevaba y traía a reuniones, íbamos a manifestaciones, a pegar carteles y esas cosas de aquella época. Era parte de la logística necesaria. Rosa tenía diez años más, más experiencia, mucha cancha para moverse y una semblanza de “señora platense seria” que venía bárbaro. Ella había participado en un grupo grande de amigos que lo consultaron a [Enrique] Pichón [Rivière] y le pidieron una intervención, así que Rosa contaba como una experiencia muy interesante. Compartimos las cursadas, los apuntes, pero también las luchas en la carrera. Luchábamos por concursos docentes, donde pudiéramos participar estudiantes y lógicamente también estaba la fiesta. Nos gustaba mucho bailar, festejábamos los

fin de año juntos y recuerdo que nuestra camada festejó el fin de la cursada en ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata], la sede del sindicato de los no docentes, que nos prestó el sindicato para festejar bailando.

Cuando nos recibimos, con Rosa y otra compañera más joven, Betty Coccia, nos fuimos de viaje al Cuzco, en ese momento mi papá vivía en Lima. Yo quería hacer ese viaje consagratorio que a muchos nos entusiasmaba, conocer Bolivia, ir al Perú. Había un gran interés en Latinoamérica, sobre todo entre los más activos o militantes.

— **¿Militaban en un partido? ¿O qué tipo de militancia tenían?**

Al principio de la carrera yo activé muy poco, como estudiante independiente. Épocas en las que decía a todos los que se me acercaban “yo soy estudiante independiente, yo leo tu volante, pero no me quieras afiliar...” Era bastante crítica, pero los escuchaba. Estábamos en un período que luego se denominó “dictablanda”, la dictadura de [Juan Carlos] Onganía, que fue blanda en comparación con la de 1976. Cuando comenzó una huelga grande en la destilería de YPF [Yacimientos Petrolíferos Fiscales], no sé si fue en el 67, donde despidieron a muchos trabajadores, algunos empezaron a ser taxistas, surgió la solidaridad bajo la consigna “obreros y estudiantes unidos y adelante”. Estos taxistas fueron los que nos ayudaron en la época del Cordobazo [29 y 30 de Mayo de 1969] con los taxis. La Plata se comienza a movilizar con huelgas y demás luchas, y yo ahí me comienzo a acercar a lo que era el FAUDI [Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda] un frente estudiantil de agrupaciones de izquierda revolucionaria. Ya había recibido un documento de un grupo del PC [Partido Comunista] que se estaba alejando de la Unión Soviética, y criticaban la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia, y ese fue el primer material que leí con verdadero interés y me acercó a lo que luego sería el PCR [Partido Comunista Revolucionario]. En realidad, yo no sabía tanto qué hacía el PC, sabía que en Cuba había sido un debate. Se sabía que había diferencias entre Fidel [Castro] y el Che [Ernesto Guevara], sabíamos que el Che apuntaba más a otro tipo de revolución y a no depender de los soviéticos, y que se fue también por eso. Yo, más allá de las líneas que leía, de corazón era Guevarista, y la influencia de la Revolución Cubana fue gigante en nuestra época, fue como abrir un posible inesperado, una revuelta triunfante, nos animaba el alma. La foto del Che no era un emblema de consumo, era la foto del Che en la Conferencia de Punta del Este, cuando hizo un discurso maravilloso. Guevara reunía varios de los rasgos que admirábamos muchos jóvenes. Luego fui dándome cuenta de que el Che fue el primer tipo que conocí que postulaba la importancia de lo que hoy llamamos micropolítica en los procesos de subjetivación, cuando habla del “hombre nuevo”. No postulaba una utopía de sociedad ideal, sino que apuntaba a una transformación en las prácticas de la vida que hoy podríamos ligar con lo denominado micropolítica, con desprenderse de los rasgos de la subjetivación capitalista.

En un momento fuimos al Cuzco, pasamos por Bolivia, y fuimos al Centro de Estudiantes de Oruro, donde había estudiantes de la Facultad de Ingeniería que estudiaban en las minas. Ellos nos hospedaron ahí porque éramos amigos de toda la gente de la Federación Universitaria Argentina por el PCR. El PC había tenido una juventud militante muy numerosa, pero cuando se armó el PCR, lo integró casi toda esa juventud.

— ¿Y quiénes eran los personajes del PCR [Partido Comunista Revolucionario] que recuerdes?

En nuestra Facultad de Humanidades [y Ciencias de la Educación], recuerdo principalmente a Enrique Rusconi, que estudiaba Historia y de quién yo fui muy amiga. La hija estaba en el área de Género de la Universidad. Cuando yo volví a La Plata, luego de ganar el concurso de Profesora en 2002, recuerdo que fui a hablar con ella que participaba de la Dirección del Centro de Humanidades, supuse que le iba a interesar charlar con una amiga del padre que iba a ser profesora de Psicología, pero no ocurrió. La política y la Facultad ya no eran las que yo recordaba...

Definitivamente entro a militar cuando se produce el Cordobazo, que fue una gran movilización obrero-estudiantil contra el gobierno de [Juan Carlos] Onganía. Milité los dos años de formación en la clínica. En la carrera de Psicología militaba José María Galli, de quien también fui muy amiga, y que militaba todo el día. Para poder cursar, cumplía con los prácticos, pero no podía ir a los teóricos y le pasábamos los apuntes que tomábamos en clase. A José le gustaba mucho la psicología, compartimos muchas lecturas. Tanto Enrique como José María eran lo que se denominaban “cuadros políticos”, mantenían relaciones con los profesores y los no docentes, había un cierto clima democrático en la Facultad, se contaba con el apoyo de los profesores. Si algún estudiante caía preso, gestionaban su libertad, aunque no simpatizaran con la misma fuerza política.

A Enrique lo mataron el 7 de diciembre de 1974. El PCR [Partido Comunista Revolucionario] en ese momento había adoptado una posición de defensa del gobierno peronista, frente al golpe de estado que ya se anunciaba. Al reanudar nuevamente la vida institucional, el país y la ciudad estaban en medio de enfrentamientos políticos muy complejos de entender en pocas líneas. El peronismo se había enfrentado con armas, en Ezeiza, durante la llegada de [Juan Domingo] Perón de su exilio. Los diferentes grupos peronistas tenían distintas posiciones y el gobierno quedó en manos de la derecha peronista. La posición del PCR era muy cuestionada por la izquierda del peronismo, que era masiva entre los jóvenes universitarios. La izquierda también se había dividido: por un lado, estaban quienes habían adoptado una estrategia armada de cuño guerrillero, y, otros, que apostábamos a una movilización popular de tipo insurreccional. Los alineamientos internacionales de algunos grupos incidieron en esa situación. La crítica que hacía el PCR a la Unión Soviética había generado un fuerte rechazo en otros grupos de la izquierda, incluso en organizaciones peronistas.

Acá en La Plata, durante el 1975, se produce un desmantelamiento muy fuerte de los movimientos estudiantiles. Se realizan amenazas de muerte a dirigentes gremiales, aparecen estudiantes asesinados con sus cuerpos torturados en la zona de Ensenada, cunde el terror. Ese año es cuando matan a muchos activistas de distintos espacios. Entre ellos, en la Facultad, secuestran a una colega: Lidia “Chirula” [Manuela] Ridao, y permanece desaparecida mucho tiempo hasta que su cuerpo aparece en el cementerio de Avellaneda, si no me equivoco. Era una amiga y compartimos la misma comisión directiva de la Asociación de Psicólogos de La Plata. De esa misma comisión tengo la primera Revista que sacó esta Asociación de Psicólogos, le llamamos

Polémica, y ahí hay una mesa redonda donde interviene Armando Bauleo. La revista era dirigida por Ana [María] Fernández. Sacamos sólo un número. Creo que el presidente de la Asociación era Juan Carlos Domínguez [Lostaló].

— ¿Cuál era la situación de la Universidad Nacional de La Plata con [Juan Carlos] Onganía?

A los seis meses de entrar a la Facultad, el 26 de junio de 1966, se produce el golpe de estado de Onganía. Fue un golpe de estado disfrazado de nacionalismo, y como muchos de los golpes militares de nuestro país, fue apoyado por fuerzas políticas. Desde Onganía, hasta el retorno a la vida institucional de 1983, la Facultad en la que yo estudié y fui docente estuvo siempre intervenida, es decir sin Consejo Académico elegido regularmente, con un delegado de la intervención en lugar de decano. Durante el régimen militar había un clima “fulero”, donde tanto los estudiantes como los docentes fuimos perdiendo libertades. Por un tiempo hubo un Decano Interventor nazi, psiquiatra de La Plata, formado en Heidelberg, Alemania, de ultra derecha, nombrado por las autoridades del Rectorado. Se llamaba [Raúl] Ballbé y su Secretario Académico era Raúl Marazzato, que era para nosotros muy importante, porque era con el que se podía tener diálogo. El Decano había puesto un semáforo en la puerta del decanato, que nos indicaba si estaba y si podíamos esperar una audiencia. Tenía las llaves de los baños, había que pedirle las llaves del baño para poder ir a hacer pis, porque quería evitar que se llenara el baño de volantes. No nos permitían hacer carteles ni pintadas en las paredes, que siempre habían sido muros de debate de las agrupaciones de la Facultad. Después logramos volver a hacer cartelera para las agrupaciones, cada una tenía su nombre arriba y ahí podías pegar tus noticias o manifiestos. La prohibición se mantenía hasta que volvían los borradores de pizarrones metidos en tinta, que era el mejor método para hacer los carteles o pintadas en la calle y entonces se volvía a inundar de escritura las paredes. Bueno, lo más pesado era la violencia, por la presencia de armas en la Facultad. Eran portadas por los miembros de la Concentración Nacional Universitaria [CNU], fuerza de ultraderecha que irrumpía con cadenas y puños de hierro en las asambleas que se lograban convocar. No quiero dejar de recordar que la mayor parte del terror de la etapa preparatoria del golpe de estado de 1976, fue centralmente producido por la CNU. Así como en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] actuaba la “triple A” [Alianza Anticomunista Argentina], en La Plata actuaba la CNU. A Enrique Rusconi lo matan miembros de esta agrupación, que era una fuerza dirigida por un profesor de historia del que ahora no recuerdo el nombre, muy conocido, que habían logrado que muchos de sus miembros fueran empleados como no docentes en algunas facultades. Nosotros, para poder hablar de los problemas políticos de la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación], nos íbamos a Punta Lara, hacíamos que tocábamos la guitarra en la playa, pero era para hacer una reunión. Los que podían prestaban sus casas y entrábamos en grupos chiquitos. Había persecución, había que no mostrar demasiado.

La Facultad seguía siendo un lugar hostil. Ya se había retirado la policía de la puerta, pero había momentos que volvían, se ponían con una mesita y nos palpaban en la entrada, nos pedían la libreta de estudiante. Se hablaba poco de política, se podía discutir poco de política. Se echó gente de cátedras, ese tipo de cosas pasaron. El comedor universitario de La Plata era famoso por su edificio y su menú, era la razón de que vinieran tantos estudiantes de las provincias y de

otros países de América Latina, porque era muy económico. Fue un espacio construido por un proyecto arquitectónico muy importante, concursado para ese uso, y era otro lugar donde se aprovechaba la presencia masiva de miles de estudiantes para publicitar lo que estaba pasando. Ahí también se presentaban estos sujetos con armas y amenazas. En Humanidades yo no recuerdo tiros, pero sí irrupciones y el miedo a que entraran. Había siempre gente en la puerta mirando para entrar corriendo y decir “ahí viene la CNU” y nosotros empezábamos a saltar por las ventanas en ese edificio horrendo que hizo [Juan Carlos] Onganía, que estaba en construcción. El antiguo edificio daba por la calle 6, era hermoso, lo rodeaba un bello jardín, con dos palmeras y un hermoso sillón curvo, se conectaba con una amplia escalera con [Facultad de] Derecho y el Rectorado del lado de calle 7. Entonces, cuando entraba la CNU, abríamos las ventanas de la sala del aula magna y saltábamos por la obra del edificio. Entrábamos por el costado, por una puerta chica lateral, en la calle 47.

Yo me recibí en abril de 1970, pero seguí cerca del movimiento estudiantil, sobre todo luego de haber sido detenida con varios compañeros de la Facultad, entre ellos Enrique Rusconi y José María Galli.

— ¿Estuviste detenida?

Sí, un poco más de una semana, por la Ley Anticomunista [Boletín Oficial: 29 de agosto de 1967]. Era un 8 de octubre y se planteaba hacer un acto por el aniversario de la muerte del Che [Ernesto Guevara]. Nos detuvieron unas horas antes, llevando volantes y nos juzgaron por la Ley Anticomunista. El movimiento estudiantil movilizó mucha gente de las facultades en esa semana, tanto por nosotros como por otros estudiantes de Arquitectura que habían sido detenidos antes y salimos creo que en unos diez días.

Uno o dos años antes se venía armando un gremio para los docentes universitarios de la UNLP [Universidad Nacional de La Plata]. Muy buena fue esa experiencia.

— ¿Vos fuiste parte de la organización?

Yo era una simple activista, era Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra de Higiene Mental, que estaba a cargo de Sylvia Bermann. Había profes que venían con larga trayectoria de profesores, de académicos. En esa época no ocupé ningún cargo académico hasta cuando, viviendo en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires], gané el concurso de Psicoterapia II, recién en 2002. En ese entonces la tarea era conseguir profesores reconocidos y que quisieran ser parte del sindicato. Ahí fue muy bueno lo que armamos, se armó una cosa muy interesante, porque los profesores y los auxiliares docentes formaban el mismo gremio y no era por claustro. La idea era defender los intereses de los docentes y debatir las políticas universitarias. Se arrimó mucha gente de la Facultad de Ciencias Exactas, que tenían proyectos de fabricar medicamentos de bajo costo, de armar laboratorios nacionales, era gente muy interesante. Yo tenía un amigo que hizo bastante de eso de Exactas, estuvo preso durante la dictadura de [Jorge Rafael] Videla. Nosotros armábamos el funcionamiento, pero también interveníamos en las asambleas y discutíamos las cuestiones docentes.

Creo que es importante señalar que ese sindicato fue una ayuda para una situación que se produjo en la cátedra de Higiene Mental, donde yo era Jefa de Trabajos Prácticos. Era una materia de quinto año. Fue durante la intervención del peronismo en la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación] en 1973. Desde [Juan Carlos] Onganía no había concursos y la intervención montonera [Organización guerrillera peronista surgida en la década de 1970] tenía una concepción de la docencia distinta a la tradición de la democracia académica a través de concursos. Nosotros en esa cátedra habíamos hecho incluso un concurso interno *ad hoc*, para elegir JTP [Jefe de Trabajos Prácticos], cuando dirigía la Dra. Sylvia Bermann, que había renunciado. Bueno, la intervención nos envía una comunicación: como no teníamos Titular, designaban al Licenciado Jorge Devries como Titular. Venía de Buenos Aires y conocíamos muy poco de su producción. Cuando vino a hacerse cargo, trajo un equipo de trabajo para ocupar los cargos de Auxiliares y pretendía que renunciemos quienes no formábamos parte de su equipo. Obviamente pedimos ayuda al sindicato y se hizo el planteo ante la intervención, defendiendo el lugar de trabajo hasta el llamado a concurso, que nunca se realizó bajo la intervención peronista. En ese entonces, la bandera de los concursos era muy importante para asegurar la renovación de los puestos docentes de manera democrática.

Entonces, ordeno mis primeros pasos como docente en la Facultad: luego de haber sido dos años Auxiliar Alumna en Introducción a la Psicología, de primer año, fui Auxiliar Docente *ad honorem* en Higiene Mental, de quinto año, por el lapso de un año, y pasé a ser Jefa de Trabajos Prácticos en la misma cátedra, por medio de ese concurso interno cuyas reglas fueron consensuadas dentro del colectivo de cátedra. La responsable de esta cátedra era Sylvia Bermann, psiquiatra que venía de Buenos Aires. Era una mujer muy proactiva, con experiencia hospitalaria en Avellaneda, casada con un sanitarista y relacionada con psicoanalistas porteños como Mimí [Marie] Langer. Yo concurrí un año al Servicio de Interconsulta donde realizaba una colaboración Mimí. Lo más interesante de esa cátedra fue que hicimos toda una experiencia práctica en el Barrio Obrero de Berisso, cosa que no había en la Facultad, y Sylvia sostenía la necesidad de las prácticas en la formación de los estudiantes. Después vino Ricardo Malfé, que se enfermó y tuvo que dejar el puesto, apenas empezó a dar clases. Él había sido muchos años Titular de la cátedra de Psicología del Trabajo de la UBA [Universidad de Buenos Aires]. En la cátedra de Higiene Mental, entonces, hubo en un año tres profesores: Sylvia Bermann, Ricardo Malfé y Osvaldo Devries, que no llegó a dictar clase.

Creo que la influencia principal de algunas de las actividades comunitarias era la psiquiatría dinámica y la psicología social de [Enrique] Pichón Riviére. Me refiero a la expansión de la clínica a territorios comunitarios, hospitalarios, en la ciudad. Cursando tercer año, Armando Bauleo nos había transmitido fundamentalmente las dos experiencias fundantes de la Psicología Social Argentina: la del Hospicio de las Mercedes [llamado así desde 1880 a 1949, hoy Hospital Neuropsiquiátrico José T. Borda] donde convoca a los enfermos crónicos, ante la huelga de enfermeros, y los transforma en asistentes enfermeros para administrar la medicación a los internos, lo que constituye una intervención maravillosa. Y la segunda, la experiencia de Rosario, de ir en un tren con los jóvenes que lo seguían a Pichón, para trabajar los problemas de la ciudad en unas jornadas de

grupos y plenarios, donde convoca prostitutas, funcionarios, obreros, empleados públicos, amas de casa. Esas experiencias transmitidas y repensadas han constituido una marca que algunos tomamos para pensar dispositivos de intervención comunitaria, o institucional. Otros discípulos de Pichón Rivière tomaron más los aspectos técnicos de la coordinación de grupos operativos.

— ¿Qué se venía dando, en términos de contenidos, en los años en los que fuiste alumna de Psicología?

Les conté que, cuando ingresé, la Facultad tenía un sesgo hacia la fenomenología existencial, con incipientes incursiones de psicoanálisis o psiquiatría dinámica. Creo que luego de leer el libro de [Alejandro] Dagfal terminé de entender lo que imperaba en la carrera en los años sesenta. Él explica muy bien la marca dejada por las prácticas psicotécnicas en las escuelas. Ese era el fundamento de muchas materias de diagnóstico y también de aspectos de Psicología Evolutiva, donde Mauricio Knobel fue mi profesor. En los 60, todavía se podían rastrear huellas de una extraña combinación entre positivismo y humanismo, que habitaba a la fundadora de la Carrera, Fernanda Monasterio —a quien no llegué a conocer—, que se enlazaba con la materia de Antropología, dictada por un catalán Juan Cuatrecasas —todos ellos exiliados de la España franquista—, impregnados del humanismo de la época, además de las huellas de cierto científicismo-experimentalismo de los fundadores de la propia Universidad [Nacional] de La Plata.

Cuando empezamos a cursar tercer año, se produce la necesidad de llamar a concurso una materia denominada —para mi extrañamente— Psicología Diferencial. Y empieza una movida de los estudiantes de los últimos años, para poder elegir un profesor que nos brinde nuevas herramientas de trabajo con grupos. Como los estudiantes todavía tenían peso, a pesar de la dictadura, cuando una cátedra iba a llamarse a concurso, alguien nos avisaba y empezábamos a buscar profesores que pudieran venir para esa cátedra. Eso era una práctica bastante habitual en la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación]. Íbamos a buscar referencias teóricas y datos de su experiencia y elegíamos a quienes queríamos que se presentaran. Y había que convencerlos. Entonces una vez que alguien se entusiasmaba, se trataba de que en el jurado no pusieran ninguna trampa, y se hacía el concurso público. Trabajábamos para asegurar la presencia en las clases públicas. No teníamos más que la presencia en las clases, según la ley universitaria. La presencia de un montón de estudiantes aplaudiendo la clase generaba un impacto. Logramos que se presente Armando Bauleo, que era un pichoniano de ley, y se lo designó. Fue uno de los profesores que nuestro grupo más amó y marcó a los que nos empezaban a interesar las prácticas grupales. Lo seguíamos en congresos y seminarios. En tercer año había un profesor que me interesaba muchísimo, tanto que cursé con él dos años seguidos. Era muy conservador y reaccionario en política, pero un profesor excelente: Luis Felipe García de Onrubia. Dictaba una materia que se denominaba Psicología Contemporánea. Yo hasta hacía apuntes en los exámenes que él tomaba, y él me preguntaba ¿Cuándo va a rendir, Bozzolo? Luego supe de su recorrido en la UBA [Universidad de Buenos Aires] acompañando la intervención de la dictadura de 1976. En cuarto año, ya en la especialidad, curso en una cátedra psicoanalítica, pero denominada tímidamente Psicología Profunda, que estaba dictada por Emilio Dupetit y el

psicoanálisis empieza a ser leído en muy diversas versiones: Freud, Klein, José Bleger, Enrique Pichón-Rivière, etc. empiezan a ser clásicos en los diversos Trabajos Prácticos. La formación de esa generación no fue muy rigurosa, pero nos indujo a la apertura disciplinaria, ya que no veíamos con buenos ojos las teorizaciones y las prácticas muy cerradas. Nos influía también la antipsiquiatría europea. Eran los tiempos en que en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] se producían los debates en las instituciones psicoanalíticas, que luego produjeron sismos y rupturas de diverso tipo, como sucedió en la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina] con los grupos Plataforma y Documento. En Humanidades seguía habiendo una mezcla, donde permanecía una fenomenología, en la versión existencialista, y primaba un eclecticismo humanista.

La cátedra de Emilio Dupetit era la de psicoanálisis, pero transaccionalmente se denominaba Psicología Profunda. Era un tipo que venía de otro palo, no era sólo un psicoanalista. Emilio Dupetit era amigo de Pichón. En una clase habló mucho de otro amigo: Rodolfo Walsh. Fue mi psicoanalista mucho tiempo, con él hice mi primera experiencia de grupo terapéutico, hasta que lo matan a Enrique Rusconi y empezó a ser difícil seguir haciendo algunas cosas, entre ellas, esa terapia de grupo. El terror empezó a separar algunas amistades. La muerte de Enrique sacudió a mucha gente que lo quería personalmente y que lo apoyaba, pero que de pronto vio cómo ya no era más sólo una militancia en el movimiento estudiantil, era la muerte. Muchos se replegaron en sus pueblos, se desagregó la actividad militante, yo quedé sin inscripción orgánica porque con mis compañeros había mucha discusión sobre el papel de los docentes y los intelectuales y si había que dedicarse a la clase obrera. Fueron tiempos de soledad. Yo había armado otra pareja, con un compañero más joven, estudiante de Filosofía, que militaba también en el movimiento estudiantil, que tuvo que abandonar la filosofía porque la CNU [Concentración Nacional Universitaria] se llevó todo el legajo de la ficha de él de la Facultad de Humanidades. Bueno, esto para que vean un poco cómo era la relación que tenía la Universidad con la militancia y la represión. Así fue como terminamos yéndonos a la ciudad de Buenos Aires, en julio de 1975.

— ¿Cómo convencieron a Armando Bauleo para que se presentara al concurso de Psicología Diferencial?

Armando era un tipo al que, creo, lo que más le interesaba era la política. Le interesaba también la experiencia de trabajar con jóvenes en su formación teórica. Era muy buen clínico, por lo que recuerdo de sus intervenciones con psicóticos o adictos. Me marcó mucho su forma de ser, muy desprejuiciado, poco acartonado. Otro hito importante para nuestra promoción fue el debate por el Plan de Estudios, durante el último tramo de la carrera, año 69 o 68. Se rumoreaba que se estaba pensando en cambiar el Plan de Estudios. Algunos estudiantes nos propusimos tener participación en la reforma del Plan y esto se transformó en que se armaran varios grupos para realizar sus propuestas. Constituimos una alianza entre estudiantes de dos agrupaciones de la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación]. Nosotros le pedimos el asesoramiento a Bauleo para armar una propuesta. Nos veníamos a Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] a las seis de la tarde en colectivo y volvíamos a las dos de la mañana, después de estar con él en su consultorio discutiendo qué materias sí y qué no.

No sé si podré encontrar el listado de materias, lo tenía, pero no sé si no lo tiré sin querer. Tal vez lo tenga con la colección de “Lo grupal”.

— **¿Conservás la colección de “Lo grupal”?**

Sí, completa. Pensé que la había perdido. Pero se la había prestado a una colega de la Cátedra [Psicoterapia II, Facultad Psicología de la Universidad Nacional de La Plata]. Bueno, con esto de [Armando] Bauleo y los planes de estudio, creo que se produce una situación singular en la Facultad, que, me parece, viene bien para la historia. Todo el mundo estaba discutiendo el asunto de qué era mejor poner en un plan de estudios de Psicología. Los planes fueron dos: uno que era muy extenso, lleno de bibliografía y muy disciplinario, alrededor de la psicología, el psicodiagnóstico, la psicología experimental; y el nuestro, que era bastante sintético en su presentación, pero muy clínico y con una orientación althusseriana, en el sentido de cómo entendíamos la teoría como una práctica fundamental. Ganó el nuestro en asamblea estudiantil y no pasó nada con eso a nivel de la Facultad... Pero aprendimos mucho.

Lo habíamos elegido a Armando [Bauleo] sobre todo porque el primer año en que él vino a La Plata habíamos cursado un seminario dirigido por él, con clases expositivas y grupos operativos que convocó muchísima gente que se llamó “Qué es la Psicología”.

— **¿Cómo fue ese curso?**

Fue todo un seminario teórico-práctico, con un equipo de coordinadores de los grupos. Se hizo en ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata], era el sindicato de trabajadores no docentes, que era muy solidario con el movimiento estudiantil. Nos prestaron el edificio de la calle 44, que era la sede del sindicato, eran tipos muy macanudos.

— **Armando Bauleo fue asesor en varias instancias...**

Sí, en varias instancias. Ya estaba como Profesor, él organizó este curso que se llamó “Qué es la psicología”, que se daba en ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata] una vez por semana durante seis meses, más o menos. Muchos hicimos el curso, y los que coordinaban las mesas, los grupos operativos, después de clase, eran colegas más avanzados, con cierta experiencia. Era el modelo pichoniano clásico, el modelo de las experiencias acumulativas de [Enrique] Pichón [Rivière]. Entonces Armando [Bauleo] daba clase, a veces alguno más de los miembros de su equipo lo ayudaba en la clase teórica, y después había grupos operativos. Y los grupos que funcionaban en las aulas de ese lugar del sindicato estaban coordinadas por jóvenes colegas, algunas de La Plata y otras de Buenos Aires. Fue una muy buena experiencia. Otra experiencia paralela a la de cursar la Carrera, fueron los “Encuentros de la revisión crítica de la Psicología”. Ya habían hecho uno o dos y Bauleo estaba en la organización de uno de ellos. En esos tiempos y en ese ambiente solían producirse rupturas dentro de los mismos congresos. Si no se estaba de acuerdo con alguna medida, el costo o las coordinaciones, etc., se armaban congresos o encuentros paralelos. Muchos congresos se rompían por razones varias... era el clima de época, creo que debe ser difícil entenderlo hoy. El grupo que lo rompía, siempre hacía planteos “queremos entrar gratis”, “los estudiantes no tienen plata para hacer el congreso y tienen derecho de entrar” y se armaba un “tole tole”. Y terminaban armándose dos congresos: uno paralelo y otro el congreso oficial. Obviamente estábamos en el paralelo.

—Esto durante los años 68 y 69...

Sí, 68, 69 y hasta el 71 y el 72. Todos esos años fueron así, de mucha convulsión. Por ejemplo, yo recuerdo un congreso de psicoanálisis de la familia, o algo así, al que concurrí sola. Lo presidía un psicoanalista de Buenos Aires especializado en familia, muy reconocido, que luego se fue a vivir a Estados Unidos y trabajaba desde la perspectiva sistémica. En esa ocasión era un congreso formal, en el Aula Magna de Medicina de la UBA [Universidad de Buenos Aires], que es enorme, y estábamos escuchando una presentación y de pronto caen nubes de volantes irrumpiendo con consignas desde los pisos de más arriba. Estaban firmados por el FRATAC, que era el Frente de Trabajadores de la Cultura. Bueno ustedes seguramente no entienden si les digo que eran trotskistas, porque creo ustedes les dicen “troskos” a los que son muy de izquierda, ¿no?

— ¿A qué te referís con el término? ¿Tiene que ver con los “bolches”?

¡Claro! Actualmente se usa el término “troskos”, como “bolches” se usaba en nuestra época. Nosotros nos reivindicábamos como “bolches”. ¿Qué quería decir? Los bolcheviques eran, en Rusia, los que hicieron la Revolución, dirigidos por Lenin. Eran leninistas. Los otros eran mencheviques, que eran los que defendían la alianza con la burguesía. Decirle a alguien “sos un bolche” era decirle a alguien que era muy zurdo. La calificación de “trosko” que se usa actualmente viene a reemplazar a “bolche”. Pero no es por fidelidad a León Trotsky que se la usa. En cambio, para nuestra generación ser “trosko” era ser trotskista. Es difícil darle significados fuera de situación histórica. Sería que los “bolches” son los que pugnan por la hegemonía del proletariado y dirección por el Partido de esa clase... A lo Lenin: no proponés una alianza de clases o, si la sostenés, es con dirección proletaria. Han cambiado tanto las condiciones, que las significaciones que damos a las palabras también. En ese entonces algunos de los que nos sentíamos “bolches”, después fuimos “chinos”, porque estábamos muy interesados en la experiencia china, de Mao Tse-Tung. ¡Qué extraño es decir esto en este año!!!

Las organizaciones políticas revolucionarias eran organizaciones con una serie de cuidados y de principios que se guardaban mucho. Las citas, las reuniones clandestinas, en las casas a las que ibas sin saber dónde quedaba... Había montones de cosas que cuidábamos. Eso en parte preservó a muchos en la dictadura. Había muchas cosas de esas que protegió la clandestinidad de las organizaciones. ¡Siempre me pregunto cómo sería ser clandestino en esta época, con los celulares y su geolocalización!

Y volviendo a Psicología, [Armando] Bauleo fue una marca fuerte de algo distinto. En sus teorizaciones armaba, de diversas fuentes, algo ecléctico y cercano a cierta fenomenología. La fenomenología como perspectiva habitaba varios sitios del plan de estudios anterior, estaba en [Luis María] Ravagnan, estaba, en parte, en [Juan Carlos] Pizarro que era el profesor de Psicodiagnóstico y que fue Jefe del Departamento de Psicología durante muchos años.

— ¿Lo conociste a Juan Carlos Pizarro?

Sí. No sólo lo conocí, hasta hace poco tiempo tuve las tacitas de un juego que me regaló cuando me casé con mi primer marido. Juan Carlos Pizarro era un tipo amoroso, fino, homosexual, oligarca, traje cruzado, canoso y muy prolijo, todo cuidado, pero nada pacato. Un tipo librepensador con fachada de oligarca. El Departamento de Psicología era nuestro lugar, el de los

que nos gustaba charlar con él de psiquiatría o de literatura, y también donde nos reuníamos de manera clandestina durante el gobierno de [Juan Carlos] Onganía. El Departamento de Psicología quedaba en calle 54 entre 7 y 8 [ciudad de La Plata], una casa vieja, donde, con mi primer compañero, hicimos la despedida de solteros, porque nos casamos. Hicimos una fiesta buenísima con todos los amigos de las diversas facultades, recuerdo la bañadera llena de cervezas. Él era un tipo a quien lo que hacíamos los jóvenes le parecía maravilloso. Un día, una amiga venía del Sur con él, que siempre invitaba a su casa de Bariloche. Venían en la ruta y los para el ejército, y le preguntan a Pizarro: “¿Qué llevan ahí?” y él dijo “bombas”. Obviamente dicho por ese tipo con ese estilo, se rieron y le dijeron “siga nomás”. Tenían un montón de materiales políticos que habían llevado para leer. Era un muy buen tipo. Bueno, la fenomenología era la corriente de muchos de esos personajes, él daba Psicodiagnóstico, pero era además un tipo muy consultado sobre cuestiones clínicas.

De lo que no les conté nada es de la cátedra de Psicopatología, que dictaba el Dr. [David] Ziziemsky, Director del Servicio de Psicopatología del Hospital de Niños de La Plata, Sor María Ludovica. Fue el Profesor que marcó a mucha de la gente que luego tuvo esa materia. Graziela Napolitano era una de ellas, pero eran muchas más, de las que he olvidado sus nombres. Eran un equipo muy calificado para realizar diagnósticos y tratamientos con chicos. Ziziemsky era un tipo muy reconocido en diagnóstico psiquiátrico. Yo aprendí un poco la semiología psiquiátrica de los trastornos del pensamiento, a diferenciarlo de los trastornos de la afectividad. En esa época nos hacían presenciar las mostraciones e indagaciones clínico-psiquiátricas, que realizaba en Romero [Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos “Dr. Alejandro Korn”].

— **¿Veían las diferencias entre funciones superiores e inferiores y sus áreas?**

¡Sí! Todo estaba clasificado. Me parecía algo muy útil la semiología psiquiátrica fina. En mi clínica nunca me dediqué a realizar psicodiagnóstico, pero siempre me resultó útil conocer las diferentes perturbaciones o trastornos para no interpretar sin conocer las condiciones de recepción de cada paciente. Hoy la tecnología avanzó muchísimo y localiza a través de imágenes y otros medios y tecnologías diagnósticas. Pero, en ese momento, en las entrevistas de Romero [Hospital Interzonal de Agudos y Crónicos “Dr. Alejandro Korn”] era impresionante escucharlo. En ese entonces no se hacía ninguna objeción acerca de las afectaciones que podía tener el paciente y nadie consideraba, o al menos no era enunciado como parte de una política de maltrato, la exhibición del paciente. Creo que nunca oí hablar de los derechos del paciente durante toda la carrera. En mi experiencia, no me marcó demasiado esa cursada, me parecía muy lejana esa práctica ya que creía que mi clínica iba a ser con grupos e instituciones, no pensaba que iba a terminar haciendo psicoanálisis y psicoterapia individual de consultorio, y todavía no había encontrado las transversalidades entre esas clínicas. Siempre intuía una clínica no sólo psicológica, una “clínica ampliada”, como la nominé cuando lo pude formular en mi propuesta para la cátedra Psicoterapia II [Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata].

— **¿Podés vincular lo que estás comentando con la “identidad del psicólogo” como psicoanalista y como agente de cambio? Me pregunto si había algo de este legado blegeriano, de Juana Danis, de aquellos psicólogos que se insertaban en el campo comunitario...**

Sí, claro que había una influencia de la pareja Pichon-Bleger. Los nombro así porque José Bleger era psicoanalista, muy estudioso y publicaba bastante, mientras que [Enrique] Pichón [Rivière] era un tipo muy culto, pero muy bohemio. Hacía experiencias muy originales y no publicó nunca mucho más que algún artículo cortito. Pero Bleger tomó sus aportes y cuando miramos el reconocimiento de Bleger que realizan [Didier] Anzieu y [René] Kaës, que son miembros del CEFRAP [Círculo de Estudios Franceses para la Formación y la Investigación Activa en Psicología Dinámica de la Personalidad y Grupos Humanos] podemos reconocer el pensamiento de Pichón Rivière. Ahora bien, tu pregunta me dispara muchas cuestiones que no podríamos profundizar acá. En aquella época, los 60 y 70, en La Plata coexistían diversas clínicas y teorías, a veces eclécticamente y a veces pugnando por hegemonizar. La idea de clínica aludía a prácticas de salud mental de diverso tipo: comunidades terapéuticas, grupos terapéuticos, psicoterapia de familia junto a la crítica de la familia como institución. Surgían las terapias institucionales, el trabajo en ámbitos no cerrados: cárceles, escuelas, etc. Ese era nuestro caldo de cultivo. Todo eso influyó en mí, que además había entrado en Psicología muy interesada por lo que denominábamos “lo social” y “lo comunitario”. La cuestión de la definición del rol del psicólogo estaba muy abierta en ese momento y continuó estando para muchos. La idea pichoniana de “agente de cambio” no era muy académica, sino política, y la sostenía tanto el desarrollismo como el progresismo de izquierda. El cambio era lo nuevo, pero lo que estaba en pugna era qué cambio.

Hay otra dimensión de las prácticas profesionales que tienen una enorme incidencia en este debate: las prácticas comunitarias e institucionales requieren de un Estado que sostenga económicamente, y nuestro Estado Nacional ya daba indicios de no estar en condiciones de hacerlo. Crecía el trabajo *ad honorem* entre los psicólogos de hospitales de las grandes ciudades. Entre nosotros, el debate se realizaba con la pregunta por el “rol del psicólogo” más que por la identidad. Una diferencia enorme se abrió luego entre la Capital Federal [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] y las provincias: en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires], el ejercicio de la profesión se fue transformando en práctica privada y liberal. Todavía no se había encabalgado psicología y psicoanálisis como luego lo hizo. Pensemos también que el pensamiento de la función social de las disciplinas del conocimiento, citando a Foucault, fue posterior, al menos en nuestras lecturas. Era una disciplina muy joven, que debía metabolizar sus antecedentes europeos en América Latina, o, mejor dicho, en Argentina, que no terminaba de convencerse que era un país latinoamericano. La “revolución”, ya no sólo la rusa que era lejana y algo exótica para muchos, sino la cubana, acercó ese significante a nuestras tierras. Pero en nuestra formación, nuestros referentes eran europeos. Creo que tu pregunta debería ser tratada en otra entrevista o en otro proyecto de investigación, al que me sumaría con entusiasmo, ya que hoy hay condiciones de pensamiento sobre la cuestión que implican a todos los términos. ¿Nos sirve pensar la identidad de los psicólogos? ¿Qué es la identidad?, ¿Qué implica el campo de la psicología? ¿Qué es el cambio? ¿Quién y para quiénes es el cambio?

De hecho, en la institución de Buenos Aires de la que soy socia [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo] estamos dando un curso este año, y de golpe irrumpieron tres chicos de La Plata y fue otra cosa distinta a lo que circulaba entre los psicólogos porteños. Hay algo diferencial, para mí, a favor de La Plata: hay como una marca donde la Psicología no queda encerrada en la práctica liberal. Claro porque acá en Buenos Aires, bajo el significante “salud mental”, se nombra sin diferenciar a los profesionales que trabajan *ad honorem* largos años, a los que están rentados en los hospitales o centros de salud mental y a los que realizamos un ejercicio liberal de la profesión de forma privada, o semiprivada, en las prepagas. En Buenos Aires está la meta de tener el consultorio. Allá, en La Plata, creo que no todo psicólogo siente que no es psicólogo si no tiene pacientes en el consultorio. Aunque hoy se puede detectar un crecimiento importante de la práctica liberal. Yo trabajo capacitando y supervisando a psicólogos de distintas provincias y hay diferencias importantes en sus recorridos profesionales.

Entonces, la Carrera tenía un contenido de ese tipo. Y La Plata creo que sigue teniendo ese sesgo. En La Plata no influye sobre esto qué profesor está y qué dirección política tiene, sino que La Plata tiene una conformación estatal. Quizás, para tratar de entender mi recorrido profesional empecé con la historia de mi padre. Esto es algo que fui entendiendo cuando empecé a pensar con Ignacio Lewkowicz —autor del libro *Pensar sin Estado*— que me decía “La Plata es eminentemente estatal”. Hay una dimensión de lo estatal que trama las prácticas de las vidas de La Plata y probablemente también de las provincias del país. El Estado es importante en La Plata, es la capital de la Provincia. Funciona toda la estructura administrativa del Estado de la provincia de Buenos Aires. Hay algo de la “subjetividad estatal” en La Plata que incide sobre la Facultad [Universidad Nacional de La Plata], sobre las prácticas de docentes y estudiantes que se ganan la vida trabajando, muchas veces en esa misma estructura administrativa. El lugar de la creación de la Carrera, en la Facultad de Humanidades [y Ciencias de la Educación] de La Plata, tiene la marca de la ciudad capital de la Provincia, en una época con gran avanzada de las ciencias y consolidación del Estado Nacional.

Nosotros estábamos hablando igualmente de los 60 y 70, que fue cuando habité como estudiante la carrera de Psicología. Luego, en el año 73 o 74, el Ministro de Educación de [Juan Domingo] Perón nos dejó cesantes a todos los docentes interinos, es decir, no concursados, de las facultades, de todas las cátedras, de todos los equipos de investigación. Ahí es donde pierdo los dos laburos: el de la docencia en Humanidades y el del gabinete en el Colegio Nacional. Eso fue en el año 74, con el objetivo de limpiar la Facultad de los “bolches”. “De las facultades tienen que desaparecer esos extranjerizantes y subversivos”, decían. Ese es el período en el que la Facultad fue un páramo, con muy pocos docentes. Y yo dejé de ir por esos pasillos que tan familiares me resultaban.

—Alguna vez, dentro de tu tránsito por la Facultad —en Humanidades o en la Facultad de Psicología—, ¿fuiste Consejera?

No, no. Antes no había nada, no había gobierno de los claustros en la Facultad. Desde el año 66 hasta que me recibí, nunca tuve universidad democrática. Todo era elegido a dedo. No se convocaba, por tanto, a concursos. Como si no hubiera existido la Reforma Universitaria de 1918.

A [Raúl] Ballbé, el decano nazi, lo echamos. En medio del Cordobazo se fue corriendo. Cuando el Cordobazo logra hacer caer a [Juan Carlos] Onganía, se logra el denominado sábado inglés —sin trabajo a la tarde—, se conceden reformas reclamadas por los obreros, y en la universidad se reclaman los concursos. Ese movimiento no llega a efectuarse nunca, porque el país no vuelve a normalizarse institucionalmente, hasta después de la última dictadura.

Llega el golpe de 1976, con [Jorge Rafael] Videla, y la Universidad era un territorio donde la ley de la Reforma Universitaria no se cumplía. Por eso, la bandera de la Reforma siguió de estandarte, aunque en el país empezaron otros horrores que no habíamos imaginado padecer, que desplazaron a la docencia en mi recorrido, mis tribulaciones me llevaron para otros campos. Las condiciones de efectuación del terrorismo de Estado armaron la singular y siniestra modalidad del secuestro y la desaparición de personas. Durante el período siguiente al golpe la represión fue casi siempre en las sombras, oculta y negada por parte de las fuerzas militares. Pero empezó rápidamente la resistencia de los familiares de los desaparecidos, durante un tiempo sin ese nombre que fue acuñándose en esa resistencia. Simplemente decíamos “se lo llevaron”, “no sabemos dónde está”. Durante los primeros años de la dictadura, yo ayudaba en cuestiones como alojar a alguna madre que venía de una provincia a denunciar el secuestro de su hijo. Eran formas posibles de resistir. Esta logística de colaboración, la lectura de materiales de denuncia, la charla con algunos de esos familiares en un café al que los acompañábamos, me fueron acercando al movimiento de Madres de Plaza de Mayo, de tal manera que cuando se decide armar un Equipo de Asistencia Psicológica, me sumo al núcleo de ese equipo, integrado inicialmente por cinco personas.

Empezamos a escuchar a las madres que se encontraban mal, angustiadas cuando recibían alguna noticia de su hijo o hija, por parte de algún secuestrado que era liberado, y apreciábamos el intenso efecto que tenían sus compañeras haciendo tareas entre ellas, imprimiendo algo, hablando con periodistas, y sobre todo preparando sus marchas de los jueves a la tarde. Y fuimos empezando, sin demasiada conciencia de ello, a diseñar modos de posicionarnos en esos singulares abordajes. Por seguridad, no tomábamos notas de las entrevistas, pero sí empezamos a escribir lo que procesábamos en el equipo. Tuvimos un primer encuentro, no recuerdo la fecha, con otros colegas que trabajaban para otros organismos, que empezaban a denominarse de esa manera: organismos de Derechos Humanos, todos integrados por familiares de personas desaparecidas. El debate fue principalmente acerca de ciertas nominaciones: duelo, desaparición forzada... Fueron muchos nombres que caían y se acuñaban otros, había una disputa política por las nominaciones que las Madres tenían muy clara. Eran una máquina de imaginar consignas: “¡Aparición con vida y castigo a los culpables!” “¡Con vida los llevaron, con vida los queremos!” Fuimos entendiendo la singularidad de esa agrupación y elaborando formas de trabajo grupal, que tomaba cuestiones de nuestra formación e inventaba otras. Admirábamos su potencia, que se confirmaba con el lugar que habían logrado con tan escasos recursos. Habían logrado visibilizar el horror de la represión en nuestro país, viajado, visitado autoridades de países lejanos, y habían logrado la visita de organizaciones internacionales y apoyo económico como para alquilar otra casa. Durante un tiempo no teníamos espacio propio para trabajar, la casa de las Madres

era un pequeño departamento de la calle Uruguay, cerca de Tribunales [barrio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires]. A veces, si necesitábamos cierta privacidad, nos metíamos en un espacio, casi un placard, de la fotocopidora. Luego en la medida en que se produjo la consolidación institucional y se empezó a recibir ayuda económica se mudaron cerca de la Plaza del Congreso. Allí tuvimos una habitación pequeña, pero podíamos tener reuniones con una familia si era necesario. Íbamos de a dos a la casa, a veces más seguido, a veces menos, y nos reuníamos una vez a la semana para dialogar sobre la experiencia. Seguimos siendo cinco miembros bastante tiempo hasta que el trabajo nos desbordó. Nos invitaban de algunas instituciones del interior del país a contar la experiencia, o a trabajar con escuelas, o sindicatos que estaban procesando la angustia que producía conocer o constatar el horror sufrido por algunos de ellos. Íbamos a reconocer lugares que habían funcionado de “chupaderos” [centros clandestinos de detención]. En cada ciudad que visitábamos se presentaba alguien que pedía conversar o alguien que contaba una experiencia sufrida, que nunca había compartido con otro. Se producían verdaderos espacios de elaboración colectiva y fuimos aprendiendo de sus efectos. Entendíamos que el movimiento de las Madres se constituía en un analizador, en el sentido del análisis institucional, y que éramos mediadores afectados por el proceso de análisis. Publicamos el primer libro sobre los *Efectos psicológicos de la represión política*, que editaron las Madres, y su venta fue en beneficio de la Organización. Nunca cobramos en la tarea asistencial. Cuando nos incorporamos a esa tarea, lo vivimos como una oportunidad de preservación personal, de solidaridad con el movimiento que hacía punta en la resistencia a la dictadura, que aún hoy agradezco haber realizado.

Creo que ha sido la experiencia más fuerte en mí recorrido profesional y que me marcó más que cualquier otra. Aprendí, investigué, conocí, produje escritos que me llevaron a otras experiencias clínicas de tipo límite o catastrófica. No me he alejado de ciertas temáticas y hoy son insumos de otras prácticas, como herramientas en procesos de autogestión, en análisis de instituciones, o en abordajes de salud, supervisión de tareas comunitarias, etc., y formó parte de mi capital para armar la modalidad de trabajo con los estudiantes y con los compañeros de la cátedra Psicoterapia II [Facultad de Psicología, UNLP]. El equipo dejó de existir como tal en el momento en que las Madres necesitaron otro tipo de apoyos. Nosotros habíamos duplicado la cantidad de miembros y seguimos trabajando asistiendo a hermanos, padres, madres y demás familiares de desaparecidos. También algunos de nosotros asistimos a ex detenidos. El movimiento fue transformándose, tomando otros rumbos. En 1989, ya desprendidas de la organización de las Madres, tuvimos discusiones, diferencias teóricas, de criterios clínicos, se impusieron intereses personales y diferencias políticas, y se disolvió el equipo.

Yo había dejado de acordar con el PCR [Partido Comunista Revolucionario] y empezaba un recorrido distinto de pensamiento. Para procesar en pensamiento el duelo por el fin de semejante experiencia, constituimos un equipo de tres, con dos colegas, Marta L’Hoste y Osvaldo Bonano, con quienes habíamos compartido mucha de esa experiencia en Derechos Humanos. Fuimos armando una pequeña producción escrita acerca del trabajo con grupos que fue el inicio de un trabajo constante que duró veinte años haciendo intervenciones institucionales, supervisando equipos de profesionales, colaborando con residencias, realizando talleres de elaboración de lo que denominábamos

trauma social, brindando seminarios teórico-clínicos. Esa experiencia culminó con la publicación de un libro en 2008: *El oficio de intervenir. Políticas de subjetivación en grupos e instituciones*.

Retomando la pregunta, fue en el año 2001, cuando me presenté para la cátedra Psicoterapia II de la Facultad de Psicología [Universidad Nacional de La Plata]. Cuando el pase a facultad se efectivizó, entre los estudiantes se rumoreaba que me iban a proponer algo. Yo acepté ser Consejera y, justo al año, me retiré. El Consejo ya se había normalizado y había que elegir nuevos consejeros. No me sentía muy cómoda, no vivía en la ciudad, trabajaba mucho en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires]. No me resultó muy productivo. Intenté revisar el Plan de Estudios y todo se trababa. Tenía la sensación de que no era en el Consejo donde se podían realizar experiencias potentes y las cuestiones de la Facultad parecían estar decididas afuera de ese ámbito y con criterios que yo no compartía.

—Entonces, recapitulando, el período que va desde tu graduación y tu participación en la cátedra de Higiene Mental hasta el momento de hacerte cargo de Psicoterapia II es de alrededor de 40 años...

No sé si 40... ¿Tantos? En el 75 nos vinimos a vivir a Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires]. Ya hacía un semestre que no trabajábamos en la Universidad. En el 2000, me presenté al concurso de Psicología Social y perdí, porque mi opositor tenía una maestría y eso constituía antecedentes académicos que yo no tenía. Así que menos de 40 años. Me gustó preparar aquella clase de oposición. La hice grabar e invité amigos para que escuchen las dos clases. Y, aunque perdí, sabía que de tener título de posgrado yo ganaba, había dado una excelente clase. Luego la publiqué —con cierto orgullo— en la Revista de la AAPPG [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupos]. En el 2001, ¡qué año!, me avisan del concurso de Psicoterapia II y en febrero del 2002 se efectúa la clase de oposición. Reviso el contenido mínimo requerido para la asignatura y veo que, en un lenguaje muy antiguo, plantea que esa materia debe dictar las psicoterapias de más de una persona, mientras que, Psicoterapia I, las individuales. Primero no sabía si presentarme hasta que decido problematizar esa idea numérica de la clínica y, luego, siguiendo la perspectiva en la que yo ya estaba instalada, problematizo la noción misma de psicoterapia y reformulo la idea de clínica. Es decir que encontré una fisura para poder desarrollar la problemática de la subjetividad, que era el recorrido en el que venía trabajando tanto en mi clínica como analista de grupos, de parejas, familias o instituciones.

—También hiciste un recorrido en el trabajo con grupos, por ejemplo, en la AAPPG [Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo].

Sí, sí, pero digamos que yo no iba a dar psicoterapia vincular ni hablar de las diferencias de dispositivo, de si son uno, dos, cinco o doce personas, sus habitantes. Lo singular no se da por lo numérico, como parecían indicar los contenidos mínimos. Lo que me importaba era la singularidad de cada situación clínica y las diferencias y los posibles de cada abordaje.

—Entonces, ¿cómo fue la construcción de tu práctica en esta migración de La Plata a Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires]?

Hemos saltado una experiencia fundante en mi recorrido durante la dictadura de [Jorge Rafael] Videla. No hablamos de eso, porque nos detuvimos con lo de Madres [de Plaza de Mayo] y

algunas cuestiones de mi inserción en la Facultad... Quedamos sin trabajo, mi compañero y yo. A mi compañero, mi exmarido, lo habían llevado preso y le habían preguntado por mí, por lo que empezamos a pensar en salir de la ciudad, sin dejar el país. Él había sido jugador de vóley y consigue trabajo como ayudante de entrenador. Y yo tengo una oportunidad de trabajo, como capacitadora y supervisora de los grupos de las clases. Milagrosamente mi madre ve un aviso en el que pedían psicólogas en unos institutos de lectura veloz y memoria, ILVEM se llamaba la empresa. Decidimos mudarnos, porque debíamos volver muy tarde a La Plata y la primera noche secuestran a un compañero de militancia del movimiento estudiantil, que militaba muy cerca de él, por lo que apresuramos la mudanza a un departamento en Buenos Aires. Yo decido que a La Plata sólo vuelvo a atender pacientes una vez por semana, quedándome a dormir en el departamento de mis padres en la ciudad. Pero también empiezo a hablar con los pacientes platenses de la posibilidad de que los atendiera en Buenos Aires. Ya era difícil llegar a La Plata, porque la [policía] bonaerense cortaba la ruta. Y bueno, con bruta tristeza, había que fundar una vida clandestina, sabiendo que venía el golpe y que iba a ser feroz. Las organizaciones de militantes estaban bastante dispersas. Era mejor Buenos Aires. Teníamos trabajo y no nos conocía nadie. Empezamos a charlar muy acotadamente con los compañeros de trabajo de ILVEM, tomábamos cerveza en algún bar y me hice una amiga con la que algo se podía hablar. Era porteña y peronista. De ILVEM secuestraron a varios compañeros al año siguiente, que también eran pibes con historia militante. Me dediqué a trabajar en ILVEM y a atender a los pocos pacientes que tenía, algunos de La Plata que trabajaban en Buenos Aires, y a otros que alguien me derivaba. Terminaba tarde, trabajaba los sábados. No tuve más contacto con la Facultad. Solo me encontré con platenses en el cumpleaños de [Enrique] Pichón Rivière, porque le hicieron un homenaje que funcionó como una fiesta rara de llantos y abrazos. No vuelvo a hacer nada en La Plata y, lentamente, me contacto con mis compañeros de militancia. Ya estábamos en el 76, en dictadura. Ya estábamos en el momento más horrendo. Luego, me separo del compañero con el que nos habíamos venido a Buenos Aires y me quedo viviendo sola. Sigo trabajando *part-time* en ILVEM y como psicóloga de consultorio. Yo había empezado a atender pacientes en La Plata cuando mucha gente de la Facultad me pedía si los podía atender. No era mi sueño, pero me interesaba poder ayudar a quienes les costaba encontrar un analista de confianza política... y la paranoia no era solamente patología.

— ¿Era frecuente esa práctica de consultorio, teniendo en cuenta la problemática en torno al ejercicio de la psicoterapia para los psicólogos?

En las instituciones no podías trabajar si un médico no te avalaba. La persecución era más simbólica y producía un efecto de inhibición, sobre todo cuando había que decidir si internar o no a un paciente. Si había un médico y un psicólogo discutiendo, te ganaba el médico. Vos no tenías poder legal. No existía el sistema prepago, muy instaurado hoy para la salud mental. Atendíamos de forma medio clandestina. Pero todo el mundo sabía que la psicóloga estaba en tal piso del edificio, y nadie decía nada. Antes del golpe no era perseguida la profesión, pero ya en Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] y en dictadura, se sospechaba de los consultorios y sobre todo de las actividades grupales. El Dr.

[Héctor] Fiorini, que organizaba grupos de estudio, en Buenos Aires, nos hacía entrar en grupitos muy chicos al consultorio en un seminario que cursé.

El debate sobre “el rol del psicólogo” y el ejercicio de la psicoterapia, durante muchos años fue un gran tema. Tengo papeles de muchas mesas redondas donde se discutía eso. Era un eje muy importante. En La Plata siempre fue “del psicólogo”, psicólogo de orientación psicoanalítica, pero psicólogo. Mientras que, en Buenos Aires, la mayoría de los “psi”, se autodenominan psicoanalistas. Acá el tipo que te dice que es psicólogo y no psicoanalista es alguien que en general está en contra del psicoanálisis. Ese es el problema, porque es binaria la manera del planteo: o sos esto o sos esto otro. Yo siempre digo que hago clínica psicoanalítica, que hago análisis institucional, no que soy psicoanalista, ni soy analista institucional. Son haceres, no identidades...

Esa fue mi entrada acá y me fui a un grupo de Fiorini que era el tipo que tenía cierta perspectiva clínica que a mí me parecía afín. Y así empecé a trabajar con gente de acá.

— ¿Se puede pensar, a partir de lo que mencionás, que ya existía antes de la dictadura de 1976 un desprestigio o una declinación del kleinismo?

Formulado así, no sé... Empieza a circular, a través de otros autores, lecturas de [Jacques] Lacan. Acuerdo en que empieza a haber un modo del ejercicio de la hegemonía teórica lacaniana un tanto tiránica, por un lado, porque hay un libro, un autor que resulta sinónimo y contraseña de “el psicoanálisis”. Revisando las producciones del psicoanálisis reconozco las tres fundamentales —[Sigmund] Freud, [Melanie] Klein y Lacan—, pero además hay “n” teorizaciones más, algunas de ellas desde otros paradigmas teóricos. Creo que el drama de las teorizaciones de nuestra profesión no es la existencia de tantas teorizaciones, sino la dificultad de imaginar y fundar perspectivas que se basen en los desarrollos que se están haciendo en las clínicas más variadas. Hay como una necesidad de “la teoría”, así como la del género, es una búsqueda antigua y religiosa. Es decir, que registro una tendencia a ignorar lo infinitamente determinable, como postulaba [Cornelius] Castoriadis, lo incierto, en la multiplicidad y variedad de las singularidades que hacen a las existencias. Hay también un intenso uso de la jerga, sobre todo lacaniana, como contraseña de pertenencia, tal como ocurrió con Klein. Yo prefiero trabajar conceptos puntuales, extraídos de algunas teorizaciones, registrando los efectos de su uso singular al modo de —aporte foucaultiano— una caja de herramientas. Me interesan hoy algunos pensadores contemporáneos para revisar las lógicas del pensamiento de cada teorización.

—Para finalizar ¿podrías mencionar a algunos de estos pensadores que hoy te acompañan en esta continua revisión de tu práctica?

Durante la postdictadura releí a [Michel] Foucault con mucho interés y tuve una influencia muy importante de Ignacio Lewkowicz, joven historiador con quien trabajé la incidencia del pensamiento contemporáneo de [Cornelius] Castoriadis, [Alain] Badiou y [Giorgio] Agamben, en el campo de la subjetividad. Pensar en este campo rompe con la escisión entre lo colectivo y lo individual que habita ciertos psicoanálisis, que cuando hablan de lo singular suponen que hablan exclusivamente del sujeto psíquico, excluyendo así lo singular de algunos acontecimientos sociales. Ese pasaje por la experiencia de pensar con Lewkowicz —que duró 6 años— me intervino

para revisar la experiencia política en la universidad y en los Derechos Humanos. Murió muy joven, a los 43 años, en un accidente. Durante esos años me fui empapando de Cornelius Castoriadis, que visitó Buenos Aires [Ciudad Autónoma de Buenos Aires] tres veces y dictó hermosos seminarios donde desplegaba conceptualmente la construcción imaginaria de la sociedad y nos permitió entender su fundamentación filosófica de la relación inextricable entre lo social y lo psíquico. Luego me fui acercando a la obra de René Loureau, sobre análisis institucional, y al psicoanálisis francés de grupos, de Didier Anzieu y René Kaës. Revisar la experiencia pichoniana de los años sesenta y setenta en nuestro país me resultó muy útil para diseñar dispositivos grupales que denominamos reflexivos, en homenaje a Castoriadis. Pero, en la actualidad, y desde hace ya casi diez años, estoy trabajando la obra de Giles Deleuze y de Félix Guattari, en grupos de pensamiento filosófico con Diego Sztulwark. Estos autores me abrieron a la lectura de pensadores varios que enriquecieron y complejizaron mis intervenciones, tanto clínicas como políticas, y me hicieron conocer el pensamiento de Maurizio Lazzarato, Bifo Berardi, Paolo Virno y Antonio Negri, todos italianos que provienen del movimiento *operaista italiano*. Ellos permiten pensar las nuevas formas de organización colectiva, la clínica institucional, vincular y de grupos, con un abordaje bastante singular, del que empecé a dar cuenta en mi presentación al concurso en el 2002, cuando volví a la Facultad platense —ahora sí— de Psicología, para acceder a la responsabilidad de armar una cátedra: Psicoterapia II. Gracias a ese gesto de audacia, los conocí a muchos de ustedes...

Buenos Aires, enero de 2020

CAPÍTULO 9

Entrevista a María Luisa Femenías

Ariel Martínez y Luisina Bolla

María Luisa Femenías (Ciudad de Buenos Aires, 18 de agosto de 1950) es Doctora en Filosofía (Universidad Complutense de Madrid). Ha sido fundadora y directora del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CINIG-IdIHCS-Universidad Nacional de La Plata-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), fundadora y directora de la Especialización en Educación, Géneros y Sexualidades de la Secretaría de Posgrado de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeñó como profesora titular de la cátedra de Antropología Filosófica del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, donde dirigió diversos proyectos de investigación. Es autora de numerosos libros y artículos de publicación nacional e internacional y responsable de la formación de investigadores y tesistas. La relevancia de su figura radica en el lugar que ha ganado como interlocutora notable en el campo del feminismo filosófico y de los estudios de género, tanto en el país como internacionalmente. Es una de las principales exégetas del pensamiento de Judith Butler en nuestro país y de sus implicaciones para la psicología.

En esta entrevista se indagan aspectos teóricos centrales que han conformado las líneas de investigación a lo largo de la carrera de Femenías, así como aspectos político-institucionales de la recepción del feminismo, la categoría de género y la teoría queer en la academia local. La entrevistada se refiere a su recorrido formativo y al modo en que fue consolidándose el feminismo filosófico y la filosofía de género en la Argentina. Asimismo, señala aspectos de su recorrido en la UNLP, de su producción teórica y de la situación actual de los estudios de género, habida cuenta de la creciente institucionalización del feminismo.

—Nos gustaría comenzar preguntando cuál fue su formación, qué temas comenzó a estudiar y en qué áreas de la filosofía. ¿Cuáles fueron sus inicios académicos?

[M. L. F.] Empecé a estudiar Filosofía en el año 1972. Rendí el examen de ingreso, en ese momento había examen de ingreso en la UBA [Universidad de Buenos Aires], y entré. Rendí dos veces el examen de ingreso. La primera vez no entré, la segunda vez sí. Era una época donde había cupos, entonces, aunque tu examen no fuera rechazado, si había tanto porcentaje de exámenes mejores que el tuyo quedabas por debajo de la línea. Mis estudios de grado fueron muy azarosos, por usar una palabra suave. Entré en el 72, era gobierno militar. En el 73 era el gobierno de [Héctor José] Cámpora. En el año 74 falleció [Juan Domingo] Perón y empezó a tener

fuerza el lopezrreguismo [José López Rega]. En el año 76 fue el golpe de Estado, por lo cual la Facultad estuvo medio año cerrada y cuando reiniciamos quedamos muy pocos en la carrera de Filosofía. Muy pocos quieren decir que hubo gente de la cual no supimos nunca más nada. Algunos dejaron la carrera, dadas las circunstancias. Por diferentes motivos algunos profesores ya no estuvieron más. Por esto, una de las profesoras se hizo cargo del Departamento y nos fue citando de a uno para, de alguna manera, arreglar la situación. Tuvimos que reconstruir nuestros trayectos explicando qué materias habíamos cursado para que nos hicieran una especie de plan *ad-hoc*, especial, en virtud de las materias que nos faltaban. La idea era que todos termináramos la carrera lo antes posible y saliéramos del sistema porque los que entraban ya tenían otro programa, otras obligaciones, otros requisitos y ya existía una situación totalmente diferente, política y social, dentro de la Facultad. A todo esto, algunas materias no se me reconocieron porque las aprobé con profesores que dejaron de pertenecer a la casa, por distintos motivos. Tuve que recurrir otras materias porque las cursé con personas que tampoco pertenecían ya a la casa, o sea, no se me anularon, pero casi, y me dieron a optar materias para compensar otras que no me aceptaban. Por ejemplo, tuve que rendir cuatro niveles de Griego, cuando lo obligatorio originalmente eran dos. No cursé Latín, cuando originalmente había que cursarlo. Hice cuatro niveles de Sánscrito, de lo cual quédense tranquilos, no me acuerdo nada. Sí aprendí filosofía hindú, pero la lengua no me interesaba. En esa disciplina tuve dos profesores —Fernando Tola y Carmen Dragonetti— a los cuales realmente aprecié mucho porque fueron muy conscientes de la situación en la cual la misma Facultad los estaba poniendo. Estaban acostumbrados a trabajar con dos o tres alumnos interesados y de golpe estuvieron con un montón de alumnos no interesados, pero que teníamos que cumplir con un montón de requisitos impuestos. Todo esto para decir que cuando di la última materia, en noviembre del año 77 —fue un seminario sobre Platón— me encontré con que tardé un año, más o menos, en obtener el reconocimiento del título. Todo pasaba por organismos de control, entonces tenían que controlar si uno efectivamente había rendido, quién era, qué antecedentes tenía. No lo sé, pero calculo, conjeturalmente, que todos los alumnos que nos recibimos en esa época debemos tener expedientes en algún organismo de control, que sobrevivirán o no. Todos los días había que dejar el documento, libreta universitaria, a veces azarosamente nos interrogaban. Era una época en que la policía montada podía entrar en cualquier momento. Yo en ese momento estudiaba en la calle Independencia, era la sede de nuestra Facultad [de la Universidad de Buenos Aires] y la policía montada entraba directamente al *hall* de abajo, donde ahora es la Facultad de Psicología. Después, cuando se restringió mucho el número de alumnos, empezamos a cursar en [la sede de] 25 de Mayo, donde, en este momento, están las bibliotecas. Más de una vez entrábamos por la puerta de [la calle] 25 de Mayo y, dependiendo de circunstancias que no eran conocidas, desconocidas, conjeturales, etc., salíamos por una puerta pequeña que daba a [la Avenida] Leandro Alem, por unos pasillos laberínticos. Hecho todo este anecdotario, obtuve mi título en el año 78, y en ese momento un título en Filosofía era lo peor que podías tener en tus manos, por lo tanto seguí trabajando como maestra de primaria muchos años hasta que en el año 83 asume el gobierno de Raúl Alfonsín y fue el Juicio a las Juntas y, en enero del 84, nunca me voy a olvidar, el 31 de enero

del 84, citaron a un grupo de ex alumnos que estábamos perdidos por ahí, para comenzar a ser ayudantes contratados para los exámenes de ingreso que se tenían que tomar para el ciclo lectivo que comenzaba. Había que organizar programas, cátedras, materias, etc. Yo no sé cómo ni quién dio mi nombre, ni cómo me encontraron. Un día llamaron a mi casa por teléfono, en ese momento yo vivía en provincia [de Buenos Aires], y dijeron que tal día y a tal hora había que presentarse, y yo tal día a tal hora me presenté y me encontré con caras conocidas. Por ejemplo, estaba Carlos Oller, nos habíamos cruzado muchas veces por los pasillos, además había sido alumno en mis prácticas en el [Colegio] Nacional de Buenos Aires. También vi a otros profesores, como Gladys Palau, Alberto Moretti, por ejemplo, encontrándonos todos con la misma cara de asombro. Entonces nos comenzaron a explicar —una de las que explicaba cómo se iban a organizar los ingresos era Gladys Palau— porque todavía no estaba resuelto ese tema y había que comenzar las clases. Nos dividieron en grupos. A mí me tocó lógica, por lo tanto, me tocó trabajar con el grupo de Carlos Oller y empezamos en esas condiciones dos meses —febrero y marzo— para poder habilitar los exámenes de ingreso que fueron muy *sui generis*. Se hizo un examen formal para la mitad de la gente que había dejado la carrera y retomaba, y para darles la bienvenida a la poca gente que empezaba de cero, para darles el ingreso, sin excluir a nadie, porque el proyecto era otro ya, no era el proyecto de cupos cerrados que había antes. Ese mismo año me convocaron, junto con algunos colegas, para empezar a trabajar como ayudantes de segunda. Como por supuesto no había dinero, nos dieron un nombramiento y dos cátedras. En cada cátedra trabajábamos con dos comisiones, o sea que dábamos cuatro comisiones. Yo entré a una materia que había en ese momento en la carrera de Letras, que se llamaba Historia Antigua y Medieval, la titular era la profesora Victoria Juliá; y a otra materia que era Introducción a la Filosofía, una cátedra nueva que se estaba abriendo y ahí conocí a Margarita Costa. Yo no la conocía, había leído sus traducciones de Hume por mi cuenta, pero ella no estaba trabajando en ese momento en Buenos Aires. Esas fueron las dos cátedras a las que yo entré. A mí me interesaba la filosofía antigua, siempre me interesó, entonces yo seguía haciendo por voluntad los seminarios que dictaba la cátedra de María Isabel Santa Cruz y Francisco Olivieri. Cursaba todos esos seminarios y participaba, junto a otros compañeros y colegas. Recuerdo a Graciela Marcos, a Alejandro Miroli, y en cuanto hubo una vacante, debida a la reorganización y restructuración de las carreras, yo pasé de Historia Antigua y Medieval, para Letras, a Historia de la Filosofía Antigua, para Filosofía. Ahí trabajé muchísimos años en Historia de la Filosofía Antigua para Filosofía, y en Introducción a la Filosofía, para todas las carreras, perteneciendo al Departamento de Filosofía durante muchos años. En el año 90 obtuve el Sabático Complutense, gracias a Celia Amorós. Yo había hecho unos cursos en paralelo sobre teoría feminista —“feminismo filosófico”, en realidad, como Amorós lo llamaba— que había organizado el Senado de la Nación. Ahí obtuve lo que se llamó el Sabático Complutense, una especie de beca, y fui a España a hacer el doctorado. Ya estaba realizando el doctorado en filosofía en la UBA y mi tesis era sobre la crítica de Aristóteles a los argumentos estrictos de Platón; el argumento del tercer hombre, una cosa absolutamente chiquita y puntual que en la *Metafísica* son 4 o 5 renglones. Tenía escrito un primer borrador, en el que todavía había mucho que trabajar, pero había un primer borrador. Cuando

empecé a dedicarme al feminismo filosófico me di cuenta de que no podía hacer las dos cosas bien, tenía que hacer una o la otra. Me di cuenta de que si pretendía llevarlas en paralelo, no iba a hacer bien ninguna de las dos cosas, porque no me daba ni el tiempo ni la cabeza para ambas. Y opté por algo que todo el mundo consideró que era la peor elección de mi vida, porque era algo que todavía no existía, estaba por hacerse, no tenía entidad ni filosófica ni teórica, no existían ni cursos ni seminarios ni espacios ni palabras porque había que traducirlas o inventarlas, pero realmente fue con lo que yo sentí que más me podía comprometer. Recuerdo perfectamente que un día me dije: voy a hacer mediocremente la enésima tesis sobre una nota al pie de página de unos originales que nunca voy a ver, porque nunca voy a viajar a una universidad que tenga esos originales; no tiene mucho sentido que pretenda hacerlo. Sobre las críticas de Aristóteles a Platón hay dos mil años de crítica erudita, ¿qué puedo decir yo que no haya dicho cualquiera de esos eruditos antes? Nada. Por lo tanto, me quedo con lo otro y trato de ver si puedo aportar algo o por lo menos me entretengo o me divierto. Paralelamente seguí dando mis clases hasta que entré en La Plata, y al entrar en La Plata en el año 92 pude dejar un terciario, el Joaquín V. González, y algunos secundarios donde daba clases, porque con la ayudantía sola no llegaba a pagar el alquiler. Y me quedé en la Facultad, donde sentí el mayor arraigo. Por tanto, mis primeras investigaciones son sobre problemas del lenguaje en Aristóteles, que tampoco estaba de moda. De Aristóteles se trabajaba la metafísica más que el lenguaje, a mí me interesaba partir del lenguaje para ver cómo se consolidaba la *Metafísica*, era dar una vuelta que a nadie le parecía que fuera demasiado viable; siempre me metí en caminos poco transitados, por decirlo así. En La Plata, el primer proyecto que dirigí fue sobre retórica en Aristóteles¹⁷, no retórica desde el punto de vista de la lengua, sino retórica como ejercicio de persuasión política, el uso de la retórica como ejercicio de persuasión política. Digamos que fue un proyecto que duró poco e inmediatamente empecé a presentar proyectos sobre el problema de la noción de sujeto¹⁸, de qué manera concebir la noción de sujeto incluyendo a varones y mujeres, sujeto como una categoría vacía que incluyera a quien quiera que fuera, digo varones y mujeres, porque en esa época se hablaba binariamente. Eso era lo que a mí me interesaba ver, porque al leer los clásicos notaba el desplazamiento de una concepción que se suponía universalista hacia una concepción que se restringía, por el uso mismo del lenguaje, hasta culminar en un concepto que sólo incluía a los varones. Esos más o menos fueron los comienzos.

¹⁷ Femenías, María Luisa, Directora (1994). Legitimación y función de la retórica filosófica en Aristóteles / H029. (Proyecto de investigación). UNLP. FaHCE. Departamento de Filosofía.

¹⁸ Femenías, María Luisa, Directora (1996). El debate modernidad-posmodernidad desde la teoría filosófica de género y la construcción del sujeto-mujer / H125; Directora (1998). La constitución del sujeto moderno. Examen crítico desde la teoría filosófica de género / H225; Directora (2002). Las figuras de lo "Otro": sujeto, género, multiculturalismo / H335; Directora (2005). Identidad: cuerpo, género y otras tecnologías / H397; Directora (2007). Masculino / Femenino. La conceptualización de "lo humano" en el pensamiento contemporáneo: la irrupción de la multiplicidad / H471; Directora (2011). La constitución del sujeto-agente: los aportes de la filosofía de Judith Butler y su influencia actual La constitución del sujeto-agente: los aportes de la filosofía de Judith Butler y su influencia actual / H591; Directora (2011). Contribuciones para un análisis interdisciplinar de la violencia de sexo-género. Estrategias para su abordaje / H592; Directora (2015). Espectros, diálogos y referentes polémicos: Judith Butler fuera de sí / H731. UNLP. FaHCE. Departamento de Filosofía y Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género.

— ¿Cómo es su llegada a la filosofía feminista? ¿Cómo se denominaba en ese momento el área y cómo cambiaron las denominaciones con el tiempo?

Nosotras, y acá tengo que nombrar a un grupo de colegas con las que iniciamos este tema, nos reuníamos en un cuartito pequeñito de la facultad, que llamábamos “el cuartito”. Estaba lleno de trastos y nos reuníamos ahí. Comenzamos a leer para estudiar y para saber, para algo que nos interesaba, y estoy pensando en Ana María Bach, Alicia Gianella, Clara Kuschnir, Diana Maffía, Margarita Roulet, María Isabel Santa Cruz, yo misma, y más personas que después se fueron sumando. Empezamos a leer textos que circulaban en ese momento como *Women’s Studies* [Estudios de las Mujeres]. Los textos no estaban traducidos: las que leíamos inglés, los leíamos y los traducíamos para discutir; las que leían francés, los leían y lo traducían para discutir, y ahí fuimos formando una especie de bagaje de conocimientos en paralelo y de una manera un tanto externa a la Facultad. Ahí decidimos empezar a publicar *Hiparquía*¹⁹, porque había panfletos reivindicatorios, pero no había producción teórica filosófica con la cual discutir, y eso era lo que nos interesaba a nosotras. Recuerdo que una amiga mía, que vive en Estados Unidos, nos mandaba material que no era de fácil acceso. Marita Santa Cruz viajaba bastante a Francia —ella tiene muchas conexiones con Francia porque hizo su doctorado en La Sorbonne— y traía bibliografía francesa. Yo aprendí francés en esos cursos, porque la capacitación de la carrera la hice con *El ser y la nada*, de Sartre, pero no salí de ahí. Fue luego cuando empecé a luchar con otros textos en francés. Ahí nos dimos cuenta de que no había prácticamente teoría en castellano. Y salieron al mismo tiempo, en 1988, *Feminaria*²⁰ e *Hiparquía*. *Feminaria*, dirigida por Lea Fletcher —ella tomó la iniciativa de venderla en kioscos— incluía literatura. Nosotras, literatura, no. Nos interesaba la filosofía, en consecuencia, tenía un público más restringido. En un momento Marita Santa Cruz decidió que tenía que dictar un seminario y abrirlo a los alumnos porque entre las colegas ya más o menos habíamos llegado a las interesadas y éramos un grupo muy pequeño, la idea era abrirlo a las chicas más jóvenes. Como nosotras éramos ayudantes, ninguna podía firmar un seminario, en aquel momento, si no eras Profesora Titular o Asociada, ni te lo aprobaban. Marita Santa Cruz era Asociada, si no recuerdo mal, en esa época. Ella firmó el seminario que se llamó Género y Razón²¹. La gente pensó que se trataba de los géneros aristotélicos,

¹⁹ <http://www.hiparquia.fahce.unlp.edu.ar>

²⁰ <https://tierra-violeta.com.ar/biblioteca-feminaria/revista-feminaria/>

²¹ En el segundo volumen de *Hiparquía* publicado en 1989, en una sección dedicada a Crónicas, Clara Kuschnir publicó lo siguiente: “Durante el primer cuatrimestre de 1988 y dirigido por la Doctora María Isabel Santa Cruz se realizó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires un seminario dedicado al tema “Género y Razón”. Por primera vez en el Departamento de Filosofía y por el impulso y entusiasmo de una investigadora de AAMEF (Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía), un tema básico del feminismo filosófico pudo ser estudiado y debatido en este ámbito académico ofreciendo a alumnos y graduados la posibilidad de profundizar esta nueva disciplina. Queremos destacar que la realización de este seminario constituye de por sí un hecho de extraordinaria importancia ya que abre las puertas de esa facultad a un nuevo estilo de especulación. El programa y la bibliografía abarcaron aspectos no tradicionales del pensamiento filosófico y casi sin excepción dieron lugar a discusiones interesantes con participación de un número apreciable de alumnos y graduados. Somos conscientes de la necesidad de que esta clase de seminarios se reitere y aspiramos a que el apoyo de autoridades y alumnos nos permita encarar la inclusión del Feminismo Filosófico —con los innumerables interrogantes que plantea a las disciplinas humanísticas, especialmente a la Filosofía— dentro de los planes de estudio, tal como ya ocurre en varias de las más importantes universidades del mundo”.

porque ella se dedica a la Filosofía Antigua, entonces se anotó una gran cantidad de varones y chicas que pretendían hacer un curso sobre las categorizaciones en géneros y especies de Aristóteles, que no era el asunto. El primer día hubo que aclarar qué significaba, muchos se fueron, otros se quedaron a ver qué era eso, y otros se añadieron porque al pensar que era de clásica no les interesó y cuando vieron que no era de clásica, se añadieron. Terminamos con más de 70 personas, que en ese momento era insólito, de las cuales hay muchísimas de esas chicas que en este momento tienen lugares interesantes en los estudios de género y han trabajado muchísimo. Me acuerdo, por ejemplo, de Valeria Pita, una historiadora importante. El seminario se dictó en un aula pequeña, estábamos todas apretadas, para esos temas tan exóticos nos dieron un espacio chico. El seminario significó un descubrimiento; no que las mujeres reivindicáramos derechos, eso siempre se hizo, sino que hubiera teoría filosófica al respecto, y al teorizarlo se podían discutir posiciones, corrientes, interpretaciones, y poner en tela de juicio verdades absolutas. Fue muy lindo ese seminario, muy rico para todas, muy horizontal, en el sentido de que ninguna era experta, porque la experticia en el tema no existía en ese momento. Por lo tanto, leíamos y discutíamos muy a la par y fue realmente muy rico. Yo me acuerdo de que a mí me tocó presentar a Luce Irigaray. Era en francés, porque no estaba traducido. Meterme a leerla y transmitir algo de sus ideas fue un esfuerzo muy grande, recuerdo que pensé “si me agarra Irigaray me rebana”, porque lo que traté de hacer era una estructura organizada que era precisamente lo que ella no quería, pero era la única manera de transmitir algo. Fue un seminario muy lindo. A partir de ahí fuimos consolidando el grupo²². El Senado comenzó a traer teóricas que apoyaban algunas posiciones por interés de la Ley de divorcio, Patria potestad compartida, etc. Vinieron María Lugones, Celia Amorós, Marina Subirats. Ellas nos dieron una apoyatura teórica de la cual carecíamos y ahí fue que, por iniciativa de Diana Maffía y Clara Kuschnir, se organizó el Encuentro de Feminismo Filosófico, en 1989, con anécdotas como que vino la policía a ver qué hacíamos. Clara Kuschnir y otras colegas terminaron declarando en la comisaría y el Secretario de Derechos Humanos fue a buscarlas para aclarar que se trataba de una cuestión teórica, cosas que ahora parecen absurdas, pero en ese momento fue un espacio difícil de abrir. También vinieron Ofelia Schutte, Nancy Fraser, Linda Nicholson, una serie de mujeres norteamericanas

²² Tal como María Luisa Femenías y Paula Torricella señalan en ocasión de la reedición digital de los artículos de la revista *Hiparquia* (1988-1999) realizada por el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG, UNLP), la Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía (AAMEF) fue un órgano que obtuvo su personería jurídica en 1987 y cuyos objetivos fundamentales estaban dirigidos a difundir los trabajos de las mujeres filósofas y revisar al mismo tiempo los subtextos de género de los escritos, sistemas y preconceptos filosóficos del canon. Sus Socias fundadoras fueron: Ana María Bach, María Luisa Femenías, Alicia Gianella, Clara Kuschnir (primera presidenta), Diana Maffía, Margarita Roulet y María Isabel Santa Cruz (segunda presidenta). En el primer número de la revista se lo expresaba con estas palabras: “Nos hemos fijado objetivos primordialmente académicos: 1. Constituir un espacio de reflexión para mujeres que hacen filosofía o teoría de interés filosófico. 2. Generar análisis, crítica, debate y apoyo mutuo en la elaboración teórica. 3. Estimular la investigación y la investigación filosófica original. 4. Alentar la publicación, difusión e intercambio de material que la Asociación juzgue de interés para el cumplimiento de sus objetivos. 5. Organizar cursos y seminarios abiertos a diversos enfoques y posiciones filosóficas. 6. Analizar y promover la condición profesional de las mujeres en filosofía. 7. Establecer relaciones con otras entidades nacionales e internacionales”.

muy importantes, que fueron muy solidarias al venir a apoyar este tipo de cosas. Ellas se pagaban todo, nosotras no teníamos un peso y realmente promovieron debates interesantes y ricos. Fueron inicios arduos que una ahora, después de tantos años, ve con una mirada nostálgica; marcaron un espacio que era inexistente. Para esa época ya estábamos hablando de estudios de género. Porque la acepción *Women's Studies* caía muy mal... muy mal, se rechazaba muchísimo. Entonces se empezó a importar la denominación de “estudios de género”, que era más neutra, menos desafiante, digámoslo así, con lo cual después formamos, algunas de nosotras, el Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer, primero, y el Área Interdisciplinaria de Estudios de Género, después. Se trata del actual Instituto de Investigaciones de Estudios de Género de la UBA. Como socias fundadoras estábamos Fernanda Gil Lozano, Ana María Bach, Nora Domínguez, Ana Domínguez Mon, Mirta Lobato, de Historia, Elena Huber, de Lenguas Clásicas. Algunas estaban recién iniciando y otras eran figuras muy importantes, como Susana Zanetti, que sin especializarse en el tema ponían la firma porque era la única forma que al elevar los papeles a la Universidad nos dieran reconocimiento. Elena Huber era titular de Griego, Susana Zanetti y Marita Santa Cruz, mujeres que tenían una trayectoria impecable y respaldaban un área muy incipiente y que podía terminar en un fracaso, o no, pero lo más seguro era que terminara en un fracaso por como venían las cosas. Pero el área salió a flote y ahí ya empezamos a armar la revista *Mora*²³, en el año 92. El primer número salió en el año 95. Llevó mucho tiempo algo que ahora parece obvio que fue generar criterios académicos para textos, artículos sobre las mujeres, porque había mucha cultura de, no lo digo peyorativamente, lo digo como un hecho, había mucha cultura de panfleto, de difusión, de llegar a la mayoría con volantes repartidos en las marchas públicas, en asambleas, pero no había trayectoria en escribir artículos académicos sobre el tema. Entonces, había que hacer una revista que marcara un perfil académico, porque la Universidad nos imponía las cuestiones formales y debíamos cumplir con los referatos dobles ciego, etc., etc., lo cual no fue fácil de imponer, porque había algunas militantes de años, figuras que yo valoro muchísimo en lo que fue la reivindicación de los derechos de las mujeres, pero no eran académicas. Entonces sus escritos eran para el público en general, pero no para que la universidad nos los aceptara, y la universidad revisa todo hasta que lo aprueba, y luego va al CAYCIT [Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica], y después acá y allá, y eso llevó muchas discusiones. *Mora* fue una de las primeras revistas académicas; *Feminaria* e *Hiparquía* eran serias, tenían un perfil, pero no eran académicas.

— **¿Cómo fue su recorrido en la UNLP [Universidad Nacional de La Plata]?**

En Buenos Aires yo tenía una semidedicación, dos materias, Introducción y Antigua, y mantenía terciarios. Tuve una única Beca del CONICET [Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas] de reinserción institucional, lo cual es raro, porque nunca había estado en la institución antes de la dictadura, pero me reinsertaron con esa Beca que tuve durante un

²³ http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_serial&pid=1853-001X&lng=es&nrm=iso

año y después no se renovó, por lo que yo necesitaba redondear mis haberes para mi subsistencia. Y hubo en La Plata dos selecciones docentes, una para Filosofía Antigua y otra para Introducción a la Filosofía. Yo me presenté a las dos, es decir, yo pretendía presentarme a las dos. La de Antigua la obtuvo la Profesora Graciela Marcos. Cuando me enteré de que ella se presentaba retiré mi solicitud, porque sabía que ella tenía más especialización que yo en Antigua, yo había remado durante un tiempo con dos especialidades al mismo tiempo, lo cual era muy complicado. Entonces me presenté a la de Introducción a la Filosofía, que en ese momento el profesor titular era Julio [César] Moran, y entré. Entró también unos meses antes la profesora Graciela Vidiella. Entonces estábamos el profesor Moran, la profesora Vidiella y yo en Introducción a la Filosofía. En ese momento se daba en una sola cátedra para todas las carreras de Humanidades. El Doctor Moran hacía el programa y los temas los repetíamos en distintos horarios las tres personas, Julio, Graciela y yo. No recuerdo qué horario me tocó, pero me acuerdo de que me encargué de Educación Física y Psicología, y eran multitudes los estudiantes. Después de la fila diez yo casi no distinguía la gente, veía a los de adelante, pero los de más atrás no. Los chicos acostumbrados al ejercicio, tan dinámicos... mi sensación era que el público se sacudía como si estuvieran bailando. Yo miraba y nunca entendía si escuchaban, si entendían, con un pizarrón relativamente pequeño en un aula grande en calle 48. Los chicos se sentaban en el alféizar de las ventanas, porque no había asientos para todo el mundo. Un perro me esperaba en la puerta, abajo, subía conmigo las escaleras, se sentaba, era el que más atendía, me miraba todo el tiempo; cuando terminaba la clase me seguía escaleras abajo y se quedaba en la esquina de 7 y 48 cuando yo comenzaba a caminar para irme a la terminal de ómnibus. Fue una experiencia extraña para mí, nunca había hablado ante tanta gente. En Introducción, en la UBA, nunca tuve más de 60 personas en un aula como ayudante, como mucho. En Antigua, siempre eran muy pocos, 30 como muchísimos. Generalmente tenía horarios tarde o sábados a la mañana, por lo tanto, tenía menos gente aún. Ver ese mar de gente era muy impresionante, y como no me oían, porque no tengo una voz fuerte me traían micrófono. Venía el de ordenanza con un micrófono que no sé de qué época era, pero era metálico, pateaba, porque era muy precario, muy antiguo, era una sensación muy extraña. Después, conversando con el profesor Moran y con Graciela, con quien ya nos conocíamos de cuando éramos alumnas, habíamos hecho una larga trayectoria juntas, conversamos y resolvimos, por generosidad del profesor Moran, dividirnos por grupos y armar cada una su programa y que los chicos pudieran ver qué programa les interesaba más o menos. Y eso fue muy interesante para mi gusto, porque, confieso que había temas que daba el profesor Moran de los cuales yo no sabía demasiado. Yo leía y estudiaba para dar las clases, pero no me sentía sólida, porque no eran mis temas de estudio, no tenía contextos. Graciela se especializaba en ética, así que lo conversamos y Moran fue generoso en decir que cada una hiciera su programa, él lo avalaba y cada una daba aquellos temas con los que se sentía más cómoda. Eso fue un cambio muy significativo para dar clases y plantarse frente a un curso. En esa materia estuve muchos años, hasta el año 2000 y pico, no recuerdo bien. Cuando fui Directora del

Departamento de Filosofía, en el 2000, daba Introducción. Después comencé a dar Antropología Filosófica, que no se daba desde hacía 15 años y se la reflató, porque en algún momento se daba una antropología, que era una teología antropológica, los chicos no la querían leer, y armamos un programa muy diferente, introduciendo otras cosas, otras corrientes y ahí comenzó a tener un perfil un poco más interesante para mi gusto. Después ya me quedé con Antropología Filosófica y dejé Introducción a la Filosofía. Para mí fue muy importante ir a La Plata por varios motivos, primero, porque en la UBA habíamos entrado un montón en la recuperación de la democracia, pero cuando se llenaron los cuadros todo el mundo era muy joven y no tenías posibilidad de que alguno se jubilara en el transcurso de tu propia vida. Había un techo muy fuerte, muy bajo y además faltaba una generación. Al faltar una generación eso fue ocupado por la que hubiera tenido que estar más abajo, si no hubiera habido las interrupciones que hubo. Ahí yo tenía un techo muy cercano, había concursado para JTP [Jefa de Trabajos Prácticos]. En la UBA era todo por concurso riguroso; yo había concursado, era JTP, daba clases teóricas, porque me habilitaron, pero siempre con un cargo más bajo de lo que una estaba haciendo, porque no había en ese momento lugares disponibles. El organigrama no daba para otra cosa. Cuando entré en La Plata entré como Adjunta y eso para mí fue muy importante, poder armar mi programa, no tener que dar otro programa, que por ahí era interesante, pero por ahí no, había cosas que no me interesaban y había que darlas. Lo otro que fue muy importante fue poder empezar a presentar proyectos de investigación. El primero que presenté fue sobre retórica, que duró un año y pico. El segundo fue sobre la noción de sujeto y empecé con los temas de feminismo y estudios de género. Eso fue muy importante, porque significó formar gente en ese tema. Un primer grupo fue muy chiquito: Lidia Bozzachi, Gabriela Alfón, participaban también Victoria Costa, Mabel Campagnoli, María Marta Herrera, fue muy dinámico, muy rico. Uno necesita dialogar, discutir. De ese proyecto salió *Sobre sujeto y género*²⁴, que publiqué en el año 2000. Venía buscando editor desde hacía dos años, eso siempre es un tema. En ese libro traté de redondear conflictos y dudas respecto del problema del sujeto. De alguna manera sistematizo los problemas y las dudas que recorrí en el período en el que el proyecto tuvo como eje el tema del sujeto. Y al mismo tiempo, en el año 2000 también, comenzaron a salir los tres tomos [*Perfiles del feminismo iberoamericano*]²⁵. Fue una invitación a distintas teóricas latinoamericanas para que cada una diera su perspectiva, su mirada desde su país, de qué cosa eran los estudios de género en América Latina. Fue interesante publicar en Catálogos, Horacio García era el editor y fue muy abierto, porque había muchas editoriales que te rechazaban por el tema; no les interesaba si era serio, riguroso, o no, sino que directamente no querían el tema. A Horacio le interesó y lo publicó. Hasta llegar a él había pasado dos años llevando originales por distintas oficinas. La Plata significó un salto en mi carrera,

²⁴ Femenías, M. L. (2000). *Sobre sujeto y género: Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires: Catálogos.

²⁵ Femenías, M. L. (Comp.) (2002). *Perfiles del feminismo Iberoamericano. Vol. 1*. Buenos Aires: Catálogos; Femenías, M. L. (Comp.) (2005). *Perfiles del feminismo Iberoamericano. Vol. 2*. Buenos Aires: Catálogos; Femenías, M. L. (Comp.) (2007). *Perfiles del feminismo Iberoamericano. Vol. 3*. Buenos Aires: Catálogos.

porque no es lo mismo estar en una cátedra en donde te dicen ahora hay que dar Hume de esta manera, o esta es la interpretación que tiene la cátedra sobre tal tema, y una puede tener otra. Para mí eso significó una maduración importante a nivel filosófico, a nivel personal y la posibilidad de ponerme a escribir sobre temas que a mí me interesaban y que tenían que ver con los proyectos que íbamos presentando. María Marta Herrera y Mabel Campagnoli ya formaron parte del segundo proyecto, y se fue expandiendo el grupo o renovando, porque la gente pertenece y después se va a otros temas que les gustan más. Los proyectos de investigación son muy exploratorios, una cree que se enamora de un tema y a los dos años está harta y una se va o directamente propone que se estudie otra cosa. También en los proyectos se van haciendo recorridos que me parecen muy enriquecedores y, sobre todo, muy interesantes para el debate. Y lo otro que fue muy positivo fue la creación de Centro Interdisciplinarios de Investigaciones en Género [CInIG]²⁶, porque eso le abrió a otra gente la posibilidad de acercarse académicamente al tema. Ahí participaron Rolando Casale, Paula Soza Rossi, Adriana Rodríguez Durán, Silvana Sciortino, Ariel Martínez, Adrián Ferrero que realmente trabajaron muchísimo en esa organización y que para mí fue muy importante para instalar el tema. Claro que esto tiene todas las dificultades de lo institucional, es un tema muy complejo, con muchas tensiones, pero a mí me parece que la creación del CInIG fue un punto de inflexión interesante para la difusión de los temas y para darle el carácter académico que creo que deben tener estos temas en la universidad.

— **¿Cuál de sus libros le resulta más significativo?**

Eso es muy difícil. Lo primero que publiqué fue una compilación que organizó Isabel Santa Cruz, *Mujer y Filosofía*²⁷, que salió en Centro Editor de América Latina, cuando esa editorial existía. A mí me ayudó mucho porque apareció en una situación personal difícil, entonces, que saliera el libro fue una puerta positiva. El segundo libro fue la publicación de mi tesis²⁸. Yo estaba de lo más contenta creyendo que iba a revolucionar el mercado y creo que se vendieron 30 libros. Tenía cierta ilusión, creía que era muy bueno. Hoy, con otra inserción, del tema tal vez se vendería más. Ahora me doy cuenta de que era un libro un poco duro, estricto, para un mercado incipiente todavía. Eso fue en el año 96 y todavía era un tema que existía de manera muy lábil. En esta encrucijada de tener que elegir, *Sobre sujeto y género* es un libro que yo escribí con mucho cariño, porque son respuestas a dudas que fui tratando de plantear y de solucionar provisoriamente a partir del proyecto de investigación. Es colectivo en algún sentido, se dialogó mucho. En una tesis uno dialoga consigo mismo, y el primero fue una compilación de artículos, pero *Sobre sujeto y género* fue producto de un diálogo que no sé si se refleja o no efectivamente en el libro, pero que realmente fue enriquecedor. Quiero mucho a ese libro. Y un segundo libro

²⁶ <http://idihcs.fahce.unlp.edu.ar/cinig/>

²⁷ Santa Cruz, M. I.; Bach, A. M.; Femenías, M. L.; Gianella, A.; Roulet, M. (1994). *Mujeres y filosofía: Teoría filosófica de género*. Buenos Aires: CEAL., 2 volúmenes.

²⁸ Femenías, M. L. (1996). *Inferioridad y exclusión: Un modelo para desarmar*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

que quiero mucho es *El género del multiculturalismo*²⁹. Es un libro denso, para mi gusto, pero que tiene mucho que ver con cómo se entiende la multiculturalidad y la manera en que muchas veces quienes defienden la multiculturalidad defienden al mismo tiempo el relativismo que va desde la lapidación de las mujeres adúlteras hasta la mutilación sexual. El libro hace un aporte importante, no para que lo sigan necesariamente; después, cada quien sigue lo que quiere, pero sí sienta un criterio para decir que no todo vale, que tenemos que tener ciertos principios.

— ¿Qué momento le resultó más significativo en su carrera?

Qué difícil. El ejercicio de la profesión más que emotivo es conflictivo, porque no siempre lo que uno cree que debe ser, y para lo cual se planta —yo soy muy de plantarme, muy terca, muy carente de toda flexibilidad— no siempre es lo que es. En ese aspecto muchas cosas me resultaron muy conflictivas. Emotivo, para mí, es cuando me encuentro con alguien. Por ejemplo, estaba en un aeropuerto en Frankfurt buscando donde tenía que hacer el trasbordo y oigo un grito: “¡Profe!”. Era un alumno de Educación Física que había cursado conmigo en Introducción a la Filosofía en La Plata y que venía a saludarme, y yo en ese mundo de gente, muy emocionada. Eso me emociona, que alguien se acuerde de una y corra por las escaleras para saludarte, es lo más importante que te puede pasar en una carrera. Esto respecto de la universidad. Yo fui muchos años maestra de primaria, una vez en la calle oí un grito y se bajó de un carro alguien que había sido alumno mío en primer grado, en una escuela muy desfavorecida en la que yo había sido maestra, a quien yo le había enseñado a leer. Esas son las cosas de mi carrera que me resultan más valiosas.

— ¿Cuáles son las intelectuales que, desde su punto de vista, hoy realizan aportes sustanciales a los debates feministas contemporáneos?

¿En lengua castellana?

—No, en general.

A mí me interesa la posición de Seyla Benhabib, me parece muy sólida, muy fundamentada. Es una persona cuyo recorrido biográfico le da la capacidad de poder ponerse en otro lugar, ha recorrido diversas culturas y eso me parece interesante. Hay algunas teorías nacidas en New York, es decir, son demasiado situadas en sitios hegemónicos y se les nota ese lugar de origen. Hay otras que tienen una amplitud de miras más grande. También Onora O'Neill, quien hace un entrecruzamiento entre ética y política que me resulta sumamente interesante, muy fundada, muy sólida. Me gusta leer trabajos académicamente sólidos. Me interesan aquellas ideas que se sostienen en la cotidianidad de la vida. Insisto, di clases en primaria mucho tiempo, en escuelas marginales, vi nenas de 10 y 12 años violadas. Me pregunto, ¿qué les aportan a esas personas nuestras teorías? Solemos quedarnos con teorías burguesas, que no está mal, pero que no conmueven la estructura social, por eso el entrecruzamiento entre clase, etnia y género me parece tan importante. No podemos olvidar este entrecruzamiento porque no podemos liberar a ninguna

²⁹ Femenías, M. L. (2007). *El género del multiculturalismo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

mujer si sigue siendo económicamente marginal, sumergida, y tampoco si seguimos discriminando por etnia. Veo y me preocupa en este momento mucha retórica respecto de la interseccionalidad, pero pocas políticas efectivas para dar cuenta de esa interseccionalidad. Eso me preocupa. En este momento, ya me jubilé hace años, estoy alejada de estas cosas, estoy dedicándome a otras, pero es algo que no puedo dejar de ver cuando miro a mí alrededor.

— ¿Qué opina de la situación de los estudios feministas actuales?

La institucionalización de los temas siempre es un arma de doble filo. ¿Es importante que se institucionalicen? Yo creo que sí. De alguna manera bregué para que se institucionalizaran, pero al mismo tiempo desmoviliza o moviliza a partir de slogans que no nacen de las necesidades, sino que nacen de los discursos más o menos académicos o institucionales, y eso hace que los reclamos pierdan potencia. Mi ideal es que la potencia se entrelace con un análisis académico serio, pero no con un análisis académico basado en la bibliografía norteamericana, sino basado en un análisis estricto de la realidad que me rodea. Ahí es donde veo que estamos yendo hacia una especie de desfase que no sé hacia dónde va, y es algo que me preocupa un poco. Tenemos que saber qué se investiga, qué bibliografía hay, tenemos que leerla, tenemos que conocerla, pero después el objeto de aplicación tiene que ser la propia realidad. El ejemplo que voy a dar es muy chiquito. En uno de los seminarios que dicté ofrecí un texto que decía: “Hace 50 años Simone de Beauvoir publicó...” tal cosa. Los chicos y las chicas copiaron esa oración sin fijarse que ese artículo tenía 20 años, y ya no eran 50 años, eran 70 años, y esto que puede ser trivial es de alguna manera el desfase del que hablo. Si no internalizo la teoría y la vuelco a mi propia realidad, esa teoría flota por un lado y la realidad por otro. Ese es uno de los miedos que tengo, porque me parece que esa disociación puede amplificarse; no es un *dictum*, no es una profecía, es una de las cosas que me preocupan.

— Actualmente parece que el feminismo está institucionalizado en la academia, y ya no genera tantos resquemores. ¿Usted considera que sigue siendo pertinente la categoría de género?

La primera respuesta es no sé. La categoría de género, esto lo digo sobre todo para la gente que se preocupa tanto por la colonialidad, es una palabra que no nos es propia y que en Europa prácticamente no se usa porque la ven como una categoría norteamericana. Me parece que cuando una adopta ciertas categorías —todos sabemos que el lenguaje no es inocente— hay que tener mucho cuidado en cómo las adopta y hasta dónde las adopta, sobre todo, hasta dónde. Yo no sé si es pertinente en este momento y mi pregunta es, si es pertinente, ¿para qué? Porque nada es pertinente para todo. En este momento estamos en una crisis económica pavorosa, los laboratorios se están enriqueciendo, entonces nada es catastrófico para todo el mundo de la misma manera. La pregunta es: ¿es pertinente para qué? ¿Cuál es nuestro objetivo al usarla? Y ahí es donde creo que hay que hacer una revisión importante con conocimiento de causa y preguntarnos por qué en Francia se usa tan poco, o casi no la usan, por qué las italianas no la usan, por qué los españoles se resisten tanto a usarla y sólo la usan pocas corrientes, o por qué en Portugal siguen hablando de sexo. Entonces yo me preguntaría por qué nosotros preferimos género y no sexo, y hasta donde la hacemos llegar y hasta donde borroneamos ciertos problemas

con ciertas categorías. Yo soy de las que la comenzó a usar a finales de los 80, y tal vez una de las que la introdujo, no estoy segura, pero más o menos por el año 85, 86 fue cuando la introdujimos con estos grupos de lectura, pero las categorías no son de ahora y para siempre, tal vez haya que ponerlas en crisis, poner en crisis ciertos discursos para ver efectivamente qué estamos diciendo y hasta dónde estamos diciendo, porque a veces creemos en lo que decimos, pero borroneamos lo que estamos viendo, opacamos y no seguimos ahondando en los cómo, en los por qué, en los para qué. Esto es fundamental cuando una se sienta a investigar algo, a mirar, a intentar comprender, si es que esto es posible.

—Actualmente, fuera de la academia y de las exigencias de la academia ¿cuáles son sus líneas de interés?

Primero y principal estoy pintando más de lo que pintaba, porque no tenía tiempo. Esa es mi arista frustrada, no haber podido dedicarme al arte con mayor compromiso del que pude hacer a lo largo de mi vida. Dejo eso al margen, en este momento acabo de leer *El nuevo mundo amoroso* de Charles Fourier, porque estoy cansada, y lo subrayo, de escuchar que con el poliamor... son ignorantes, no leyeron a los griegos, que de esto sabían un montón, no leyeron a los orientales que tenían sistemas vinculados al erotismo, al sexo, no leyeron el *Kama-sutra*, ¡caramba! ¿Qué creen que descubrieron? Esas declaraciones de vanguardismo retrógrado me sorprenden, realmente me sorprenden. Entonces cayó en mis manos *El nuevo mundo amoroso* que Fourier no pudo publicar en 1826 porque se lo prohibieron, y que publicaron por primera vez los hippies en 1967, y digo, ¡bueno!, por lo menos llevan unos cuantos años de atraso, ya no nos vamos a los griegos, nunca leyeron nada del Renacimiento. Yo no digo que no haya cosas nuevas por descubrir, sino que no digamos que cosas que son viejas como el ser humano son nuevas, y que además están teorizadas. Porque no se trata solamente de la práctica, las han teorizado. Leí a Fourier para reflotar algunas cosas. En este momento sigo escribiendo, estoy armando un libro sobre cuerpo, eso es algo que tengo entre manos, y estoy escribiendo un libro sobre varones que defendieron la igualdad de las mujeres. Las mujeres defendieron sus derechos, pero hubo varones que defendieron también, como principio, los derechos de las mujeres. Eso me resulta curioso, interesante. Lamento no poder conocer alguno de ellos en persona porque están todos muertos, o la mayoría.

—También publicó un libro que traza un recorrido por diferentes mujeres destacadas a lo largo de la historia de la filosofía, algo aún poco frecuente en los aportes académicos.

Sí, en el 2019 publiqué el libro *Ellas lo pensaron antes*³⁰. Me encantó escribirlo. Ya estaba jubilada, no tenía proyectos ni obligación de entregar informes y esas cosas. Son esas cosas que una hace para una. Disfruté mucho rescatando algunas mujeres, la memoria está sesgada, generizada, y creo que deberíamos revisar qué cosas recordamos y transmitimos, sobre todo quienes nos vinculamos a la enseñanza. Ese libro tuvo una repercusión que nunca creí que tuviera, creí que nadie lo iba a comprar y, sin embargo, sí. Ayer me llegó una reseña que hicieron en

³⁰ Femenías, M. L. (2019). *Ellas lo pensaron antes. Filósofas excluidas de la memoria*. Buenos Aires: Lea.

España muy buena, llegó más allá de lo que yo supuse. Son sorpresas que una recibe de manera totalmente inesperada. En castellano no había nada al respecto con ese carácter de sistematicidad. Hay un diccionario de mujeres creadoras en francés, algunos libros de historia de filósofas que no los tradujeron nunca, como el de Mary Waighthe; en Alemania hay un diccionario también, y no mucho más. Hay libros del siglo XVII sobre mujeres ilustres, pero no actuales. A lo mejor los países nórdicos tienen. La lengua es una barrera muy grande y acá se está traduciendo muy poco, lo que se traduce es solamente del inglés norteamericano, es un recorte que hacen los editores, no lo hace ni siquiera la academia, y nadie puede aprender todos los idiomas. Habrá genios que sí, políglotas, pero el resto podemos aprender algunas lenguas, no todas. Siempre tenemos un recorte muy sesgado de qué es lo que hay.

—Para finalizar, ¿qué piensa que aportó al campo de los estudios de género con sus trabajos?

¿Yo con mis trabajos? Eso lo tienen que decir los demás. Los demás sabrán qué aportó mi trabajo. Yo estoy convencida de que un mismo libro es diferente para cada persona que lo lee. A veces veo citas y digo, ¿yo dije eso? Porque yo ni reparé en esos enunciados, debo haberlo dicho mecánicamente, ni siquiera lo considero relevante, y hay gente que lo cita porque le resonó como relevante. Yo sé que a mí misma me aportó afirmarme en un espacio absolutamente devaluado. Entonces, si a otros y a otras les sirvió para eso, me parece interesante. Ahora bien, cada uno lee y encuentra en función de su lectura un significado diferente. Sobre todo, en lo vital, en lo personal, en cómo influye en la vida de cada quien.

La Plata, abril de 2021

CAPÍTULO 10

Entrevista a Graziela Teresita Napolitano

María Laura Fernández y Franco Garritano

Graziela Teresita Napolitano (Pergamino, 10 de noviembre de 1942) es Psicóloga Clínica (1966) y Doctora en Psicología (2005) por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y Especialista en Psicoanálisis por la Universidad de Barcelona (1983). Se desempeñó como Profesora Titular e Investigadora de la UNLP, donde estuvo a cargo de las cátedras Psicopatología I (1987 a 2014), de diferentes ediciones temáticas del Seminario Desarrollos de la Teoría Psicoanalítica y de diversos cursos de grado y postgrado. Fue Profesora Contratada de la Universidad de Buenos Aires (2005-2007), Directora de la Carrera de Especialidad en Clínica Psicoanalítica con adultos (UNLP) y Directora de Investigación de proyectos UNLP y del Programa de Incentivos a los Docentes Investigadores. Ejerció la clínica psicoanalítica en el ámbito privado y fue miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). En el ámbito hospitalario, integró durante tres décadas el Servicio de Neurología y Psicopatología Infantojuvenil del Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica” (ex Hospital de Niños). En 1976 se exilió en Barcelona y regresó a la Argentina con el retorno de la democracia, en 1984. Dirigió diversas tesis de Especialización y de Doctorado, así como becas de investigación de la UNLP, UBA, Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (CICBA) y Ministerio de Salud de la Nación. En 2012 recibió el Premio a las Mujeres Destacadas de la Provincia de Buenos Aires. Es autora de numerosos artículos, capítulos y libros sobre clínica psicoanalítica e historia de la psiquiatría, algunos de los cuales fueron recursos clave para la formación de generaciones de psicólogos.

En esta entrevista, Napolitano se refiere a su trayectoria como alumna y docente en la UNLP, a sus primeros encuentros con el psicoanálisis, la clínica y las referencias teóricas de su carrera.³¹

³¹ Días después de la finalización de esta entrevista, la profesora Graziela Napolitano falleció. No alcanzó a revisarla, como seguramente hubiera deseado hacerlo. Los responsables de su edición, con el aval y participación de sus colegas y familiares, nos hemos permitido ajustar el discurso oral a las características del texto escrito, ateniéndonos al máximo al sentido de los conceptos vertidos.

Lamentamos su pérdida, recuperamos sus aportes, y deploramos la ausencia de otros que seguramente nos seguiría proporcionando... Hasta siempre Graziela.

—Graziela, quisiéramos preguntarte acerca de cómo te vinculaste por primera vez con la Carrera de Psicología.

[G.T.N.]: Yo vivía en Pergamino, de donde procedo originalmente. Me quedaba más cerca la Universidad Nacional de Rosario, pero tenía parientes en esta ciudad [La Plata]. Finalmente llegué a La Plata, a la casa de mis tías y tuve la suerte de encontrarme con alguien que estaba en conocimiento de lo que era la Carrera.

—¿Y cómo elegiste Psicología? ¿Qué es lo que te acercó a esta carrera?

Yo soy maestra de escuelas normales. Entre las materias que cursé se encontraba una que se llamaba Psicología Pedagógica o Psicología Educacional, algo así. Como parte de las actividades teníamos que realizar algunas sobre la enseñanza de niños con problemas. Teníamos otra opción: también podíamos hacer estudios de texto. Es genial porque, puede inferirse que decidí en ese momento dedicarme a la relación del psicoanálisis y la literatura. En aquel entonces me atrajeron mucho los libros de Mark Twain, *Huckleberry Finn*, y *Tom Sawyer*, a partir de cuya lectura hice un paralelo entre los dos protagonistas. Ahí me empezó a interesar la psicología, ligada a la “cosa literaria”, por un lado. Por otro, me interesaba estudiar un niño que todos los días iba a la escuela llorando —actualmente denominaríamos a esa manifestación como una ansiedad de separación importante—. Fíjense lo que es la negación: después de mucho pasar por mis análisis, pude reparar en que yo misma había tenido una terrible ansiedad de separación ¡Es increíble el punto al que puede llegar la negación! Me interesó mucho ese niño y las razones por las que lloraba tanto, mientras la hermana, pobrecita, lo arrastraba de acá para allá. En ese momento pensé hasta qué punto hay una elección vinculada a estos puntos traumáticos de la existencia ¿no? Yo tenía una ansiedad de separación muy especial, porque cuando llegué me enamoré de la maestra y nunca más quise faltar a la escuela. Por eso, la ansiedad de separación es la ansiedad de la madre. Es obvio, en este caso, que era la angustia de mi madre, no la mía.

—¿Qué recordás de tu inicio en la Facultad?

Recuerdo que Raúl Marazzato fue la primera persona que encontré en la Facultad. A mis 18 años, despistada como siempre, no sabía por dónde seguir. Raúl fue quien me organizó toda la inscripción, me guió y me orientó. Además, no conocía a nadie. Había muchos platenses y mis compañeros de Pergamino no estaban. Yo no sabía que había una pelea por la creación misma de la Carrera. Cuando llegué, junto a una tía de Mar del Plata, no entendía nada. Era una situación difícil, porque se estaba discutiendo la existencia de la Carrera. Luego hice el curso pre-universitario. En su transcurso empecé a hacer relaciones con los demás ingresantes, a vincularme con algunas cuestiones políticas que en esa época eran muy virulentas, especialmente entre ciertos grupos. Al poco tiempo comencé a trabajar en la Cooperadora, que era el equivalente al Centro de Estudiantes; yo era la que hacía los apuntes y la letra se me deformó completamente. Tomaba los apuntes textuales sin grabadora, así que empecé a trabajar en la Cooperadora con las clases de Filosofía. Me acuerdo patente de Filosofía. En ese momento ya había alumnos que cursaban cuarto año y que fueron compañeros de Telma [Piacente].

—¿En qué año ingresaste a la Carrera?

En 1961. Me fue muy bien en el curso de ingreso. Es genial la inocencia y la ingenuidad que se tiene a esa edad. Yo ni me preguntaba por qué en ese curso preuniversitario una de las materias era Biología Humana o por qué también aparecía Matemáticas; cosas que no había visto para nada en toda mi trayectoria escolar anterior, porque las maestras no tenían esa formación. Para Biología busqué libros de medicina y llegué a saber muchísimo. Nunca me voy a olvidar cómo estudiaba. Había visto algo en la escuela, pero no con tanta profundidad. Me acuerdo haber estudiado el glomérulo en el riñón —me acuerdo patente—. Estudié muchísimo. Hice de todo un curso acelerado, de matemática, de biología, de todo. Alumna 10, porque me asusté. Después, cuando empezaron las clases, recuerdo la importancia que tuvo para mí Luis María Ravagnan, el profesor que dictaba la asignatura Introducción a la Psicología, lo que hoy sería Psicología I.

—En ese entonces la carrera estaba dividida en ramas ¿Cuál es la que vos elegiste?

En cuarto año elegí la rama clínica. Es que para mí no había otra alternativa —y lo sigo pensando—. La formación clínica está en la base de toda esta historia. Me gustaba mucho la historia de la psicología. La estudiábamos en una materia que en esa época se llamaba Psicología Contemporánea. Además, me interesaba mucho la fenomenología y autores tales como Jean Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, etc. Con mis amigas preparábamos los temas seleccionados del programa del profesor Ravagnan. Una muy buena materia, ¡excelente! Pero no veíamos psicología argentina, sino que estudiábamos las grandes ideas de la historia de la disciplina. Tenía una amiga que era experta en Merleau-Ponty y yo me dedicaba básicamente a Sartre. La carrera era muy simple, si lo piensas bien, era de una simplicidad enorme. No obstante, teníamos algunos profesores excelentes que hacían que te gustara la materia a su cargo. Esa materia con enfoque histórico me encantó. En ese sentido nuestra carrera era ecléctica, con profesores de distinto tipo, y, a mi juicio, eso nos preparó para estudiar a Jacques Lacan. Personalmente tenía todo preparado para abordarlo. Estuve en Barcelona viviendo ocho o nueve años y observaba la formación que recibían los alumnos de las carreras de Psicología de Buenos Aires y de Rosario, y la gran diferencia con nuestra carrera era esa formación heteróclita que teníamos, a partir de distintas corrientes, de diferentes perspectivas. Por ejemplo, en otras universidades el alumnado no conocía a [Gaëtan Gatian de] Clérambault, no sabían quién era. Toda la formación clásica de la psiquiatría estuvo presente en nuestra cursada, tanto del lado alemán como del lado francés. Es en ese sentido que la carrera era muy simple, estaba bien dividida en distintos sectores y, aunque la clínica constituye su base, es cierto que había alumnos a los que les gustaba el costado pedagógico, o a otros la cuestión laboral... por esa razón había otras ramas, pero con muy poca gente.

—¿Es decir que la orientación hacia la clínica era predominante? ¿Tenían figuras predominantes para orientarse hacia esa rama?

Sí, eso era clarísimo. Estaba el psicoanálisis, que ya en ese entonces tenía un valor bastante monopólico, el kleiniano, de la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina] y de la Asociación Internacional [de Psicoanálisis, IPA]. Teníamos un profesor de psicoanálisis, en la materia

[Psicología] Profunda, que había sido neurólogo, neurocirujano y que se arrepintió y sufría muchísimo por todas las lobotomías que había hecho. También fue profesor de Neuroanatomía, Edgardo Rolla era su nombre.

—Entonces tu primer encuentro con el psicoanálisis, siendo todavía estudiante de la Carrera, fue con el que en ese momento era el “oficial”, el kleiniano, ¿cómo fue ese encuentro?

Si se carece de una práctica clínica, todas esas son fantasmagorías. Melanie Klein es eso, es idealismo inglés, solamente requiere creerle o no creerle, nada más. Además, la Asociación Psicoanalítica Internacional [IPA] no permitía el acceso de psicólogos; los psicólogos eran buenos para ser pacientes, para eso los necesitaban. Había por encima de esa posición una comercial no recomendable. Es una historia muy ligada a la situación de enclaves grupales en Argentina, a cómo se fueron desarrollando. [Edgardo] Rolla, por ejemplo, era un kleiniano coherente. A veces hacíamos supervisiones con él siendo alumnos. Había visto un paciente en el Hospital [Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica”, ex Hospital de Niños] — me acuerdo patente—, un chico de un instituto de menores. Hice una consulta con Rolla, quien tuvo un desempeño adecuado, muy cuidadoso con respecto a la clínica.

—Nombraste a Luis María Ravagnan como uno de los referentes...

Sí, y también a [Juan Carlos] Pizarro. Les cuento lo que hice después de recibirme. A punto de terminar, en quinto año, entré en el Hospital de Niños [Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica”]. Justo en ese momento se había ido una psicóloga y yo rendí un examen que le gustó mucho al Jefe de Servicio [de Neurología y Psiquiatría, fundado en 1962] y así entré. Realmente creo que esa experiencia en el Hospital dejó una marca en todos nosotros.

—¿Bajo qué formato fue esa experiencia? ¿Eran prácticas accesibles para otros estudiantes?

No, de hecho, yo había querido entrar en cuarto año y no pude hacerlo. Quería hacer prácticas o una concurrencia. Pero en aquella oportunidad el examen que rendí fue el que me permitió ingresar. El tema que desarrollé fue sobre [Kurt] Goldstein. Lo que no sabía era que el Jefe de Servicio era fanático de Goldstein ¡Qué puntería! Entonces me mandó a llamar, a través de su hermana Esther—psicóloga también—, y me dijo que había un cargo libre y que podía entrar. En ese entonces muchas veces los psicólogos eran considerados auxiliares de la medicina. Fui a hablar con el Jefe del Servicio, que era [David] Ziziemsky, quien me dijo: “¡Bueno, si no sirve, se va!” ¡Qué manera de recibirme! Yo estaba aterrorizada. Pero esa posibilidad fue increíble: por fin tenía acceso a lo que podía ser trabajar en psicología, lo que era muy interesante. Se trataba, en un sentido, de un Servicio anacrónico, y en otro, absolutamente avanzado. Mientras todos los psiquiatras de La Plata —o gran parte de ellos— estaban vinculados a la medicación —a la última medicación de los *yankees*, a toda la farmacología—, el Jefe de nuestro Servicio estaba muy ligado a la fenomenología y era un profesional al que le interesaba la psicopatología. Era médico por definición y tenía toda la tradición jasperiana [Karl Jaspers] en Psicopatología, materia en la que fue profesor titular. Con otro profesor, el Dr. Juan Carlos Pizarro, titular de la asignatura Psicodiagnóstico, estudiamos toda la perspectiva psicopatológica francesa. Así que con ese trasfondo estaba bien preparada para empezar con [Jacques] Lacan.

—Empezaron a ver referencias que allanaron el terreno para después leer a Lacan, ¿pero Lacan ya estaba presente en ese momento de las lecturas locales?

Me recibí a fines de 1965; en el 66 me dieron el título, y me acuerdo que, de la búsqueda de actividades prácticas, surgió una posibilidad. La cuestión es que conocí a una francesa que vino a dar una conferencia. Ella me contó de la existencia de [Daniel] Lagache, “y también está Lacan”, me dijo, “que es todo un Dandi”, refiriéndose a que era una persona extravagante. Por otro lado, mi hermano mayor estudiaba Sociología y era amigo de Oscar Masotta. Oscar dió una clase sobre [Maurice] Merleau-Ponty en nuestra Facultad en el año 1963. Él estaba empezando con el psicoanálisis, muy en los comienzos. Venía de la filosofía; sabía mucho de la fenomenología, de Merleau Ponty y de otros autores como [Jean-Paul] Sartre. Pero encontró en Lacan una superación de todo esto. Esa formación filosófica y fenomenológica resulta clave para entender a Lacan, o para los comienzos de Lacan. Entonces, a través de Oscar, empezamos a leerlo. A mí el relato kleiniano no me convencía, lo consideraba una suerte de “verso”. Actualmente muchos lacanianos también hacen lo mismo. Toda teoría y toda perspectiva tiene tendencia a convertirse en “verso”. De todos modos, en mi historia personal Oscar Masotta fue otra influencia clave. Más adelante, en 1965, también lo invitamos al Hospital de Niños.

—¿Para hablar de fenomenología?

No, habló de Lacan, de psicoanálisis. Dos años más tarde ya era completamente psicoanalista. Me encontré con él en Barcelona. Había viajado antes del golpe, mucho antes del golpe [comenzó el 24 de marzo de 1976].

—¿En qué año partiste a Barcelona?

Yo me fui en el año 1976, en pleno golpe. Pero él [Oscar Masotta] estaba desde el 74. Creo que se fue en la época del Golpe en Chile. Primero viajó a Inglaterra, a Londres, y después a Barcelona. Me encontré con muchos colegas en esa ciudad. Barcelona era un lugar inhóspito para el psicoanálisis: todos los psicólogos eran psicólogos educacionales, eran como maestros particulares, como reeducadores. Oscar [Masotta] fue el que sentó las bases de lo que después constituyó el crecimiento del psicoanálisis lacaniano en Barcelona.

—¿Cómo se fue gestando eso?

Él tenía grupos de estudio, tenía una buena gestión, pero no dejaba de ser un profesor que venía de la filosofía; no dejaba de ser eso ¡Pero era tan necesario! Siempre sostengo que nuestra carrera, lo que más necesita es una o dos materias más de Filosofía. Siempre pienso en eso.

—La formación, en tu época, era más amplia, más general, ¿verdad?

Claro, tenía profesores muy variados. Cada cual traía su interesante historia de práctica profesional, aunque el número de psiquiatras era mayor.

—¿Te acordás de algún otro profesor que haya sido un referente importante para vos? Las cátedras al principio eran pequeñas, casi unipersonales, no había demasiados equipos hasta los años 70...

Era una alumna bastante obediente, estudiaba todo, aunque no me pareciera importante. La ruptura general fue empezar con la práctica, armar un equipo, ir a congresos, empezar a trabajar; todo a partir de formar parte del equipo del ex Hospital de Niños.

—¿Siendo estudiante entraste a la Cátedra de Psicopatología?

No. Primero formé parte del equipo docente de Psicología I, porque algo había que hacer... Un tiempo también participé en Psicología Social. En 1965 entré en Psicopatología, en la que fundamentalmente me desempeñé, en ese entonces como ayudante. También participé en la que en aquel momento se denominaba Psicoterapia, porque gané un concurso y entré como JTP [Jefa de Trabajos Prácticos].

—¿Ahí estaba [David] Ziziemsky también? Era Director del Servicio del Hospital...

No en Psicoterapia. Ziziemsky era Jefe del Servicio de Psicopatología. Y además era el Profesor titular de Psicología de la Niñez y de la Adolescencia y de Psicopatología.

—¿Cómo fue la experiencia en la cátedra con Ziziemsky a la cabeza? ¿Cuál era la orientación teórica que les proponía?

Él era médico y psiquiatra; tenía veleidades y miraba con mucho interés todos los desarrollos de la psicopatología y todo lo demás. Tenía una concepción totalmente crítica con respecto al psicoanálisis, pero bueno... él decía que yo era la mejor discípula, pero lástima que no fuera psiquiatra.

—Mencionaste la figura del psicólogo como “auxiliar” del médico...

Sí, pero enseguida, al poco tiempo, los psicólogos entraron como profesionales a los hospitales. Ese problema lo han tenido muchos psicólogos, pero también son corresponsables en el hecho de ser un poco secundarios en relación con los abogados en la justicia, con los médicos en los hospitales ... Aunque ese lugar nunca lo experimentamos nosotras. No solamente yo, sino todas las que trabajamos en el Hospital de Niños. Se nos dio un lugar de entrada, nunca tuvimos problemas.

—¿Cómo fue eso? ¿Vos participaste? Mencionaste que fue un momento de definición de la carrera...

Yo no sirvo para nada para hablar sobre los avatares políticos, nunca me metí, jamás. Había compañeros que sabían, como Raúl [Marazzato] o [Adolfo] Tessari que se ocupaban de ese aspecto. En cambio, yo no entendía nada, era muy joven, era alumna. En ese momento no tenía nada que ver con ese tema.

—La inserción en las instituciones de salud siempre estuvo...

Si te refieres a que fue problemática ... el problema es cómo se caracteriza esa inserción, ese es el tema, cómo uno se inserta. Evidentemente, es entendible que, si la formación ha sido muy débil, cualquiera sobrepasa a los nuevos integrantes, cualquiera los domina, los gobierna... actúa como un auxiliar...

—Es algo que se repite mucho, por lo menos en la historia de la psicología. Hubo un auge en relación con el debate de la profesionalización o no de los psicólogos y existen varias entrevistas a figuras clave en las que surge esto que estás diciendo: que nunca se sintieron en ese lugar de “auxiliares”.

Creo que tiene que ver más con una posición. Es una posición, cuando ingresé, no sabía nada, estaba ahí. Me interesaban muchísimo los casos que debía tratar, para poder abordarlos adecuadamente. Me gustaba escribir y de alguna manera tuve un lugar privilegiado por escribir

las entrevistas ¿Cómo escribir una entrevista? Bueno, en [la cátedra de] Psicopatología enseñábamos eso: cómo se escribe una entrevista. Eso me interesó y me satisfizo mucho, eso mismo lo reiteraba en los cursos de postgrado que hacíamos en el Hospital. Les habrá contado también Telma [Piacente] las revistas que teníamos en el Servicio. En inglés y francés, idiomas que leíamos perfectamente. Fue un semillero de trabajo.

—¿Qué revistas? ¿Recordás los nombres?

Sí, la *American Journal of Psychiatry*, y la *Psychologie de l'enfant*. Traduje muchos artículos. También *Psicología del niño*, que era de un grupo francés contrario a Lacan y otras más. [David] Ziziemsky estaba satisfecho porque nosotras podíamos traducir ¿Qué más quería? Personalmente me ocupé de muchas traducciones. Pero tengamos en cuenta que estamos hablando de la post-carrera, estamos hablando del nivel de postgrado. Después se creó la Residencia de Psicología. Formé parte de la Comisión que la diseñó, a mi regreso de España, cuando se reabrió la carrera. El Servicio de Psicopatología del ex Hospital de Niños fue el primero que tuvo residencias de Psicología. Teníamos experiencia en el tema, personalmente había colaborado y trabajado en la capacitación de los ingresantes a la Residencia de Psiquiatría.

—¿No tenían formación psicoanalítica los psiquiatras de ese Servicio?

No, los psiquiatras venían de Medicina.

—Pero existía la posibilidad de que se formen en la APA, por ejemplo... ¿No era el caso de los platenses?

Lo habrán hecho después, pero en ese entonces eran recién egresados que no sabían nada a ese respecto, no tenían formación alguna sobre el tema. Por esa razón algunos cursaban materias de psicología, de psicoanálisis, de psicopatología...

—¿Y tú ingreso al Servicio del Hospital fue bajo la figura de una práctica?

No, yo estaba nombrada como profesional, recibía un sueldo. Era feliz por eso, porque tenía trabajo y la remuneración correspondiente. Estuve allí hasta 1976, cuando me fui. Al volver, encontré que para los psicólogos, no se había gestionado ninguna relación reglamentaria que vinculara la Carrera [de Psicología] y las Residencias de Psicología, a diferencia de lo que sucedía entre [la Facultad de] Medicina, que estableció una relación con la Residencia. En nuestra Facultad nunca se establecieron relaciones con la Residencia —cosa muy negativa—, porque para mí es importantísimo tener una relación con la Facultad. En mi caso particular coincidió que a la vez era Instructora de Residentes en el Servicio y Profesora de Psicopatología en la Facultad, pero fue una casualidad.

—¿Esa coincidencia no allanó en ese momento el camino?

No, pero se auspiciaban los cursos que dábamos. Medicina tenía y tiene una relación estrecha, íntima, con los servicios hospitalarios de salud. Pocos son los que no quieren formarse, porque tienen una larga tradición y entienden que necesitan formarse, eso es fundamental. Se trata de una tradición milenaria, que se profundiza a través de los años. Es impensable para un médico no hacer una residencia al final de la carrera. Pero lo interesante de nuestro caso es que la Residencia de Psicología fue la primera, o una de las primeras residencias de ese tipo, porque antes no existían. Además, el Jefe del Servicio tenía de bueno el darle mucha importancia a la

comunicación, a la escritura y a la formación constante. Por ejemplo, vi por primera vez a un niño autista, gracias al Servicio. Mis ojos se caían, era una egresada que venía de una formación completamente teórica... Toda esa transmisión —escribir, ir a congresos, investigar— la hicimos ahí, en el Hospital de Niños, no en la Facultad.

—Qué importante es generar esos espacios y qué pena que no haya sido en el ámbito universitario, donde debería propiciarse.

En el ámbito universitario tuvimos investigaciones y actividades por el estilo, pero siempre teórico-clínicas. A mí siempre me interesó esa dimensión teórica-clínica. Después, la especialidad de posgrado, cuya dirección ejerzo, también es de carácter teórico-clínico. Es interesante señalar que las mismas personas que fueron residentes, en la época en la que me desempeñaba como Instructora, fueron las que egresaron de la especialidad. Por ejemplo, las psicólogas que trabajan en Reencuentro [Hospital Interzonal Especializado en Toxicología y Salud Mental], son especialistas y también ex residentes. Esa circunstancia resultó muy propicia para que prestaran su colaboración en la formación de los alumnos de posgrado. Se dio una continuidad en esa trayectoria.

—Del psicoanálisis que se gestó en otros márgenes, no en La Plata directamente, ¿tuviste contacto?

Sí, tuve contacto con [Jaime] Szpilka, que está en Madrid. Dictaba [la asignatura] Psicología Diferencial. Uno de los libros que utilizaba era *Psicología de la Conducta* de Bleger (1963) ¡qué es insuficiente! Está más bien destinado a carreras menores. Seguramente su formación en el tema era escasa. Era médico y psicoanalista de la APA, no tenía formación académica.

—Jaime Szpilka es el referente, es el que trae ese modelo de psicoanálisis ¿qué lugar tuvo?

No, ese psicoanálisis [el que provenía de la APA] ya estaba en el ambiente, estaba de moda. Era buena persona, concurríamos a Buenos Aires a participar en grupos de trabajo con él; era muy amable y simpático, pero resulta imposible compararlo con lo que ofrecía la obra de Lacan.

—¿Cómo se produce ese viraje desde estas corrientes hacia el psicoanálisis lacaniano? ¿Hay un momento clave donde empieza a ser predominante ese psicoanálisis más lacaniano?

No hay más lacaniano o menos lacaniano: es lacaniano o no es lacaniano. En una época determinada, previa al golpe [la última dictadura militar argentina, 1976] aunque ya había turbulencias políticas importantes, me hice cargo de la titularidad de la cátedra Psicoterapia, lo que era un absurdo, porque era muy joven para serlo. Pero bueno, la época corría de esa manera. Básicamente incluía a [Sigmund] Freud y para hablar de Lacan invité a un lacaniano de Buenos Aires —que ahora creo que está en Brasil—, y que empezó a dar el “ABC” de la perspectiva lacaniana. Después empecé a coordinar algunos grupos de estudio, a dictar cursos de posgrado; sobre todo con las cuestiones fundamentales de Lacan. Ahí empezamos.

—¿Quién era ese autor?

No me acuerdo cómo se llamaba, era argentino. Estuve casi diez años en Barcelona y durante ese periodo los lacanianos avanzaron mucho. Vinieron aquí psicoanalistas de Buenos Aires, como siempre intentando colonizar La Plata, eso siempre fue así. Entonces, cuando llegamos

nosotros, en el 84, ya se había comenzado con una serie de divisiones, que existían desde antes. Ahí aparece [Jaques-Alain] Miller, una figura fundamental, porque hizo una carrera de formación académica excelente y porque también procedía del campo de la filosofía, como Oscar [Masotta]. Fue en ese momento que ocurrió una gran dispersión, con disputas intestinas, aparecieron los grupos lacanoamericanos, el desbarajuste ... Esto sucedió en los años 80, después de la visita de Jacques Lacan a Caracas, en 1980.

—Circula una versión de la historia que sostiene que Lacan llega o se expande en el período de la dictadura, pero en realidad llega un poco antes, a principios de los 70 ya empieza a leerse...

Sí, eso sucedió en Buenos Aires. En el año 71 me fui a París, con una amiga, Hebe Tizio. Allí conocimos a Lacan. Estábamos deslumbradas con París, tengamos en cuenta que la influencia francesa ha tenido mucho que ver en la historia intelectual de determinados sectores de Argentina. Fuimos al [Hospital] Sainte-Anne a ver cuándo había una presentación de enfermos y ahí nos encontramos con un psiquiatra chileno que nos dijo “ahora va a empezar una presentación, tienen que ir a la capilla”. Y ahí fuimos. Lacan estaba haciendo una presentación con un paciente, muy activo. Nosotras teníamos la experiencia de las presentaciones de enfermos que se hacían aquí, me refiero a las que realizaban [Juan Carlos] Pizarro y [David] Ziziemsky, así que para nosotras eso no era nada nuevo. Por eso, para mí siempre fue muy importante la presentación de enfermos. Nos gustó mucho el lugar, semanalmente o cada quince días se hacían presentaciones de enfermos. Tenían un cuidado enorme con el paciente, sabían hacer la pregunta justa. Tengo muchas de las presentaciones de enfermos realizadas por Lacan. Nosotras, en ese momento, con mi amiga, participábamos en una investigación sobre el problema del lenguaje en la esquizofrenia. Había una lacaniana, que después se peleó con Lacan, [Lucy] Ligaray, una lingüista lacaniana que trabajaba ese tema y tenía un artículo interesante en su revista de lingüística. Pero no la encontrábamos, en cambio en el mismo [Hospital] Sainte-Anne conocimos a un prócer de la neurología, especializado en afasias. Y también compramos los escritos de Lacan, estábamos sumamente entusiasmadas.

—¿Habían llegado acá las obras traducidas de Lacan?

Todavía no.

—¿Cómo lo leían?

Porque sabíamos francés.

—¿Y cómo se empieza a difundir?

Eso fue más adelante. Nunca voy a olvidar que una de las colegas que venía a leer los Escritos conmigo fue Lydia Ridaó, a quien el último proceso de la dictadura militar hizo desaparecer y finalmente se comprobó que la habían matado. Recuerdo que en mi casa nos quedamos sin luz y leíamos iluminándonos con una vela ¡Lacan, en francés y a la luz de la vela! [risas]. Fue un esfuerzo enorme, resultó difícil y bastante complicado. No disponíamos del artículo de [Henri] Wallon sobre el Estadio del Espejo, uno de los antecedentes de Lacan. Conocíamos cuestiones sobre fenomenología, pero desconocíamos otras cuestiones. Existían muchos

antecedentes muy importantes en juego. Justamente leíamos *Función y campo [de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis]*, de 1956] que es un texto muy complejo.

—Mencionaste que Juan Carlos Pizarro y David Ziziensky hacían presentaciones de enfermos, ¿cómo fueron?

Íbamos al Hospital de Melchor Romero, y allí se hacían las presentaciones.

—Terreno de psiquiatras...

Te diré que sigue siéndolo. Las presentaciones de enfermos de Pizarro eran excelentes, era psiquiatra, muy bueno y sagaz, con intervenciones precisas y adecuadas. Por supuesto, teníamos apertura rápida a los servicios porque básicamente él era psiquiatra. Tuvimos la oportunidad de presenciar las entrevistas con todo tipo de pacientes, por ejemplo, aquellos afectados con la famosa “parafrenia”, así como casos con paranoia, y algunas esquizofrenias. Éramos cinco o seis los que asistíamos, no todos estaban interesados. Éramos muchos menos que ahora...

—¿Cuántos eran aproximadamente?

En mi promoción éramos como sesenta, habrán entrado cien, pero quedamos sesenta.

—¿Siempre con mayoría de mujeres?

Había algunos varones ... Con respecto al número resultaba más cómodo para el Hospital que fuéramos pocos, no era una invasión, entrábamos diez personas, no más. El Dr. Pizarro utilizaba el test de Rorschach (Psicodiagnóstico de Rorschach), sobre el que era muy versado, con una perspectiva clínica. Yo no sabía nada, nunca supe nada de los tests, jamás me interesó ver nada de eso. No sé cómo aprobé Psicometría. Pero con él conocimos muchos temas, por ejemplo, el automatismo mental de [Gaëtan Gatian] Clérambault, las paranoias pasionales, todas esas temáticas fueron examinadas en esas circunstancias.

—¿A Mauricio Knobel lo tuviste como docente?

Sí, pero no me pareció un buen profesor.

—¿Tenía una formación ecléctica también?

No, en ese momento era kleiniano, como todos, estaba a la moda. Hay gente que siempre se adapta a todo, a lo que sea. Nunca me voy a olvidar de lo siguiente: tenía una beca y estaba en el Instituto de Psicología de la Facultad, donde él hacía una investigación con unos dibujitos. Le mostraban a la gente un dibujito, un test proyectivo... Jamás participé en nada de eso, no me parecía adecuado. No me llevaba bien con Knobel.

—¿Cuál fue tu participación en el Instituto de Psicología en los años 60?

Estaba becada en el Instituto de Psicología, hacía traducciones, básicamente hacía eso. Antes había entrado al Instituto de Psicología, después entré al Hospital [de Niños].

—¿Realizaste investigaciones durante la carrera?

Participé en esa investigación, aunque no me parecía adecuada. Lo hice no porque quería, sino porque estaba obligada a hacerlo porque era becaria. Lógicamente, él no me apreciaba demasiado, pero yo no quería participar de ninguna manera.

Ahora, en ese contexto ecléctico de la Facultad se encontraban docentes de valor, por ejemplo [Raúl] Ballbé, quien trabajaba además en el Hospital Policlínico.

Había que hacerse de un camino y no buscar un relato. En Psicología la gente estaba muy desesperada por la inseguridad, la incertidumbre, lo que Lacan llama el “sujeto a barrado”. Es la falla en el discurso universal que busca agarrarse de la seguridad que emerge de algún tipo de relato. En general, los profesores con una formación insuficiente se aferran a los relatos. También a muchos les interesó la cuestión social, que era más apropiada para la carrera de Sociología o para un trabajador social, no para psicología. El campo de la psicología es un campo muy fragmentado y el psicoanálisis ha querido ser un poco colonialista en la Carrera de Psicología, cosa que no le conviene al psicoanálisis. Pero un poco ha sido así, es cierto.

—¿Cómo lo ves en la actualidad? ¿Esto sigue siendo así?

De la actualidad no quisiera hablar, tendría que hablar mucho, pero preferiría exceptuarme.

—Uno de los puntos que nos interesa es ver qué pasó desde el punto de vista teórico y conceptual con el advenimiento de la dictadura. Vos no estuviste en esos años, pero ¿qué recuerdos tenés de los años 70?

Había Cátedras que eran muy políticas y muchos de los dirigentes políticos salieron de ahí. Es otro relato que convocaba a la juventud. No digo que fuera sólo en Psicología, porque también sucedía en otras facultades. Pero la Psicología es muy frágil, tiene desarrollos relativamente débiles en Argentina. En esa fragmentación enorme no hay una perspectiva unificada.

—Y en cuanto a la conformación de la Carrera, la conformación de los planteles de las cátedras... ¿registraste alguna modificación?

Yo no creo. Cada cual siguió con su camino, independientemente. Insisto, todo estaba muy fragmentado.

—Otra cosa que aparece en algunos testimonios es que los grupos de estudio privados eran una práctica bastante frecuente, ya desde los años 60...

Sí, con Oscar Masotta teníamos reuniones a raíz de una investigación que íbamos a hacer. Después dicté cursos en la Asociación de Psicólogos y eso era muy común. Pero esa política del grupo de estudio es muy negativa. Creo que mientras no se haga una articulación teórico-clínica, no se progresa: el psicoanálisis no avanza. Ya sea porque se trata de cuestiones fundamentalmente teóricas o, por el contrario, se apela a un practicismo que intenta aplicar conceptos que son dudosos. El tema es hacer avanzar, salir de la rutina y del relato consabido, de los estereotipos. Pero es imposible hacerlo desaparecer, es algo consustancial de la universidad “populista”, llamémosle así. Ocho mil alumnos entraron a medicina este año...

—En Psicología tuvimos más de tres mil inscriptos...

Una de las ventajas que tuvimos nosotros es que éramos pocos, y eso es otra cosa, es otro mundo.

—Es una formación más personalizada, esta posibilidad, por ejemplo, de concurrir a presentaciones de enfermos...

Eso en Psicopatología lo hacíamos desde la cátedra, los alumnos iban a presenciar las entrevistas con pacientes.

—Claro, pero ¿la masividad iría en detrimento de la calidad en la enseñanza?

Sí, y ese es el problema. Por eso teníamos tantos grupos. Siempre tuve contradicciones con las autoridades. Me acusaban de que ocupaba más horas de las que debía. La formación parece ser sinónimo de lo peligroso, y hay que seguir con estereotipos, la misma rutina siempre. Es como la reproducción de lo mismo, sin producir conocimiento nuevo.

—Con la reapertura de la Carrera en 1984, ¿cómo te volviste a vincular con la UNLP?

En ese momento recién llegaba a la Argentina. No participé en nada más que en el diseño de la Residencia. Sólo después me presenté al concurso de Psicopatología, en el año 1987, donde obtuve el cargo de Profesora Titular.

—¿Tu vínculo con la carrera fue a partir de ese año?

Antes había dictado algunas clases en cursos de posgrado.

—Entonces ingresaste en 1987, ¿y hasta qué año estuviste a cargo de la titularidad de Psicopatología I?

Hasta el 2014. En ese periodo estuve a cargo de Psicopatología I y del seminario Desarrollos en Psicoanálisis, en el que abordaba la obra de Lacan.

—También en la Carrera de Especialización los últimos años...

Sí, también. Y en el medio realicé el doctorado, en el 2005 defendí la tesis.

—¿Estuviste vinculada en algún momento a la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina]?

A la APA no, a la AMP [Asociación Mundial del Psicoanálisis] y a la EOL [Escuela de Orientación Lacaniana].

—¿Cómo llegaste a vincularte con estas instituciones?

Era el lugar normal al que tenía que adherir, la AMP. Sigo en una posición un tanto externa, porque no estoy conectada con los profesionales de La Plata, sino de Buenos Aires y de Francia. Me interesan más las cosas que producen, me interesa la producción a nivel de las publicaciones europeas.

—¿Y cuáles son tus referentes más actuales?

[Jaques Alan] Miller, y la producción que se encuentra en revistas de psicoanálisis francesas, tales como *Ornicar*, *La cause du désir* y *Mental*, entre otras, que me parecen muy interesantes.

La Plata, mayo de 2021.

CAPÍTULO 11

Entrevista a José Antonio Castorina

Ramiro Tau

José Antonio Castorina (Ciudad de Buenos Aires, 21 de marzo de 1940) es Profesor de Filosofía por la Universidad Nacional de La Plata (1963), Magíster en Filosofía por la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (1985) y Doctor en Educación por la Universidad de Rio Grande do Sul (1997). Se desempeñó como docente e investigador de la UNLP y la Universidad de Buenos Aires, donde estuvo a cargo de cátedras, proyectos e institutos de investigación, y dictó cursos de grado y postgrado en diversas universidades del mundo. Sus investigaciones y sus publicaciones tratan temas del campo de la psicología genética, la epistemología, el desarrollo, las representaciones sociales y la educación. Fue galardonado tres veces con el Diploma al Mérito en Psicología por la Fundación Konex (1996, 2006 y 2016), y con los títulos de Profesor Honorario de la Universidad de San Marcos (1996) y de Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de Rosario (2014). Actualmente es Profesor Consulto de la UBA, Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (jubilado) y Profesor/Investigador de la Universidad Pedagógica Nacional.

En esta entrevista, Castorina se refiere a las vías de recepción de la obra de Jean Piaget en Argentina, a su enseñanza universitaria, a los programas de investigación promovidos desde esta perspectiva y a los desarrollos locales de la psicología del desarrollo de los conocimientos.

—Desde hace muchas décadas que Jean Piaget es un autor clave en la enseñanza de la psicología de Argentina, pero esto no siempre fue así. ¿Cuáles considerás que fueron los principales canales de introducción de la obra piagetiana en Argentina?

[J.A.C.] En la Argentina hubo varias vías. Hay un Piaget que se estudió en la Universidad del Salvador, una universidad privada, de la mano de Rosa de Spagnolo, cuando se fundó la carrera de Psicopedagogía, en la década de los años 70. Ahí, el maestro de Ginebra entró por el lado más evolutivo, por llamarlo de algún modo. En ese sentido, la recepción de su obra tuvo mucho que ver, en nuestro país, con la formación de los psicopedagogos. Y ese proceso fue paralelo al de la intervención de otros piagetianos formados en Ginebra, como Emilia Ferreiro, la psicolingüista Celia Jakubowicz —quien luego sería una figura clave de la investigación basada en la obra de Noam Chomsky— y Rolando García, que colaboró muy activamente en la obra final de Piaget en el campo de la epistemología genética. Y todos ellos formaron parte del IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires], una institución privada de la que

también participó, por un tiempo, Gregorio Klimovsky, un gran lógico y epistemólogo de la vertiente de la filosofía analítica. Él estuvo en la dirección del Instituto, junto a Ferreiro y García, y otros colaboradores de diversos campos disciplinarios. Ese fue un espacio de discusión intelectual y producción de investigaciones que formó parte de aquel período de nuestra historia, caracterizado por la ebullición de ideas y el compromiso político. En cambio, la mirada promovida por la Universidad del Salvador era muy descriptiva del desarrollo de los conocimientos infantiles, con poca apertura a su revisión a través de la investigación, tal como sucede con las ortodoxias: una posición repetitiva de textos, y sin la formación en investigación que caracterizó al IPSE. Sin embargo, no duró mucho. La persecución política, y luego el exilio, hicieron desaparecer al IPSE. Recuerdo que en esos pocos años se trataron muchos temas, especialmente la investigación fundamental sobre la psicogénesis de la lecto-escritura, dirigida por Ferreiro, con la participación de otras colegas. Además, se dictaron seminarios de epistemología, historia de la ciencia, lógica y hasta problemas epistemológicos del psicoanálisis.

—Algunos sostienen que en la Argentina la principal vía de recepción de Piaget es la que configura la psicopedagogía, y ello define una lectura orientada por los problemas del mundo de la educación...

Eso no es totalmente cierto. Justamente en el IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires] no se lo leía así, sino como al autor de un programa constructivista que orientaba la investigación psicológica, sin una preocupación pedagógica privilegiada. Aunque es cierto que hubo experiencias y muchas discusiones dirigidas a tratar de evitar la aplicación directa de la teoría psicológica en el campo educativo. De todos modos, en otras instituciones, sean universidades o ministerios, efectivamente primó una lectura psicopedagógica que vio a Piaget como a un psicólogo de las edades de la inteligencia y desde una perspectiva propia de la psicología evolutiva. El interés de algunos profesionales se centró, principalmente, en los instrumentos de diagnóstico de niños con dificultades de aprendizaje, en la psicopedagogía clínica de la época en sus diferentes versiones —influida por el psicoanálisis— y en una interpretación de Piaget realizada primordialmente por los psicopedagogos y docentes. Es en ese sentido que se lo utilizó para formar psicopedagogos, y, como te decía, la primera formación en la Argentina fue la [de la Universidad] del Salvador. Incluso recuerdo algo del campo educativo: el currículum de la ciudad de Buenos Aires fue elaborado durante los últimos años de la dictadura por la señora Spagnolo y sus colegas del Salvador —denominado irónicamente por los docentes “el libro de Petete”—. Era un currículum basado en una interpretación tradicional, cerrada y fuertemente aplicacionista de la obra de Piaget. Estas dos fueron las vías principales de la recepción de la obra de Piaget en el país.

—En los años 70, también desde el IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires], se introdujo una lectura epistemológica que antes no existía en el país, y que en parte se desmarca de esa doble vía psicológico-pedagógica...

Sin dudas. Pero no es solo un tema de “lectura”, sino de una interpretación diferente de lo que es un programa de investigación y su implementación. Desde el IPSE se promovió una perspectiva constructivista con investigación empírica desde la Psicología Genética. Incluso,

se proponía un enriquecimiento de cada disciplina a través de la elaboración teórica y empírica. Aún más, las posiciones respecto a la política científica y educativa influyeron en la conformación de corrientes y debates teóricos, y el IPSE no fue la excepción. En este caso hubo un marco político insoslayable. Sin ir más lejos, [Rolando] García estuvo vinculado al peronismo revolucionario, fue organizador de la política científica y tecnológica del peronismo y Secretario de Planeamiento del gobierno de Bidegain hasta 1975. Es evidente que no se puede desconocer ese contexto político en el que se desplegaron las actividades de investigación. Recuerdo que Rolando se iba a la mañana a trabajar de funcionario y a la tarde participaba de la elaboración epistemológica y la gestión del IPSE. Y así muchos otros. Yo particularmente no estaba comprometido con esa línea política, pero todos teníamos una orientación política que era indisoluble de la vida académica. En síntesis, en mi opinión, lo central es que en el IPSE se hizo mucho más que una “lectura” de Piaget: se produjo conocimiento genuino, principalmente, por la originalidad en el modo de investigar y por los resultados verificables de Emilia [Ferreiro] sobre el desarrollo de la lecto-escritura. Es decir, ella con su equipo, produjeron un desarrollo de la investigación, novedoso respecto a lo que se hacía anteriormente en la Escuela de Ginebra. En ese sentido, considero que se la puede caracterizar como una extensión creativa de la Psicología Genética, apoyada sistemáticamente en una perspectiva epistemológica. En ese grupo estaban Susana Fernández, Delia Lerner, Alicia Lenzi, Ana María Kaufman. Insisto, lo que para mí caracterizó esta parte de la recepción local de la obra de Piaget fue el hecho de que a la teoría se la enfocó siempre como un programa de producción de conocimientos, no como un cuerpo acabado de ideas. No era un trabajo de análisis especulativo, ni una tarea de exégesis de textos o de simple utilización de instrumentos conceptuales o metodológicos. Todas las discusiones epistemológicas estaban basadas en la investigación empírica y, a su vez, la orientaban. En este sentido, fueron ejemplares los debates de [Gregorio] Klimovsky con García que, en particular, se referían al lugar y significado de la epistemología en la investigación psicológica, y viceversa.

—¿En qué consistía tu participación en este instituto?

Yo daba unos cursos de lógica y una introducción a la psicología y epistemología genéticas para psicoanalistas. Estuve casi desde la formación, como un colaborador y aprendiz, ya que mis conversaciones con [Rolando] García y mi asistencia a las discusiones me enriquecieron notablemente. Mi pertenencia académica era la Universidad Nacional de La Plata, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, donde me recibí de Profesor de Filosofía, y estuve desde el 64 hasta el 74 como docente. Primero, como ayudante, después, como profesor a cargo de la cátedra de Metodología de la Investigación en Psicología —si mal no recuerdo el nombre— tratando de articular, con poco éxito, la epistemología francesa de Bachelard y Althusser con la filosofía analítica para el análisis de las teorías psicológicas.

—¿Para el funcionamiento del IPSE tuvieron algún tipo de subvención?

No, yo no recuerdo haber tenido nada, jamás. Nadie cobró, de eso estoy seguro. Emilia sostuvo algo de todo eso con los fondos de una beca que recibió en ese momento, una beca Guggenheim, pero nada más. No tuvimos siquiera tiempo para solicitar algún financiamiento.

—¿Y qué modalidad tenían los cursos que se dictaban allí?

Eran cursos chicos, cada uno de no más de 10 personas, que versaban sobre la lógica contemporánea, la propia psicología genética o diversos problemas epistemológicos, incluida la relación entre psicología genética y el psicoanálisis. En general iba bastante gente, desde psicólogos y psicoanalistas hasta psicopedagogos y docentes de diferentes niveles de la enseñanza, por lo general bastante bien formados. Se exponía un tema y se lo discutía. Eran espacios bastante participativos. Algunos iban a todos los cursos y seminarios. Recuerdo algunos psicoanalistas “progres”, que participaban de la rebelión contra la clásica organización del psicoanálisis en la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina], otros que habían comenzado a estudiar a Lacan, que por entonces ya era una figura renovadora del campo. Recuerdo en aquellas clases y debates a Mauricio Abadi, a Juan Carlos Volnovich y otra gente de la APA.

—Este instituto [de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires] tuvo una vida corta, desde 1972 hasta 1976. ¿Cuáles fueron las razones de su cierre?

Totalmente políticas e ideológicas. No hubo ninguna otra razón. Corrían riesgo las vidas de los que estaban ahí. Muy simple. Y los represores, en ese momento predominantemente la Triple A, no vinieron antes, de casualidad, porque podrían haberlo hecho. Es cierto que no hubo una amenaza directa, pero estaban matando gente todos los días, incluidos científicos y pensadores. Así es que hubo que cerrarlo, no había alternativa. El mismo padre de Emilia [Ferreiro] corría riesgo, que era quien prestaba la casa para que funcionara el IPSE. Todo el prelude del golpe de 1976 fue durísimo. La represión ya estaba instalada y Emilia y Rolando se fueron del país a principios del 76 o finales del 75.

—Durante el funcionamiento del IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires], precisamente en 1974, se creó la cátedra de Epistemología y Teoría de la Inteligencia, en la Universidad de Buenos Aires, otra instancia clave...

Así es, y se organizó desde el IPSE esa cátedra de la carrera de Psicología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. La titular fue [Emilia] Ferreiro, el profesor asociado, Rolando García, yo, profesor Adjunto, y Ricardo Ruiz fue el Jefe de Trabajos Prácticos. En mi caso, obviamente, no estaba en condiciones de asumir semejante responsabilidad. Esta experiencia duró menos de un año, de mayo a octubre del 74, cuando llegó lo que se conoció como Misión Ivnissevich, desapareciendo a casi todas las cátedras de la Facultad, avasalladas por una política educativa dirigida a instaurar una universidad oscurantista y expulsiva de las corrientes de pensamiento que buscaban transformar la sociedad. Un tiempo después, algunos miembros de esa cátedra y del IPSE emigraron. Rolando [García] y Emilia [Ferreiro] se fueron primero a Suiza y después terminaron en México. Celia Jakubowics se fue a Francia, Delia Lerner, a Venezuela, Ana Kaufman a México. Alicia Lenzi, Susana Fernández y yo nos quedamos acá, en el llamado exilio interno, haciendo el trabajo intelectual que pudimos, en condiciones muy difíciles. Por mi lado, con la entrañable Gladys Palau, escribimos en esos años un libro referido a la lógica operatoria de Piaget y algunos artículos sobre el alcance de los modelos lógicos en psicología, lo que dio sentido a nuestras vidas durante el proceso.

—Unos años después, durante la década de los 80, vos participaste de la creación de otro centro privado, el Centro de Estudios Cognitivos de Buenos Aires. ¿Fue un intento de recrear lo que se había hecho en el IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires]?

No, no teníamos las posibilidades políticas, institucionales, ni el nivel de formación para hacerlo. Ese Centro tuvo una existencia efímera. Sirvió para reunirnos y compartir esfuerzos por conservar una tradición de investigación, y sólo pudimos hacer un trabajo de investigación empírica sobre los errores en la psicogénesis. Este trabajo formó parte del primer libro publicado en 1984, *Psicología genética, aspectos metodológicos e implicaciones pedagógica*, que recogía indagaciones anteriores, y en el que colaboraron especialistas en lecto escritura y en educación, como Ana Kaufman, Alicia Lenzi y Susana Fernández; Horacio Casávola, que estaba interesado en la teoría de la evolución biológica de Piaget y su influencia en la epistemología genética; la muy destacada lógica que mencioné antes, Gladys Palau, y yo, haciendo algunos comentarios epistemológicos, entre otros colegas. Fue algo de mucha menor escala que el IPSE, fue un intento de sobrevivir intelectualmente, aunque puedo tener una mirada oscurecida por los años.

—Y antes del paso por aquellas instituciones, ¿cómo fue tu acercamiento a la epistemología genética?

Fue en la década de 1960, mucho antes de conocer a Emilia [Ferreiro] y a Rolando [García]. Yo entré por la vía epistemológica, mientras la mayoría de los colegas lo hicieron por la vía psicológica. Quizás porque era ayudante de la cátedra de Gnoseología en la carrera de Filosofía, en la UNLP [Universidad nacional de La Plata], en ese momento a cargo del profesor [Bruno] Piccione y de Roberto Walton, todavía hoy el principal fenomenólogo del país y gran estudioso de la obra de Husserl. Busqué acercarme a los estudios de Piaget pensando que constituían un modo muy original de abordar la teoría del conocimiento, por fuera de la reflexión puramente filosófica. Recuerdo que, en 1965, durante el curso sobre la conciencia trascendental y el pensamiento de Husserl, di mi primera versión de Piaget en algunas clases de trabajos prácticos. Pero en ese momento tenía un conocimiento muy básico de todo eso, y además carecía de maestros o interlocutores. En paralelo, yo estudiaba reflexología, como fiel miembro del Partido Comunista, en donde había muchos pavlovianos. Desde allí tuve una aproximación indirecta a Vigotsky, que era incluido en unos cursos muy elementales de reflexología. Solo cuarenta años después este gran psicólogo, que había roto con el conductismo reflexológico, entró en mi vida intelectual, y, desde entonces, me ocupé bastante de tender puentes y problematizar las relaciones entre el programa constructivista, “revisitado” por nuestro grupo de investigación, y la corriente socio histórica de estudio del desarrollo de las funciones psicológicas. Esta problemática fue muy relevante para mi trayectoria y sigue abierta en la actualidad.

—¿Y tu relación con Rolando García y Emilia Ferreiro cómo se estableció?

No me acuerdo con precisión, pero me parece que fue cuando presenté mi CV y me convocaron para dar esos cursos que mencioné en el IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires] y para aprender la problemática epistemológica constructivista. En verdad yo no participé en ese momento de las investigaciones que ellos hacían en el IPSE. Por

una parte, Rolando tenía su propia conexión con Piaget, con quien compartía por entonces la elaboración de la obra *Psicogénesis e Historia de la Ciencia* y se dedicaba también a cuestiones de política científica. Por otra parte, Emilia tenía su grupo de investigación, con un alto grado de dedicación y especificidad temática, que estaba fuera de mis posibilidades. Yo era una especie de “outsider” en el IPSE, aunque mucho de lo que hice más tarde se lo debo a esa breve experiencia. Creo que fui bastante más útil en la cátedra de la Universidad de Buenos Aires, hasta que se terminó todo.

—Después de esa experiencia y del cierre de la cátedra y del IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires], ¿cómo siguió tu recorrido en Argentina?

Durante la dictadura, desde el 76 y hasta la democracia, yo llegué a tener 6 a 8 grupos de estudio de alrededor de 10 personas cada uno, formando parte de lo que se llamó la cultura *underground* de Buenos Aires. Esos grupos pretendían, parcialmente, reemplazar los estudios universitarios, y, sobre todo, sostener los intereses intelectuales y compartir ideas; desde el psicoanálisis, ya en versión lacaniana, hasta la historia del arte, la filosofía, la semiología, el marxismo francés o la psicología genética. Yo vivía parcialmente de eso, porque se cobraba muy poco. Complementaba con la enseñanza en el nivel medio y terciario, en una escuela privada. Y mi público eran casi todos psicopedagogos, psicólogos y docentes. Incluso fue durante la dictadura que publicamos con Gladys Palau aquel libro de *Introducción a la lógica operatoria de Jean Piaget*, lo que no resultó nada fácil, porque la editorial exigió que ni siquiera nombráramos a Rolando García. Más adelante, a fines de la dictadura y comienzos de la vida democrática, di clases en un instituto psicopedagógico, la EPPeC [Escuela de Psicopedagogía Clínica], escribiendo diversos artículos. Y durante un tiempo enseñé psicología genética en la Escuela de Psicología Clínica de Niños, que estaba en la calle Gurruchaga y Córdoba. En la EPPeC estuvimos varios de nosotros, creo que Alicia Lenzi también fue profesora allí, así como Susana Fernández. Gracias a esta participación, viajamos por todo el país y dimos clases de psicología genética en muchas provincias, a docentes, psicólogos y psicopedagogos, con la intención de difundir nuestra perspectiva de la psicología genética y sus implicaciones para la educación y la clínica. Durante el golpe, de Piaget no quedó absolutamente nada en la universidad, porque la dictadura lo consideró subversivo, como al estructuralismo y a otras corrientes. Fue considerado marxista y explícitamente denunciado en la revista *Cabildo*, por la CNU [Concentración Nacional Universitaria] y por la ultraderecha católica de la Argentina. Un caso paradigmático fue [Antonio] Caponnetto: él escribía sobre lectoescritura y se dedicaba a atacar a Emilia [Ferreiro] y a la teoría piagetiana, considerándola subversiva. Piaget cayó bajo las generales de la ley durante la dictadura, aunque extrañamente se lo utilizó, de manera caricatural, durante la gestión del Brigadier [Osvaldo] Cacciatore, en Buenos Aires. En La Plata no recuerdo cómo se dio, porque yo me fui de allí hacia Buenos Aires, en el exilio interno, en 1975.

—Mirando los programas de las asignaturas de Psicología en la UNLP [Universidad Nacional de La Plata], puede encontrar uno de la década de 1970, a tu cargo, en el que proponías una relación entre Piaget y Althusser.

Sí, es como decís, y era algo muy forzado. Más aún, en la efervescencia de la época, tratábamos de articular ideas para alcanzar cierta coherencia o ampliar el diálogo intelectual, pero, al

menos en este caso, era inalcanzable. Ambos autores estaban en posiciones muy diferentes respecto del estructuralismo por entonces hegemónico en el pensamiento francés, del que formaba parte el marxismo de Althusser. Incluso, él consideraba —como tantos pensadores de entonces y de ahora— que cualquier forma de psicología era rechazable, en la medida en que se constituyera por fuera del psicoanálisis o que no se basara en el sujeto del inconsciente, porque estaría incapacitada para producir conocimientos aceptables acerca de cualquier instancia de la vida psíquica. Y, obviamente, se asumía que la psicología del conocimiento nada tenía que aportar para elaborar una epistemología.

—En aquel contexto, Rolando [García] y Emilia [Ferreiro] parecen haber sido una bisagra en la recepción local de la obra de Piaget.

Sí, yo creo que sí, por el hecho de vincular sistemáticamente la problemática epistemológica con los problemas de la construcción de conocimientos en niños. Ahora, en el IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires], la interpretación del significado de sus investigaciones para la educación —a pesar de la elaboración sobre el conocimiento lingüístico— era casi inexistente. No se consideró válidos derivar solo del conocimiento psicogenético las actividades educativas. Debo decir con todo que, por entonces, en gran parte de los países influidos por la teoría piagetiana —Inglaterra, Estados Unidos o Brasil— y en Argentina yo mismo y muchos colegas, también creíamos, —implícitamente, pero creíamos— que el campo educativo era un campo de implementación de la teoría del desarrollo. Es decir, en cierto modo no valorábamos la enseñanza. Más aún, ésta aparecía, aunque no lo dijéramos, como un estorbo para la expresión de la espontaneidad “constructiva” de los niños en la escuela, una imposición conductista. El mismo Piaget, si bien no lo proponía en sus obras sobre pedagogía, prologó libros de autores claramente aplicacionistas. Yo creo, y esto es una opinión, que la teoría, en tanto no dio lugar al contexto y a las condiciones culturales de la construcción de conocimientos, favoreció las tesis aplicacionistas. Esto es, que el sujeto epistémico era concebido como suficiente para pensar el aprendizaje escolar. Podemos decir que no reconocíamos la mediación de la especificidad del contexto escolar y de las condiciones situadas del aprendizaje de los conocimientos socialmente constituidos. A partir de finales de los años 80, con el nacimiento de las didácticas disciplinares y la propia revisión de la teoría, se fue abandonando esta posición. Hoy, los autores que nos reconocemos post-piagetianos, hemos revisado diversos aspectos de la teoría, en especial dándole un espacio central al conocimiento de dominio, que atiende a la especificidad conceptual de los diferentes campos, desde la matemática al conocimiento social. Por lo demás, consideramos que esta revisión se acompaña de un estudio interdisciplinario del aprendizaje escolar o de un proyecto para hacerlo, con las didácticas disciplinares, la teoría de las representaciones sociales o la psicología sociohistórica, junto a la participación de los propios docentes, con sus propios saberes sobre las prácticas.

—Sin embargo, las versiones evolutivas o aplicacionistas existían desde antes ¿En qué medida se podrían considerar un efecto del IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires]?

La lectura o interpretación “evolutiva” de la psicología genética no fue un efecto del IPSE, ni fue promovida por ninguno de sus integrantes, todo lo contrario, fue duramente cuestionada.

Ahora bien, otra cuestión es que en aquel momento no había una reflexión sobre el aprendizaje escolar desde las didácticas disciplinares, inexistentes, ni los análisis de la educación que hoy hacemos de manera interdisciplinaria. No era posible entonces, aunque se podían tomar recaudos. Sin embargo, la versión predominante, de carácter evolutivo, como secuencias de etapas del desarrollo, distorsionó la naturaleza de los estudios de la construcción de hipótesis, como las de la lecto-escritura, y promovió el aplicacionismo de la teoría psicogenética en la escuela. Y conocemos el impacto que produjo.

—En cuanto a la relación entre psicología y epistemología, eso tampoco estaba muy claramente planteado en las carreras universitarias en las que se leía a Piaget...

En las carreras de filosofía del país, jamás. Ni entonces, ni ahora. En la carrera de Psicología, la cátedra de Epistemología y Teoría de la Inteligencia, de 1974, fue la primera conexión explícita entre esos dos campos. Emilia [Ferreiro] hizo su doctorado con Piaget en [la Universidad de] Ginebra, donde fue a estudiar inmediatamente después de la Noche de los Bastones Largos [29 de julio de 1966] y la intervención de [Juan Carlos] Onganía en la UBA [Universidad de Buenos Aires]. Por entonces, ella era Jefa de Trabajos Prácticos de la cátedra de Psicología General, en la Facultad de Filosofía y Letras, y estuvo en el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires —donde conoció a Rolando García— hasta 1966. Antes del 74, las referencias a la epistemología genética eran casi inexistentes. La corriente piagetiana de la psicología del desarrollo sólo tenía alguna cabida en la cátedra de José Itzingson, a cargo de Psicología General en aquella Facultad. En este sentido, y a propósito de la relevancia que le dieron a la obra de Vigotsky los neopavlovianos —como Juan Azcoaga, en Neurofisiología— se introdujeron textos de [Henri] Wallon y de Piaget. De hecho, desde la creación de las carreras de psicología, al menos en la UBA y en la UNLP [Universidad Nacional de La Plata], desde 1958, había cierta presencia de estos autores en los cursos. En el contexto de las carreras de psicología, sobre todo desde los años 70, la presencia del psicoanálisis en la formación de los psicólogos fue creciendo, en acuerdo con su notable incidencia en la cultura y en las prácticas clínicas. El perfil fuertemente profesionalista de las carreras disminuyó el interés en las disciplinas propiamente académicas de la psicología, de las que formaba parte la psicología genética, presentada con frecuencia como una psicología del niño, desde una perspectiva del desarrollo de estadios y sin referencia a la teoría explicativa del desarrollo cognoscitivo ni tampoco a su significado epistemológico. Por lo demás, había muy poca preocupación en alguna transferencia creativa sobre las prácticas psicológicas. Además, desde finales de los años 80 adquirieron significativa importancia otras corrientes en la psicología general y del desarrollo, particularmente el cognitivismo y las corrientes vigotskianas. Sin embargo, en esa misma época se iniciaron proyectos de investigación financiados por las universidades públicas, lo que le dio mayor identidad disciplinar e interés a toda la psicología académica. Claro que también participaron de ese cambio los psicólogos de orientación psicoanalítica, lo que dio lugar a la coexistencia, y hasta un equilibrio dinámico, entre las disciplinas. En todo este contexto, a principios de los 90 se inició nuestro proyecto UBACyT [proyectos de investigación financiados por la Universidad de Buenos Aires] para estudiar cono-

cimientos sociales en niños —codirigido con Alicia Lenzi— y otros proyectos de didácticas disciplinares de las matemáticas y la lecto escritura, dirigidos principalmente por Delia Lerner. Luego, algunas investigaciones de las ciencias sociales, apoyadas en las tesis epistemológicas del constructivismo, pero con indagación empírica en sala de clase, apelando a procesos como la abstracción o la toma de consciencia. Algo semejante sucedió con la investigación en didáctica de las matemáticas, donde el enfoque constructivista dejó su impronta, tanto con Patricia Sadosky como con Delia Lerner, entre otros. Particularmente, debo mencionar los estudios de enseñanza del sistema posicional de los números, y sus dificultades, realizados también por [Delia] Lerner, [Flavia] Terigi y otros colegas. En general, antes de estos proyectos, desde los años 60 hasta los comienzos de los 90, las relaciones entre psicología genética y educación fueron muy problemáticas, como ya he señalado. Pero el surgimiento de las didácticas disciplinares instaló al constructivismo por fin en las situaciones didácticas; dejó de ser el saber de referencia para la enseñanza y se creó la exigencia de interactuar con otras disciplinas y corrientes de la psicología del desarrollo, para poder ser aplicadas al campo educativo. Esto último se está consolidando, con la realización actual de investigaciones en didáctica de las ciencias sociales y naturales, dirigidas por Ana Espinoza y Beatriz Aisenberg, respectivamente. También, y esto resulta muy innovador, se instauraron indagaciones de carácter colaborativo en didáctica disciplinar de las matemáticas, que dan un lugar relevante a la participación activa de los docentes. Esperamos que esta manera de investigar se extienda a la propia psicología genética para el abordaje de los aprendizajes en diferentes contextos.

—En cuanto a los temas de interés de la psicología de inspiración piagetiana, ¿en Argentina también se puede identificar una migración desde los objetos lógico-matemáticos hacia los conocimientos sociales, tal como ocurrió en otros lugares del mundo?

Sin dudas, ello había comenzado con la propia Emilia [Ferreiro], hacia 1973, al estudiar la psicogénesis de objetos socialmente construidos, como el sistema alfabético, y considerando que los interpretantes informan a los niños que las marcas gráficas tienen poderes especiales. La cultura y las interacciones sociales no eran contradictorias con la postura constructivista de las producciones escritas. Por nuestra parte, durante treinta años hemos estudiado las ideas infantiles acerca de las instituciones sociales, como la autoridad escolar —con Alicia Lenzi—, o las indagaciones de Alicia Barreiro sobre las nociones morales referidas a la justicia y el castigo. También con Alicia Lenzi y Beatriz Aisenberg hemos estudiado la autoridad política, y con Axel Horn y Mariela Helman, el derecho a la intimidad. Me detengo brevemente en la reconstrucción de las diversas indagaciones realizadas porque ponen de manifiesto algunos rasgos relevantes de nuestro modo de entender la investigación: ante todo, las indagaciones han procurado contextualizar las construcciones de las ideas infantiles en las prácticas sociales. Por ejemplo, las ideas del derecho a la intimidad en las prácticas de los maestros con los niños; o los estudios sobre la formación de ideas morales en relación a las representaciones sociales sobre la justicia hegemónicas en nuestra sociedad, como la justicia retributiva. Esas indagaciones nos fueron alejando del sujeto epistémico propio de la tradición piagetiana, aproximándonos a un sujeto psicosocial, constituido por su participación en prácticas sociales donde las relaciones entre el

sujeto y el otro, expresado en creencias y prácticas colectivas, juegan un rol constructivo. Aquí reside, me parece, una de nuestras revisiones del programa constructivista clásico para el estudio de los conocimientos sociales, referida a la naturaleza del sujeto de conocimiento. Esta posición epistemológica, de un constructivismo que involucra las relaciones del sujeto con el objeto de conocimiento y las prácticas sociales, por su lado, ha abierto la posibilidad de investigaciones cooperativas con otras disciplinas. Cabe mencionar que ello fue posible, también, por la multidisciplinariedad de los integrantes de nuestro equipo de investigación, que provienen de distintos campos de las ciencias sociales: psicólogos/as, sociólogos/as, antropólogas, psicólogas sociales y licenciadas en Ciencias de la Educación. Entre ellos, quiero nombrar a las antropólogas Mariana Palacios y Paula Shabel, a los sociólogos Gastón Becerra y Daniela Bruno, así como a la pedagoga Mariela Helman. Todos comparten hoy nuestra investigación, junto a Alicia Barreiro, investigadora en psicología de las representaciones sociales, y a Axel Horn, psicólogo del desarrollo. Además, gracias al diálogo con diferentes disciplinas pudimos avanzar en la delimitación y comprensión del carácter social del conocimiento, un problema que reclama discusión conceptual y producción de conocimientos empíricos para ser interpretado aceptablemente. Hay razones metodológicas y epistemológicas que justifican su caracterización como algo específico de los procesos de construcción del conocimiento social. No lo tratamos en términos de una aplicación particular de sistemas de pensamiento individuales y generales, típica de la tradición piagetiana clásica. Es posible identificar recorridos constructivos propios de cada campo de experiencia específica con la sociedad. Y me permito destacar que como resultado de la colaboración con otras disciplinas hemos sostenido que las prácticas sociales son indisolubles de su significación para el grupo de pertenencia de los individuos, es decir, de sus representaciones sociales. Por tanto, concebimos una tensión constitutiva entre la actividad constructiva de cada niño y las condiciones culturales que la condicionan, dado que ambas no pueden ser concebidas de manera independiente. Así, la participación de los niños, niñas y adolescentes en prácticas sociales, propias de los contextos escolares o de colectivos políticos, hace posible la conceptualización, por ejemplo, de su propio derecho a la intimidad o de la política. Las organizaciones conceptuales que se producen en las interacciones no están contenidas en las organizaciones anteriores; es decir, son novedosas. Así, las tesis constructivistas se formularon para superar las dicotomías clásicas en el estudio de los conocimientos: sujeto-objeto, individuo-sociedad, teoría y observable, representaciones y prácticas, etc. En otras palabras, son el lado epistemológico —contracara del ontológico— de una concepción del mundo dialéctica o relacional, en oposición a una concepción basada en el marco epistémico de la escisión, que ha orientado buena parte de los estudios clásicos del desarrollo de los conocimientos sociales. El análisis de las interrelaciones, conflictos y articulaciones de los componentes que intervienen en los procesos de construcción cognoscitiva, nos condujo a explicitar su trasfondo meta-teórico. Es decir, un enfoque dialéctico orientador para plantear los problemas de investigación, cada vez más centrados en cómo se vinculan individuo y cultura en el desarrollo de los conocimientos sociales; en la elección de las unidades de análisis, es decir, las interdependencias dinámicas entre las prácticas sociales, el objeto y la construcción individual de conocimiento; o en los métodos específicos de indagación,

como las entrevistas clínicas, la etnografía o la observación participativa. Justamente, la intervención de un marco dialéctico hace compatibles, en su diversidad, a la teoría de las representaciones sociales y la psicología genética, ambas reconsideradas y revisadas. O a esta última y a la antropología social. En consecuencia, al estudiar, por ejemplo, las ideas de los adolescentes sobre su derecho a la intimidad, es pertinente el estudio de las prácticas institucionales; o estudiar cómo la ontogénesis de las representaciones sociales de la justicia depende de aquello que los grupos sociales constituyen como “realidad”. Resulta crucial, entonces, colocar en primer plano las condiciones contextuales de construcción del conocimiento y la apropiación de representaciones sociales, lo que no implica dejar de lado los procesos constructivos que tienen lugar a nivel individual. Es decir, no supone abandonar el carácter activo del sujeto en dicho proceso, otra de las tesis centrales de la teoría piagetiana, que mantenemos.

—Con el regreso de la democracia surgieron asignaturas específicas dedicadas a la psicología genética en los Planes de Estudio de Psicología de la UBA [Universidad de Buenos Aires] y la UNLP [Universidad Nacional de La Plata]. En esos Planes se reencuentran, casi calcados, los temas tratados en los seminarios del IPSE [Instituto de Psicología y Epistemología Genética de Buenos Aires]. ¿Creés que el IPSE prefiguró los contenidos de esos programas?

En la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, uno de los introductores de Piaget fue Ricardo Ruiz, en los años 80, alguien que profesionalmente era un psicoanalista. Aunque previamente —no recuerdo si en la Facultad de Humanidades— alguien que tuvo significativa actividad en medios educativos y psicopedagógicos fue Perla Danna, una psicóloga piagetiana, con formación europea y que había estudiado el desarrollo temprano. Ruiz tenía una lectura muy particular, muy personal de Piaget. Y si bien no participó del IPSE, en la UBA fue, como te decía, Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra de Emilia [Ferreiro] y Rolando [García] de 1974. Entonces, en algún sentido, el IPSE, aunque de existencia efímera, efectivamente influyó sobre lo que se enseñó después en estas universidades. En la UBA eso es clarísimo. Alicia Lenzi, Ana Kaufman, Susana Fernández, Delia Lerner o yo, fuimos todos herederos directos del IPSE. Por supuesto que existen diversos trabajos de colegas que no integraron el IPSE y que han realizado avances significativos en diferentes campos de conocimiento. Menciono sólo tres casos entre muchos otros: Mirta Castedo, en la Universidad Nacional de La Plata, una excelente investigadora en lecto-escritura; Mónica Báez, de la Universidad Nacional de Rosario, también se ocupó de la lecto-escritura, pero con niños sordos; y Flavia Terigi, a quien ya mencioné, en el estudio de la génesis del conocimiento matemático.

—¿Y hoy cuál es la situación del constructivismo de inspiración piagetiana en las universidades?

El constructivismo de inspiración piagetiana —casi siempre denominado psicología genética— se puede considerar hoy, en el campo psicológico, como una corriente dentro de la psicología del desarrollo de los conocimientos. Salvo excepciones, como la Facultad de Psicología de la UNLP, Psicología, Filosofía y Letras y el Departamento de Ciencias de la Educación de la UBA, o quizás también la carrera de Psicología de la Universidad Nacional del Comahue, donde

siguen existiendo cursos denominados “Psicología Genética”, en general no es una asignatura, sino una unidad temática que forma parte de alguna psicología del desarrollo. En muchos casos, sea el estudio del desarrollo o el aprendizaje, la perspectiva constructivista es una de las corrientes tratadas y en algunos casos cuestionada en relación con la teoría sociohistórica de Vigotsky y sus continuadores. Y, por lo general, se la presenta en un sentido puramente teórico, en relación con la obra de Piaget, no actualizada por sus últimas contribuciones referidas a la teoría de la equilibración, ni mucho menos los trabajos que transformaron el programa de investigación originario, los enfoques post-piagetianos. También en términos generales, y respecto del mundo educativo, buena parte de la investigación psicológica sobre la reconstrucción del conocimiento escolar atraviesa un periodo de fuerte desconfianza en los docentes y estudiosos de la educación, como resultado —al menos parcialmente— del aplicacionismo que ya comentamos. Pero, además, porque hay una desvalorización y un desconocimiento evidente, en los investigadores educativos, de los procesos de apropiación constructiva de los saberes a enseñar en la sala de clase. Incluso, la enseñanza es vista por varios didactas “generalistas” como una relación exclusiva entre docentes y alumnos, sin intervención significativa del proceso cognoscitivo, sin la consideración de las relaciones con los objetos de conocimiento. Hasta podríamos decir que la indagación de los problemas del aprendizaje, vinculados a la enseñanza en la práctica educativa, es hoy un área de vacancia notable en las universidades públicas y en el CONICET [Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas]. Más aún, esta vacancia no se refiere solo a la psicología constructivista, sino que cabe para una buena parte de las teorías psicológicas.

En lo que respecta al propio programa constructivista, su posicionamiento en el campo universitario y de la cultura educativa y psicológica depende de su renovación. Esto es, que el centro de la actividad esté en la producción de conocimientos y no en la exégesis de los textos o en las investigaciones clásicas. Y allí nos enfrentamos con diversos problemas y desafíos. Entre muchos otros, el vínculo entre contexto y construcción cognoscitiva, las desmentidas empíricas sobre la universalidad del desarrollo de muchas nociones, los interrogantes que la cultura y el mundo semiótico plantean a las tesis de construcción individual de los conocimientos, la renovación metodológica que reclaman los estudios de conocimientos sociales, políticos o los que se elaboran en la diversidad y desigualdad social, y en situaciones de interculturalidad. Y, obviamente, los ya mencionados problemas de la articulación de este enfoque con otras corrientes de la psicología y con otras disciplinas, para estudiar la construcción cognoscitiva en el aprendizaje escolar. Digamos, es necesaria una transformación intelectual de quienes se consideran inspirados por la problemática y algunas tesis del núcleo duro del programa que inauguró Piaget. En otras palabras, no hay que seguirlo, sino interpelarlo a la luz de los interrogantes que plantea la marcha de las investigaciones, adoptar el punto de vista de un *auctor* y no de un *lector*, como diría Bourdieu.

—¿Esto que señalás es una tendencia global o de Argentina?

Como dije antes, en el campo de la psicología, sobre todo para el *mainstream* de corrientes que vienen del mundo anglosajón —neoinnatistas, computacionales o quienes defienden el re-

duccionismo de los procesos de conocimiento a las redes neuronales— Piaget es solo un psicólogo que está en la historia petrificada de la psicología. Ninguno de los problemas que planteó, ni sus ideas sobre el desarrollo cognitivo tienen alguna vigencia. A lo sumo, se lo considera como un antecedente o referente de líneas evolutivas en el estudio del desarrollo. Y para todo eso ha contribuido mucho algún sector de los seguidores de la obra de Piaget, con su dogmatismo u ortodoxia, durante décadas, “ignorando” las contribuciones de otras corrientes y evitando cualquier crítica o reforma del corpus canónico. En términos generales, pueden distinguirse al menos tres versiones del programa de investigación. Una, la que acabo de mencionar, que solo ve aceptable su “extensión” a nuevos campos de estudio, por supuesto que cambiando algunas hipótesis si es necesario. Es decir, de modo metafórico, ampliar la casa original, haciendo añadidos o modificando ciertos ornamentos o componentes, pero sin cambiar significativamente sus pilares o su estructura. Una segunda versión, cercana al *mainstream*, afirmarí­a que se debe ignorar por completo al programa piagetiano porque es precientífico, por no apoyarse en la investigación experimental o porque ha sido por suficientemente refutado en sus hipótesis empíricas, como las referidas a los estadios, a los conocimientos de dominio general o a las referidas a los momentos en que aparecen conquistas cognitivas clave, como el objeto permanente, entre otras. Es así como ha sido desplazado epistémicamente por otras corrientes. Y desde algunas perspectivas sociohistóricas o contextualistas, se lo ha criticado porque es incapaz, por su modo de problematizar el desarrollo, de salir del individualismo e intelectualismo cognitivo. Esta versión es claramente hegemónica en el escenario de las corrientes psicológicas que disputan su lugar en el mundo académico. Y algo curioso, los Archivos Jean Piaget, en la Universidad de Ginebra, han sido dirigidos recientemente por psicólogos cognitivistas, lo que muestra la desaparición del interés por su obra. Finalmente, una tercera versión, intenta una revisión profunda del programa, no solo alterando y ampliando las hipótesis empíricas, como en la primera, sino modificando algunas tesis básicas, como resultado de nuevas indagaciones, de las vinculaciones con otras corrientes, como la sociohistórica o, en nuestro caso, también con la teoría de las representaciones sociales. Como traté de mostrar brevemente en comentarios anteriores, el avance en el estudio de los conocimientos sociales nos llevó a revisar la tesis del sujeto epistémico, o las unidades de análisis en términos duales de sujeto y objeto, a través de la tríada sujeto-objeto-prácticas sociales —o sus representaciones sociales—. En una perspectiva semejante, pero más amplia y rigurosa, autores que provienen de la misma Escuela de Ginebra, particularmente Eduardo Martí y Cintia Rodríguez, han propuesto utilizar las relaciones triádicas entre sujeto-objeto y el sistema semiótico, para indagar la construcción del objeto permanente o las conexiones entre desarrollo y educación. Se abre paso, así, a una manera de investigar “post Piaget”, que articula consistentemente al constructivismo revisitado o crítico con tesis centrales del pensamiento sociocultural, incluso de la teoría semiótica de Peirce. En este sentido, el libro que ellos coordinaron, *After Piaget*, de 2012, es una muestra de la vigencia del programa de Ginebra, pero a condición de su radical transformación, conservando las tesis de la acción constructiva como el corazón del conocimiento, pero siendo indisociables de las interacciones sociales y los instrumentos culturales. Por otra parte, y sea dicho de paso, el destino de este programa tiene que ver también

con la crisis institucional, vinculada al modo de conducción muy directiva, impuesta por Piaget — el “*cher patron*”— al CIEG [Centro Internacional de Epistemología Genética]. Estos rasgos institucionales y cierta ortodoxia exigida a los discípulos, marcó la diáspora hacia otras corrientes y otros ámbitos académicos, que el libro mencionado revela nítidamente.

En síntesis, es posible postular hoy a los procesos de abstracción reflexiva, la equilibración actualizada, así como las generalizaciones constructivas, precursoras de una teoría de sistemas para comprender el desarrollo. Y, a la vez, interpretar a esos procesos como parte de la internalización de los sistemas semióticos, una dialectización del programa que sostiene una cierta identidad en el cambio de las hipótesis y de algunas de sus tesis básicas, sin dogmas ni posiciones inmodificables. Tal espíritu de transformación es válido para todas las corrientes de investigación centradas en los cambios cualitativos del desarrollo de los conocimientos y funciones psicológicas, que atiende a nuevas indagaciones y problemas. En este contexto intelectual se insertan las ideas que consideramos relevantes de la tradición piagetiana, en un intercambio más complejo y abierto con otras corrientes y teorías. Justamente, esta es la actividad de la *Jean Piaget Society*, el despliegue de este espíritu, reuniendo anualmente a los principales investigadores, de diferentes perspectivas en la psicología del desarrollo, pero partidarios de dicho diálogo, y que aspiran a superar una mirada de la investigación psicológica restringida a campos locales o a problemas estrechamente acotados. Se busca establecer relaciones epistémicas entre indagación empírica, la elaboración de teorías del desarrollo y el análisis de las cuestiones conceptuales o meta teóricas de la investigación.

—¿Y qué pasó con la epistemología genética o la teoría del conocimiento científico?

No tuvo desarrollos significativos, entre otras razones, porque Piaget fue interpretado como un psicólogo del desarrollo, solo como tal, aunque algunos historiadores de la psicología y sus discípulos reconocían preocupaciones epistemológicas. Una buena parte de los psicólogos españoles, por ejemplo, confundieron la psicología genética con la epistemología, y sostuvieron que el constructivismo era un conjunto de principios de una psicología. Sin embargo, Rolando García, Gil Henriques, en Suiza, Leslie Smith en Inglaterra o Richard Kitchener, en Estados Unidos, reflexionaron o elucidaron los rasgos de la epistemología genética y su lugar en el escenario contemporáneo de los debates del campo. Claramente, la consideraron como una disciplina vinculada a la psicología y a la historia de la ciencia, pero como una elaboración teórica, con problemas específicos, que no son propiamente psicológicos, como las tesis sobre el proceso de transformación del conocimiento, el debate con el innatismo y el empirismo, la naturaleza del *a priori*, las relaciones entre normas y hechos, sobre los mecanismos comunes entre la psicogénesis y la sociogénesis de la ciencias, la intervención de la ideología sobre la práctica de las ciencias, etc. El constructivismo es la teoría del conocimiento —y no solo del conocimiento científico— que pretende sostenerse como resultado de aquella elaboración conceptual, que a su vez dio lugar a una psicología, discutible y revisable, pero asociada a las cuestiones epistemológicas. Así, [Rolando] García extendió y reconsideró a la propia epistemología genética desde la teoría de los sistemas complejos. Propuso estudiar el proceso de conocimiento apelando a las

relaciones entre un subsistema biológico, el correspondiente al proceso de producción de conceptos y teorías, y los sistemas sociales. En estos últimos, con énfasis en la intervención de las concepciones del mundo sobre la dinámica de la sociogénesis de las ciencias. Visto con ojos actuales, la epistemología genética sería una corriente original dentro de la llamada epistemología naturalizada, muy crítica de la epistemología normativista, apriorista y fundacionista, aún predominante en el mundo académico. Una visión que no separa la argumentación epistemológica sobre la ciencia de las contribuciones de esta última, sino que busca articularlas, situando decididamente a las ciencias en la historia de su producción o en los procesos psicológicos, o incluso biológicos, que participan de su elaboración. Piaget, en ese sentido, es un precursor, lo que solo ha sido parcialmente reconocido por algunos epistemólogos contemporáneos. Por otra parte, si bien hay cuestiones epistemológicas que se debaten en la *Jean Piaget Society*, alrededor de la investigación psicológica, casi no hay indagaciones o reflexiones metateóricas que se orienten hacia el tratamiento de cuestiones como las formuladas en la epistemología genética. Quizás, se deba, en parte, a que los investigadores que trabajan en el campo de la investigación empírica en psicología no dirigen sus preocupaciones a la elaboración de una teoría general del desarrollo ni la discuten. Este campo disciplinario, en verdad este campo interdisciplinario, que fue la principal preocupación de Piaget, no se ha consolidado ni ocupa un lugar relevante en las discusiones contemporáneas. Sin embargo, el constructivismo, como teoría del conocimiento, no tiene dueño. Hay espacio en diversas publicaciones y congresos, así como en sus consecuencias en educación, y existen diversas versiones que se pueden contrastar, lo que de hecho sucede. Esto es, el constructivismo de inspiración piagetiana, convenientemente revisado y sostenido en un realismo crítico, así como le confiere un lugar clave a las restricciones sociales en la práctica de las ciencias y del conocimiento infantil, puede polemizar críticamente con otros constructivismos. Por un lado, la concepción radical, escéptica y subjetivista, fundada por [Ernst] von Glasersfeld, y muy influyente en el estudio de la enseñanza de las ciencias. Y por otro, el construccionismo social, una versión reduccionista y relativista, que se centra en la construcción discursiva de la realidad, particularmente la Escuela de Edimburgo, de [David] Bloor y [Barry] Barnes. Esta es una actividad crítica puede permitir revisar y ampliar esta versión del constructivismo.

—¿Y las tesis sobre la lógica de las significaciones, lo posible y lo necesario, la dialéctica y todos los temas del último Piaget?

Prácticamente no hay continuadores de la última obra de Piaget: de las categorías de lo posible y lo necesario, la dialéctica, los procesos de abstracción reflexiva y reflexionada, el concepto de marco epistémico para la epistemología o la lógica de las significaciones, para nombrar solo algunas nociones desarrolladas en colaboración con [Rolando] García. En la psicología del desarrollo o epistemología, esas ideas han provocado muy escasa preocupación e indagación. Incluso, *Las formas elementales de la dialéctica*, no ha sido traducido al inglés y, como se sabe, esta lengua hegemónica da existencia académica a las ideas. Como dije antes, los psicólogos han dado por desaparecidas las ideas de Piaget y han desconocido su última producción. Sin embargo, me permito hacer dos menciones acerca de la potencialidad de dos de ellas para la investigación psicológica y epistemológica. En primer lugar, el concepto de marco epistémico

hace referencia —dicho muy sintéticamente— a las concepciones del mundo, originadas en los contextos histórico-sociales, y que por lo general son implícitas en la práctica de las ciencias. Tales marcos ideológicos incluyen tesis epistemológicas y ontológicas, así como valores éticos y políticos, intervienen sobre la investigación sin determinar su marcha ni sus resultados, pero condicionando las preguntas que se formulan y haciendo invisibles a otras, recortando los objetos o el tipo de explicación que se propone. Nosotros, muy modestamente, hemos explorado los marcos epistémicos que hemos llamado de la escisión y el relacional o dialéctico, actuando sobre la investigación en la psicología del desarrollo, e incluso sobre las teorías del cambio conceptual. Consideramos que esta categoría, y su utilización para entender la relación entre ciencia y sociedad, es altamente iluminadora para desmitificar las prácticas de investigación. En segundo lugar, las ideas de Piaget sobre la dialéctica, que no podemos exponer aquí, y que se pueden relacionar con la historia del pensamiento dialéctico, introducen una originalidad: las contradicciones no producen las síntesis cognoscitivas por sí solas en la formación de los conocimientos. Se precisa de una actividad constructiva que los reorganice, lo que da lugar a las inferencias dialécticas, donde la conclusión no reitera las premisas, sino que introduce una novedad conceptual. También hemos verificado el potencial interpretativo de esta categoría respecto a la construcción infantil y adolescente de ideas que se apropian de la representación social de justicia, en base a las indagaciones empíricas de Alicia Barreiro, o de Axel Horn sobre el derecho a la intimidad. En nuestra opinión, categorías como las mencionadas pueden ser pertinentes para avanzar en estudios sobre las transformaciones de los sistemas de conocimiento, sea en la psicología del desarrollo o en la reformulación de los estudios sobre el conocimiento científico. Serían ejemplos de ideas no muertas. Todo lo contrario, potencialmente creativas y que ayudarían a la investigación psicológica, tanto a la del programa constructivista como la del que no se realiza bajo su enfoque.

—Más allá del panorama internacional, ¿cuál creés que es la situación de la psicología del desarrollo en la Argentina?

Según lo que comenté, el enfoque constructivista —una corriente en lo que hoy es la psicología del desarrollo— se puede integrar en la investigación psicológica que se orienta por el marco epistémico dialéctico. Esto, a condición de que sea revisada en ciertas de sus tesis centrales, actualizada en el panorama contemporáneo, “dialectizada” reflexivamente por los propios académicos, poniendo en relación la construcción cognoscitiva con la cultura y sus contextos. Se requiere un enfoque interdisciplinario, en un sentido amplio y por ahora programático, de temas acuciantes como el fracaso o el aprendizaje escolar, con colegas de la escuela sociohistórica; o la construcción de la identidad social y la apropiación de representaciones sociales adultas por parte de los niños, así como las elaboraciones constructivas de niños de diferentes culturas, algo que requiere de la antropología social. Estos temas esbozan los esfuerzos de nuestro equipo de investigación sobre los conocimientos sociales. El futuro de la teoría en el campo de la psicología del desarrollo creo que pasa por su integración en una perspectiva revisada, que exige ponerla al día con los problemas que hoy nos preocupan, con lo que se discute. Es necesario incorporarla, sin vacilaciones, en el caudal común de la psicología del desarrollo, con las teorías de este

campo disciplinario y con otras disciplinas. Pero siempre que sostengan una ruptura sistemática con las dicotomías entre individuo y sociedad, objeto y sujeto, construcción y contexto, etc. Con todo, hay que decir que en nuestro país hay serios intentos para impulsar “el desarrollo” de la psicología del desarrollo y la educación, dando lugar a discusiones metodológicas y teóricas, así como a la implementación de las investigaciones —incluidas las de orientación constructivista— algo que se ha plasmado, desde 2012, en sucesivos *Encuentros de investigadores en desarrollo, aprendizaje y educación*. Este año, 2021, se celebrará el VI Encuentro, del que participarán investigadores, becarios y docentes de las universidades nacionales y del CONICET [Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas]. El diálogo crítico y las propuestas de trabajos compartidos que surgen de esos encuentros son herramientas para promover la renovación de todas las corrientes psicológicas.

En general, y siguiendo con tu pregunta, en la Argentina hay una vacancia de investigación en psicología del desarrollo de los conocimientos, del aprendizaje y las funciones psicológicas. Ese desarrollo podría ocurrir en buena medida a través del intercambio con otras corrientes, y para eso hay que promover análisis metodológicos y formulación de proyectos de investigación cooperativos. Y obviamente, la principal dificultad para la investigación interdisciplinaria en el país es la organización en facultades y en cátedras, lo que favorece el aislamiento de las disciplinas y cierto endogenismo intelectual. Y por supuesto, la misma institución académica tiene un grado de corporativismo que hace difícil emprender indagaciones novedosas y audaces, con la participación, incluso, de los sujetos de la investigación. Además, en el caso de las facultades de psicología de las universidades nacionales, no siempre la investigación —una de sus actividades centrales, junto a la enseñanza y la extensión— complementa la formación profesional. Esto es parte de una cultura institucional todavía dominante en las carreras, escasamente abiertas al estudio crítico y a la investigación científica. En síntesis, la psicología argentina y la modalidad con la que se ha implantado en las universidades ofrece serias dificultades para consolidar la producción de conocimientos sobre el desarrollo cognitivo.

Buenos Aires, marzo de 2021

Los autores

Coordinadores

Viguera, Ariel

Doctor y Licenciado en Psicología (UNLP). Actualmente es Profesor Titular de la cátedra Corrientes Actuales en Psicología y Director del Proyecto de Investigación *Historias de la Carrera de Psicología en la UNLP, Segunda Etapa (1958-2006)*. Psicoanalista, docente a cargo del *Seminario de Formación Profesional Problemáticas teórico-clínicas del Psicoanálisis Actual*. *Silvia Bleichmar; Jean Laplanche; Piera Aulagnier*.

Tau, Ramiro

Doctor, Licenciado y Profesor en Psicología (UNLP). Fue investigador postdoctoral de los Archivos Jean Piaget, Suiza, y Profesor Adjunto de las cátedras *Corrientes Actuales en Psicología y Psicología Genética* (Facultad de Psicología, UNLP, con licencia desde 2017). Actualmente es colaborador científico de la *École polytechnique fédérale de Lausanne* (EPFL) y de la Universidad de Ginebra (UNIGE), miembro del consejo directivo de la *Fundación Jean Piaget para las investigaciones psicológicas y epistemológicas*, Suiza, y profesor colaborador de la Universitat Oberta de Catalunya, España.

Vadura, Nancy Edith

Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Profesora Adjunta Interina de la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP) e integrante del Proyecto de Investigación *Historias de la Psicología y el Psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*, UNLP. Psicoanalista. Asesora de la Dirección de Promoción y Prevención en Salud Mental y Consumos Problemáticos de la Subsecretaría de Salud Mental, Consumos Problemáticos y Violencias en el Ámbito de la Salud de la Provincia de Buenos Aires. Coordinadora General del Programa Salud Mental en el Centro de Tele Cuidado COVID Universitario (CeTeC-UNLP).

Autores

Agrazar, Martín

Licenciado y Profesor en Psicología (UNLP). Docente de la cátedra *Psicoterapia II* (Facultad de Psicología, UNLP). Psicólogo en el Hospital Subzonal Especializado “Dr. Ramos Mejía”, Provincia de Buenos Aires.

Aquino, Camila

Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Docente de la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP) e integrante del proyecto de investigación *Historias de la Psicología y el Psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*, UNLP. Docente de la Carrera de Psicopedagogía del Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N° 9, y de la Carrera de Profesorado de Educación Inicial del Instituto Superior de Formación Docente N° 17, La Plata. Becaria UNLP en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET).

Baroli, María

Profesora en Psicología (UNLP). Adscrita Alumna de la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP) e integrante del Proyecto de Investigación *Historias de la Psicología y el Psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*, UNLP.

Bolla, Luisina

Doctora y Licenciada en Filosofía (UNLP). Becaria postdoctoral del CONICET. Ayudante Diplomada en las cátedras *Epistemología y Metodología de la Investigación Psicológica* (Facultad de Psicología, UNLP) y *Filosofía Social* (Facultad de Trabajo Social, UNLP). Integrante del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInG), Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET).

Borzi, Sonia Lilián

Profesora y Licenciada en Psicología (UNLP). Especialista en Docencia Universitaria (UNLP). Obtuvo el Certificado de “Suficiencia investigadora” en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid. Se desempeña como Profesora Titular ordinaria en la cátedra *Psicología Genética* (Facultad de Psicología, UNLP). Dirige proyectos de investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLP y es autora y coautora de capítulos de libros, artículos y trabajos científicos en temáticas relativas a la psicología del desarrollo y educativa, y a la ética en investigaciones psicológicas con niños y niñas. Ha dirigido y dirige proyectos de extensión acreditados por el Centro de Extensión a la Comunidad de la Facultad de Psicología de la UNLP, y en el marco del Programa de Voluntariado Universitario dependiente de la Secretaría de Políticas Universitarias.

Briolotti, Ana

Doctora, Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Investigadora Asistente del CONICET. Docente de la Cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP) y de la Cátedra I de Historia de la Psicología (Facultad de Psicología, UBA). Investigadora integrante del proyecto de investigación *Historias de la carrera de Psicología en la UNLP (1958-2006)*, UNLP.

Díaz Kreclevich, Alejo

Licenciado y Profesor en Psicología (UNLP). Auxiliar Alumno y Adscripto Alumno de la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP, años 2015-2018). Integrante del proyecto de investigación *Historias de la Psicología y el Psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*, UNLP.

Fernández, María Laura

Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Se desempeña en el ámbito de la psicología educativa y la docencia. Ayudante Diplomada en las cátedras de *Psicología I* y *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP). Integrante del proyecto de investigación *Historias de la carrera de Psicología en la UNLP. Segunda Etapa (1958-2006)*, UNLP.

Garritano, Franco

Licenciado y Profesor en Psicología (UNLP). Diplomado de pregrado en Genocidio y Violencia Estatal (Facultad de Filosofía, UBA). Residente de Psicología en Hospital Interzonal General de Agudos General José de San Martín, La Plata. Adscripto Graduado de la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP). Integrante del proyecto de investigación *Historias de la Psicología y el Psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*, UNLP.

Huth, Catalina

Estudiante avanzada de la Licenciatura y el Profesorado en Psicología (UNLP). Auxiliar Alumna en la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP) durante los años 2018 y 2019.

Iafolla Cardós, María Agustina

Licenciada en Psicología (UNLP). Docente de la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP). Integrante de los proyectos de investigación *Historias de la carrera de Psicología en la UNLP (1958-2006)* e *Historias de la carrera de Psicología en la UNLP, segunda etapa (1958-2006)*. Actualmente desarrolla la profesión desempeñándose como Directora de Planificación de Políticas Reparatorias para la Asistencia a las Víctimas de Delito, dependiente de la Dirección Provincial de Acceso a la Justicia y Asistencia a la Víctima del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires.

Martínez, Ariel

Doctor en Psicología (UNLP). Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades (UNLP). Profesor Adjunto de la cátedra *Psicología Evolutiva* (Departamento de Ciencias de la Educación, UNLP) y Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra *Psicología Evolutiva II* (Departamento de Educación Física, UNLP). Director del proyecto de investigación *Identidad de género y cuerpo. Auto-percepciones y performances transgénero en ámbitos de producción artística*

(PPID/H060, acreditado por SeCyT-UNLP). Integrante del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInIG), Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP/CONICET).

Plantamura, María Florencia

Licenciada en Psicología (UNLP). Residente de Psicología en el Hospital Zonal General de Agudos Isidoro G. Iriarte (beca concursada en el Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires). Adscripta Graduada en la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología*. Cursando la Especialidad en Psicología Clínica con Orientación Psicoanalítica (Facultad de Psicología, UBA). Colaboradora en los proyectos de investigación *Historias de la carrera de Psicología en la UNLP (1958-2006)* e *Historias de la carrera de Psicología en la UNLP, segunda época (1958 -2006)*, UNLP.

Renovell, Estela

Licenciada en Psicología (UNLP). Psicóloga Clínica. Docente de la cátedra *Corrientes Actuales en Psicología* (Facultad de Psicología, UNLP) e integrante del proyecto de investigación *Historias de la Psicología y el Psicoanálisis en La Plata (1946-1990)*, UNLP. Psicóloga del Servicio de Salud Mental de la Sala de Primeros Auxilios de la localidad de Los Hornos, La Plata.

Roumieu, Andrea Luciana

Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Docente de la cátedra *Psicoterapia II* (Facultad de Psicología, UNLP). Operadora Comunitaria. Psicóloga del Equipo Interdisciplinario de la Subsecretaría de Políticas de Género y Diversidad Sexual del Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires.

Sánchez Vazquez, María José

Doctora en Psicología (UNLP), Magíster en Ética Aplicada (UBA), Especialista en Docencia Universitaria (UNLP), Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Profesora ordinaria a cargo, en grado y posgrado, en asignaturas y cursos del área de la metodología y ética de la investigación psicológica (Facultad de Psicología, UNLP). Directora de becarios y de proyectos de investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica (UNLP) y Profesora Coordinadora de actividades de extensión de la Facultad de Psicología (UNLP), en temas de ética y discapacidades. Miembro Experto del Comité Consultivo Central de Bioética (UNLP), evaluadora de la CO-NEAU y consultora en publicaciones de la especialidad. Ha publicado libros, capítulos de libros, artículos y trabajos científicos de carácter nacional e internacional, con relación a la investigación y la ética profesional en psicología.

Viguera, Ariel

Testimonios : para una historia oral de la psicología en la Universidad Nacional de La Plata / Ariel Viguera ; Ramiro Tau ; Nancy Edith Vadura. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata ; EDULP, 2022.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-34-2202-1

1. Psicología. 2. Historia Oral. 3. Entrevistas. I. Tau, Ramiro. II. Vadura, Nancy Edith. III.

Título.

CDD 150.982

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata

48 N.º 551-599 / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644 7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

EduLP integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2022

ISBN 978-950-34-2202-1

© 2022 - EduLP

S
sociales


EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA